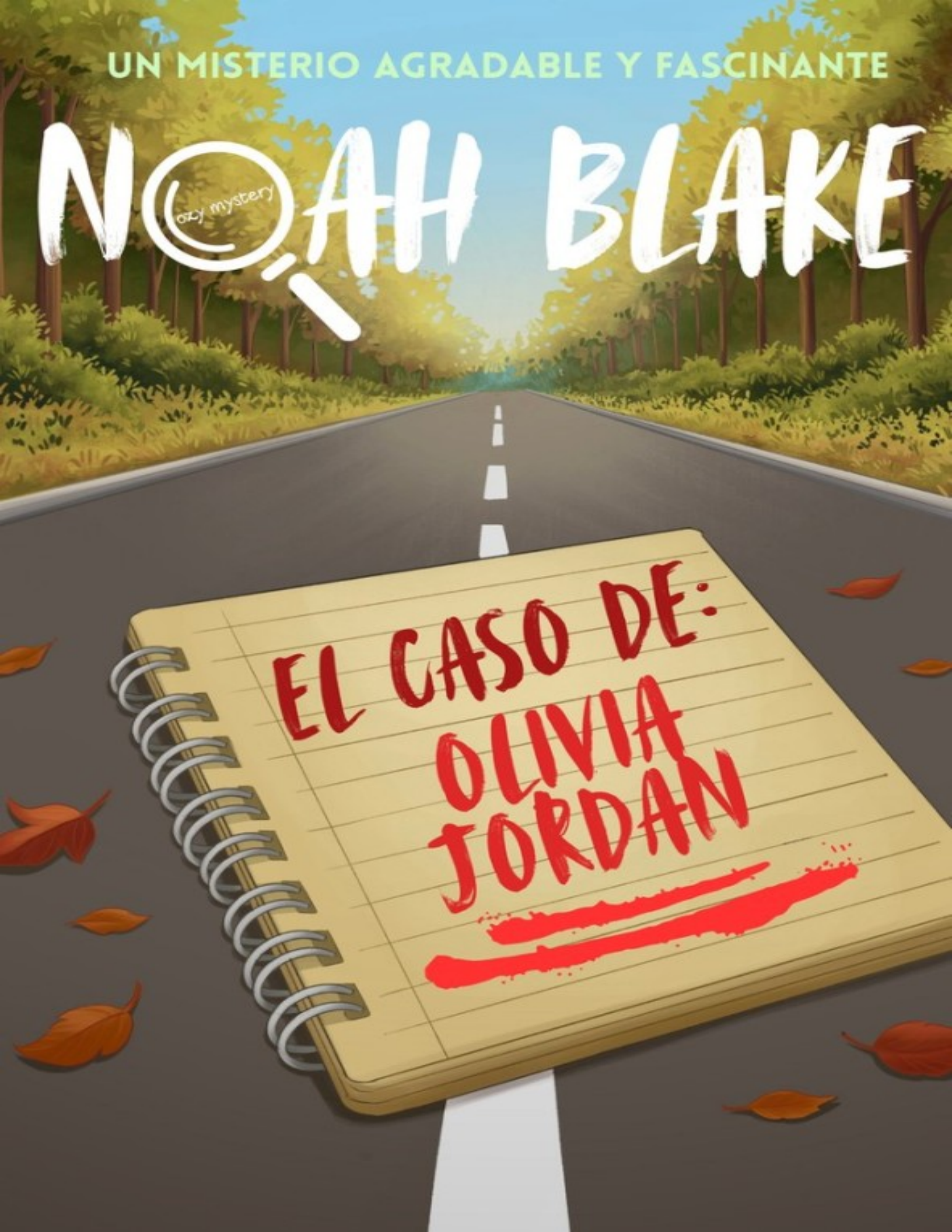
UN MISTERIO AGRADABLE Y FASCINANTE

NOAH BLAKE

cozy mystery



El caso de Olivia Jordan

Noah Blake

Published by NP, 2026.

This is a work of fiction. Similarities to real people, places, or events are entirely coincidental.

EL CASO DE OLIVIA JORDAN

First edition. February 26, 2026.

Copyright © 2026 Noah Blake.

ISBN: 978-8409829149

Written by Noah Blake.

E L C A S O D E O L I V I A J O R D A N

Noah Blake

Copyright © Octubre 2026 Noah Blake
All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: Candra Krida
Created in Spain.

1. EDUARDO

Cierro la puerta de casa suavemente para no romper el silencio que hay en su interior. Ana y Marta no están pasando por su mejor momento. Madre e hija no quieren sentarse a hablar, y la situación se está convirtiendo en un problema serio al que tendré que poner solución.

—Ya estoy en casa.

Mi mujer aparece desde la sala de estar. No se ha quitado el uniforme de la pastelería. Me da un tierno beso en la mejilla, como lleva haciendo más de treinta años, y se dirige directamente a la cocina.

—Has vuelto primero de lo que esperaba —detalla.

—Había poco trabajo en el Juzgado. Y la nueva incorporación me está ayudando a organizar mejor la agenda.

—Falta que hace. Pensarán que eres un desastre con patas.

La opinión de mis compañeros de trabajo no es algo que me quite el sueño.

—¡Marta, a comer!

Mi hija sale de su habitación con pies pesados. Cualquiera diría que sigue siendo la tímida adolescente que se pasaba horas y horas estudiando para sacar la mejor nota de su clase. Se ha convertido en una adulta con un punto de extrañeza que adoro. Los médicos dicen que es por su condición; a mí me gusta pensar que tengo una hija única, inteligente como la que más, y que en algún momento cambiará el mundo.

—¿Mucho trabajo, cariño?

—No he tenido a ningún loco que atender, papá. —Hace el mismo gesto que su madre y, al entrar en la cocina, levanta a Bone, nuestro pequeño perro, para que huela la delicia que hay para comer.

Macarrones con queso.

—No es profesional que llames a tus pacientes locos, Marta. —A esto me refería con las tiranteces entre madre e hija. Lo que una opina, lo suelta sin tacto sobre la otra.

Antes de que Marta comience una batalla verbal que me provoque un gran dolor de cabeza, suelto la bomba que descubrí esta mañana en el trabajo.

Tomo asiento en el mismo lugar de cada día y miro hacia mi mujer para robar toda su atención.

—Esta mañana ha fallecido el padre de los Jordan. Paco Jordan, ¿te acuerdas de él?

Ana asiente. En nuestros primeros años de noviazgo, acudíamos de forma asidua a mi pueblo. A ella siempre le han gustado los parajes naturales de montaña, y Polano es el mejor sitio para ello.

—Cómo olvidarlo. Pobre hombre.

La cocina se sume en un silencio que solo mi mujer y yo comprendemos. Cuando se habla de la familia Jordan, todos mantenemos la respiración unos segundos. Por el pasado, por los recuerdos, por todo lo que aconteció en el pueblo.

—¿Por qué era un pobre hombre? —pregunta Marta, que, a pesar de sus veinticuatro años, en cuestiones sociales tiene el tratamiento de una chiquilla sin filtro—. Me suena mucho ese apellido.

—No sabes quiénes son —acorta su madre—. Son conocidos de tu padre.

El principal problema de Ana y Marta es que mi mujer pretende que el trastorno del espectro autista de Marta no se note en ninguna de sus acciones. A pesar de que en algunos ámbitos de su vida es así, ya que es funcional y no tiene las capacidades intelectuales afectadas, en otros tiene unas carencias que deben de ser comprendidas. Aunque lo hace con buena intención, intentar coartar el interés efusivo de Marta es el mayor error que puede cometer.

La cantidad de discusiones que hemos tenido por este motivo no lo sabe nadie…

—Puede que los conozca. Si no me hablases como a una maldita cría, y sí como a una adulta, podría dar mi opinión.

—Ya basta. Marta en esta ocasión tiene razón, no deberías decirle esas cosas.

Ana se gira enfadada y comienza a poner la mesa mientras Marta calienta la comida. No me queda más remedio que rellenar los vasos de agua y canalizar la situación.

—Tu madre se refiere a Paco como un pobre hombre porque su familia sufrió mucho hace años. Su sobrina desapareció en el bosque y nunca se supo de ella. Fue…

—Un horror. Todo el mundo sufrió muchísimo —aclara Ana, ya más tranquila.

—Así es, Olivia era joven, unos años menos que yo. Creo recordar que había alcanzado la mayoría de edad el día que desapareció. Durante meses la buscaron. No era la primera que desaparecía en el río o se perdía en el bosque. No se encontró absolutamente nada.

La mirada de mi hija pasa de estar centrada en los macarrones a clavarse en la mía. Nunca le habíamos contado esta historia.

—¿Alguien se la llevó? —pregunta.

Su pasión por la psicología está entrando en la conversación. Lo noto por los gestos que está haciendo: por cómo ha soltado todo lo que tenía entre las manos y se ha secado ambas palmas en el pantalón. Miro con un breve vistazo a Ana, que niega, para que no continúe, pero es que nuestra pequeña hace tiempo que dejó de ser eso: una niña.

—No lo sabemos. Hubo sospechosos, pero no se sacó nada en claro.

—Fue un caso muy complejo, como te dice tu padre. Y eso siempre genera mucho dolor en la familia. —Ana se tapa la boca para gestionar el dolor. El primo de Olivia es de nuestra quinta; coincidíamos en alguna verbena por aquellos tiempos—. No entiendo cómo esos padres han convivido con ese dolor. Yo no podría.

—Las veces que me habéis llevado al pueblo nadie ha comentado nada.

—¡De este tema no se habla, Marta! —grita Ana.

Lo único que puede hacer mi hija es elevar las manos en son de paz y tomar asiento en la mesa. Toco el hombro derecho de mi mujer para que se relaje. Sé que la pone muy nerviosa cuando Marta se salta los códigos éticos sociales, pero sus modos no son los adecuados y lo sabe; por eso le pide perdón en un susurro.

—Tendremos que ir esta tarde al tanatorio. —Soy el último que me sirvo ante la atenta mirada de las dos mujeres de mi vida.

—Pediré unas horas en el trabajo, Marisa no tendrá problema —indica Ana, quien no dudaba de que me fuera a acompañar.

—Yo también iré. No tengo citas esta tarde.

La vida ha avanzado tanto que ahora los jóvenes no van al psicólogo a una sala aséptica con un sillón de cuero y una mesita llena de pañuelos por si acaso. Ha avanzado de tal modo que las sesiones se hacen a través de videollamada. Según Marta, esto le permite a ella cobrar menos y a los pacientes estar más cómodos, ya que no salen de sus casas.

—Es mejor que te quedes aquí. No sabremos cuándo volveremos y Bone tiene que pasear.

—Si pretendes que no vaya al epicentro del salseo, mamá, pierdes el tiempo en intentar convencerme.

◆ ◆ ◆

Polano queda a una hora de la ciudad. Cuando era un crío que ansiaba pasar tiempo con Ana, me parecía un tramo efímero; ahora se me hace largo, cosas de la edad.

Algo tienen los entierros en los pueblos que no sabría explicar. Hay personas que simplemente vienen para reencontrarse con aquellos que no ven desde hace años. Una especie de fiesta individual que alegra el día a algunos. Por otro lado, están los que solo vienen a cumplir con una tradición social impuesta desde generaciones. En los pueblos todos saben quiénes acudieron y quiénes no.

Y luego están los afectados. Los que el dolor les impide saludar como lo harían cualquier día que se encontraran contigo por alguna de las estrechas calles del pueblo. Me cuesta gestionar a este último grupo. Soy de los que no sabe qué hacer cuando la otra persona está llorando; todo me parece frío, pero si hago algo, como dar un abrazo, me siento terriblemente incómodo, así que acabo haciendo unos extraños aspavientos que deben ser cortados por la lógica de mi mujer.

Al entrar en el tanatorio, veo varias caras conocidas que tendré que saludar.

—¿Tienes tú la tarjeta? —le pregunto a Ana delante de la urna en la entrada de la sala de la familia Jordan.

—Sí.

—Si la familia ya nos va a ver, no entiendo por qué tenemos que meter una tarjeta de visita en una urna para que más tarde se nos ponga un punto positivo por venir —dice Marta de carrerilla.

La mirada que su madre le echa debería bastar para acallarla, pero no es así.

—No me mires de ese modo, son tradiciones arcaicas que nadie comprende en el mundo actual.

—Es un gesto que siempre se ha tenido y nosotros seguiremos haciéndolo.

La tarjeta de nuestra familia pone en grande «Los Fernández», seguido del nombre de cada uno de nosotros, nuestra dirección y el número de teléfono de casa. La primera vez que Marta la vio se horrorizó; mejor dicho, dijo algo así como que dábamos vergüenza ajena.

Puede que con la actualización de las redes sociales estos gestos sean arcaicos, pero me cuesta desprenderme de ellos. Más en este lugar, donde sé que cada uno de mis movimientos va a ser estudiado por cada vecino.

Separo a mi hija de la urna y la llevo a la zona del pasillo.

—Espero que no hagas ninguna tontería. Esto es importante para mí. Nada de sacar tu libreta de psicóloga y ponerte a estudiar a los afectados. No van a necesitar tus servicios; en el pueblo ya hay un psicólogo, ¿lo has entendido?

—¿Tienes miedo de que reabra el caso que conmocionó al pueblo? —Amplío los ojos por pura inercia. De Marta me puedo esperar cualquier cosa.

—Te estoy vacilando, papá. No haré nada que no deba hacer, sabes que sé actuar como una persona normal cuando se espera que lo sea.

No respondo porque en realidad me duele que tenga que actuar para que la sociedad no la mire mal. Su escepticismo es la base de la personalidad única que tiene.

Le doy un beso y entro en la sala donde Paco Jordan descansa.

2.MARTA

Los tanatorios son lugares apasionantes. Se pueden registrar tantos estados de ánimo, emociones, secretos… que podría pasarme el día en ellos. Si no fuera porque la muerte me introduce en un aura extraña e incómoda, lo haría.

Mi padre desaparece dejándome sola en una sala rodeada de personas que no conozco. He aprendido a gestionar la incomodidad, tragando la bola de ansiedad que comienza a apretar mi garganta hasta asfixiarme cuando estoy rodeada de personas.

«Estoy bien, puedo salir cuando lo necesite» —me repito una y otra vez.

Mientras controlo mi respiración, echo un vistazo a mi alrededor. El hombre fallecido, Paco, parecía ser muy querido por sus vecinos porque jamás había visto tanta gente a la espera de dar el pésame a la familia.

Me alejo del tumulto y me concentro en aquellos que parecen más recelosos de acceder. Siempre, en todos los velatorios, hay un grupo de personas que, por vergüenza, enemistad o tensión, evita dar el paso. Yo me suelo incluir en ese grupo.

Hasta donde he descubierto en el viaje, Paco tenía un hermano solo un año más joven que él. El padre de la chica desaparecida, la cual le he prometido a mi padre que no traeré a colación. Creo que lo he encontrado en el rincón de los que no quieren entrar. Está rodeado por varias mujeres, mayores, y no dejan de abrazarlo y consolarlo mientras él llora.

La máquina de café está muy próxima a ellos, así que aprovecho el espacio para cotillear sin ser vista.

—Estaba en lo mejor de la vida, ha sido un palo durísimo —dice una de las mujeres a otra mientras el hombre asiente.

—Fernando, no me puedo creer lo mal que te ha tratado la vida. Primero tu hija, tan joven, y ahora tu hermano, a pesar de que ahora las cosas estaban complicadas entre vosotros, no dejaba de ser tu familiar más cercano…

Tengo que ponerme a leer la carta de cafés que ofrece la máquina para no reírme del comentario mezquino que ha soltado la señora.

Una cosa es no tener tacto y otra es meter toda la mano en la herida. Se ha tenido que quedar a gusto.

El tal Fernando parece en shock y no le aporta ninguna respuesta; normal, ¿qué esperaba que le dijera?

—Lo importante es que nos tienes a todos. Cualquier cosa que necesites, cuenta con ello.

—Os lo agradezco de corazón.

Se funden en un abrazo que me incomoda de tal modo que me obliga a cambiar de ubicación. Por el momento he descubierto que Paco y Fernando eran unos hermanos no muy bien avenidos y quizá, por eso, este segundo no quiera entrar en la sala donde descansa el cuerpo. ¿O es miedo lo que tiene?

Me encantaría poder hablar con él.

Giro sobre mis talones y choco contra una figura que me saca dos cabezas.

—¿Marta? Tu padre me ha dicho que has venido, muchas gracias. —Extiende la mano antes de presentarse—. No me conoces, claro. —¿Debería hacerlo? Mi ceño fruncido le debe responder—. Eras muy pequeña cuando te conocí, soy Francisco, el hijo de Paco Jordan. En la juventud salía mucho con tu padre y también trabajo en la ciudad.

Ostras. Es rara de narices la situación, pero a mi padre no le gustaría que actuara de una forma extraña, así que me presento con la mejor de mis sonrisas.

—Siento mucho tu pérdida, Francisco. Encantada de conocerte y… Si necesitas hablar o cualquier cosa, sabes que nos tienes aquí.

No sé si mi padre le ha dicho que soy psicóloga. Y rara. O ambas, pero el hombre me sonríe con calidez.

—Lo haré. Gracias por venir.

La sonrisa que le lanzo es sincera, no la que aprendí para que los demás se sintieran confortables a mi alrededor. Tanto, que él se muestra con ganas de seguir la conversación.

—Ven, te presento a mi madre; discúlpala, hoy, como comprenderás, no tiene su mejor día.

Camino a su lado reparando en el detalle de que, para haber perdido a su padre hace unas horas, Francisco no se muestra con el corazón roto. Si mi padre muriera, mi vida dejaría de existir del

mismo modo. Estaría perdida, como en una nube… Muy lejos de lo que veo en él.

Como bien me enseñaron a hacer, no debo juzgar a los demás con mis opiniones; simplemente captar el detalle, apuntarlo mentalmente —porque mi padre no me ha dejado traer la libreta— y analizar el resto de detalles para llegar a una valoración final.

Pese a que iba a evitarlo, Francisco me introduce en la sala donde el féretro, rodeado de flores, se muestra tras un cristal. La persona que más destaca en ella es una señora, llorando a moco tendido y agradeciendo cada muestra de apoyo. No cabe duda de que es la mujer del muerto.

—Esta es mi madre, Elvira.

La pobre señora, que ni me conoce ni está en su mejor momento para hacer una buena presentación, solo me aprieta la mano y me dice:

—Gracias por venir. Eres un calco a Eduardo, qué suerte tuvo Ana.

Sonrío, pero en realidad no tengo ni idea de qué hacer. Ni sé dónde se han metido mis padres. En este tipo de situaciones vuelvo a sentirme una niña deseosa de que sus progenitores la salven.

—Siento mucho tu pérdida. Te acompaño en el sentimiento.

Asiente, vuelve a darme un apretón y el momento se corta porque un señor quiere tener unas palabras con ella.

—No sabía si venir, Elvira. Lo siento mucho.

—Porque seas amigo de Fernando, no debes tener miedo a abrazarme, Rogelio.

Es lo único que capto cuando salgo de nuevo de la sala.

Al parecer, ya entiendo por qué el hermano del fallecido y la mujer del mismo no están en el mismo lugar; es porque no se deben tener en mucha estima.

Me encantan los entresijos familiares. Es una pena que mi padre no tenga hermanos. Mi madre, más de lo mismo, y para completar el puzle, han decidido que yo sea hija única... Este aburrimiento con una familia amplia no sucede.

El único espacio donde puedo reajustar mi ansiedad, que comienza a ser creciente dado el número de personas que me

rodean, es el baño. Voy hacia allí a un paso ligero para que nadie pueda frenarme.

Encuentro uno de los cuatro cubículos libres y me encierro en él, empezando mis ejercicios de respiración.

Soy capaz de hacer tres escalas de inspiración controlada cuando dos voces nuevas acceden al baño. Se quedan en la zona de los espejos y comienzan a hablar sin bajar ni una milésima la voz. Hay personas a las que les encanta que las escuche todo el mundo. Y esto es una opinión como ciudadana del mundo, no como psicóloga.

—Es increíble que siga teniendo el mismo sentimiento que cuando sucedió todo —inicia la conversación la voz de una mujer. Es madura, no diría que es una chica entrada en sus veinte.

—Normal, lo de Olivia fue tan fuerte que incluso veinticinco años después sigue dejándonos a todos con un nudo en la garganta.

Ha sido escuchar el nombre de Olivia y quedarme pegada a la puerta.

La hija de Fernando.

La desaparecida.

Por la que no se puede preguntar.

—Su fantasma siempre ronda en los lugares donde hay muerte. Es como si quisiera señalarnos a todos por no encontrarla cuando había tiempo.

Trago saliva por la impresión de sus palabras.

Muerte.

Culpa.

Tiempo.

—No digas eso. Ni siquiera sabemos si está muerta. No puedes enterrar a alguien que no lo está, da mala suerte.

—¿Y dónde va a estar si no, Carmen? Habría vuelto, digo yo. Estuvo todo el pueblo buscándola durante mucho tiempo.

—Ya, ya lo sé, pero aun así, no vuelvas a decir eso, me hace sentir muy extraña. Era tan jovial, tan… Olivia.

—El bosque nos la arrebató, hay que asumir que no podemos dar explicaciones a todo lo que nos rodea.

Algo dice la otra chica en susurros, pero no soy capaz de escucharlo.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy tan pegada a la puerta que en cualquier momento se puede abrir y revelar que estoy al otro lado poniendo la oreja. ¿Pero cómo no hacerlo? Es lo más interesante que me ha sucedido en los últimos meses.

—Vamos, no quiero que Francisco esté solo. Quiere aparentar que la muerte de su padre no le ha afectado, pero yo sé que está roto por dentro.

Al parecer, Francisco es un buen actor, porque a mí no me dio ningún indicativo de estar roto de dolor.

Solo cuando las mujeres desaparecen del baño soy capaz de salir, abrir el grifo, poner el agua fría para refrescar las muñecas y respirar.

Está claro que Polano no era el pueblo idílico que mi padre me presentó desde niña, sumado a los pocos recuerdos que mantengo de él.

—Estás aquí, Marta. Llevo un rato buscándote. —Mi madre entra como una exhalación al baño—. ¿Te ha dado un ataque?, ¿tenías la medicación?

—Estoy bien, solo necesitaba enfriar un poco las muñecas.

—Cuando acabes nos vamos. Tu padre ya ha saludado a todos. No quiero estar más de lo necesario en este lugar.

Mi madre también siente el aura extraña.

Seco rápidamente la piel mojada en los pantalones y sigo a mi madre hasta el parking. Camina directa al coche, tan rápido que a mi padre no le da tiempo a seguirle el ritmo, así que decide caminar a mi lado.

—Gracias por no hacer uno de tus exámenes. Ya sabes que los vecinos del pueblo se fijan en todo y no quiero que seas la comidilla de la semana.

—A cambio voy a pedirte algo.

Frena en seco, rodea mi hombro derecho con su mano. Es un gesto que mi padre realiza solo cuando intenta calmarse por algo que yo he generado.

—Marta, no me pidas…

—Solo déjame leer el expediente del caso.

Tensa la mandíbula mientras le mantengo la mirada. Confía en mí, sé que lo hace. Y sé que él tiene la misma intriga por conocer más del caso, solo que jamás lo va a decir en voz alta hasta que lo obligue a hacerlo.

3. EXPEDIENTE DE OLIVIA JORDAN

INFORME DE DESAPARICIÓN

Juzgado de Instrucción de Harvey
Número de Diligencias Previas: 123/1999
Fecha de incoación: 14 de septiembre de 1999
Materia: Desaparición de mayor de edad

1. Datos de la desaparecida

- Nombre y apellidos: Olivia Jordan
- Edad: 18 años (nacida el 14/09/1981)
- Domicilio: Polano
- Ocupación: Estudiante de Bachillerato, 2º curso.
- Señas físicas: 1,65 m; complexión delgada; cabello castaño largo; ojos verdes; cicatriz pequeña en ceja izquierda.
- Vestimenta el día de la desaparición: vaqueros claros, camiseta blanca con dibujo de mariposa, chaqueta vaquera, deportivas rojas.

2. Hechos denunciados

- El día 14 de septiembre de 1999, sobre las 22:30 h, la menor salió de su domicilio familiar con destino a una fiesta local en el bar El Roble, en el núcleo rural de Polano.
- Fue vista en compañía de varios jóvenes de su edad celebrando su decimoctavo cumpleaños.
- Según testigos, en torno a la 01:00 h de la madrugada manifestó la intención de volver a pie a casa atravesando el bosque de Cuevas, pese a que se le ofreció transporte.
- No consta que regresara a su domicilio.
- La familia denunció su desaparición la mañana del 15 de septiembre de 1999 en el Puesto de la Policía de Harvey.

3. Actuaciones policiales iniciales

- Se organizaron batidas por la zona del bosque de Cuevas con participación de la Policía y voluntarios.
- Se rastrearon sendas, márgenes del río Rella y caminos de fincas privadas.
- Se utilizaron perros adiestrados en búsqueda, sin resultado positivo.

- No se hallaron restos personales salvo una cinta de pelo roja, a unos 300 m del bar, en dirección al bosque.
- El dispositivo de búsqueda se prolongó durante 7 días, siendo infructuoso.

4. Testimonios relevantes

- Camarero bar El Roble (Lewis G. R., 37 años): asegura que vio a la desaparecida salir sola en dirección al bosque, aunque no recuerda la hora exacta.
- Novio (Javier G., 25 años): niega haber tenido ninguna discusión con la desaparecida. Declara que la última vez que la vio fue en el interior del bar sobre la medianoche.
- Primo (Francisco J., 18 años): dice no saber el paradero de la desaparecida y afirma que no se iría por voluntad propia sin avisar a ningún miembro de la familia. Indica que su teléfono móvil no está operativo.
- Sacerdote del pueblo (Francisco L., 25 años): declaró que varios jóvenes llegaron a misa al día siguiente con aspecto "inquieto" y que uno de ellos comentó: "mejor no hablar más del tema".
- Padres (Fernando y Concepción): ambos declaran que la desaparecida estaba pletórica en la cena de su cumpleaños y que no hay ningún hecho, indicativo o prueba de una desaparición voluntaria.

5. Hipótesis policiales en 1999

- Accidente: posibilidad de caída en terreno abrupto durante el trayecto por el bosque. No se ha podido llegar a la posible causa que llevó a Olivia Jordan hasta el lugar de los hechos.
- Huida voluntaria: descartada por la familia, que aseguró que no había indicios de fuga.
- Homicidio/encubrimiento: no se hallaron pruebas concluyentes, pero la falta de noticias permiten descartarlo.

6. Estado del procedimiento

- Tras meses de investigaciones sin resultados, el caso se archivó provisionalmente en marzo del año 2000 por falta de indicios suficientes.
- No consta reapertura hasta la fecha actual.

7. Observaciones

- La ausencia de restos físicos o pertenencias impidió avanzar en las diligencias.
- Existen sutiles contradicciones en los testimonios recogidos en la noche de los hechos.
- La aparición de la cinta de pelo no pudo vincularse de manera definitiva con la desaparecida.
- El entorno del pueblo muestra reticencia a colaborar más allá de las declaraciones iniciales.

4.MARTA

—No lo entiendes, hija. Claro que puedo ver el expediente en el juzgado. Tengo acceso a todo.

—¿Entonces? Me prometiste que me dejarías leerlo.

—No es tan sencillo.

—Yo no veo la complicación. —La única dificultad en esta ecuación es que a mi padre le ha cambiado el aire por donde le vienen las ideas y ha transformado su opinión. Muy habitual en él. Le entran los miedos y…

—Que yo pueda verlos no significa que pueda sacarlos del juzgado; podría meterme en serios problemas.

—Nadie se va a enterar —resto importancia al asunto porque de verdad creo que nadie se va a enterar. Olivia lleva desaparecida y muerta para todo el mundo desde hace veinticinco años.

—Cualquier compañero me puede ver imprimiéndolo. No creas que son dos papelitos; los expedientes pueden tener cientos de hojas, Marta.

Se me abren los ojos solo por las ansias de poder tenerlos en mi poder.

—Nunca te pido favores, papá. Esto podría venirme muy bien para mi tesis doctoral; estudiar la psique en situaciones extremas es el tema central.

—No me engañas. Lo haces por mera curiosidad.

Me cruzo de brazos a la defensiva.

—¿Y qué pasa si así es? Esto es la historia de mi pueblo. Quiero sentirme una polana más y, para ello, necesito conocer su historia.

—No exageres conmigo, que sabes que no me va esa actitud.

Con mi madre funciona mejor el dramatismo intelectual; con mi padre funciona el emocional.

—Venga, *por fa*, podríamos pasar unos días de trabajo juntos maravillosos. ¿Cuál fue la última vez que jugamos al Cluedo con un expediente real?

Duda en si abrir la boca o no.

Traga saliva, llevando la mirada hacia otro lado, pero espero paciente a que regrese a mí, porque siempre lo hace.

—Ya no eres una niña; si tengo problemas, tú también los tendrás.

—Lo veo justo.

Extiendo la mano para cerrar el trato y él, aunque se lo piensa unos segundos, me sigue el rollo. Observo una sonrisa de medio lado antes de que se dé la vuelta.

◆ ◆ ◆

No sé cómo ni qué ha sucedido, pero llevo dos noches sin poder dormir.

Los papeles del expediente de Olivia Jordan están desparramados por mi escritorio, obligándome a pasar horas y horas entre ellos. Hay tantos que aún no me ha dado tiempo de leer ni la mitad. Me llevará más de un mes poder unir todas las piezas del puzle. Juro que hay una voz que me grita que siga buscando entre cada letra cuando me separo.

He discutido cinco veces con mi madre sobre este tema. Sí, las he contado. Adoro llevar la cuenta numérica de lo que sucede en mi vida. Y he de decir que de esas cinco ocasiones, en tres de ellas, yo tenía razón.

Trabajo, paro para comer y sigo con el estudio del caso.

—No sé lo que buscas, Marta, pero ese caso está cerrado. Esa chica no va a aparecer. Y no creo que te deba recordar que no eres policía para hacer su trabajo.

Eso fue lo que dijo la señora Ana, es decir, mi madre, en una de esas tres ocasiones.

Quise ser policía, pero ni de coña iba a pasar el examen psicológico, así que me metí en la única carrera que me ayudaba a entenderme y me ofrecía ayudar a los demás: psicología.

En otra de esas tres ocasiones, nos encontrábamos cenando. Fuera de la hora habitual, pronto para el gusto de mis padres. No tenía apetito, así que decidí sacar una de mis libretas de investigación. Tengo varias; me gusta estudiar las series y darles un final digno o incluso adelantarme a lo que va a suceder con mis suposiciones. El caso es que a mi madre no le hizo ninguna gracia.

—Guarda eso ahora mismo, estamos en la mesa y sabes que es sagrada.

No la guardé, pero la posé encima de mis rodillas para que ella no la viera. Mi padre, por el contrario, sí que era capaz de percibir que el objeto seguía ahí.

—Oye, papá, en relación con lo de…

—¡Marta! —gritó mi madre.

—¿Tú sabías que los hermanos Jordan no se hablaban? —seguí con mi pregunta, ignorando que me acababan de regañar como si fuera una niña.

La mueca de mi padre fue reveladora.

—Algo había escuchado y, por cómo se refería Francisco a su tío, intuí que la cosa no estaba en buenos términos, pero esto no es de ahora. Esa familia es muy pasional. Unos días se querían mucho y al siguiente no se dirigían la palabra.

Mi madre, a la que el tema no le parece tan drástico como en un inicio intuía, se introduce en la conversación mientras mastica un trozo de pan.

—Ya cuando desapareció Olivia no se hablaban; lo que pasa es que, después de esa tragedia, ambos intentaron mediar. Al parecer, sin mucho éxito.

—Eso he escuchado. Fernando ni siquiera entró en la sala. Es una pena que no te puedas despedir de tu hermano. ¿Es por Elvira? El mal rollo, digo.

—¿Por Elvira? —exclamó extrañado mi padre al referir a la mujer del muerto—. No lo creo. Siempre ha sido una mujer muy tranquila. Mi madre decía que no pegaba en esa familia tan rocambolesca.

—Es cierto, en alguna ocasión tu abuela lo decía.

Ambos se rieron recordando unos tiempos que jamás volverían y que los hacían muy felices.

—Y tú, ¿de dónde has sacado tanta información? —Ya tardaba la señora Ana Fernández en preguntar lo que no debía.

—Solo estuve observando. Cualquier información que llegó a mis oídos fue de pura casualidad.

—La información nunca llega a tus oídos de ese modo, Marta, que nos conocemos. No nos metas en líos. Esa familia ya ha tenido

suficiente.

La familia Jordan había tenido suficiente, pero yo quería saber más, mucho más.

Iba a aprovechar que mi madre tenía turno de tarde en la pastelería para hablar a solas con mi padre. Es la pieza débil de este puzle y la única que necesito mover para calmar las ansias de mi cerebro.

Además, esto es culpa de ellos por haberme hecho defectuosa; yo solo le doy lo que me pide. A mi cerebro, digo.

Lo único que necesito es tener una excusa para hablar con los vecinos de Polano. Quiero saber cómo vivía Olivia, cómo han podido seguir viviendo si nunca apareció su cuerpo. Cómo era ella, cómo todo. Las desapariciones son el duelo más complicado que tenemos que gestionar los psicólogos. No hay un cuerpo que velar y siempre hay un rayo de esperanza.

En el grado saqué de la biblioteca algún caso que pude estudiar, pero nunca tuve un paciente con esta necesidad.

El caso de Olivia Jordan ha caído del cielo, y más con la facilidad de que mi padre me puede abrir la puerta a un mundo maravilloso lleno de secretos.

Esto puede ser el Cluedo en versión *gore*.

El portazo que da la puerta me quita la sonrisa. No me gusta esta parte diabólica de mí; me reprendo cada vez que la saco, pero lo que sí es cierto es que quiero saber más de esa chica. Reconstruir sus pasos.

Con la muerte de Paco Jordan todos van a volver a hablar de su sobrina; eso puede reabrir viejas heridas y, como buena profesional, no me lo puedo permitir. La gente no puede sufrir y yo no me puedo quedar sin el cotilleo.

Conociendo el corazón de Eduardo Fernández, no me va a decir que no, estoy segura.

◆ ◆ ◆

—Dime que no te mueres de ganas por descubrir qué pasó hace veinticinco años.

—No.

—No puedes vivir con ese runrún, papá. Te va a matar.

—Estoy muy sano, Marta.

—Podríamos buscar una excusa para reconstruir los hechos.

—No somos policías.

—¡Somos Los Fernández!, que es más importante aún.

No le hace gracia mi broma y me pone una mueca que corta todo el ambiente dicharachero que había conseguido.

—Está bien, mira, vamos a enfocarlo de otro modo. Si vamos y encontramos algo, el pueblo descansará. Los Jordan volverán a sonreír y nosotros nos sentiremos genial por haber hecho el bien.

—Esa frase cristiana no te pega nada, hija.

—Lo sé, pero cuando la dicen los curas suena muy convincente. Me dan ganas de ser buena persona.

—Eres una buena persona, Marta…

—Y tú un buen padre, por eso me vas a ayudar, ¿a que sí?

Suspira.

Es un avance, porque si suspira y se lleva las manos a la frente es un no rotundo.

—Buscaremos una excusa para ir. Algo real, incluso algo que te llame la atención a ti. Yo te apoyo.

Se queda pensativo unos minutos.

—Hay una cosa…

—¡LO SABÍA!

—No, no te emociones, simplemente es algo que siempre quise hacer, pero por cuestiones de la vida y de trabajo nunca saco tiempo.

—Cuéntame. Te apoyaré, más si nos lleva a Polano.

—Me gustaría hacer un árbol genealógico de mi familia. Hace un par de años, cuando enfermaste de la alergia, aquella que te tuvo en el hospital varios días, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo. Me pincharon tantas veces que era un colador.

—Por aquel entonces tu tía Paqui me dijo que eso ya había pasado en la familia y me quedé con la intriga, sumado a las ganas de conocer mi ascendencia.

—Lo tenemos, papá. Nos tenemos que ir a Polano, toda tu vida sucedió allí.

Clava sus ojos verdes sobre los míos. Cálidos, ya envejecidos por el paso del tiempo, pero siempre protectores al encontrarse con los míos.

—No sé cómo lo logras, pero siempre consigues liarme.

5. EDUARDO

Si no fuera por la presión y la insistencia de Marta, no estaría haciendo esto jamás, pese a que llevo años queriendo dar el paso.

Un árbol genealógico requiere tiempo y paciencia. De lo primero me sobra, más desde que dejé el ciclismo por la lesión en la rodilla; ¿pero paciencia? Nunca he conseguido sentarme más de diez minutos y centrarme en una tarea. Ana suele echarme en cara que es uno de los rasgos que Marta heredó de mí, porque ella no es así.

Enfoco la mirada en la pantalla para no pensar más en las trifulcas familiares, que cada vez son mayores. Accedo con mis claves al programa del Registro Civil. La pantalla tarda unos segundos en abrirse; no es inmediato, como en las películas, que dan a un botón y le sale justo la información que buscan. El arranque habitual de Inforciv siempre va con un poco de retraso. Introduzco el nombre completo de mi padre y el año de nacimiento. El sistema me devuelve varias coincidencias: demasiados Fernández para un solo clic. Acoto con la localidad y, por fin, localizo la inscripción correcta. La ficha se despliega: fecha exacta de nacimiento, lugar y los nombres de sus padres. Copio los datos en el documento de Word que estoy creando.

Repito el proceso con mi abuelo y luego con mi abuela. Aquí necesito hilar más fino: ajustar por fechas aproximadas y provincia, ir descartando entradas hasta dar con la buena. No es un buscador mágico; hay que picar un poco de piedra, pero en pocos minutos ya tengo lo esencial.

Me he prometido hacer solo hasta mis abuelos en el día de hoy; así tendré algo que enseñarle a Marta y me dejará tranquilo unos días. Tiene suficientes informes del caso de Olivia para entretenerse.

Pongo el nombre de mi madre. Con ella no hay misterio: encuentro la inscripción enseguida, está todo en orden, con sus fechas organizadas y sin ninguna extrañeza que me haga perder el tiempo. El problema aparece cuando salto a mis abuelos maternos, a los únicos que no conocí. De mi abuela sí hay constancia: nacimiento, ficha de matrimonio, incluso la de defunción. Lo normal para los años en los que vivió, pero al introducir el nombre de mi

abuelo, nada. Ni una sola coincidencia. Como si se hubiera borrado del mapa.

Mi madre hablaba poco de él, por no decir nada. Una vez me dijo que había muerto joven; se excusaba en ese argumento para no tener recuerdos con él. Nunca la presioné, ser huérfana desde una edad temprana la marcó de por vida.

Lo intento varias veces, cambiando apellidos, ampliando fechas, acotando provincias, pero el resultado siempre es el mismo: vacío. Mi abuelo no está en el mapa del registro civil.

Conozco bien el sistema y sé que no se trata solo de un fallo informático. A veces las partidas antiguas nunca llegaron a digitalizarse y hay que acudir a los libros y, si no, consultar en los libros parroquiales, en esas páginas amarillentas que custodian los curas como si fueran secretos de Estado. Me viene a la memoria la iglesia del pueblo, la pila bautismal de Polano, donde tantas generaciones se mojaron la frente. Yo, uno de ellos. Si quiero saber algo de mi abuelo, tendré que pasar por el párroco y esto, a mi hija, le va a hacer una ilusión tremenda.

A mí no tanta.

No debería ponerme nervioso al llegar a casa, pero me resulta inevitable. Ya cuando estaba recogiendo en el juzgado, una de las compañeras me preguntó si estaba bien. Se me cayó en dos ocasiones la botella de agua al suelo y tuve que darle un par de golpecitos al ordenador para que se apagara.

—¡Estoy en casa! —grito en la entrada, al mismo tiempo que cierro la puerta.

El único que viene a verme es Bone, que no cesa de rodearme y saltar sobre mis piernas, ansioso porque vaya de una vez por todas a la cocina y así pueda comer él también.

Dejo la chaqueta en el perchero, me quito los zapatos, porque si no lo hago tendré que pasar el aspirador esta tarde y no me va a dar tiempo, y voy directo a encontrarme con mi mujer y mi hija. A la primera que encuentro es a Marta, que está esperándome en el quicio de la puerta.

—No hace falta que grites cada vez que entras, escuchamos la cerradura. —A Marta los ruidos le molestan más que a los demás y,

por más que su médico me lo recuerda, nunca lo tengo presente.

—Tenemos que hablar.

—No me digas que has encontrado algo más en el juzgado.

—Marta, ya hemos hablado de esto. Tu padre no se va a meter en líos por tus cotilleos absurdos. Deberías madurar de una vez por todas.

La aludida se gira echando pestes con la mirada. Me veo en la obligación de actuar antes de que el infierno baje a la tierra.

—No es sobre el caso de Olivia, sino sobre mi árbol genealógico.

—¿Ya lo has acabado? —pregunta Ana, dudosa, mientras deja el paño de cocina sobre la encimera.

—Tengo un pequeño problema que solo puede solucionarse si…

—¡Vamos a Polano! —acaba Marta, muy emocionada.

No me fijo en mi hija; en ella solo voy a encontrar ilusión. Dejo toda mi atención centrada en mi mujer. Se cruza de brazos y empieza a mover la cabeza con una negación clara.

—Eduardo, si esto es una excusa para contentar a Marta, no me parece oportuno.

—No es eso, cielo. Verás, la partida de mi abuelo no está digitalizada.

—¿Y qué más da? Sigue sin él.

—Esa no es la ciencia de hacer un árbol genealógico. Necesito la información de todos mis antepasados.

Sabe que tengo razón, pero no me la va a dar. Su ceño se ha fruncido más conforme iba hablando.

—Solo tengo que acudir una tarde a la parroquia del pueblo. El cura deberá tenerla organizada por años.

—A mí me parece bien —aclara Marta sin que nadie le haya preguntado—. A papá le hace ilusión tener el árbol genealógico. Deberías apoyarlo.

Ana, que ha debido de tener un mal día en el trabajo, da un golpe en la mesa muy cabreada.

—Déjate de manipular de esa forma, Marta. Si no quieres que te trate como una niña, no actúes como tal.

Mi hija, que también es de mecha corta, se enfrenta a su madre en cuanto esta finaliza la oración.

—¿Ah, sí? Pues ¿sabes qué te digo? Que me da exactamente igual tu opinión. Me gustan las investigaciones; cuando lo asumas, dejarás de ver todo lo que hago como un problema. No le estoy haciendo daño a nadie por querer investigar lo que le pasó a esa chica. Y, si además sirve para pasar tiempo con mi padre, mejor que mejor.

Bone se cuela entre las piernas de ambas. Es un perro muy sensible y, en cuanto nota alteración en nuestro estado de ánimo, intenta calmarnos.

—Haced lo que os dé la gana. Cuando os metáis en problemas, a mí no me vengáis para que os rescate.

Con esas sale de la cocina muy enfadada, dejándome con un mal sabor de boca que no sé cómo gestionar.

—Entonces, ¿esta tarde la dejo libre para ir al pueblo, no?

Solo puedo asentir a la sonrisa de mi hija.

◆ ◆ ◆

El cartel de Polano queda atrás junto con el grito de emoción de mi hija.

—Sigo sin entender por qué estás tan obsesionada con esto. Y llega un punto en que no me gusta nada esa emoción obsesiva.

Ana tiene razón en una cosa: aunque Marta no haga daño a nadie, puede meterse en muchos problemas por su simple curiosidad.

—Solo he podido leer los primeros informes de la Policía y la desaparición de Olivia es de los casos más interesantes que hemos estudiado, papá. La vida de esa chica era mejor que una serie turca.

Ruedo los ojos porque no sé ya qué decirle.

Recuerdo que Olivia era una de las muchachas más llamativas del pueblo. Siempre alegre y carismática con todo el mundo. Traer su fantasma a la memoria de mi hija no ha sido el movimiento más inteligente que he tenido en los últimos tiempos.

—Por cierto, me he adelantado y he alquilado una noche en la casa rural del pueblo para que podamos dormir cómodos.

Giro la cabeza durante un segundo para que note mi sorpresa.

—¡Marta! Esto nos llevará una tarde. Tú tendrás tiempo de cotillear lo que te dé la gana y yo, de recoger la partida de mi

abuelo. No habíamos quedado en esto.

—Si se nos hace tarde y cae la noche, es peligroso estar por la carretera. Además, es viernes; mañana no tienes nada que hacer. ¿Qué mejor excusa para pasar un fin de semana de diversión con tu hija?

El sarcasmo es la base del carácter de mi hija. Tiene pocos amigos por ese mismo motivo, porque nadie la comprende, ni siquiera yo o su madre.

—Deberías haberme avisado. —Intento controlar el mal humor que se ha despertado en mí apretando el volante con más fuerza de la necesaria.

Entre este cambio de planes y la discusión con Ana antes de la comida, tengo un mal cuerpo que no lo aguanto ni yo.

La iglesia del pueblo está a las afueras; tengo que recorrer la calle principal de Polano para llegar a ella.

Nos mantenemos en silencio hasta que estamos a unos pasos de la entrada. Marta debe notar mi mal humor porque me enseña con sorna la libreta que ha elegido «para este caso» y, cómo no, me saca una sonrisa.

—Si prefieres dar una vuelta por tu cuenta, yo me quedaré con el cura.

Se extraña de mi comentario, pero el gesto le dura un segundo, el mismo que tarda en abrir la primera hoja de su libreta.

—¿Sabías que el cura fue una de las personas que declaró ante la Policía cuando desapareció Olivia?

—Marta…

—Solo aporto ese dato. No encontraron nada, pero yo quiero conocerlo.

Asiento y dejo un espacio de unos segundos para que mi respiración se controle. Cualquier día me va a dar un infarto y no podrán decir que no tuve motivos para ello.

Aparco lo más cerca que puedo. No en todas las calles del pueblo pueden entrar los coches. Para los ciudadanos es muy cómodo, pero para los que venimos de visita no tanto. Tenemos que caminar unas calles hasta alcanzar la que estamos buscando. Durante todo el trayecto, Marta observa cada detalle que nos rodea como si fuera la

primera vez que lo viera. Es cierto que no la he traído tanto como debería, pero la vida me llevó por otros derroteros, lejos de aquí.

La iglesia es imponente y contamos con la suerte de que la puerta está abierta.

—Hemos hablado sobre esto —me aseguro de que estamos en el mismo punto. Marta simplemente asiente.

Al entrar, el cambio de temperatura se siente de forma instantánea. Las paredes de piedra refrescan todo el lugar, obligándome incluso a apretarme el jersey.

—¡Buenos días! —grito sin saber muy bien a quién.

Siento los pasos de Marta próximos a mí, cercanos, pero desordenados. Desde que ha puesto un pie en la iglesia, ya se ha puesto su disfraz de investigadora. Fue una pena que no entrara en la policía; a su madre y a mí nos hubiera evitado muchos disgustos.

—¡Buenos días! —vuelvo a repetir.

Un golpe, como de un peso grande al caer al suelo, nos alerta a ambos. Se escucha desde una de las esquinas de la sacristía y, acto seguido, aparece una figura vestida de negro.

El cura de Polano es joven. Debe de tener unos cincuenta años como mucho.

—Buenos días, ¿necesitáis ayuda? —Se queda unos segundos mirando mi rostro, escrutando mis ojos—. Me suena mucho tu cara, hijo.

Que un señor de casi mi edad me llame hijo es más raro que estar aquí con Marta y su libreta de margaritas.

Cuando me fui del pueblo, este hombre tenía que rondar los veintitantos años. ¿Cómo es posible que no lo recuerde? Hasta donde sabía, el cura era el anciano que casó a mis padres, incluso a mis abuelos.

—Mi padre es de Polano, pero se fue a vivir a la ciudad joven. Soy Marta, por cierto.

Él asiente y sonríe con dulzura a mi hija; después regresa a mí.

—Puede que nunca coincidiéramos —comienza a decir—; si marchaste joven, yo todavía estaba aprendiendo de la experiencia del padre Victorio.

—Debe de ser eso. —Espero que no note mi decepción. Tenía fe en que el mismísimo Victorio siguiera aquí y me pudiera ayudar. Él tenía que saber dónde está la ficha de mi abuelo de un plumazo. Se sabía todo lo que sucedía en el pueblo—. Hemos venido en busca de una partida de bautismo. Estoy haciendo un árbol genealógico y una de ellas no está digitalizada en el registro.

—Por supuesto. Dadme unos minutos, que termine la faena, y estoy con vosotros. Esta es vuestra casa.

Abre los brazos con una invitación clara a que tomemos asiento y recemos mientras esperamos.

6. MARTA

El eco de sus pasos retumba durante unos segundos hasta que desaparece.

—¿No lo aceptasteis en la pandilla? —suelto así, sin más.

Mi padre me mira con extrañeza.

—¿A quién?

—Al cura. Te ha mirado con recelo, ¿no lo has notado?

—Lo único que he notado es que le sonaba mi cara, pero no se daba cuenta de quién era. No te montes más películas de las que ya tienes en la cabeza, hija.

—A la Policía le comentó que conocía bien a Olivia. Intuyo que sí era de su pandilla.

Me ignora mirando uno de los cuadros de Jesucristo y solo me queda la opción de dar un paseo por la iglesia para hacer tiempo.

Es grande. Para un pueblo tan pequeño como Polano, la iglesia tiene un buen tamaño. Las filas de asientos son más de veinte y cuenta con tres enormes pasillos que van a dar al altar. La representación de Jesucristo crucificado es algo que no soporto ver. Tengo que apartar la mirada y centrarla en cualquier otro punto.

Camino de espaldas a la masacre representativa, fijándome en que cada banco sigue un patrón. Son de madera, de una muy oscura, y en el respaldo tienen un símbolo tallado. Freno delante de uno de ellos; es fácil descubrir que todo el banco está hecho a mano con solo rozarlo.

—Papá, ¿en Polano hay algún carpintero?

La acústica es lo mejor del lugar. No tengo ni que elevar la voz para que me escuche.

—Sí, uno de los vecinos tiene una carpintería ya heredada de sus abuelos. Los Gómez. Javier Gómez es el dueño actual, ¿por qué?

—Ha hecho los bancos de la iglesia. —Rozo el logo tallado de una G, que ahora cobra sentido.

—Puede ser, son muy beatos. Su madre se pasó media vida cuidando de los más necesitados aquí y ayudaba mucho al cura anterior.

Mi mente sigue centrada en el logo. Dentro de la G parezco intuir algo, un dibujo diminuto, pero sin una lupa es imposible verlo. Tengo

que obligarme a centrarme en otro asunto para no perder horas en algo que no tiene sentido. Este maldito cerebro mío, en ocasiones, tiende a volverme loca.

Más de lo que ya dicen que estoy.

En una de las esquinas de la nave central, muy cerca de la pila de agua bendita, destaca un rincón lleno de velas. Pequeñas y tímidas, pero las suficientes como para llamar mi atención. Camino lento, para que mis pasos no retumben, y antes de llegar veo un pequeño cuadro apoyado en una mesita donde están las velas. Guarda la fotografía de una chica joven, rubia y sonriente.

Si no supiera que hace veinticinco años que no está entre nosotros, diría que es la viva imagen de alguien que se va a comer el mundo.

La sonrisa de Olivia se ilumina y se ensombrece a medida que las velas mueven su llama con la corriente de la iglesia. Tiene un punto tétrico apreciar el pequeño altar cuando he venido a husmear lo que fue su vida y qué la llevó a desaparecer.

—Papá —susurro lo más bajo que puedo para que me escuche. El apelativo reverbera en la nave central, haciendo que mi objetivo se esfume en un segundo.

Eduardo Fernández clava su mirada en la mía, con rabia. Odia que monte escándalo en los lugares donde el protocolo social está muy claro. Con la mano derecha le pido que se acerque y lo hace solo para no empeorar más la situación.

—¿Has visto esto? —señalo el altar con cautela, para que al hombre no le ofenda también mi gesto.

—Es muy bonito, un gran gesto del padre, sin duda.

Lo miro con asombro, pero él no nota, o no quiere notar mi mirada.

—El cura afirmó a la Policía que tenía buena relación con Olivia. —Le recuerdo. Las cejas de mi padre se cruzan mientras él mantiene el silencio.

¿Quién se encargará de mantenerlo?

Se masca el silencio durante unos minutos eternos. Mi padre siempre cuestiona todo lo que yo digo. Y cuando digo todo, es absolutamente todo. Que no aporte ninguna excusa a mi

planteamiento me hace creer que he dado en el punto de algo importante.

—Es raro, papá. No me lo niegues.

Y, como si mi nueva frase lo hubiera sacado de su ensimismamiento, niega rápidamente con la cabeza.

—Puede que no sea una cuestión del cura, sino de la familia. A modo de honrar la memoria de Olivia. Tú no conoces los códigos de los lugares pequeños como Polano, pero es más habitual de lo que crees.

—Hay demasiadas coincidencias. El cura fue investigado, tiene un altar veinticinco años después…

—Marta, solo has venido a cubrir tu necesidad de cotillear la psique humana, no hagas otro trabajo que no te compete. ¿Estamos?

No, no estamos, pero acabo asintiendo como cuando era una niña a la que se le reñía por todo. A modo de rebeldía, saco mi libreta y apunto el hallazgo que he encontrado. Sigue siendo raro de narices que el cura tenga esto aquí.

Hipótesis principal: Estaba enamorado de ella y no lo superó.

Cierro la libreta con más fuerza de la que me gustaría porque la mezcla de rabia e incertidumbre no la sé gestionar. Y para más inri, me he dejado las pastillas en el coche.

Una puerta se abre y con ella vuelve a aparecer el joven cura. Mi padre sonríe como si hubiera visto a Dios, no porque sea creyente, sino porque tiene unas ganas locas de volver a casa y dar carpetazo a este asunto. Lo conozco igual de bien que él a mí; llevamos veinticuatro años rondando el uno en la vida del otro.

—Siento la espera, hijos, pasad por aquí. —Indica otra puerta, enfrente de donde ha salido—. Es una sala humilde donde guardo la mayoría de papeles.

El primero que accede es mi padre; lo sigo, y por último el clérigo cierra la puerta con delicadeza. Si no intuyera que la fe cristiana que dice tener se la salta cuando piensa en Olivia, me fijaría más en su forma de caminar pausada y en las sonrisas que nos lanza.

No mentía cuando decía que la sala era humilde y estaba llena de papeles. El orden no entra dentro de las características del párroco,

eso está claro. La mesa se intuye que es de madera por las patas, porque está tan cubierta de utensilios, papeles desparramados y pinturas que no se ve absolutamente nada.

—¿De qué año es la partida de bautismo que necesitas?

Desconecto de la conversación mientras mi padre se pone a hablar de los tecnicismos de su árbol genealógico. Mi atención ha quedado prendada en estudiar el orden del cura. Por cómo se mueve en él, hay una clara evidencia de que tiene sus propios métodos para conocer dónde se encuentra todo. En psicología, este desorden puede decirnos muchas cosas: puede estar relacionado con una persona extremadamente creativa y flexible, que puede ser el caso debido a las pinturas que hay sobre la mesa. O también puede ser un indicativo de problemas de gestión del tiempo, incluso ser un síntoma de TDAH, ansiedad o depresión.

Necesito más datos del padre para sacar mi primera conclusión. Para empezar, sigo escribiendo en mi pequeña libreta mis pensamientos.

Cuando me quiero dar cuenta, hay un silencio en la sala. Este está producido por el afán del cura de encontrar lo que mi padre le pide entre los cientos de libros que tiene en la estantería.

Es el momento perfecto para soltar una pregunta sin que llame demasiado la atención.

—Debe de tener mucho trabajo estos días, padre, no queremos robarle tiempo.

Mi padre, el real, del que tengo ADN corriendo por mis venas, me lanza una mirada desde el otro extremo de la sala para averiguar qué tramo.

El sacerdote resopla, pero me regala una sonrisa que destensa cualquier atisbo de presión que pudiera poner sobre la mesa.

—El Señor siempre manda trabajo. Y para eso estamos, para acatar todo lo que ordene.

—Claro. Menos mal que os deja un día de descanso, porque si no…

Un carraspeo duro y seco llega desde mi espalda. Otro indicativo de Eduardo Fernández para que no suelte mis bromas agrias.

—Antes he visto un cuadro de Olivia; con la muerte del tío ha debido de reabrir viejas heridas en el pueblo, ¿verdad?

No queda nada de amabilidad en el rostro del hombre, más bien desconcierto y desconfianza. Se lleva la mano derecha al rosario que cuelga de su cuello. Lo frota en tres ocasiones, como si fuera uno de sus rituales para encontrar calma.

—Nadie en este pueblo olvidará jamás a Olivia Jordan.

Nota mental para apuntar en mi libreta: el cura no es tan agradable como parece.

Regresa a su tarea; abre dos o tres libros mientras lo observo de cerca. El olor a incienso estaba presente en la nave central de la iglesia, pero cada vez que él se mueve y, con ello, su sotana, el olor vuelve a estar presente a nuestro alrededor.

Profundo e intenso, siendo un recordatorio de dónde nos encontramos.

Tengo que tragar saliva de forma momentánea cuando mi cerebro interpreta dicha información. Cuando estoy en la tranquilidad de mi despacho, fantaseo con poder hacer cosas increíbles como esta, pero una vez me veo en el ajo… la cosa cambia. Tengo que reconducir todos mis pensamientos para que no me dé el bajón ahora mismo. Perdería fuerza de cara a mi padre y credibilidad delante del cura.

—No encuentro nada de ese año, Eduardo. ¿Podrías darme un par de días para buscarlo? Este espacio es pequeño y algunos archivos los llevé a la casa parroquial.

—¿Unos días? —duda mi padre.

Solo tenemos una noche de hotel, pero ¿qué más diversión hay para un fin de semana que seguir con la investigación de campo?

—No hay problema, ¿a que no, papá? Extenderemos la noche en el hotel y listo. Todo sea por el árbol genealógico.

Mi padre cierra los ojos con cinismo, pero no le respondo del mismo modo; me centro en el cura.

—Es muy importante para él —le digo mintiéndole como una bellaca—. No queremos irnos de Polano sin él.

—Por supuesto —no nos mira; lleva la atención a su sotana, después al suelo, y finaliza colocando los libros en la estantería—.

Haré todo lo posible para que así sea.

Hipótesis: El cura no quiere que sigamos en el pueblo.

7. ALFREDO

Nada más que Eduardo y su hija salen por la puerta, busco de forma desesperada el teléfono móvil. No tengo ni que marcar el número; aparece como la última llamada que recibí.

Presiono el botón de llamar ante la impaciencia que corre por mis venas como fuego en una noche de viento.

Responde al segundo tono.

—Estoy conduciendo, tienes que ser breve —dice la voz de la otra línea.

—Necesito que me hagas un favor. Uno muy urgente.

—Claro, dime.

—Llama a Conchi y dile que no vaya al hotel esta noche. Más tarde te contaré por qué. Y avisa a Francisco para que no me llame durante un par de días. No sé si tengo a la Policía de nuevo encima de mí.

—¿Qué quieres decir? Alfredo, no me asustes…

—Haz lo que te pido, por favor. Y tú tampoco vengas a la iglesia durante dos días. Si las personas que han venido son investigadores, querrán volver a tomar declaración de tu versión de los hechos.

—¿De qué estás hablando? Comienzo a preocuparme c… —Lo corto antes de que diga algo que nos pueda meter en líos.

—Han venido preguntando por Olivia, pero no sé si son meros aficionados o si de verdad el caso se ha reabierto. Uno de ellos era del pueblo, te sonará seguro: Eduardo Fernández. Se casó al poco de que todo explotara. Vive en la ciudad desde entonces. He tenido que hacerme el loco, como si no lo conociera.

—¿Y por qué has hecho eso? —La dureza en su voz me hiere. Tiene razón al indicar que yo no soy de este modo, que yo no dudo de los demás.

—Porque Eduardo Fernández se fue de Polano porque se casó… y porque sacó una plaza en el Juzgado de la ciudad. No sé cuánto sabe o qué poder tiene. Ni siquiera sé su puesto, pero ¿y si es un nuevo juez con ganas de darle bombo a su desgastado pueblo? No quiero líos, no ahora. ¿Me has entendido?

Lo hace porque emite un sonido de fastidio antes de cortar la llamada.

8. EDUARDO

Polano destaca por estar rodeado por unas altas montañas llenas de bosques que siempre han sido la puerta de entrada a millones de historietas para niños. Cuando era un crío y quería estar jugando en la calle hasta que oscureciera, mi madre me contaba que un monstruo, que habitaba en lo más alto de la montaña, bajaba a eso de las diez de la noche a comer huesos diminutos. La mayoría de los días solo podía roer aquellos que dejaban los perros de la zona, pero cuando se encontraba con un niño… se metía un festín que le duraba días. Tal era la celebración que el cielo comenzaba a tronar sin derramar ni una gota de agua. Eran los gritos de júbilo del hombre.

La primera vez que escuché una tormenta seca me pasé días sin poder salir de la cama, temeroso de que alguno de mis amigos hubiera corrido con tan mala suerte.

Por una parte, me alegro de que mi hija no haya tenido que vivir con ese miedo perenne. Tanto Ana como yo en ningún momento nos planteamos habitar la casa de mi madre en Polano. Nuestra vida estaba en la ciudad: nuestros trabajos, nuestros amigos. La vida de Marta, que, a pesar de que ahora es más alterable, de pequeña los médicos nos recetaron plantear una rutina milimétrica para que pudiera prescindir de una dosis alta de pastillas para su ansiedad.

Ni siquiera me doy cuenta de que tengo el teléfono en la mano cuando salimos de la iglesia. Quiero poner al día a Ana de los cambios, sobre todo de que nos tenemos que quedar todo el fin de semana aquí.

Al tercer tono responde. Está en la pastelería; lo sé por el bullicio de fondo que acostumbra a haber en ese local.

—Cariño, tengo noticias.

—No me digas más, tu hija te ha liado para uno de sus cotilleos.

—Algo así. —Le cuento a grandes rasgos lo que ha sucedido y que el problema de que nos hayamos quedado atorados no es de Marta, sino del árbol genealógico que estoy haciendo y del desorden del cura.

Como bien decía mi madre, Ana tiene el cielo ganado solo por aguantarnos a mí y a Marta. Cuando cuelgo con ella lo hago con una

sonrisa que Marta no duda en señalar.

—Ya que madre nos ha dado la bendición, tengo que contarte nuevas hipótesis del caso.

—A tu madre lo único que le ha parecido bien es que pasemos tiempo de calidad de padre e hija, no que investigues sucesos del pasado.

Abre su libreta ignorando por completo lo que acabo de decirle. Sus manos están tensas; en concreto, la que sujeta el bolígrafo no deja de subir y bajar el péndulo de la mina. La toco con cariño para que cese en el movimiento rítmico, pero ella ni siquiera se da cuenta. Se ha metido en el bucle de la investigación.

—El cura Alfredo es un claro sospechoso, papá. Ha demostrado que no le hace ni pizca de gracia que haya preguntado sobre Olivia. Además de que tiene un altar porque, según mi teoría de cotilla, que no de psicóloga, estaba enamorado de ella.

—¡Marta! Es cura, por el amor de Dios. —Esta mujer me sube la tensión arterial cada día más.

—¿Es que nunca has escuchado el refrán de «no asegures que este cura no es tu padre»?

—Céntrate y olvídate de los amoríos del cura más allá de los que tenga con Dios.

Asiente y vuelve la atención a la libreta. En esta ocasión me fijo en que las páginas están dobladas con un patrón que ha creado. Su rigidez física está más que enlazada con el bucle obsesivo que se ha despertado en ella desde que llegamos al pueblo.

No ha sido buena idea traerla, y mucho menos darle alas con este caso.

—¿Y si él tiene algo que ver con la desaparición? ¿Estaba con ella el día de su cumpleaños? ¿Te acuerdas de ese dato?

Estoy haciendo un esfuerzo titánico para que no parezca que me interesa lo que está diciendo. No quiero que se meta en problemas y mucho menos que yo tenga que dar explicaciones por haber sacado el expediente del juzgado.

—¿Por qué iba a estar el cura con Olivia el día de su cumpleaños? No. Ella lo estaba celebrando con sus amigos; fue una coincidencia que desapareciera esa noche.

Creo, porque no tengo muy nítida esa época, pero eso no se lo aclaro.

Marta asiente y apunta algo con un jeroglífico que no comprendo.

—Cariño, ¿has tomado la pastilla de fluoxetina esta mañana?

No me mira, sigue centrada en escribir a toda velocidad.

Que se salte su medicación es un problema que ya vivimos en otra época de nuestras vidas; no quiero regresar a ella por nada del mundo.

—¡Marta! Estoy hablando de algo serio.

Levanta la cabeza y me encuentro con una niebla en sus ojos, la misma que aparece cuando se mete en uno de sus mundos.

—No, no me la he tomado porque se me olvidó en el coche y necesito agua. —Señala el teléfono donde aparece una nota: «TÓMATE LA MEDICACIÓN, LOCA»—. Pero no se me había olvidado.

No estoy de acuerdo con que bromee con su afección, pero por más que su madre y yo se lo decimos, no nos hace caso, así que hemos claudicado en ese aspecto.

—Bien, vayamos a la taberna a por una botella de agua y de paso hacemos una parada para comer. Con tanto viaje y tanta espera se me ha abierto el apetito.

—Tu apetito siempre está abierto, papá. Esa barriga no tiene fondo.

La toco con cariño, pero mi instinto me hace coger aire y reducir el aspecto de la misma. Cuando frecuentaba la taberna del pueblo no tenía este tamaño y tenía el mismo apetito.

◆ ◆ ◆

La taberna de Eulalio sigue igual que cuando mi padre la inauguró. Las mismas sillas y mesas de madera, ahora con claros desgastes fruto del tiempo; los mismos cuadros decorativos, que señalan la belleza de los montes de Polano, y los azulejos de flores…

Las tradiciones de esta taberna son extrañas, y solo los polanienses las conocemos. Marta, ajena a todo el mobiliario antiguo, elige una de las mesas y toma asiento. Ha escogido la más lejana a la gente, cerca de la ventana.

Sigo los pasos de mi hija, pero en una de las mesas alguien grita mi nombre. De forma instantánea, una emoción me embarga. Al ver el rostro de Fernando Jordan, parte de la dicha se evapora porque creía que era un viejo amigo; no obstante, recorto la distancia y voy directo a saludar. Me estrecha la mano con tal fuerza que la sonrisa que aparece en mi rostro se convierte en una mueca.

—¿Cómo te va la vida, Fernández? Ya no te vemos el pelo por aquí.

Me está hablando como si no hiciera exactamente unos días que coincidimos en el funeral de su hermano, pero no seré yo quien indique ese detalle. Los Jordan son propensos a no mostrar su verdadera cara cuando están en sociedad.

—Hay poco tiempo libre, ya sabes. Ana con la pastelería, y Marta acabó la carrera hace poco; está con el doctorado, trabaja desde casa y tampoco tiene tiempo.

—Pero tú sí lo tienes, ¡que eres funcionario! Tendrías que venir a una de las cacerías que estamos organizando.

La caza es una zona roja; va en contra de mis ideas, pero para ellos ha sido el divertimento de toda una vida.

Llevo la mirada hacia mi hija, que ha utilizado el momento de cháchara para observar a los señores. Se fija en Fernando, cómo no hacerlo y cómo no escucharlo con el tono de voz tan grave que tiene. Sin que abra la boca, sé lo que está pensando. En uno de los informes que leyó mientras veníamos en coche, Fernando Jordan tuvo que declarar ante la Policía y fue investigado por la posesión de dinero ilegal y la posible implicación en la desaparición de su hija.

No llegó a puerto. Según todo el mundo, no tenía nada que esconder y no era el único con dinero en casa en el pueblo. Además, declaró que jamás le haría daño a su hija porque era el centro de su vida. O eso se dijo.

—En otras actividades puede ser, en esa no, ya lo sabes, Fernando. Os dejo, que está mi hija esperando para comer juntos.

Me deshago de ellos como puedo. Tampoco tengo un máster en sociabilizar.

Para cuando me quiero dar cuenta, Marta ha elegido por los dos el menú del día y estoy devorando un plato de lentejas tan delicioso

como los que hacía mi abuela.

—Ya se ha quitado la notificación del móvil —comenta Marta entre cucharadas. Eso significa que se ha tomado la medicación.

El resto de la comida la pasamos en silencio. Degusto la tranquilidad que me aporta estar comiendo con la televisión de fondo, las noticias a todo volumen a pesar de que nadie esté atendiendo a ellas. El ruido de las conversaciones de los ancianos, que no dejan de hablar del próximo partido de fútbol que se avecina, el cual van a ir a ver porque jamás se perderían ningún momento de su equipo. El olor que sale de la cocina, de estar friendo nuestro siguiente plato.

Mi vida cambió de forma radical cuando dejé Polano, y ahora que todo se ha removido entre las cuatro paredes de mi casa, hay preguntas que me asolan de noche o en momentos así, de tranquilidad, que me causan miedo. Incertidumbre. Me dejan con mal sabor de boca.

En realidad, ¿qué habría sido de Olivia si no hubiera desaparecido? El recuerdo de aquella chica alegre, preciosa y dicharachera se cuela en mi mente. Tanto que tengo que poner una excusa para acudir al baño y echarme agua en el cuello. No quiero que Marta me note nervioso.

Nada más levantarme, recuerdo que de camino al servicio había un tablón de noticias que todos revisábamos al menos una vez al día. Ponían todo aquello que era importante: anuncios, cumpleaños para que a nadie se le olvidara… Era una parte de la comunidad, como un recordatorio de que todos éramos uno.

Cuando me acerco a la pared, me encuentro con que ya no hay solo un tablón, sino dos. Uno de ellos es más nuevo, sigue la estética del anterior, pero no guarda los mismos recuerdos. Las noticias que luce son provinciales; poco o nada tienen que ver con los habitantes de Polano. Pero el otro, el tablero de al lado, lo conozco bien. Toco la madera, repasando sus curvas para rememorar esos días de niño que jamás volverán.

Algunas de las noticias siguen colgadas; nadie las ha quitado, y el papel se ha ido amarilleando con el paso del tiempo. Leo algunas,

sobre todo las que tienen fotografías que conmemoran algún momento importante.

Una de ellas llama mi atención. Se encuentra en la esquina inferior derecha, casi oculta por otras. Aparece un titular gigante: *El equipo de Polano gana por goleada*, y debajo hay una foto donde mi cara aparece en primera plana. Mis días de futbolista murieron por aquel entonces, y tengo que reprimir las ganas de reírme porque era malo a rabiar para ese deporte.

Comienzo a leer la noticia:

El nuevo cura de Polano inaugura su camino con un partido de fútbol benéfico que tuvo cabida el día 15 de septiembre de 1999 a primera hora de la mañana.

Busco de nuevo en la foto las caras conocidas. Todos son vecinos del pueblo de mi quinta, pero hay algo que me llama la atención y que me obliga a leer de nuevo el faldón.

15 de septiembre de 1999.

Ese día fue el día después de que…

Busco en la noticia los jugadores que ese día participamos. Recuerdo que aún no teníamos noticias de la desaparición de Olivia. Fue muy temprano, y el pueblo se hizo eco de que no estaba en su casa a eso de la media mañana; no obstante…

Ni siquiera recordaba que el nuevo cura hubiera promovido ese partido; creía que era cosa de Victorio. Busco de nuevo entre los participantes que aparecen en la foto: ni el nuevo cura ni Francisco Jordan aparecen en la imagen cuando sí que estaban convocados.

Es una idiotez. Y si mi memoria no comenzara a crear mini lagunas, esto no me estaría pasando, pero hay una sensación extraña que se está apoderando de mí. ¿Y si la obsesión de Marta tiene algo de peso?

ALGO.

Mi hija siempre ha sido extraordinaria para captar cosas que los demás pasamos por alto. El único «pero» que tiene es que, si se le da alas, nunca vuelve a pisar tierra firme.

Pero ¿y si…?

No, la Policía hubiera encontrado algo de ella. Algo más que un lazo en medio del bosque, ¿no?

9. MARTA

Para mi sorpresa, la cama del hotel es tan cómoda o más que la mía. Antes de irme a dormir tomé la pastilla de melatonina y no me he enterado ni de los mosquitos. Eso sí, cuando hace cinco minutos mi padre aporreó la puerta con ímpetu, salté de la cama como un resorte.

No todas las noches puedo descansar. Mucho menos cuando tengo alguna idea rondándome la cabeza. Creía que la noche de ayer iba a ser ese tipo de noches en las que ni duermo, ni descanso, ni nada de nada.

Odio el insomnio. Me da pánico tenerlo, y ahí entra un bucle psicológico que…

—¡Marta, no tenemos todo el día! —vuelve a repetir mi padre desde el otro lado de la puerta.

Resulta que al señor Eduardo Fernández le ha entrado la prisa esta mañana porque el cura ha venido por sorpresa a desayunar con nosotros.

El tema de que en los pueblos todos estén más unidos me parece muy bonito, pero no va conmigo el asunto. Ya ayer, cuando entramos en el hotel y la mujer por poco me abre la cama, tuve que hacer una escala de respiraciones para controlar la ansiedad.

Tocan mucho, y ni siquiera piden permiso.

Me visto en un santiamén, abro la puerta mientras enredo el pelo en un moño que queda mejor de lo esperado. Es lo bueno de tener rizos bien profundos y enredados: que las gomas del pelo son como cemento. Solo puedes romperlas para sacarlas de semejante maraña.

—Espero que merezca la pena este despertar tan encantador, padre.

Se lo digo a mi padre, pero en realidad estoy mirando al cura, que se muestra muy sonriente a su espalda.

—A quien madruga, Dios le ayuda. —Y con esa frase estelar el cura nos deja en medio del pasillo.

—Quiere invitarnos a desayunar para despedirse de nosotros; ha encontrado la partida de bautismo de mi abuelo.

—¿Eso también lo hace un cura convencional? ¿Animar a sus feligreses a que se vayan del pueblo?

Si ya lo dice mi madre, las mañanas no son mi mejor momento del día. Me despierto de mal humor.

Mi padre rueda los ojos, aunque no rebate mi frase, y eso ya es raro de por sí.

—Puede que esté siendo agradable, no quiero mal pensar de él.

—Yo sigo dándole vueltas al asunto de su amorío con Olivia; tenemos que sacar más información. A ver si vamos a estar delante de un asesino. —Mi padre toma distancia; lo he abrumado con mi efusividad—. No, no relinches como los caballos y párate a pensar. ¿Cómo podrías dormir por la noche si vuelve a hacer lo mismo con otra chica? Podemos frenarlo.

—No somos policías.

—Pero podemos ponerlos sobre aviso. Solo hace falta recabar pruebas. Las pistas están claras.

—Es un cura de pueblo, Marta.

—Eso déjamelo a mí.

Paso por delante de él y me dirijo a tomar asiento con el sacerdote. Nos está esperando en la mejor mesa del restaurante del hotel. Llena de dulces y café recién hecho para que no nos falte de nada.

Es que si mi padre no ve las indirectas de que nos está echando con una sonrisa… Ya no puedo esperar nada de su inteligencia.

—¿Así que ha encontrado la partida de mi bisabuelo? —suelto así, sin más.

—Sí, estaba en la casa parroquial. En cuanto desayunemos, os llevo hasta allí y continuamos con la gestión. No os voy a robar más tiempo; los fines de semana son sagrados para descansar, ¿verdad, Eduardo?

Mi padre toma asiento a la vez que asiente a las palabras del cura.

—Y dime, Alfredo, ¿cómo son los feligreses de Polano? He visto que su iglesia está muy cuidada.

Sonríe porque le gusta el tema. Ya me he dado cuenta de cuándo sus sonrisas son sinceras y cuándo impostadas. Sabe manejar las

emociones, aunque no tan bien como para que mi ojo no las capte.

—La gente de Polano es lo mejor. Aunque entiendo que una joven como tú necesite otro tipo de proyecciones que solo se encuentran en las ciudades.

—No te creas. Trabajo desde casa, incluso me estoy planteando mudarme a la casa de mi abuela aquí durante una época.

Tapa cualquier respuesta impulsiva cogiendo una tostada y comenzando a untarla de mermelada. Mi padre carraspea porque, cómo no, no está al tanto de mi estrategia.

—No te acostumbrarías a una vida tan sociable, cariño —dice, dándole alas al cura para cambiar de tema.

—Los jóvenes de hoy en día os aburrís rápido. —La pregunta que ocupa mi mente es clara: ¿qué sabrá él de la vida de los jóvenes?, pero como tengo que llevarlo a mi terreno, sonrío cínica obviando cualquier enfrentamiento que pueda salir de esto.

—¿Tú empezaste muy joven para ser cura?

Ya no tiene más mermelada, y la única opción viable es que responda a mi pregunta. Quedaría muy grotesco que comenzara a comer ignorándome. Hasta yo, que estudio las normas sociales porque de por sí no las entiendo, sé que eso es así.

—Sí, siempre he tenido vocación por seguir el camino que marca Dios.

—¿Y has podido tener amigos siguiendo ese camino?

—Marta, por el amor de Dios —susurra mi padre.

Me entra la risa con el paralelismo.

—¡Justo de él hablamos, papá! —Miro hacia él para que se tranquilice, pero está tan tenso como el cuchillo de untar de Alfredo —. No era una ofensa, padre.

—No te preocupes, Eduardo, la curiosidad es parte de la vida. —El tono solemne me pone los vellos de punta; a pesar de ello, ignoro el mal sentimiento y espero paciente a que responda mi pregunta—. Como bien decía antes tu padre, en Polano se puede sociabilizar mucho. Lo tuve fácil cuando llegué al pueblo.

—Si no salías con la pandilla de mi padre, ¿ibas con los más jóvenes, con la de la chica que desapareció, Olivia, no?

Se le cambia el semblante sin poder evitarlo. Dura un segundo, pero es un segundo de pura incomodidad.

—Me llevaba bien con todo el pueblo, pero mi juventud la pasé muy cerca del padre Victorio. Tenía mucho que aprender de él.

Menuda respuesta de mierda.

◆ ◆ ◆

La casa parroquial está pegada a la iglesia; es una extensión de la fachada, pero con mucha menos altura. Sigue la estética de piedra, aunque la pintura está desconchándose en algunas partes.

El cura, que no me ha quitado el ojo desde que acabamos de desayunar, se da cuenta de que estoy haciendo un repaso exhaustivo al lugar donde vive.

—Es humilde, pero acogedora; además, hemos hecho cambios en los últimos años.

Para cuando deja de hablar ya estamos en la entrada. No tiene que introducir ninguna llave en la cerradura, porque nada más empujarla, la puerta ya se abre.

—Hace tanto frío por la zona en los meses que no son verano que una de las reformas que hicimos fue traer el catecismo a una de las salas. Tenemos dos: una de ellas la utilizo yo para los papeles, pero la otra es para los más pequeños que quieren tener un encuentro con Dios.

—Qué maravilla —dice mi padre, como si de verdad le importara dónde y cómo dan catecismo los niños del pueblo.

La sonrisa de orgullo de Alfredo es otra cosa.

—Os la enseñaría, pero seguramente vais justos de tiempo —claudica para hacernos entrar en la sala donde guarda los libros.

Muy incómodo tiene que estar con nuestra presencia para no dejar de repetir que tenemos prisa para volver a la ciudad.

La sala está pintada en tonos blanquecinos, pero hay tantos libros antiguos con los lomos en negro que el ruido visual es instantáneo. Y no solo el ruido, también el extenuante olor a lejía que hay.

Para el tema de los olores soy un poco quisquillosa. Y más cuando son tan fuertes.

—¡Alfredo!, ¿estás ahí? —una voz, de mujer, se cuela en el silencio que habíamos creado entre los tres.

—Esa debe de ser Marisa, la mujer que da catecismo. Dadme unos minutos y ya estoy con vosotros.

Mi padre pasa a mi lado haciendo una revisión del entorno con los brazos hacia la espalda. Por cómo pasea, sé que no está fijándose en nada; simplemente quiere pasar este trago y que nos vayamos. Un poco como el cura, vaya.

—¿Te has enterado de que ayer mataron aquí a una chica?

La pregunta, totalmente fuera de lugar, que suelto llama tanto su atención como para descruzar las manos y fijarse en mí.

—¿De qué estás hablando? —parece sorprendido de verdad. He perdido una oportunidad de lujo al no hacerme actriz, porque cuando me meto en un papel lo hago que te cagas de bien.

—Es una broma, papá. Lo digo por el olor a lejía que hay en este lugar.

—La gente limpia, Marta.

En mi mente repito la misma frase con un tono jocoso: *li ginti limpii, Mirti.*

—Aunque la gente limpie, no usa medio bote de lejía para ello. ¿Es que no ves películas de asesinatos o de desapariciones?

—¿Qué más da que las vea? Me las acabas contando tú, me guste o no.

Ruedo los ojos para evitar la pulla que me acaba de lanzar.

—En todas ellas, cuando el asesino quiere esconder pruebas a la policía, lo que hace es limpiar el lugar del crimen con botes y botes de lejía. Es por eso que la policía, porque suele ser muy inteligente, lo descubre al momento.

—Si las películas que ves tienen ese corto recorrido y una premisa tan pobre, ahora entiendo tus ganas de investigar por tu cuenta. —Sonríe de medio lado.

—No hagas bromas con mis obsesiones, serías un mal padre que no comprende a su hija TEA.

Rueda los ojos con suspiro incluido.

Me río por haberlo desesperado de una forma tan sencilla, y él me sigue solo por despegarse de la sensación de mal padre que le he indicado.

—Se ve que Alfredo no es un hombre ordenado —comienza a decir ya en un tono más pausado—; no querría que viéramos su desorden y de ahí la espera para que pudiéramos venir. No le des más vueltas.

—Sí, esa puede ser una hipótesis. —Saco de forma instantánea mi libreta, porque cada vez que se habla de una hipótesis yo tengo que tenerla a mano—. Pero no la única.

Nueva hipótesis: el cura esconde algo, ha limpiado el lugar con mucha lejía.

—Ya estoy aquí —dice el susodicho.

Mira primero a mi padre y luego clava la mirada en mis movimientos. He notado que revisa mi libreta desde todos los puntos de vista que puede. Estoy convencida de que desearía poder leer lo que pone, pero como buena detective jamás se lo permitiré.

Madre mía, igual me ha echado algo al café porque me siento más nerviosa y altanera de lo que normalmente soy.

Hipótesis personal: preparó el café el cura y siento la mente rara.

—Ya no os hago esperar más, está justo aquí. —Va directo a una de las estanterías que tiene decorada con libros antiguos. Saca uno muy gordo; pesa tanto que hace un esfuerzo para llevarlo hacia la mesa.

Mi padre se acerca de forma sistemática y yo, a quien me importa bien poco el árbol genealógico y la partida de mi bisabuelo, utilizo el momento para captar más detalles del humilde despacho de Alfredo. Aunque él nunca se haya referido así a él, queda claro que este es otro de los lugares donde pasa su tiempo libre.

Más allá de los libros, en las estanterías hay figuras. Algunas de ellas se ve de un simple vistazo que están hechas por niños. Quizá son regalos de los alumnos de catequesis. También hay figuras de barro y algunos bordados de la iglesia.

Los libros de registros finalizan en la primera biblioteca; la siguiente está conformada por libros religiosos, algunos de culto y otros informativos. Al parecer Alfredo es un hombre de cultura. Algo que debería apuntar en mi libreta como un punto positivo.

En la esquina de dicha estantería hay un hueco ocupado por un cuadro. Si no fuera porque iba caminando de lado para captar más detalles, ni siquiera lo hubiera visto. No puedo ver el tamaño del hueco, pero me ha parecido que la estantería se hundía en el lateral y ahí habían caído algunos libros.

No llamaría la atención si dicho fallo estuviera tapado. Por un precioso cuadro, pero tapado al fin y al cabo.

Me fijo en el cuadro. Es atrapante. Representa una puesta de sol sobre lo que creo que son los bosques que bordean Polano. El sol es tan grande y tan naranja que sus rayos cubren las copas de los árboles más altos. Solo algunos de ellos alcanzan la carretera.

Quien lo haya hecho sabía lo que hacía; no era un mero aficionado con ganas de agasajar al cura como los anteriores.

En la carretera representada aparecen algunas hojas en el suelo; quizá por eso el cielo está tan rojo, porque quería hablar de la llegada del otoño.

No soy muy aficionada al arte, pero está claro que podría pasarme horas intentando entender la mente de quien lo creó. De forma sistemática bajo la mirada hacia la esquina derecha, donde los autores suelen firmar sus obras. Hay una serigrafía en negro, pero se mezcla con el asfalto grisáceo y tengo que acercarme más para leerlo.

—Ten cuidado con las estanterías, Marta —dice Alfredo desde mi espalda—; son tan antiguas y tienen tanto peso que pueden caerte encima.

Giro la cabeza hacia él para agradecerle el detalle, pero lo que me encuentro es que tiene la vista clavada en mí, revisando cada uno de mis movimientos.

Hipótesis fundada en hechos aislados: el cura no se fía de mí o, por lo menos, le incomoda mi presencia.

—Tranquilo, no toco nada.

La sonrisa que me lanza es tan cínica que podría representarla en mi libreta como la de un personaje diabólico. Hasta ahora Alfredo ha sido amable, también cansino porque quiere que nos vayamos, pero ¿desde cuándo está tan pendiente de todo lo que hago? A ver si va

a ser verdad que me echó algo en el café y está esperando que la palme, pero no quiere que lo haga sobre sus libros.

—No te preocupes, ven, así ves cómo eran las partidas de bautismo de antes.

Miro hacia mi padre, que parece dubitativo con la insistencia del cura. Parece ser que a él también le llama la atención que no me deje acercarme a sus objetos.

—Claro —respondo con la misma sonrisa de cínica. No sin antes volver al cuadro a acabar la tarea que había comenzado.

En una investigación, diagnóstico o cualquier trabajo, no se puede dejar una sospecha a medias. Es lo primero que me dijeron en la universidad de Psicología, y yo lo sigo a rajatabla.

Al volver la mirada, enfoco como un gato el nombre que pone en la esquina. La sorpresa que me llevo es una que no esperaba.

Llámeme bruja, pero es que… «ojo de loca no se equivoca».

En la esquina inferior derecha, con una pintura negra fina, hay una firma donde se lee perfectamente el nombre de Olivia.

Vaya, vaya.

Parece ser que el cura tiene muchas cosas que esconder de Olivia.

10. MARTA

—Esto sería todo, Eduardo.

Mi padre tiene un folio entre las manos con un cuño que acaba de poner Alfredo sobre él. Interpreto que es el bendito documento que hemos venido a buscar y el que, sin esperarlo, me ha dado más información de este caso de la que esperaba.

Cuando convencí a mi padre para venir, creía que como mucho iba a poder visitar los lugares donde la Policía había estado buscando, pero por fortuna, mi suerte ha cambiado.

¿Quién iba a pensar que en el pasado del pueblo de mi padre hubiera tanta intriga?

—Espero que te sea de ayuda para seguir con tu árbol genealógico y, cualquier cosa que necesites, aquí estoy. —Ha vuelto su sonrisa encantadora, aunque ahora ya sé que se trata de un lobo con piel de cordero.

—Muchas gracias, padre Alfredo.

Cuando está a punto de girarse para salir, el cura toma la palabra evitando mirar hacia mí.

—Como sabes, Eduardo, estas cosas requieren una donación de veinte euros para el mantenimiento de la Iglesia; cada vez hay más reparaciones que hacer y menos presupuesto.

Se me escapa la carcajada sin poder controlarla.

Lo primero porque no tenía ni idea de que un papel, que ni está en el registro civil, sino que lo tiene el cura del pueblo, supusiera un coste. Y segundo, por la cara dura de este hombre.

Mi padre eleva una ceja, aunque no sé si es por mi escandalosa risa o por lo que le ha dicho el padre.

Se lleva la mano directamente a la cartera, siempre la guarda en el bolsillo trasero del pantalón, y saca un billete de veinte euros para entregárselo.

—Propina no dejamos —comienzo a decir—, que no somos tan beatos.

Ahora es mi padre quien carraspea para cambiar el tono en el que se ha sumido la sala, pero nadie es capaz de olvidar lo que acaba de suceder.

—Esto… Bueno… Nos vamos, Marta. Muchas gracias, padre, ha sido un placer.

—Un inmenso placer —suelto antes de que mi padre me apresure hacia la salida.

Su mano en mi espalda me impide mirar hacia atrás. No es hasta que volvemos a la plaza del pueblo, a unos metros de la casa parroquial, cuando suelta su agarre en mi cuerpo.

—Vaya con el cura, no habrá matado a nadie en esa sala, pero a nosotros nos ha metido un hachazo…

Eduardo Fernández me clava la mirada como cuando está decepcionado. Y digo «como» porque ahora es imposible que lo esté; no he tramado nada que lo haya podido meter en ese estado.

—¡No puedes hablarle así a un cura! Él cree en lo que cuenta, la fe cristiana es importante… —lo corto antes de que el rollo que me va a meter me levante dolor de cabeza.

—Creo que el cura estaba liado con Olivia.

Veo cómo se le borra la idea de seguir regañándome para centrarse en la conversación.

—Eso ya lo has dicho. Y lo dudo.

—He descubierto que tenía un cuadro de ella en su casa. Y no solo eso, creo que detrás del cuadro había algo escondido.

Mi padre se queda pensativo, y eso sí que es un indicio de que algo grave está sucediendo en su mente.

—Hija…

—¡Madre mía! —vuelvo a cortarlo—. No me digas que me vas a dar la razón porque tengo que grabar este momento.

—No tiene nada que ver con lo que acaba de suceder, sino con algo que no te he contado.

Dejo que sea él el que continúe con la conversación.

—No sé qué relación tenían el padre Alfredo y Olivia, pero comienzo a dudar del mismo modo que lo haces tú.

Me tapo la boca para no soltar un grito.

—Ayer —sigue él, ajeno a mi expresividad—, en el bar había una noticia antigua. Del día de la desaparición de Olivia. Había olvidado que esa mañana jugamos un partido de fútbol. Uno que había organizado el nuevo párroco.

—Alfredo —acabo yo por él.

Mi padre asiente.

—El mismo. Ni siquiera recordaba que ya estuviera en el pueblo de aquella, han pasado muchos años, es normal. Pero ¿no consideras que, si organizas un partido, tienes que acudir a él?

—Sería lo lógico. Más si quieres impresionar a tus próximos feligreses con tu buen hacer.

—Eso mismo pienso yo. Pero en ese partido él no apareció, ¿y sabes quién ya no estaba presente tampoco en Polano?

—Olivia —susurro.

—Exacto. Aunque la voz de alarma en el pueblo se dio más tarde, la Policía concluyó que desapareció en la madrugada, cuando se metió al bosque. ¿Dónde podía estar Alfredo?

—¿Me estás intentando decir que él pudo…?

—¡No! La Policía hizo su trabajo, lo interrogaron y no salió como sospechoso. Y dijimos que no habíamos venido a hacer nada turbio aquí; solo quiero que sepas que… creo que tus hipótesis son ciertas y hay algo más que nadie sabe. O, al menos, algo hubo entre ellos.

Mientras escucho a mi padre, solo puedo pensar en una cosa.

Tengo que conseguir como sea lo que había detrás del cuadro. Siento que es la clave para entender qué sucedió ese 14 de septiembre de 1999 con Olivia Jordan.

◆ ◆ ◆

—No tenemos nada más que hacer y, a pesar de que te haya confesado mis sospechas, prefiero volver a casa con tu madre. Ya no estoy cómodo con que andes husmeando sobre el tema por ahí.

—Papá, tenemos una noche más de hotel pagada. Te prometo que no voy a hacer nada; solo quiero conocer el pueblo de forma más personal. Nunca me habéis permitido hacerlo, déjame un poco de libertad. Y además, así puedes reencontrarte con tus viejos amigos, jugar la partida de cartas en el bar… No sé, reencontrarte con tus recuerdos.

—Me estás mintiendo —asegura de forma muy acertada.

—Te prometo que no. Incluso te dejo mi libreta, si no te fías de mi palabra.

Me la acabo de tirar para ver si colaba, y lo que acabo de conseguir es que Eduardo Fernández, en todo su esplendor, extienda la mano, pidiéndome mi preciada libreta.

Podrá dejarme sin recursos, pero para lo que tengo en mente no me va a hacer falta.

En un arrebato de confianza hacia mi memoria, se la tiendo, ganándome una sonrisa por su parte.

—Bien. En realidad —hasta su semblante ha cambiado, creyendo que ha ganado la partida—, me hace ilusión que conozcas Polano por ti misma.

—Quiero nutrirme de sus gentes y sus costumbres. Será solo un día más.

Asiente y yo lo hago con él.

—Nos vemos en el hotel para cenar —comunico con una sonrisa.

Ya convencido, se da la vuelta y se encamina hacia el centro social de todos los pueblos: el bar. Yo, por el contrario, voy directa hacia la calle principal. En el plano que hice el primer día, el mismo que está en mi libreta y que menos mal que memoricé, registré un parque infantil en una de las esquinas del pueblo. Lejos de la carretera, muy cerca de la entrada del bosque.

Camino ligera para no perder ni un segundo de mi tiempo. Es sábado por la tarde; el pueblo bulle lleno de gente deseosa de descansar con sus vecinos después de una larga semana. También hay más vehículos aparcados que ayer, por lo que intuyo que hay gente de la ciudad que ha venido a visitar a sus mayores.

Encuentro a dos niños en la entrada del parque. No deben de tener más de diez años, la edad justa para poder mantener una conversación con ellos sin tener que hablar como si fuera idiota. Yo, no los niños… En fin, la infancia y yo no nos llevamos muy bien.

—¡Hola! —les saludo con alegría, midiendo que mi sonrisa no los haga salir corriendo, que esa escena ya la viví en una ocasión y no fue nada agradable.

—Hola. Buenas tardes.

Dos muchachitos educados, ¿¡qué más quiero!?

—Oye, soy nueva por el pueblo y no sé si me podéis ayudar con una cosa. —Ni siquiera me agacho para quedar a la misma altura.

—¡Nosotros somos de aquí, lo sabemos todo!

Necesito que el niño efusivo hable más que el respetuoso; voy a poder sacar más información de él, lo tengo comprobadísimo.

—¿Y sabéis qué días imparte el padre Alfredo catequesis?

Mi plan es muy simple: necesito saber qué había detrás de ese cuadro de Olivia y, para hacerlo, solo necesito ir a una sesión de catequesis con los niños y… de forma muy casual, entrar en la casa parroquial. La primera opción era romper la ventana de noche y entrar con una linterna, pero no quiero acabar presa o en un manicomio, así que esta nueva idea me parece más correcta.

—El padre Alfredo no da catequesis —dice el niño sereno.

—¡Es verdad! Lo da Marisa, porque el padre está muy ocupado en la iglesia, pero es hoy. Nosotros vamos ahora. —Lleva la mirada al reloj y hace una mueca de susto—. Creo que llegamos tarde, Lucas.

—Que no, que las 15:50 son las tres y cincuenta, todavía tenemos diez minutos hasta que lleguen las cuatro de la tarde.

Qué tierno el niño que no sabe leer el reloj en digital. Yo estoy parecida a él, pero con unos cuantos años más de práctica.

—¿Y os puedo acompañar? Quiero conocer cómo es la catequesis.

—¿¡No has comulgado!?

Además de efusivo, el niño es cotilla.

—No, e igual Marisa me ayuda a cambiar eso, ¿qué os parece?

—Guay —dicen los dos moviendo los hombros sin mucha emoción.

No sé cómo he tenido tanta suerte, pero sin haberme despeinado voy camino, de nuevo, a la casa parroquial con una excusa que ni los mejores detectives tienen.

El camino con los niños se me hace más corto que con mi padre; tengo que darle bien a las piernas para alcanzarlos. Cuando llegamos, ya no me fijo en el edificio, sino en poder coger aire para que el plan salga a las mil maravillas.

En la puerta hay la suficiente gente congregada como para no llamar la atención. Entre niños, los padres de los mismos y alguna vecina, pasar por delante no supone ningún problema.

Esta mañana, el cura nos enseñó cómo se dividía la casa parroquial y la sala de catecismo. Tendré que cruzar un pequeño *hall*

sin ser vista y rezarle al Dios en el que toda esta gente cree para que, cuando entre en la sala de los libros, no haya nadie dentro.

Paso por delante del tumulto con la cabeza en alto, intentando no llamar la atención. Por lo que hablan parece que hay mucha gente de otros pueblos cercanos que pertenecen a esta parroquia. En el pasillo central se encuentran un par de niños camino a la sala y dos madres que no dejan de hablar en susurros. Aprovecho que hay un tablón de anuncios para acercarme hacia la otra puerta y pasar desapercibida.

Leo la primera noticia que hay en el tablón; habla de las misas a las que tendrán que ir los niños e historias que no me interesan. Alargo mi fingido interés por los avisos del tablón lo máximo posible hasta que todos están dentro y solo quedo yo en el pasillo.

Tengo el tiempo justo para que la tal Marisa no entre y me pille, así que corro hacia la puerta derecha, la misma en la que estuve esta mañana, y la cierro de forma sigilosa, sintiendo el corazón en la garganta. Cuando dejo la manilla, la mano me tiembla como si acabara de tocar un cable de alta tensión. No puede ser bueno este pico de adrenalina, pero ahora no me puedo echar atrás.

Me giro lentamente y no entiendo muy bien por qué parece que me he metido en una película a cámara lenta; si hubiera habido alguien en la sala, ya me habría preguntado qué narices hacía metiéndome a hurtadillas.

La luz está apagada y la dejo de ese modo. No quiero llamar la atención.

Sé dónde está mi presa, no se ha movido. Dudo que lo haya hecho en los últimos veinticinco años.

Nada más que me acerco al cuadro, tengo la misma sensación que la primera vez que lo vi: me atrapa, es como si quisiera decirme algo. Pero ¿qué querrá decir un atardecer de otoño encima del bosque? Nada, absolutamente nada.

Intento no tocarlo y no mirarlo más de la cuenta, y me centro en el hueco que aprecié por la mañana. Meto la mano sin miedo y sin medir las consecuencias. La falta de luz me complica que pueda ser fina y sutil en el arte de robar.

Lo primero que palpo son dos libros, como los que tiene Alfredo en las otras estanterías. Gruesos y envejecidos.

Están uno encima del otro, pero cuando los toco siento que el hueco es más profundo de lo que, a primer vistazo, creía. Empujo los libros para ponerlos en pie, miro como puedo entre los dedos a ver si capto algo y… bingo. Detrás de los libros —más bien, tapado por los libros— hay otro más pequeño, con un aspecto llamativo, colorido al menos. Tengo que ponerme de puntillas y estirarme para llegar a él.

Cuando lo tengo, tiro con cuidado de no romper nada a mi alrededor. El hueco parece que se creó por el peso de los dos libros que tapaban a este, de menor tamaño.

Cuando consigo verlo con claridad, lo acerco a mi pecho, dándome cuenta de la joya que tengo en las manos.

—Hostia puta —suelto en un susurro.

No tiene ningún tipo de serigrafiado. Es un libro de tamaño medio, con una tapa roja y con un corazón en la esquina, pero es que ese corazón es el mismo que conforma la O de la firma de Olivia.

Como si mi mente fuera un ordenador, recuerdo que en una de las declaraciones de la madre de Olivia, Conchi, hizo saber a la Policía que su hija tenía un diario, pero nunca nadie lo encontró.

Nadie lo hizo porque alguien lo tenía escondido.

Hasta ahora.

Tengo en mis manos el diario de Olivia Jordan, veinticinco años después de su desaparición.

11. MARTA

Intento por todos los medios que las ansias por abrir el diario no puedan conmigo hasta que alcance mi objetivo. Él mismo está sentado en una de las mesas del bar, charlando con unos señores que podrían ser sus padres. Nunca había visto a mi padre reírse a carcajadas cuando alguien cantaba una canción antigua, si el hombre suele pasar vergüenza ajena cuando hay escándalo a su alrededor.

—Padre, tenemos que ir al hotel. Mi madre quiere contarnos algo y aquí no puede ser con tanto ruido.

Al escuchar el nombre de mi madre, salta de la silla como un resorte. Es la mejor baza que tenía para llamar su atención al momento.

Salimos del local entre varias voces despidiéndonos. Un día en Polano y ya parece que todos nos conocen y nos adoran. Es una sensación muy extraña, más cuando llevo dos años desayunando en la misma cafetería de la ciudad y solo una de las camareras sabe mi nombre. Ninguno de los demás clientes me despide con júbilo, a pesar de ser siempre los mismos.

En fin… Rarezas de los pueblos.

Cuando consigo encaminar nuestros pasos hacia el hotel, que solo está a una calle de distancia, le susurro que se tranquilice porque mi madre no ha llamado para nada. Bueno, sí, hace un par de horas, justo antes de que encontrara a los niños, me hizo una llamada a modo de recordatorio para que no la liara. Nada fuera de lo normal, vaya.

Solo cuando estamos en la habitación, con la puerta y las ventanas cerradas, le digo la verdad.

—Juro que no estaba investigando nada —mentira piadosa que va a olvidar en un segundo—, pero me he encontrado con una oportunidad que no he dejado escapar.

—Marta… Un día vas a hacer que me dé un infarto.

Niego con el dedo mientras busco en la carpeta el papel en el que llevo pensando durante horas.

—Déjame que te cuente una de las declaraciones que se hicieron cuando la desaparición de Olivia.

POLICÍA – PUESTO PRINCIPAL DE HARVEY

ATESTADO / DILIGENCIA Nº: 237/2025-FIC
EXPEDIENTE: DESAPARICIÓN OLIVIA JORDÁN PÉREZ
DILIGENCIA DE MANIFESTACIÓN:

En Harvey, a quince del mes de septiembre de mil novecientos noventa y nueve, siendo las 10:35 horas, comparece en dependencias de este Puesto doña Concepción Pérez García, mayor de edad, conocida por Conchi, con domicilio en Paseo de la tierra nueva, con D.N.I. nº 78934409-L, a efectos de prestar declaración en relación con la desaparición de su hija Olivia Jordan Pérez, nacida el 14/09/1981 y de 18 años de edad.

Intervinientes:

Instructor: Policía D. Manolo Urrueta — Identificador: I-12345.

Actuario/Secretario: Cabo D. Miguel Barto — Identificador: S-54321.

Compareciente: Dña. Concepción Pérez García (Conchi), madre de la desaparecida.

Objeto de la diligencia: Obtención de manifestación de familiar directo y aporte de datos sobre pertenencias de la desaparecida, en especial diario personal referido por la declarante.

I. Introducción y toma de identidad

Leída a la compareciente la advertencia legal sobre la obligación de decir la verdad y las consecuencias de la falsedad en documento público, la misma manifiesta conocerla y ratifica su voluntad de declarar sin coacciones.

Se hace constar identidad y parentesco con la desaparecida.

II. Transcripción literal de la manifestación

A continuación se transcribe, tal cual, en estilo directo y entrecomillado, la declaración realizada por la compareciente. Las pausas, sollozos y expresiones interjectivas se reflejan entre corchetes para mayor interpretación.

Declarante (Conchi):

"Yo… yo ya no sé ni por dónde empezar. [llora] Mi vida es Olivia. Ella es mi niña. No sé cómo decirlo sin que me duela por dentro.

Con Olivia tenía una relación buenísima, espectacular. De verdad que estamos muy unidas.

Claro que discutíamos, ¿qué madre no discute con su hija adolescente? Discutíamos por tonterías, por los estudios, porque a veces venía tarde, por las notas, por si tenía examen… tonterías de joven. Pero discutíamos y a la media hora ya estábamos hablando como siempre. Nunca, nunca nos acostábamos enfadadas.

En los últimos meses se había vuelto muy aficionada a escribir. [respira hondo] Tenía un cuaderno —un cuaderno normal, de tapas blandas— que tenía siempre a su lado. Lo llevaba al instituto, a la casa de las amigas, lo traía y lo llevaba. Era su cosa. Ella me decía: 'Mamá, es mi diario, es privado'. Y yo siempre le decía: 'Pues ya está, cariño, si te hace bien, a mí también'."

(Pausa. La declarante enjuga las lágrimas con un pañuelo. Se le ofrece agua.)

"No sé si estaba triste o preocupada, a veces la veía callada y pensativa. Le preguntaba y me decía: "Son cosas mías, no te preocupes". Yo lo achacaba a que se iba a hacer adulta en unos meses, que estaba buscando su sitio. Pero no me dio nunca ninguna señal de que quisiera largarse, de que se fuera a ir sin avisar. Ella sabía que si tenía un problema podía venir y contármelo. Siempre me lo dijo: 'Mamá, si pasa algo, te lo digo' Se la han tenido que llevar.

"He buscado el diario por la casa: en la mesilla, debajo de la cama, en el escritorio, en la bolsa del instituto, entre la ropa sucia, en el armario, dentro de la funda de la almohada… Lo busqué hasta en la cocina, por si había dejado algo encima de la encimera cuando salió. No está. No aparece".

"Ella lo tenía como un tesoro. A veces se sentaba en la cama y se ponía a escribir y sonreía, o a veces se enfadaba, se mordía el labio y escribía más rápido… Yo la veía y pensaba: 'qué bien que escribas, cariño'. Era como su huequito. Yo no sé si lo llevaba cuando… o si se lo llevó alguien que no fuera ella. No lo sé. Solo sé que no está."

"Hay cosas que no tienen sentido. No entiendo nada. Quiero que vuelva. Quiero que me digan algo, lo que sea. ¿Lo entienden? [grita, entre lágrimas]"

(En este punto la declarante repite en voz baja frases sueltas: "mi niña", "vuelve", "no es posible"… Se hacen constar sollozos controlados y respiración entrecortada.)

III. Preguntas formuladas por el instructor y respuestas literales

Instructor (I): "¿Desde cuándo escribe en ese diario?"

Conchi: "Hace unos meses. No fue algo de toda la vida: empezó a escribir hace poco, probablemente a finales del verano pasado. Cada vez lo llevaba más a menudo."

Instructor (I): "¿Suele guardar ese cuaderno en algún lugar concreto?"

Conchi: "No, lo llevaba pegado a ella. A veces lo dejaba en la mesilla cuando estaba por casa, otras ni siquiera lo sacaba del bolso. Nunca lo tuvo en la caja fuerte ni en ningún sitio oculto. Era su cosa íntima, siempre a mano."

Instructor (I): "¿Hay alguna persona conocida que pudiera haber tenido acceso al diario?"

Conchi: "Sólo Olivia. No creo que ninguna amiga lo cogiera sin permiso, no me lo imagino."

Instructor (I): "¿Ha notado en las últimas semanas algún cambio en el comportamiento de Olivia?, ¿problemas con amigos, pareja o trabajo?"

Conchi: "No lo noté. Me dijo algo de un problema con una profesora hace un mes, pero nada serio. Tuvo una discusión con una amiga por un malentendido, pero hablaron y pareció solucionarse. No hubo peleas fuertes con nadie que yo supiera. Y ya no estaba con su novio".

IV. Relato de la declarante sobre el contenido y la naturaleza del diario

La declarante describe el diario como:

Tipo: cuaderno tamaño A5, tapas blandas, con cubierta color rojo, sin candado. Y con un corazón en la esquina simulando la inicial "O".

Uso: entradas diarias/semana centradas en pensamientos personales, reflexiones sobre amistades y, a juicio de la declarante,

«cosas de adolescente».

Valor: alto valor sentimental para la desaparecida; potencial valor informativo para la investigación.

◆ ◆ ◆

—¿Has escuchado todo lo que he leído, verdad, papá?

—Sí… —Le tiembla la voz. Se ha puesto nervioso con una simple declaración.

—Bien, pues es mejor que tomes asiento porque lo que te voy a decir no te va a gustar nada.

Hace lo que le pido, se sienta en mi cama y mira hacia mí con pesar y con un toque de incertidumbre.

—Por casualidad, volví a la casa parroquial esta tarde —suspiro de Eduardo Fernández—. ¿Te acuerdas del hueco del que te hablé en la estantería del cura? Pues también por pura casualidad miré allí. No quería que al pobre cura le cayera la estantería encima sin que se diera cuenta.

—Marta… —Le tiembla más la voz.

No extiendo más el momento. Subo la camiseta hacia el ombligo y le enseño lo que llevo guardado entre el pantalón y mi abdomen: una libreta con tapas rojas envejecidas.

—¿Eso no será…? Madre del amor hermoso.

—Y ¿sabes lo mejor de todo? Que parecía estar escondido por el padre Alfredo. ¿Y si lo lleva teniendo él desde el inicio?

Se ha quedado sin palabras, normal, no es para menos. Acaba de ver cómo su hija pasa de ser psicóloga a detective y luego ladrona.

—Tenemos que leerlo para saber qué sucedió.

12. EDUARDO

—Ni en broma, vamos a llevarlo inmediatamente a la Policía. Es la prueba de un caso.

—¡Un caso cerrado, papá! Nadie sabe que lo tenemos. Incluso el padre Alfredo puede que no se dé cuenta nunca.

—Estamos incurriendo en un delito, Marta.

—Esto puede ser la muestra de que Alfredo y Olivia estaban juntos y que, puede y solo puede, el pueblo haya tenido un asesino entre ellos durante veinticinco años, ¡sin saberlo!

Me llevo las manos a la cabeza fruto de la desesperación. Bien es cierto que no soy fan ni de los curas ni de la Iglesia, pero confío en su buen hacer con el prójimo, el que no tiene nada. Más en pueblos tan pequeños como este. Se me hace imposible que…

Era un chico joven por aquel entonces, pocos años mayor que Olivia. El amor tiene formas de expresión extrañas. Puede que cruzaran alguna barrera y… No sé. Pero de ahí a matarla en el bosque.

—Estás dando a entender que a Olivia la mataron y en toda la investigación se habla de una desaparición. Olivia Jordan está desaparecida, Marta.

—Eso es verdad, borro la idea de que el cura pueda ser un asesino, pero los hechos están ahí, no los puedes negar.

Deambulo por la habitación alquilada de mi hija sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

—Necesito de vuelta mi libreta. —Se la entrego en modo automático. Ahora mismo, lo único que deseo es que mi corazón deje de latir de una forma tan acelerada. No quiero acabar como mi padre, muerto por un infarto de miocardio.

Lo único que se me ocurre es sacar el teléfono móvil y llamar a Ana, pero si nos pasa algo a nosotros por esta idea loca de Marta, no quiero que ella se vea salpicada.

La mejor solución que encuentro es buscar en internet los delitos que estoy, o mejor dicho, estamos, cometiendo al no entregar una prueba de un caso. Y, además, la estamos alterando al tocarla, leerla y sacar conclusiones de ella sin formar parte del caso.

Con lo que me costó sacar la plaza de funcionario en el juzgado, no quiero que todo se vaya a la mierda de un plumazo.

Mi hija, ya con su libreta en la mano, comienza a describir en voz alta lo que aprecia del diario de Olivia: su aspecto físico, los detalles que tiene personalizados para ella. Con ello, añade comentarios de un análisis psicológico que está originando a medida que habla.

—Es un cuaderno con tapas duras. Eso ya indica que quería que lo que escribiera aquí tuviera permanencia, que no fuera cualquier libreta barata. Era algo valioso para ella.

Sigo buscando los delitos en internet, a ver si alguno no conlleva prisión. El primero que aparece es el que más me temía:

Encubrimiento (art. 451 CP)

Quien, con conocimiento de un delito grave ya cometido, ayuda al responsable a eludir la investigación o a ocultar pruebas, incurre en encubrimiento.

Pena: prisión de 6 meses a 3 años.

—Es rojo. Ese color suele asociarse a lo intenso, lo pasional. Puede reflejar una personalidad emocional, alguien que vive las cosas con mucha fuerza… o simplemente que le gustaba el rojo, claro. Pero en combinación con lo que viene ahora…

—¿Qué viene ahora? —pregunto temeroso.

—El nombre. "Olivia" grabado, y fíjate: la "O" convertida en un corazón. Eso no es casual. Ahí hay un gesto personal. Es una forma de poner la afectividad en el centro de su identidad. Podría ser que para ella el amor, las relaciones, el cariño eran muy importantes.

Sin buscarlo, mi teléfono móvil sigue cargando delitos que leo mientras ignoro lo que hace Marta.

Obstrucción a la justicia (art. 464 CP)

Alterar, ocultar o destruir documentos que puedan ser relevantes en un proceso judicial o en una investigación policial.

Pena: prisión de 6 meses a 2 años o multa.

—Todo eso me sugiere que para Olivia era algo más que un cuaderno. Era un espacio personal, íntimo, casi un objeto de identidad.

—¿No crees que estás leyendo demasiado entre líneas? —No dudo que mi hija sepa hacer bien su trabajo, pero ahora mismo la

emoción puede estar opacando la realidad.

—No, porque cuando alguien juega así con su propio nombre, tan a la vista, es porque quiere proyectar una idea de sí misma. Es un símbolo muy cargado: el corazón es afecto, ternura, romanticismo, pero también vulnerabilidad. En psicología proyectiva diríamos que integra el amor en su identidad, en quién es.

—Cariño, estamos cometiendo cuatro delitos según internet.

Leo los dos que faltan para tener toda la información y que no me pille de nuevas cuando la Policía nos lleve a la comisaría:

Receptación de efectos del delito (art. 298 CP)

Pena: prisión de 6 meses a 2 años.

Omisión del deber de impedir delitos o de promover su persecución (art. 450 CP)

Cuando alguien, pudiendo y debiendo, no denuncia ante la autoridad la existencia de un delito grave del que tiene conocimiento.

Pena: multa de 6 a 24 meses.

—Internet solo dice mentiras. Piensa: si lo que escribía solo lo podía guardar aquí, es que fuera de este diario quizá no encontraba el espacio para expresarse. Y eso puede generar frustración o soledad. A veces, papá, lo que elegimos como continente de nuestras emociones dice más que las palabras.

—¿Me estás diciendo que lo vas a leer aunque me niegue a que lo hagas, verdad?

—Exacto. Si la Policía no lo encontró, solo les puedo decir eso de… «Mala suerte, amigos».

Madre mía, no sé en qué momento mi hija se volvió una rebelde sin causa.

◆ ◆ ◆

El momento de abrirlo, de sentir cómo las hojas rechinan al ser despegadas. El olor a humedad que han cogido y apreciar la emoción de mi hija ante semejante hallazgo remueve algo en mí que enterré en la juventud. Yo quería comerme el mundo, ser tan valiente como ahora lo es Marta. En muchas ocasiones hablé con Ana sobre ello. Sobre el miedo que me causaba cortarle las alas y que luego nos lo echara en cara.

Tengo miedo, no lo voy a negar, pero ¿qué pasaría si confío un poco en el transcurso de la vida y dejo que ella me guíe? Para un padre, el momento de delegar en sus hijos es extraño, ilógico, pero siempre llega. Como cuando sacan el carnet de conducir y vas en el asiento del copiloto, confiando en que sabrán frenar cuando llegue un paso de peatones, que sabrán hacer las cosas como tú o mejor que tú.

—¿Me estás escuchando, papá?

La miro, la miro de verdad, a los ojos. A ese par de caramelos que heredó de su madre y que son preciosos. Y entonces asiento. No puedo hacer otra cosa, ya no. Bueno, puede que una sí: disfrutar más y poner menos piedras en el camino.

—Sí, te estoy escuchando.

—Bien, porque voy a leer en voz alta lo primero que escribió Olivia en este diario.

Asiento para que dé comienzo.

—Parece que la primera nota es de cuando ella tenía unos 14, casi 15 años.

9 de agosto de 1996

Querido diario:

No sé ni cómo empezar esto. Me da un poco de risa escribir aquí, pero también mola tener algo solo mío. Supongo que debería decir lo primero que pienso: soy feliz. Mucho. No siempre, claro, a veces me enfado o me rayo por tonterías, pero en general sí lo soy.

Lo mejor de mi vida es mi familia. Los quiero un montón, aunque a veces me den ganas de gritarles jajaja. Es como… aunque me queje, no puedo imaginar estar sin ellos.

Mis primos, Francisco y Sara. Son LO MÁS. Con Fran me parto de risa, siempre está haciendo bromas, incluso cuando no toca. Y con Sara puedo hablar de cosas que no digo a nadie más. Cuando estamos los tres juntos es como si todo fuera perfecto, como si nada malo existiera.

Ojalá nunca cambie esto. Tengo miedo de que un día sí lo haga, porque todo el mundo dice que cuando creces las cosas ya no son iguales. Pero por ahora… estoy bien. Estoy feliz.

Vale, no sé qué más poner hoy. Ya está bien para ser la primera página.

Olivia

—Hay cosas que llaman la atención —dice Marta mientras extiende su libreta al lado del diario.

—¿Qué cosas?

—Por cómo escribe… se nota que tiene una autoestima bastante sólida para su edad. Se siente segura con su familia y sus primos, se siente querida. Eso es un indicador de que su apego con ellos es fuerte. No es una niña que se sienta sola o desprotegida, y eso es bueno. —Hace una pausa, como midiendo cómo decir lo siguiente—. Pero también noto cierta necesidad de reafirmar su felicidad. Repite varias veces que está feliz, que su familia es lo más importante… como si necesitara recordárselo a ella misma, y eso me hace pensar que, aunque todo vaya bien, ella era muy consciente de la fragilidad de las cosas.

—¿Podrías ser más concisa?

—Una niña de su edad no suele pensar demasiado en que "un día esto podría cambiar". Esa frase, donde dice que tiene miedo de que todo cambie, me hace pensar que es sensible, que percibe los altibajos emocionales a su alrededor, aunque los demás no los vean. Es un pensamiento precoz, pero no alarmante. Solo significa que se toma en serio sus emociones y las de los que quiere.

—Los Jordan siempre habían estado muy unidos. Eran la familia más destacable del pueblo. Tenían una buena posición social; por aquel entonces, todos aquellos que tenían empresas propias podían disfrutar de privilegios que los hijos de los demás obreros no teníamos. Eran una especie de intocables, pero eran tan agradables con todos que… Nunca nadie tuvo una mala palabra para ellos. Los primos se llevaban poca diferencia de edad, jugaban juntos en la finca de los Jordan y cuando salían de ella también. No había diferencias.

Me resulta muy sencillo recordar esos años de niñez, quizá porque por aquel entonces no había preocupaciones, no como ahora.

—Sí, y fíjate —Marta señala con el dedo— en cómo describe a Francisco y Sara. Con Francisco hay diversión, acción, bromas… con

Sara hay intimidad, confianza… Eso me dice que Olivia era capaz de relacionarse de formas diferentes según la persona. Tiene flexibilidad emocional y social, lo que es excelente para una chica de su edad. Los quería y los valoraba a los dos por igual.

—Eso es bueno —aporto sin saber muy bien hacia dónde va esta conversación.

Marta solo asiente, ha vuelto la atención al diario y con ello se ha perdido en su burbuja de obsesión. Descubrir la mente de Olivia.

—¿Hay más notas de ese año?

—No —dice muy seria. Ni yo mismo me esperaba esa respuesta —. La siguiente que hay suma tres años a la vida de Olivia. Dejó de escribir de niña y volvió al diario ya casi como adulta. Algo tuvo que suceder en ese transcurso de los casi 15 a los casi 18 para que ella necesitara plasmar sus emociones.

6 de marzo de 1999

Querido diario:

¡No puedo más! Hoy mamá me ha vuelto loca otra vez. Todo lo que hago le molesta. TODO. Y no hablo de cosas importantes, hablo de cosas normales, de cosas que cualquier otra persona no vería como un problema, pero para ella son una guerra.

Estoy harta. Harta de sentir que no importa cuánto intente, nunca es suficiente. Harta de los gritos, de las miradas, de los silencios que cortan más que cualquier palabra. Me canso solo de pensar en ella.

Y lo peor… lo peor es que no sé si es que yo estoy fatal o si ella está fatal, o las dos. Me siento atrapada en un círculo que no puedo romper. Cada día parece que la distancia entre nosotras crece y crece, y me duele, sí, pero también me da rabia. RABIA de sentirme tan impotente, de que nadie me entienda, de que todo sea siempre mi culpa.

Ojalá Francisco y Sara estuvieran aquí, y probablemente me dirían "tranquila, todo pasa", pero no. No quiero que me digan eso. No quiero que nadie diga nada. Quiero gritar y que alguien me escuche de verdad, que sienta lo que siento sin que me juzgue ni me diga "ya se te pasará".

Estoy cansada de sonreír cuando por dentro quiero romperlo todo. Estoy cansada de sentirme atrapada en esta casa, en esta

familia que amo y odio al mismo tiempo. Estoy cansada de mí misma. Y no sé cómo va a ser mi vida si esto no cambia. Y no sé si quiero que cambie, o si quiero romperlo todo primero.

Olivia.

—Poco se parece a lo que dijo Conchi en su declaración —recuerdo—. Hablaba como que tenían la mejor de las relaciones. Y así parecía. Desde fuera nadie notó nada, te lo puedo asegurar.

Lo único que recuerdo de esa época es que Olivia dejó de vestir de colores y de llevar el pelo recogido para pasar a lucir melena todos los días y ropa más atrevida. Nada ilógico para una chica de su edad. Todos hacíamos lo mismo.

—Guau —es lo primero que dice mi hija. Y verdaderamente parece impresionada—. Se nota un cambio enorme respecto a antes. La niña feliz de hace unos años parece… desaparecida. Ahora hay rabia, frustración, desesperación.

—Sí, eso me ha parecido a mí también. —Sin ser psicólogo ni nada por el estilo, como padre, he sabido leer la rabia de Olivia hacia su familia.

—Hay señales de estrés emocional sostenido. Olivia está atrapada entre el amor que siente por su familia y la rabia que le genera no ser comprendida. Eso produce ansiedad, frustración y, sobre todo, sensación de falta de control. Y fíjate —dice señalando el diario—, cuando dice que no sabe cómo será su vida si nada cambia, eso es un pensamiento muy típico de adolescentes con estrés emocional: mezcla miedo al futuro con sensación de impotencia presente.

—¿Puede ser que…? No sé, se fuera ella por ese motivo.

—No exactamente —responde Marta—. Lo que ocurre es que aún tiene control, pero emocionalmente se siente desbordada. A los 17 años, el cerebro todavía regula mal la impulsividad y la gestión de emociones. Su intensidad, sus frases cortas, saltos de pensamiento… todo eso refleja que está procesando rabia y frustración de manera intensa. Como bien has dicho tú, Conchi mintió en su declaración.

13. MARTA

Sigo procesando el hallazgo y todo lo que Olivia nos acaba de contar, aunque ella no lo sepa. Mi padre carraspea y ordena rápidamente todos los papeles en una pila.

—Esto no lo puede saber nadie, Marta. Nos vamos a meter en un buen lío.

Me levanto de la cama por inercia, como una madre protegiendo a sus polluelos. No me va a quitar la opción de seguir investigando; por encima de mi cadáver.

Elevo el dedo índice para rebatir cualquier cosa que mi padre vaya a poner sobre la mesa, pero es él quien niega y toma la palabra antes que yo.

—Aunque así sea —niega una y otra vez—, tenemos que saber qué sucedió aquí. —Se le quiebra la voz porque mi padre, entre todas sus cualidades, no tiene la de ser aventurero—. No podría dormir por las noches, eso seguro.

Sonrío como una maníaca.

Sé que no debería hacerlo porque no es del agrado de nadie que una chica de dieciocho años desapareciera sin dejar rastro, pero… sentirme investigadora es el sueño de mi vida.

—¿Y qué planes tienes en mente? —Por primera vez le formulo yo a él la pregunta y no a la inversa.

—Creo que yo tendría que enfocarme en descubrir lo que ocultó Conchi. Me será más fácil llegar hasta ella, aunque no tengo ni idea de cómo lo lograré.

—Me parece bien. —Asiento confirmando sus palabras. Me gusta cuando mi padre muestra carácter y asume las riendas de la situación.

—Por otro lado, tú tienes que asegurarte de que el padre Alfredo no se dé cuenta de que le has robado el diario.

—Ese tema ya le había dado vueltas, pero sigo creyendo que oculta algo grande. Y quiero descubrir lo que es.

—Es un cura, Marta.

—Es un cura que esconde el diario de una desaparecida. Yo no te he dicho nada sobre lo de Conchi, así que debes hacer tú lo mismo.

Tú por tu lado y yo por el mío, ¿qué te parece? Cuando llegue la noche, pondremos todas las cartas sobre la mesa.

—Me da miedo tu ímpetu.

—Eso siempre te ha dado miedo, padre.

◆ ◆ ◆

Logro salir del hotel pasada una hora, cuando todos los papeles están bien escondidos en mi maleta y mi padre tiene claro el *modus operandi* de la situación.

Más allá de lo que opine Eduardo Fernández, Marta Fernández, o sea, yo, tiene claro su objetivo: conseguir el favor del cura. Desde que hemos llegado a Polano, y más en concreto desde que he empezado a hacer preguntas, el hombre me tiene entre ceja y ceja. No es algo que me preocupe, pero si quiero sacar información, lo lograré de una manera más sencilla si soy su amiga más que su enemiga. Es una norma social que aprendí desde bien pequeña.

El destino al que me dirijo es, nuevamente, la casa parroquial. He pensado en un plan sin fisuras que me acercará al padre Alfredo y me aportará nuevos datos.

La puerta está abierta, a pesar de que no se escucha el bullicio del otro día, cuando había clase de catequesis.

Entro con sigilo y me encuentro con que todas las luces están apagadas.

—¡Hola!, ¿hay alguien?

De forma repentina se escuchan varios libros caer y alguien gemir, como si le hubieran caído encima.

—¡Aquí! —La voz de Alfredo sale del mismo lugar donde yo me escabullí para hacer mi primer robo.

Cuando me ve aparecer en el quicio de la puerta se sorprende. Es solo un segundo, porque logra enmascarar muy bien sus expresiones faciales, pero he visto cómo elevaba la ceja derecha.

—Marta, qué sorpresa, ¿ha sucedido algo?, ¿tu padre necesita algo más?

No quiero pensar mal de él, pero tengo la sensación de que no le ha hecho ninguna gracia que vuelva a aparecer.

—No, esto no tiene nada que ver con mi padre. —Deja los libros que estaba apilando y centra toda su atención en mí. Para ser sincera, el gesto me pone nerviosa; no me gusta la atención ajena, y sé que él no confía en mí. Y eso que no conoce todo lo que he hecho a sus espaldas…—. Es por una cuestión personal.

—Por supuesto, soy todo oídos. —Entrelaza las manos en lo que me parece que es un gesto muy habitual de él para aparentar calma. Este hombre está acostumbrado a escuchar a los demás. Cuando normalmente observas, tiendes a estar siempre en un segundo lugar en las conversaciones; lo sé bien porque esa siempre es mi postura. Verme en la otra parte no me genera confianza. Puedo meter la pata en cualquier momento y eso no está permitido. Hay mucho en juego.

—Sé que la Iglesia está teniendo problemas para que los jóvenes acudan a ella como ejercicio de fe. —No se esperaba que dijera esto y da un paso hacia mí, recortando la gran distancia que hay entre nosotros—. Hace unos meses, en la clínica en la que hice mis prácticas, comenzamos un proyecto subvencionado para ayudar a los jóvenes a entender sus necesidades sociales. En los estudios que hicimos, muchos de ellos indicaban que les gustaría tener un lugar donde ir y que no se les juzgara. Por supuesto, cuando requieren terapia siempre es mejor que acudan a profesionales, pero la iniciativa llevaba a mostrar esas otras formas. Quiero hacerte una propuesta.

Los ojos le hacen chiribitas.

Lo del proyecto no es mentira, o no del todo. Existe, pero yo no me uní de forma voluntaria, sino porque sumaba puntos para mi expediente. Supongo que añadir una mentira más no cambiará las cosas…

—Me gustaría trabajar contigo en ese proyecto. Mi padre está arraigado a Polano, pero a mí nunca me trasladó ese sentimiento. Con solo un fin de semana he sentido este lugar como una segunda casa. Quiero seguir conociendo lo que hasta ahora no he podido y, si puedo ayudar de algún modo, me sentiría mucho más productiva, ¿qué me dices?

—Vaya —eleva ambas cejas—, es una gran propuesta, Marta. No sabía que existía ese tipo de iniciativas.

Mierda.

—Puedes buscarlo en la página oficial de la comunidad autónoma; allí te aparece todo el programa.

Asiente. Vaya que si lo va a buscar… Nada más que lo deje a solas. Menos mal que es verdad, porque entonces no tendría modo de salir indemne de esto.

—¿Y crees que Polano es el sitio idóneo para hacerlo? Somos pocos habitantes. La gente tiene sus costumbres.

—Podríamos probar —digo antes de que le dé la vuelta a la tortilla y me deje sin opciones de seguir cerca de él—. Si vemos que no funciona, informaré de las conclusiones para que cancelen la ayuda y lo destinen a un lugar mejor.

Piensa por un segundo su respuesta. Descruza las manos y da una vuelta por su despacho. Se dirige hacia la mesa, donde creo que tiene la agenda. Utilizo sus movimientos para hacer un repaso visual a la estancia. Todo sigue en orden; nada señala que el diario de Olivia ya no esté donde lleva veinticinco años escondido.

El padre Alfredo abre la agenda y revisa unas anotaciones que tiene hechas en color rojo. Desde aquí no logro identificar qué pone, pero lo mantienen en alerta durante unos segundos. Pasa las páginas hasta llegar a un día en concreto.

Llevo la mirada hacia los libros que tiene apilados en una de las esquinas de la mesa, esperando a que sean colocados en la estantería. Creo que son los que se cayeron cuando entré, porque están desordenados.

El primero de ellos llama mi atención por un motivo claro: la sobrecubierta ha sido pintada a mano. Está tan bien hecha y es tan bonita que, si no lo tuviera tan cerca, no me habría dado cuenta. Es un paisaje, creo que de una de las zonas más montañosas que lindan con Polano, el pueblo de Lellos; y en el título solo se puede leer «El inicio».

Se me corta la respiración y tengo que hacer un esfuerzo titánico por llevar la atención al cura y no centrarme en ese detalle. Él sigue absorto en su tarea, así que no se da cuenta de mi desasosiego.

Ya no sé si estoy rodeada de casualidades o es que este hombre esconde algo muy gordo, porque ese mismo título lo tenía el siguiente escrito de Olivia en su diario. El mismo que no pude leer porque a mi padre le parecía demasiada información para un solo día.

¿De qué inicio estaban hablando estos dos?

Como destape un romance pasado entre ellos…

En mi cabeza se forman mil escenarios. Miles de casos que he estudiado desde la psicología. Cómo de peligroso es un amante herido. Cuántos casos de violencia hay tras ellos.

¿Y si Alfredo hizo desaparecer a Olivia por culpa de su amor imposible?

El golpe de la agenda al cerrarla evapora todo tipo de pensamientos y me obliga a centrarme en él. En su cara afilada, en los ojos marrones que me observan. No diría que es atractivo, más bien embaucador.

—Podemos hacer una jornada de concienciación una vez a la semana. Quizá dos, dependiendo de la audiencia que haya, ¿qué te parece?

Lo que me parece es que hay ilusión en su mirada. Estoy tan perdida con este hombre que no sé qué lectura sacar de todo. Ayer la medicación y la emoción me dejaron devastada. No he podido investigar mucho más en el diario de Olivia, así que toda información que pueda sacar será buena para hacer una conclusión cuanto antes.

—Sería genial, incluso podemos hacer que los niños del catecismo hablen con los demás compañeros de su clase.

—Eso es una buena idea, sí. —Sonríe, y creo que lo hace de verdad.

Una duda asalta mi cabeza. Si de verdad cree en el trabajo que hace en la Iglesia, ¿cómo es posible que hubiera estado con Olivia? ¿Iría en contra de sus principios, no?

En mi libreta debo apuntar un nuevo punto importante:

Investigar si Alfredo tiene devoción por su fe o le puede más el amor hacia los demás que hacia sus principios.

Comienza a preguntarme detalles de los talleres. Respondo a sus preguntas de manera automática. A pesar de que cuando me puse por mi cuenta no seguí con el proyecto, conozco todos los detalles. Entre mis obsesiones está la de tener toda la información de todo lo que ocurre a mi alrededor, a pesar de que es agotador. En este caso ha servido para algo porque mi seguridad él la interpreta como que sé lo que estoy haciendo.

Me entrega una tarjeta escrita a mano; en ella pone su nombre y un número de teléfono.

—Es mejor que te acerques a la iglesia si quieres hablar. No suelo llevar ese aparato conmigo, pero si en alguna ocasión no me encuentras, puedes dejar un mensaje en el buzón.

—Entonces, ¿mañana tenemos una cita para organizar todo?

He puesto la palabra «cita» como una prueba para ver si su rostro reaccionaba, buscando incomodidad o alguna emoción similar, pero no hace ningún movimiento extraño. Asiente sin más.

—Te espero aquí.

No sé si reír o llorar de lo sencillo que ha sido conseguir en esta ocasión mi objetivo. Cuando se lo cuente a mi padre, va a flipar.

14. EDUARDO

Siento el estómago revuelto desde que leímos ese diario. Ya no sé si es por el contenido o por el hecho de que estamos cometiendo unos cuantos delitos. No soportaría ver a mi hija en problemas por no poner cordura en el asunto. Sin embargo, hay una fuerza que me obliga a seguir con esto. La imagen de Olivia riéndose el último día que la vi se repite una y otra vez en mi memoria. Hasta este momento la imaginaba sin vida; no podía pensar más allá de qué había podido suceder días después de su desaparición. Lo que hubiese sido, por muy horrible que fuera, dejaba una imagen negra en mi cabeza. Pero ahora se abre un nuevo camino que me lleva a pensar en más posibilidades. ¿Y si fue una desaparición voluntaria? No sé lo que opina Marta de todo esto, y me da un miedo horrible preguntarle por si inspira a crear nuevos escenarios en esa cabeza loca.

Me dirijo al bar para tomar un café rápido antes de pensar cómo puedo sacar información sin levantar ampollas. Eso, en un pueblo como Polano, es misión imposible; no sé a quién quiero engañar.

A diferencia de la tarde, la mayoría de las mesas están vacías. Apenas hay ruido, porque no se está jugando ninguna partida de cartas, y la camarera ya está atenta a mi comanda para cortar su racha de aburrimiento. Le indico que quiero un café cuando llego a la barra, pero no tomo asiento; voy directamente a saludar a un hombre al que llevo muchos años sin ver y que está en la esquina del local. Faustino siempre ocupaba esta mesa cuando yo era un crío; me hace sonreír saber que sigue con sus tradiciones.

Durante muchos años fue el policía más querido de Polano y también un buen amigo de mi padre.

—Fausto, cuántos años. —Se le amplían los ojos y sonríe emocionado. No espero un abrazo de él, pero sí unas cuantas cachetadas en la espalda que llegan en cuanto me siento a su lado.

—Nos tienes abandonados desde que te fuiste a la ciudad.

La camarera trae en ese mismo instante el café que le pedí, y agradezco la intromisión porque nunca sé cómo responder a mi desarraigo de Polano desde que mis padres murieron.

—¿Qué te trae por el pueblo?

A esto me refiero con que no se me da nada bien disimular o hacer de investigador. No tengo ni idea de qué responder.

—Mi hija quería pasar unos días en el pueblo. Conocerlo… Después del entierro de Paco se quedó con las ganas.

Asiente y da un golpe seco con su bastón de madera en el suelo.

—Pobre Paco, sigo pensando en él cada día cuando me levanto. Era joven para que se lo llevara la muerte.

—Ha sido una triste despedida; de eso no cabe duda.

—Y pensar que los hermanos llevaban tantos años sin hablarse… Ahora Fernando tiene que estar pasándolo fatal, pensando en que más pudo hacer para solucionar el problema. Las familias no deberían estar enfadadas.

Sabía que había mala relación entre ellos, pero no sé hasta qué punto las discusiones separaron a los Jordan.

—¿Se sabe por qué estaban a malas? —Cierro los ojos durante un segundo para maldecir mentalmente. No quería que la pregunta fuese tan directa. Para mi suerte, Faustino no se fija en ello y se pone a hablar sin más.

—Muchas cosas pasaron entre ellos, hijo. Pero Fernando y Paco se tenían una inquina que solo ellos conocían. Un día, no hace muchos años, casi llegan a las manos. Esos hombres, adultos rozando la jubilación, casi pegándose… ¿te lo puedes creer?

—No, la verdad es que no.

Los Jordan siempre mantenían un estatus social y familiar que a mi propia madre le generaba envidia. Aparte de ser los más ricos del pueblo, se mostraban unidos como nadie.

—Yo siempre creí que Conchi tuvo algo que ver. Espero que ahora no vuelva a poner todo patas arriba y le haga la vida más difícil a Elvira, que lo está pasando fatal.

Se me abren los ojos de forma automática. Tengo que coger la taza del café para disimular y dejar un poco de espacio en la conversación. Soy el primero que desconfía cuando Marta responde muy rápido. La efusividad siempre es percibida como el primer paso al cotilleo. Y, aunque eso quiero hacer, no deseo que Faustino me descubra.

—¿Estaban a malas por Conchi? Se me hace difícil de creer. Las cuñadas nunca entraban en los temas de los Jordan. Paco y Fernando eran ellos contra el mundo.

Podría darme un golpecito en la espalda a mí mismo por llevar tan bien el tema.

—Las mujeres siempre tienen algo que decir, más con lo que contaba Conchi por aquellos años.

—¿Hablaba mal de ellos?

—No, qué va. Mucho peor: puso una denuncia que dejó a todos con la boca abierta.

—¿Estabas tú de servicio todavía?

—Sí, por eso lo sé, porque fue un tema que se guardó en silencio durante muchos años. Ha pasado tanto tiempo que nadie lo recuerda, pero a mí no se me olvidan las cosas.

—Esa frase siempre la decía mi padre para alabar tu trabajo.

Ambos sonreímos ante la lluvia de recuerdos que nos ataca.

—Era mi pasión e intentaba que todo el mundo buscara mi ayuda cuando la necesitaba. Es verdad que cuando Conchi vino a mi despacho no supe cómo reaccionar, pero bueno, era joven de aquella. O mucho más que ahora, que solo soy un viejo con tanto tiempo libre que no sabe qué hacer con él.

—¿Tan fuerte fue lo que te dijo Conchi?

Se acerca a la mesa, no sin antes revisar que el bar siga vacío como hace unos minutos.

—Esto lo sabe muy poca gente, hijo, pero sí. Conchi, unos meses antes de la desaparición de Olivia, denunció que la estaban amenazando por carta.

Me quedo blanco, sin saber cómo reaccionar ni cómo hacer que entre el aire a mis pulmones.

—Y eso no es lo único —sigue Faustino—: dio a entender que Paco tenía parte de culpa en esas cartas.

—¿Paco?

—Así es. Nunca llegó a poner su nombre en la denuncia, pero cuando hablamos ese día entendí que su mala relación con su cuñado podía haberle acarreado problemas. Imagínate mi sorpresa; por aquel entonces eran la familia ideal de Polano.

—Me has dejado sin palabras. —Y es que así es. Parece que el destino está jugando a mi favor porque ni en mil vidas hubiera creído posible encontrar información de Conchi de esta forma tan casual.

—¿Y es por eso que no se hablaban los hermanos?

Faustino respira con fuerza y vuelve a colocarse en la silla. Me da la sensación de que ya no le está gustando que le pregunte por el tema.

—No lo sé; luego se convirtió todo en un misterio. Tomó el mando mi superior y a mí me echaron del caso. Me dijeron que, como era tan cercano a la familia, no podía seguir investigando.

Me creo que sucediera de ese modo.

El murmullo de un grupo entrando en el bar corta de golpe la conversación. Faustino se ajusta la boina y me dedica una sonrisa cansada, como si con eso me estuviera diciendo que el tema ha llegado a su fin. Yo asiento, pero la cabeza me late con demasiadas preguntas que ahora no sé dónde meter.

Tengo que hablar con mi hija de forma urgente antes de que nos vayamos esta misma tarde.

◆ ◆ ◆

Encuentro a Marta en medio de la plaza, muy cerca de la casa parroquial, escribiendo como una posesa en su libreta. Ni siquiera se da cuenta de que me acerco hasta que le toco el hombro.

Uno de los mayores desafíos que tiene mi hija a causa de su autismo es el hiperfoco. Si se obsesiona con un tema, lo demás desaparece. Incluso la comida, las necesidades básicas y la precaución.

A Ana y a mí siempre nos ha preocupado que se despiste de tal modo que algo malo le suceda, pero acciones como esta las vivimos a diario.

—¡Papá! —está contenta, muy contenta, y eso solo puede significar que ha conseguido lo que quería del cura—. No te vas a creer lo que me he inventado y lo que voy a hacer.

La llevo con delicadeza a una zona menos transitada. Tampoco es que la plaza esté llena, pero hay un grupo grande de niños jugando

con la pelota y, en otra de las esquinas, sus padres hablando de lo que han hecho el fin de semana. Para todos ellos nosotros somos forasteros, así que nos van a estar mirando y escuchando aunque no lo parezca.

—Podría decir lo mismo, pero es mejor que seamos cautos. En estas calles siempre hay ojos y oídos atentos a lo que se dice.

Baja el tono de voz y susurra su hallazgo:

—He conseguido que el padre Alfredo me deje impartir un curso en el pueblo. Tendré que quedarme esta semana en Polano. ¿No es increíble?

Se me pone la piel de gallina. Por más que quisiera seguirle el rollo, en este caso no soy capaz de hacerlo. Tengo que volver al trabajo mañana a primera hora, me guste o no.

—No me hace ninguna gracia que te quedes sola aquí, Marta.

—Papá, soy una persona adulta. No me va a suceder nada.

Eso lo dice ella, que está llena de emoción porque ve que su investigación va viento en popa, pero yo solo puedo pensar en todos los cabos sueltos que esto puede traer. Marta sin freno es una locura.

—Escúchame y confía en mí. —Toma mis manos entre las suyas, apartando la libreta hacia su axila—. No voy a meterme en líos, te lo prometo, pero creo que el cura y Olivia tenían algo muy gordo entre manos. Esta vez, cuando me he fijado en los detalles de su despacho, he visto que uno de los libros tenía el mismo título que una entrada del diario de Olivia: el inicio. ¿Y si tenían una relación que acabó mal? O peor aún, que Polano tenga un cura con un pasado turbio.

—No sería el primer cura enamoradizo, pero de ahí a que eso nos lleve a un suceso complejo… Es tener mucha imaginación, Marta. Por eso no quiero que estés aquí sola.

—No puedes cerrar las hipótesis sin investigarlas; es la primera regla de un investigador.

Me llevo la mano a la frente para buscar algo de calma.

—Está bien. —No reconozco ni mis propias palabras—. Pero con una regla: me llamarás cada noche y, si ocurre algo, coges el primer

autobús y te vienes a casa. No quiero que tu madre se preocupe; ya sabes lo mal que lo pasa.

Marta rueda los ojos. Siempre dice que odia que la tratemos como una niña, pero al final acaba asintiendo.

—Lo haré de ese modo. Tampoco es que vaya a meterme en la guarida del lobo, solo voy a estar con el cura del pueblo.

—Bueno… Nos conocemos.

Me lanza una mirada de cautela.

—Además, no será lo único que tendremos que investigar.

—¿Has conseguido algo? —Se asombra tanto que se acerca a mi cara.

—Ha sido de forma fortuita, pero sí, tengo algo. A Conchi, la madre de Olivia, la estuvieron amenazando meses antes de que ella desapareciera.

—¡¿Qué?!

—Pero no sé por qué ni quién. La persona que me lo ha dicho comentó que puede que ahí comenzara el conflicto de la familia, porque señaló a Paco, su cuñado.

—Madre mía, esto es peor que los culebrones de la televisión.

—¿Por qué alguien amenazaría a Conchi? Los negocios los movían su marido, Fernando, y su cuñado Paco. Me parece extraño y, si lo sumas a lo que leímos del diario de Olivia y a su declaración…

—¿Crees que esconde algo gordo?

—No lo sé, pero es extraño.

—Todo este caso es extraño, papá. Y es mucho más extraño que nadie haya tirado de los hilos oportunos para dar algo de luz.

—Por eso me da miedo meternos en esto. No sabemos qué tenemos encima.

—Hombre, yo lo veo claro —echa hacia atrás el pelo y abre su libreta—: una posible relación de la desaparecida con el joven cura del pueblo y una madre que mintió en la declaración sobre la desaparición de su hija y que, además, había denunciado amenazas previas. Aquí hay algo que no cuadra.

Al verlo de esa forma, se me ilumina una bombilla en la cabeza.

—Desde el juzgado puedo ver el recorrido que tuvo esa denuncia.

—¡Claro! —grita Marta emocionada—. Por eso tenemos que dividir nuestros caminos, para ser más fuertes.

15. MARTA

Las pastillas de la medicación y la cena de despedida con mi padre me dejaron tan cansada que, en cuanto toqué la almohada, me quedé frita. No he podido avanzar nada con el diario de Olivia y no voy a negar que es un hecho que me desespera. En otra época de mi vida hubiera leído ese maldito diario en un día, aunque no hubiera podido dormir. Después de años de terapia sé que debo tomarme las cosas con calma y, como dice mi madre, ¿voy a desobedecer a mi psicóloga, siendo yo ahora una de ellas?

Sé que todo es por mi bien, así que en la medida de lo posible intento acatar las órdenes. No siempre lo consigo, para qué nos vamos a engañar.

El sueño ha sido reparador y voy a empezar el lunes como pocas veces lo he podido hacer, con el desayuno en la cama. He pedido hace unos minutos que me lo suban para no perder tiempo. No más de cinco minutos después, un camarero me dejó la bandeja a la puerta de mi habitación y me deseó una feliz mañana.

Mientras me como el *croissant* con mantequilla mojado en el café, voy a descubrir qué esconde el siguiente punto en el diario de Olivia. El mismo que ella tituló como "el inicio", al igual que el libro del padre Alfredo.

El inicio

Hoy se supone que empieza "algo nuevo" entre mamá y yo. Al menos eso dice ella. Yo lo llamaría más bien "el acuerdo raro", porque no sé ni cómo hemos llegado a esto. La cuestión es que estábamos discutiendo tanto últimamente que acabamos pactando una especie de tregua: yo hago lo que ella quiere y, a cambio, ella promete dejar de estar encima de mí cada segundo. Genial, ¿no? Pues no. Porque lo que quiere es que vaya a la iglesia.

Sí, a la iglesia. Como si fuera un castigo medieval o algo así. Dice que me vendrá bien, que me "centrará" (palabra suya, no mía), que me hará reflexionar. Yo creo que lo hace porque no sabe ya qué inventar para controlarme. Y lo peor no es la iglesia en sí, sino que tenga que ir con el cura nuevo, el que está en prácticas. Es súper joven, parece más un estudiante que un cura. No quiero ni imaginarme hablando con él, contándole mis cosas. Va a ser

incómodo. Demasiado incómodo.
Pero bueno, he aceptado porque estoy cansada de las peleas. Porque quiero que todo esto mejore, aunque me duela admitir que siempre tengo la sensación de que haga lo que haga, mamá nunca está contenta. Si salgo, porque salgo demasiado. Si me quedo en casa, porque no hago nada útil. Si estudio, porque debería estudiar más. Si hablo, porque hablo mal. Si callo, porque parezco enfadada. Todo está mal. Todo. Y mucho más mi última decisión.
Yo quiero llevarme bien con ella, de verdad. Es mi madre. Pero parece que cada cosa que decido es como un ataque personal contra ella. Yo solo quiero un poco de espacio, un poco de libertad para equivocarme sin que me lo recuerde veinte veces. ¿Es tanto pedir?
Supongo que por eso acepté lo de la iglesia. Porque si esto sirve para que nos calmemos y deje de mirarme como si estuviera haciendo todo mal, vale, lo hago. Pero no porque crea que me va a "hacer cambiar de opinión" o lo que sea, sino porque quiero paz. Y porque, aunque no lo diga en voz alta, me duele demasiado estar tan lejos de ella cuando en realidad la necesito cerca.

No es extraño que Olivia hable con cariño de su madre; en los otros escritos también lo hacía. Además, cuando estaba enfadada con ella, expresaba con mucha rabia y dolor ese hecho. Para una chica de diecisiete años, el sentimiento de Olivia era el lógico. Ahora bien, ¿por qué Conchi la mandó a la iglesia?

¿Era porque es una mujer muy creyente o porque creía que Olivia pecaba en algo con lo que no estaba de acuerdo?

La frase "todo está mal, y mucho más mi última decisión". «¿Qué decisión era esa, Olivia?, ¿por qué no la dejaste escrita en el maldito diario?», me digo a mí misma.

Paso la página y me encuentro con que no hay un salto de tiempo ni un cambio de fecha, solo un punto que determina que es otro día, pero todo está dentro de ese «inicio» que ella veía. Esto es relevante de estudiar. La mente de Olivia por aquel entonces se ordenaba según sus sentimientos y acontecimientos. Fue importante para ella.

Vale… pues resulta que Alfredo no es tan fácil de ignorar como yo pensaba. Al principio me daba rabia solo verlo, con esa cara de chico

recién salido de la universidad, como si estuviera jugando a disfrazarse de cura. Pero después de un par de veces yendo a la iglesia, ya no sé qué pensar.

Él no hace las cosas como los demás. No me suelta sermones ni me mira por encima como si supiera todo de mí. Más bien parece que intenta escuchar de verdad. La primera vez hablamos de cosas tontas, de música, de películas… Yo no me lo esperaba. Ni siquiera parecía un cura, más bien alguien que intenta hacer que me relaje. Y sí, lo consiguió un poco.

El otro día me pidió que le enseñara un sitio del pueblo que me gustara mucho y acabamos en el mirador, ese donde se ve todo el valle. Hablamos del futuro, de lo que quiero estudiar, de lo mucho que me agobia pensar que nunca voy a estar a la altura de lo que esperan de mí. Y él solo dijo: "A veces no hay que estar a la altura de nadie más que de uno mismo". No sé… me dejó pensando.

Pero hay algo raro en él. No sé explicarlo. No es malo, no es eso… es otra cosa. Parece saber más de lo que dice, me mira con demasiada intensidad a veces. Me incomoda, pero al mismo tiempo quiero entender por qué lo hace.

Lo único que sé es que nunca me había pasado con ningún adulto: sentir que me escuchan tanto y, al mismo tiempo, no saber si debería confiar del todo. Y eso me da miedo.

A pesar de que hay muchos puntos en los que fijarse, solo puedo releer una y otra vez: hay algo raro en él. Es el mismo sentimiento que tengo yo. Y ahora mismo no sé si es bueno o malo. Solo tengo claro que me incomoda.

Voy a darle la vuelta a la página para continuar cuando suena la alarma. Ya ni me acordaba de ella. La puse para que me avisara de cuándo tenía que irme directa a la ducha para comenzar el día. Aunque sea gracioso, tengo una cita justamente con el mismo Alfredo del que ahora mismo estoy leyendo.

Muy a mi pesar, cierro el diario y lo escondo en la sección bajo llave que tiene mi maleta. No es que no me fíe de la familia que lleva la posada, pero guardar las precauciones está dentro del carácter de todo buen investigador.

Me doy una ducha rápida, a sesenta grados de temperatura, como a mí me gusta, y salgo directamente hacia la iglesia. Ni siquiera reparo en que tengo el pelo tan mojado que la camiseta se me moja antes de que llegue a mi destino.

—Puntualidad suiza, toda una sorpresa, Marta.

—¿Y por qué iba a llegar tarde? —pregunto a un Alfredo que parece más sonriente que otros días. No digo la siguiente pregunta que ronda por mi cabeza y que dice algo así como: no me conoces lo suficiente como para hacer juicios de mi persona. ¿Tú qué sabes si soy puntual o no? Pero a los demás les resulta incómodo cuando mi cerebro autista habla de forma lógica, así que procuro enmascarar esa parte de mi carácter. Para su comodidad, no para la mía.

El padre Alfredo sonríe con la cabeza gacha.

—Los jóvenes de la zona no suelen ser tan puntuales. No es más que eso.

Vuelvo a morderme la lengua para no meter la pata y simulo una sonrisa que no siento. Me hace pasar hacia su despacho extendiendo el brazo y, de algún modo, agradezco que el momento incómodo se haya acabado.

Ahora mismo tengo las palabras de la Olivia de hace veinticinco años rondando por mi cabeza y no sé qué pensar. Ni cómo actuar, que es lo peor de todo.

—He podido hablar con alguno de los padres de los chiquillos de catecismo sobre tu iniciativa. A todos les ha parecido buena idea; incluso contamos con la ayuda de alguno, por si tenemos que hacer alguna reunión que requiera más manos.

—Eso es genial.

Saca una libreta donde tiene apuntados los nombres de lo que creo que son esos niños.

—Si conseguimos que atraigan a sus amigos del colegio o del parque, podremos hacer una convocatoria masiva.

Masiva.

Cuando ideé el plan no me planteé que iba a tener que dar una charla delante de personas. Y que, si salía bien, iban a ser muchas

personas. Supongo que ahora tengo que pagar las consecuencias de la vena cotilla que rige mi vida. En algún momento debía suceder.

Hablando con el cura durante un buen rato, me doy cuenta de que para las cuestiones de la iglesia es un ser muy maniático. Incluso diría que organizado, pese a tener su mesa patas arriba. Me da la sensación de que su trabajo sí que le importa, que quiere a sus feligreses y se preocupa por ellos. Sabe la vida y los problemas de todos, y no los suelta como un dato al azar, sino con una explicación.

Eso puede casar con lo último que leí en el diario de Olivia. Se interesaba por ella, le hacía ver que era importante su opinión. Le hizo sentir cómoda. ¿Sería eso lo que los llevó a enamorarse?

Pensar en un posible romance entre ellos, con el padre Alfredo mirándome, esperando una respuesta por mi parte, es raro de narices.

—Supongo que lo podemos hacer dentro de tres días, sí.

—Eso es genial, porque de este modo Aurora nos podrá echar una mano con las bebidas.

Es el mejor momento para introducir el tema que me lleva carcomiendo desde que me tuve que meter a la ducha.

—Polano tiene suerte, al parecer.

—¿A qué te refieres? —Cierra la libreta y se pone a recoger, o no sé muy bien si a eso se le puede llamar recoger.

—Conoces la vida de todos y los problemas. ¿Siempre te dedicas a las personas que lo necesitan?

—Eso intento, sí. —Otra vez esa sonrisa de padre orgulloso de su trabajo. El mío la pone a menudo.

—¿Y cómo puedes tener tiempo para todo? Si te dedicas a los demás al cien por cien… —No sé muy bien cómo preguntar si cuando Olivia necesitó de su ayuda, él le dedicó más de lo que debería.

Vaya, lanzarle a bocajarro la preguntita: ¿te enamoraste de ella, páter?

—Siempre intento equilibrar mi tiempo. Algunos, cuando pasan una mala época, necesitan compañía; otros, hablar; otros, que les

resten cargas… Entre todos nos ayudamos. Mi tiempo es para todo cristiano que lo necesite, faltaría más.

—Faltaría más, claro. Te pagan para eso.

Frunce el ceño.

—Me refiero a que tu fe también ayuda a que actúes de ese modo. —Sé que la he liado, pero no tengo muy claro en qué.

—No tiene nada que ver con mi fe, es mi carácter. Me siento bien cuando puedo ayudar a los demás.

Hace un gesto con la mano, extendiéndola hacia mí al hablar, que me indica que no está mintiendo en lo que dice. Más bien está intentando que lo crea.

Estoy tan confusa que ya no sé qué pensar. Necesito leer más de ese maldito diario, y solo podría hacerlo si las horas del día se multiplican por cinco.

Al final, regreso al hotel casi a la hora de cenar. No he conseguido mucha información que me ayude a completar el croquis que tengo en la mente. La relación de Alfredo y Olivia me sigue pareciendo muy extraña.

Mientras me quito los zapatos de cualquier forma, empujándolos desde el talón y lanzándolos a la mitad de la habitación, busco el diario para no perder más tiempo.

No me cuesta mucho trabajo llegar a la página donde lo dejé esta misma mañana. Hay otro asterisco en medio de ella, lo que indica que era otro día. Olivia escribía días salteados sobre un mismo tema, un claro indicativo de que le gustaba repasar una y otra vez las cosas que le atormentaban o le alegraban.

Ya van varias semanas de esto de la iglesia y sigo sin acostumbrarme. Es como si cada vez que entro allí me pusiera una máscara: la de la hija obediente que hace lo que mamá quiere, aunque por dentro esté gritando. No me gusta sentirme así, como si estuviera cumpliendo un castigo, porque en el fondo eso es lo que es. Un castigo.

Con Alfredo las cosas son… raras. No es mal chico, no lo es. De hecho, a veces hasta me sorprende que sea cura. Es joven, habla normal, no con ese tono solemne de los curas de siempre. Se interesa por lo que digo, me pregunta por mis estudios, por lo que

me gusta hacer, y parece escuchar de verdad. Y eso, en cierto modo, me gusta. Pero al mismo tiempo, cuando abre la boca para hablar de él, me hierve la sangre.

Siempre termina sacando el tema. Siempre. Que si mi novio no me conviene, que si no me está ayudando a crecer, que si no me hace bien. Y yo pienso: ¿qué sabrá él? ¿Quién le ha dado el derecho de opinar sobre mi vida? Vale que es cura y que su trabajo es dar consejos o lo que sea, pero es que suena igual que mamá. Palabra por palabra. Y entonces me entra la sospecha: ¿mamá le habrá contado todo? Seguro. Como si no fuera suficiente con escuchar sus sermones en casa, ahora tengo la versión "suave" en la iglesia.

Lo que no entienden ninguno de los dos es que mi relación no es mala, es lo contrario. Es lo único que me da fuerzas cuando siento que aquí me asfixian. Cuando estoy con él siento que puedo ser yo misma, sin que me juzguen, sin que me corrijan a cada paso. No es perfecto, claro, nadie lo es, pero estar a su lado me hace sentir libre. Y esa libertad… no pienso dejar que nadie me la arrebate.

Lo peor es tener que esconderlo. Guardármelo todo. Tener que hacer como que no pasa nada delante de todos. A veces me entran unas ganas locas de gritarlo, de contarle a todo el mundo que estoy con él y que me hace feliz. Pero sé que sería un desastre, se pondrían histéricos. Y no quiero pasar por eso.

Así que sigo en silencio. Escucho lo que Alfredo dice con su cara de calma, aunque por dentro esté repitiendo: «No tienes ni idea de lo que hablas». Y escucho a mamá como si fueran eco uno del otro. Y, mientras tanto, mi secreto sigue siendo solo mío. Nuestro.

No sé cuánto tiempo más podré aguantar este doble juego, pero de momento lo prefiero así. Porque si lo suelto todo… nada volverá a ser igual.

¿¡Cómo que novio!?

Este maldito giro de los acontecimientos no lo había visto venir.

Lo primero que se me ocurre hacer es ir directamente hacia los papeles de la Policía. Se habló en las declaraciones de que Olivia tenía un exnovio, ¿será el mismo del que habla ella aquí?

Y lo que más llama mi atención: ¿será el mismo que Conchi no quería?

¿Por qué su madre no quería a su novio?

Es verdad que hay madres protectoras que tienen la creencia de que sus hijos nunca van a volar del nido, pero obligar al cura a llevarla a su terreno, para eso me parece demasiado.

La desaparición de Olivia me va a volver loca.

16. EDUARDO

La rutina de cada mañana en el juzgado debería darme calma, pero hoy no lo consigue. Al contrario, cuanto más me acerco al edificio, más siento cómo se me aprieta la garganta cuando intento tragar saliva. Me repito que tengo que aparentar normalidad, que no debo dejar ver lo que llevo por dentro. Aquí nadie sospecha de mí y lo mejor sería que siguiera siendo así. Ir a la cárcel no es una opción.

Parece que el dramatismo de Marta se me está pegando.

Empujo la puerta giratoria y me recibe el mismo murmullo de siempre: los tacones sobre el mármol de mis compañeras madrugadoras, los saludos del pasillo que algunos parecen verdaderamente impostados, y ese olor a café recalentado que se cuela desde la pequeña sala de descanso. En esta oficina necesitamos una buena cafetera cuanto antes. Es un ambiente que conozco de memoria y, aun así, hoy me parece distinto.

«Culpa». Todo se resume en lo mismo: saber que voy a hacer algo que no debería.

Lo primero que tengo que hacer para aparentar normalidad es saludar. No me cuesta porque son siempre los mismos rostros: Paqui, en su eterna trinchera del archivo, con una blusa de color llamativo y el gesto amable. Es la mujer más incansable que conozco después de mi hija.

—Buenos días —le digo, y me devuelve la sonrisa de forma automática. Ni siquiera la piensa, le sale de forma natural y por ese motivo se copia ligeramente en mi rostro.

Unos metros más adelante, Germán, apoyado en el marco de la puerta del registro, me detiene con su comentario habitual sobre el tiempo.

—Dicen que el jueves vuelve la lluvia —me suelta; en nuestra relación de oficina, la meteorología es el hilo que nos sostiene. Durante más de quince años ha sido así y nos ha ido muy bien. Con nuestros altibajos, pero bien.

—A ver si no nos pilla volviendo a casa —Le enseño el maletín para que entienda que voy tarde y sigo mi camino.

La sensación de que hoy se me va a notar que oculto algo no se despega de mí, ni aunque la intente disimular.

La responsable de que mis nervios estén al borde del colapso esta mañana es mi hija. Me envió un mensaje que me llegó a primera hora, cuando todavía estaba en la cocina intentando terminar un café que me supo a tierra.

Marta:

Buenos días, papá. Hoy va a ser un día increíble. Empiezo la mañana con el diario de Olivia en el desayuno.

La frase me acompañó todo el camino hasta aquí, como si la hubiera tatuado en la frente. Para ella es increíble. Para mí, insoportable, a pesar de que una parte de mí quiere seguir con ello. No concibo que alguien pueda empezar el día con ilusión por leer las palabras de una chica desaparecida. Pero ella es así. Y yo, en vez de discutirle, me limité a guardar silencio y a cargar con su entusiasmo.

Cuando por fin llego a mi despacho, cierro la puerta con un gesto más rápido de lo normal. Necesito un segundo de intimidad. Dejo el maletín en su sitio, coloco la chaqueta en el perchero y me siento frente a mi mesa, que está exactamente como la dejé: el monitor perfectamente alineado, la bandeja con los papeles esperando a la izquierda y el teclado paralelo a la libreta. Este orden me da la sensación, absurda quizá, de que algo está bajo control. Si al menos las cosas de fuera se pudieran cuadrar con la misma facilidad que un escritorio, mi vida sería mucho más sencilla.

Enciendo el ordenador y dejo que los iconos aparezcan uno a uno, sin prisa. Miro de reojo el reloj. Es temprano todavía y la oficina aún no está en su punto más ruidoso. Aprovecho para abrir el correo, contestar un par de mensajes, revisar los primeros documentos del día. Nada demasiado urgente. Solo estoy ganando tiempo, como si de verdad importara la montaña de trámites frente a lo que tengo en mente.

«No tiene sentido alargarlo más» —me digo a mí mismo. Ha sido un pensamiento intrusivo que se ha apoderado de mí, pero tiene razón. Entonces me decido; abro el sistema de denuncias y tecleo despacio, aunque hoy las teclas suene demasiado fuerte para mi gusto.

Escribo el nombre: **Concepción Pérez,** y tardo un segundo en pulsar la tecla de buscar. Me parece un gesto demasiado definitivo,

pero al final lo hago.

Y aparece.

La pantalla se oscurece en cuanto presiono el botón de bajar el brillo. A pesar de estar solo en mi despacho, no confío en que alguien pueda estar mirando desde algún punto de la oficina. Accedo con cuidado al documento que más llama mi atención. Un único registro que tiene por título: denuncia por extorsión.

Me inclino hacia adelante y leo el documento. Las palabras son pocas, pero se me clavan en el pecho como astillas. La denuncia fue presentada un lunes y retirada apenas cinco días después. Lo que más me desconcierta es el motivo para hacerlo que ella misma declaró: se retira porque la demandante asegura que «ha sido una cosa de niños y me he precipitado alertando a las autoridades».

Me quedo helado frente a esa frase. ¿Qué clase de niños mandan cartas de amenaza? ¿Qué tipo de chiquillada hace que una madre decida acudir primero a la Policía y luego arrepentirse de inmediato? Y, mucho más importante, ¿cómo de casual es que unas semanas después Olivia desaparezca?

El resto del expediente es mínimo: la nota de cierre de los agentes indica que el asunto es archivado, sin investigación. Supongo que no les pareció oportuno hacerlo cuando ella volvió para retirarla con esa frase.

Me paso la mano por la cara, consciente de que estoy conteniendo la respiración desde que lo abrí. No soy fiel creyente de las casualidades, pero en este caso algo tuvo que suceder para que se dieran las cosas.

Me quedo mirando la pantalla como si aún pudiera arrancarle más información, pero lo cierto es que el expediente de la denuncia de Conchi está vacío de contenido. Apenas un eco de algo que pudo ser y se diluyó demasiado rápido. Paso de nuevo la mano por la cara y respiro hondo, intentando volver a la rutina de cada día. No es fácil. El cuerpo me sigue temblando con un cosquilleo que anuncia que me estoy metiendo donde no debo.

No estoy acostumbrado a saltarme la ley por puro ocio. Porque esto, aunque mi hija no lo vea de ese modo, es puro ocio. Si las autoridades no pudieron encontrar a Olivia, no lo haremos nosotros.

Lo único que estamos haciendo es seguir las pistas porque hay cosas extrañas, pero ahora mismo dudo de absolutamente todo.

Pienso en cerrar todo y dejarlo estar, convencerme de que ya tengo bastante con lo que Faustino me dijo y con esta denuncia retirada. Pero me conozco; en el fondo no soy muy diferente a Marta: no sería capaz de marcharme sin mirar un poco más. Por si acaso. Si algo aprendí trabajando aquí es que la primera pista nunca aparece sola. Siempre hay cosas que, en su día, parecieron irrelevantes.

Cierro la consulta y, desde la misma pantalla, escribo otra búsqueda. No voy al nombre de Conchi esta vez, sino al de la empresa familiar. Los Jordan siempre fueron conocidos por su negocio de exportación de coches de segunda mano. Aquel tinglado les dio el renombre y la envidia de medio Polano, incluida mi madre, que siempre comparaba nuestras carencias con sus lujos. Tecleo despacio, como si me costara aceptar que estoy cruzando otra línea.

El resultado aparece enseguida.

No es un expediente penal ni una denuncia cualquiera. Es un procedimiento económico: una reclamación de Hacienda por no tributar lo que correspondía. Me froto los ojos, incrédulo.

La pantalla muestra una deuda importante. Una empresa como aquella, que en el pueblo siempre se vio como un motor de riqueza, aparece ahora con números rojos en un juzgado. Leo y releo los detalles: retrasos en el pago de impuestos, movimientos sospechosos con los beneficios de las exportaciones. Todo ello empaquetado en un lenguaje administrativo que disimula la gravedad, pero que para mí es clarísimo: los Jordan tuvieron problemas con Hacienda. En realidad, los siguen teniendo.

Me quedo paralizado unos segundos, con los dedos aún sobre el teclado.

En mi cabeza se superponen imágenes de aquellos años. Los Jordan tenían la vida resuelta, vaya es que su empresa de coches era el orgullo del pueblo, nada podía manchar ese apellido, ni siquiera los rifirrafes que tenían entre ellos. Eran los intocables para el resto de Polano.

Que esa reclamación haya llegado al juzgado significa que la cosa fue seria, que no se resolvió con una simple multa pagada a tiempo. Y eso… eso sí que me llama la atención. ¿Por qué nadie en Polano habló de esto? La respuesta es obvia: porque los Jordan supieron taparlo.

Me recuesto en la silla, intentando ordenar lo que acabo de descubrir. Primero, las amenazas a Conchi, archivadas alegando que fue un malentendido infantil. Y ahora, una deuda con Hacienda que mancha la imagen perfecta de la familia y deja claro que el negocio no andaba bien.

Dos manchas, dos puntos oscuros, demasiado cerca en el tiempo como para que mi cerebro no empiece a unirlos.

Como si la hubiera invocado, el teléfono suena con la llamada entrante de mi hija. Salto de la silla y voy directamente a cerrar todas las pestañas del ordenador. Lo que tengo que hablar con ella tiene que ser fuera de las oficinas; no vaya a ser que alguien me escuche.

Tengo que cortar la llamada para hacer el camino de vuelta hacia la salida. De paso, Germán me recrimina que es demasiado pronto para hacer un descanso y tomar un café. Le río la gracia para que no vea mi nerviosismo.

No es hasta que logro salir de vuelta al aire puro que me relajo un poco. Lo mínimo para que las piernas me dejen de temblar.

Marta, tan incansable como siempre, vuelve a llamar por si no escuché la llamada anterior.

—Hija, ¿ha sucedido algo?

—Sí, que me has colgado el teléfono.

Suspiro y pongo los ojos en blanco, aprovechando que no me ve. Por más que le digo que en el trabajo no me gusta hablar por teléfono, ella no lo entiende.

—Tengo algo que contarte —dice de carrerilla.

—Sí, y yo también, así que será mejor que me escuches primero, porque no tenemos mucho tiempo.

Ahora mismo me preocupa que esté sola en Polano sin conocer a nadie de confianza.

Le pongo al día de todo lo que he descubierto y, durante un minuto, la línea se queda en silencio. Algo inaudito cuando se trata de mi hija.

—¿Qué piensas? —le pregunto para que diga algo.

—¿No ves muy extraño que alguien denuncie una extorsión, después tenga problemas con la liquidez de la empresa y, paralelamente, su hija desaparezca?

—¿A dónde quieres llegar?

Carraspea, y ya me la imagino sacando su libreta para apuntar la hipótesis que acaba de pensar.

—¿Y si los Jordan se movían en aguas turbias y la desaparición de Olivia tiene que ver con problemas que tenían los padres? Vaya, un secuestro.

—Marta, por Dios…

—¡Piénsalo, papá! No es ilógico que se haya dado esa circunstancia. Tú mismo dijiste que eran la envidia de la zona.

—Lo habrían dicho a la Policía. Harían cualquier cosa por traer a su hija de vuelta, y en ningún informe se detalla nada de eso.

—Sí, en eso tienes razón, pero ¿y si las aguas turbias eran demasiado turbias y creyeron poder hacerlo alejados de las autoridades? ¿Y si el dinero que no pagaron a Hacienda es porque se lo dieron a los secuestradores de Olivia?

—Eso no tiene sentido, porque entonces Olivia seguiría en Polano.

—No si la mataron.

—¡Marta! No me gusta que supongas y llegues a estas conclusiones. Si alguien te escucha, quienes vamos a estar muertos somos nosotros.

—¡Está bien, está bien! Relájate. Yo seguiré buscando en el diario de Olivia a ver si algo me da una pista. La muchacha escribía mucho. Me va a llevar más tiempo del que creía.

—Mientras no te metas en ningún lío, utiliza el tiempo que necesites.

Hablamos unos minutos más sobre los planes del día y, mientras cuelgo la llamada, repaso toda la información que tenemos hasta ahora.

No se lo he dicho a ella, pero necesito saber más de todo esto.

17. MARTA

Tras la llamada de mi padre no pude pegar ojo en toda la noche, pensando en las opciones que se abren con lo que ha encontrado.

Está claro que Olivia quería a su madre, pero es más que evidente que, en los últimos meses antes de su desaparición, la relación entre ellas no era buena. He llegado a pensar que ese novio que tan poco le gustaba a Conchi estuviera en el ajo de la extorsión, y por eso a la mujer no le gustaba. Es que hay tantísimas posibilidades y tan poco contenido que no sé dónde mirar. El diario de Olivia se quedó en mi lugar secreto sin que pudiera leerlo esta mañana. Alfredo me citó a primera hora del día, obligándome a salir de la posada con los primeros rayos de sol.

Sentarme en su despacho a trabajar en la clase que vamos a impartir hoy no me sonaba tan apetecible como los días anteriores. ¿Y si me equivoqué y el cura no tiene nada que ver? ¿Y si solo fue un amor pasajero? Todavía no he descubierto qué se traían entre manos, pero cada vez pierde más mi atención, y eso es peligroso. Como me quede algún cabo suelto por otro objeto brillante, no me lo perdonaré nunca. Y, como empiece a darle vueltas a las cosas, puede darme un gran dolor de cabeza.

Posdata: soy la peor enferma del mundo.

El padre Alfredo está tan concentrado en la tarea que él mismo se ha encomendado, que ni siquiera se da cuenta de que me he ido mentalmente a otro asunto. Tomo aire con fuerza para concentrarme, y es entonces cuando él levanta la mirada hacia mí. Me regala una tierna sonrisa que no casa con el hombre que dudaba de cada uno de mis pasos.

Sí que me he dado cuenta de que cada día, o mejor dicho, cada hora, este hombre tiene un estado de ánimo diferente. Con este mismo patrón solo me había encontrado casos clínicos complejos. Pero con él no tengo la sensación de que tenga un problema de salud mental, sino de cinismo.

Vuelve a centrarse en su tarea, y es entonces cuando me fijo en que, más allá de las explicaciones que está escribiendo sobre el cristianismo, añade dibujos realistas muy bonitos. Es mi momento

para tirar del hilo acerca del cuadro que tapaba el diario de Olivia y la ilustración que vi en uno de sus libros sobre «el inicio».

—Nunca he tenido una presentación tan bonita como esta. —Señalo su último dibujo. Un niño abrazando a un cura que bien podría ser él.

No retira la vista del folio y sonríe, en lo que me parece la primera sonrisa verdadera que me ha mostrado.

—Me gusta mucho poder representar el mensaje escrito con la ilustración. Le da más significado a las palabras, ¿no crees?

—Sin duda, pero para los desgraciados como yo, que solo sabemos dibujar una casa con un árbol y un pájaro sobrevolando la zona, este tipo de arte nos pone presión encima.

—A los alumnos del catecismo les encanta imitarlos. —Hay ternura en sus palabras. Me reafirmo en que a este hombre, si hay algo en el mundo que le importa, son sus feligreses—. A mí simplemente me relaja poder hacerlo.

—¿Dibujas por ocio en tu tiempo libre?

—Sí, siempre que puedo, sí. No suelo disponer de mucho tiempo libre, y eso está bien, pero el arte es… importante para mí.

—¿Nunca pensaste en estudiar la carrera universitaria dedicada a ello?

—Me convertí en cura muy joven, seguramente te lo haya dicho tu padre.

Asiento, porque no voy a mentir con algo tan evidente. Hemos hablado de él.

—Dedico muchas horas a la Iglesia y me apasiona, pero siempre que estoy estresado busco despejarme de este modo. Es catártico, por decirlo de alguna forma. Y no creas que lo descubrí a una temprana edad: fue una buena amiga quien me ayudó a descubrir ese camino, como nosotros vamos a hacer con esos niños que aún no confían en la casa del Señor.

La casa del Señor ahora mismo no me interesa; solo quiero saber si esa amiga es Olivia. Porque, de ser así, la ha nombrado como alguien muy cercano. Mucho.

—¿Y ella también te ayuda con las decoraciones de la Iglesia? Mi padre me ha dicho que soléis hacer actividades dependiendo de la

estación.

Se le borra la sonrisa y se le cambia el semblante.

—Por desgracia, ella ya no me puede ayudar.

Voy a preguntar el porqué cuando un toque en la puerta nos deja a los dos en silencio. Aparece un hombre, más o menos de la edad de mi padre, que no espera a que Alfredo le dé paso para entrar. Luce un mono de trabajo azul, enterizo y lleno de porquería acumulada desde hace días.

—Pensaba que estabas solo, disculpa.

Alfredo se pone de pie, dejando en la mesa de cualquier forma la presentación y sus dibujos. Se acomoda la sotana y mira hacia el hombre sin aportar ni una sola palabra.

—Ya está arreglado el banco de la iglesia que cojeaba, y la esquina de la mesa he podido reconstruirla, pero no tardará mucho en volver a romper.

—Muchas gracias, Javier. Te lo agradezco enormemente.

«Javier».

Mi padre me dijo que un tal Javier Gómez era el nuevo carpintero de Polano. Tiene que ser este hombre, sin duda. Ayudaría a que el mono estuviera serigrafiado con el logo de su empresa, pero no es así.

El padre Alfredo le entrega un sobre, pero no logro ver qué hay dentro. Lo que sí logro captar es que entre ellos hay confianza por el modo de actuar del recién llegado, a pesar de que Alfredo parezca mucho más nervioso que cuando estábamos a solas.

Hay algo en el carpintero que capta mi atención. No es su rostro, no sé identificar si es atractivo o no; es su forma de mover las manos, de actuar en sí, a pesar de que no está haciendo nada extraño. Recuerdo que hubo algo en los bancos de la iglesia que me llamó la atención, como una marca que tenían todos, pero veo inoportuno preguntarle directamente cuando nadie nos ha presentado.

—Estamos ocupados; si no necesitas nada más, Javier, te agradecería que…

Al tal Javier también le resulta extraña la actitud del padre, porque junta las cejas en un gesto que apenas dura un segundo.

—Por supuesto, no os molesto más. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Con las mismas se va, pero el padre regresa a la mesa sin poder mirarme a la cara. Es una actitud tan impropia de él que solo puedo observar todos sus movimientos a ver si comprendo el motivo.

—Perdona, Marta, acabo de recordar que tenía una cita en el confesionario dentro de cinco minutos. ¿Te parece bien si aplazamos esta reunión hasta después de comer?

¿Qué cojones acaba de pasar y por qué siento que estoy tan perdida?

—Esto… sí, claro.

En realidad, me está dando una buena excusa para leer el diario de Olivia cuando creía que no iba a tener tiempo.

◆ ◆ ◆

Solo cuando tengo la comida en la habitación del hotel, y el diario entre las manos, siento que he vencido a todas las suposiciones que ha creado mi cabeza en las últimas horas.

Todavía no he finalizado el capítulo «el inicio». Es más largo de lo que creía.

Nunca pensé que diría esto, pero últimamente me llevo mejor con Alfredo. Sí, el mismo Alfredo que parecía un altavoz de mamá, repitiéndome lo de mi novio cada dos por tres. Ahora es distinto. Y lo peor (o lo mejor, no sé) es que no fue planeado, simplemente pasó.

El otro día, mientras esperaba en la sacristía a que terminara no sé qué papeles, me quedé hojeando un cuaderno que tenía abierto en la mesa. Y ahí, sorpresa: eran dibujos. Bocetos, más bien. Y no malos, ¿eh? Al contrario, bastante buenos. Me quedé mirándolos tanto rato que ni me di cuenta de que él había entrado. Cuando me pilló casi me muero de la vergüenza, pero en lugar de enfadarse se rió y me dijo: «Son un desastre, pero me ayudan a pensar».

No sé qué me dio, pero le conté que yo también dibujo a veces. No lo hago mucho, porque siempre siento que lo mío es una tontería, pero sí tengo cuadernos llenos de garabatos. Al principio no

me creyó, hasta que le enseñé un par de páginas de mi libreta. Y ahí empezó todo.

Desde entonces, cuando voy a la iglesia, muchas veces terminamos dibujando juntos. O comentando cuadros que le gustan. Me habló de Caravaggio y de cómo usaba la luz como si fuera un personaje más. Yo le enseñé mis bocetos de Sara y Francisco y él me dijo que tenía buena mano para captar expresiones. Nunca nadie me había dicho eso.

Lo raro es que ahora hasta voy allí sin que mamá me obligue. No siempre, pero a veces me apetece. Porque no hablamos de sermones ni de mi novio (bueno, alguna vez lo intenta, pero ya no tanto), sino de colores, de formas, de cómo algo tan simple como un trazo puede cambiar todo lo que sientes. Es como si, por un rato, pudiera olvidarme de que él es cura y yo estoy aquí casi castigada.

No voy a mentir: me sigue pareciendo extraño confiar en alguien como él. Pero es que cuando hablamos de arte no importa quiénes somos, ni su sotana, ni mis secretos. Solo importa el papel, los lápices y lo que sale de ahí. Y esa sensación… hacía mucho que no la tenía.

Añadió por primera vez dibujos sin mucho sentido para mí. Fuera de contexto no tienen lógica; son como formas humanas, pero sin serlo: más parecen ovnis. Me da la sensación de que era un código que ellos crearon para comunicarse sin que nadie se diera cuenta. ¿Está creciendo mi teoría del amor entre ellos? Ciertamente cada vez se desinfla más. Solo se nombra la amistad, pero la amistad real, con confianza y con ganas de pasar el tiempo con la otra persona. Olivia habla de un amor fraternal, no romántico. Es muy característica la forma en la que alguien habla de un amor.

Con Alfredo todo es diferente. El otro día me atreví a contarle un secreto que no sabe nadie, ni mis primos, ni mis amigas, ni mucho menos mamá. Tenía miedo de que me mirara con cara rara o que se lo tomara mal, pero no lo hizo. Me escuchó en silencio y, al final, me dijo que no estaba sola, que me iba a ayudar a llevarlo. No sé cómo lo hará, pero me dio una calma que hacía mucho que no sentía.

Creo que nunca había tenido un amigo así. Alguien con quien hablar de lo que realmente me importa, sin miedo a que se ría o a

que me diga que estoy exagerando. Con Alfredo puedo ser yo, sin filtros.

No sé qué haría sin él, de verdad. Es el mejor amigo que alguien puede tener.

Está claro que Olivia tenía a Alfredo como un amigo y que, si estaba enamorada, en todo caso era de ese novio que nombra que aún no he descubierto quién es.

La maldita cabeza me va a explotar porque todo lo que tenía asentado acaba de explotar por los aires. ¿Qué narices le pasó a Olivia los meses previos a desaparecer?

18. EDUARDO

A pesar de que ha transcurrido un día, sigo sin poder actuar de forma normal en el trabajo. No se debe revisar ningún procedimiento con la finalidad con la que yo lo hice, pero me vi superado por la situación.

Cuando llego a casa para comer con Ana, me lo nota al instante. Llevar tantos años juntos da ese plus de comunicación. No necesito abrir la boca para que ella sepa que me ocurre algo.

—No puedes estar así, Eduardo. Ya lo has hecho, y lo hecho, hecho está.

—Lo sé, lo sé, pero…

—¿Tan grave es?

No le he querido dar detalles a mi mujer de lo que encontré. Algo en mí no quiere meterla en el ajo; bastante remordimiento de conciencia tengo cada noche por haberlo hecho con Marta.

—No es grave, pero sí incómodo. Y si a eso le sumas que me falta información y que tengo miedo de que Marta la líe en Polano… Es que ni un lorazepam me puede ayudar.

Ana rueda los ojos con hartazgo.

—¿Ahora te falta información? —dice entrando en la cocina de mal humor.

—La verdad es que sí. —La sigo a pies juntillas—. Lo de ayer fue solo la punta del iceberg y necesito más para poder cerrar el asunto.

—Yo no voy a aguantar estos nervios que traes por un chisme de hace veinticinco años. Más te vale solucionarlo cuanto antes.

—Eso me gustaría a mí, pero me he quedado sin opciones.

—¿Sin opciones para qué?

—¡Para encontrar esa información!

Ana se gira con énfasis. Del mismo modo que ella me conoce a mí, yo lo hago con ella. Está harta de que nos hayamos metido en esto, pero también le ha parecido mal que no hayamos contado con ella.

No se da cuenta de que es una protección que estoy poniendo.

—¿Pues sabes lo que tienes que hacer? —Ha subido el tono de voz, cada vez más alterada. Es mejor que ahora mismo no tense la

cuerda, porque lo que menos necesito es tener una discusión con ella.

—¿El qué? —digo con la voz más calmada posible.

—Llamar a tu primo Rodrigo. Si no lo sabe él, no lo sabe nadie.

Con las mismas se da la vuelta y se pone a sacar la comida de la nevera. Me quedo quieto, sin saber cómo reaccionar. Ni siquiera había pensado en él, pero Ana tiene razón: Rodrigo lo sabe absolutamente todo. Es unos años mayor que yo y vivió en Polano hasta hace poco tiempo, cuando su mujer decidió cambiar de aires.

Coincidí con él en el entierro de Paco, pero no pudimos hablar mucho; había demasiada gente a la que saludar.

Busco de forma automática el teléfono en el bolsillo del pantalón. En la agenda tengo que tener su número, eso con suerte de que no lo haya cambiado.

Marco sobre su nombre y de forma automática la llamada comienza. Me siento como Marta cuando espera con ansias algo, porque hasta cruzo los dedos de la mano para invocar a la suerte. Solo cuando la voz de mi primo segundo entra por mi oreja derecha suspiro con tranquilidad.

La voz de Rodrigo me llega más grave que en persona.

—¡Eduardo! —dice como si de verdad se alegrara—. ¿Pero tú de dónde sales?

Me acomodo en la silla de la cocina, con el móvil bien pegado a la oreja. Ana sigue a lo suyo, sacando cosas de la nevera, pero sé que está pendiente de cada palabra.

—Ya ves, primo… Desde el entierro me quedé con ganas de ponernos al día; me supo a poco aquello. Mucha gente y demasiado alboroto para mi gusto.

Sabe que siempre fui el más tranquilo de los primos, a diferencia de él.

—Sí… fue un día raro. —Hace una pausa y resopla, como si todavía lo llevara dentro—. Siempre se dice lo mismo, pero es verdad: parece que solo nos juntamos cuando alguien falta.

No sé qué contestar. Me quedo un segundo en silencio, recordando cómo, de crío, Rodrigo me sacaba dos cabezas y me hacía sentir como si todo lo supiera. Sigo con esa sensación ahora.

—Tienes razón —acierto a decir—. Y fíjate, ya han pasado unos días y me sigue rondando por la cabeza.

Rodrigo se ríe, una risa corta, sin ganas. No creo que estuviera muy unido a Paco; de ahí ese gesto.

—Bueno, la vida sigue.

—¿Qué tal la familia? —Es lo primero que se me ocurre preguntar para que la conversación no se vaya a un silencio incómodo.

—Aquí estamos bien, la niña ya en la universidad y yo buscándome la vida como siempre. Chapuza por aquí, chapuza por allá…, pero vamos tirando. Y tú, ¿qué tal?

—Bien, bien… lo de siempre —contesto rápido, sin entrar en detalles. No sabría ni qué decirle. No quiero que piense que lo he llamado para hablar de mí. En realidad, lo he llamado para cotillear y eso es el triple de peor, pero…

Pasa un silencio y decido lanzarme antes de que se enfríe la conversación.

—Oye… —digo, y noto que me tiembla un poco la voz—. Vaya tensión había en el entierro de Paco, ¿eh?

Me lo saco de golpe, como quien arranca una tirita. Ana deja de mover platos un segundo; lo sé porque oigo cómo cesa el tintineo, pero no me giro.

Rodrigo tarda unos segundos en contestar. Puedo oír su respiración, larga.

—Tensión… es poco decir, Edu. Eso parecía un polvorín. Ni la muerte los juntó, fíjate lo que te digo.

Se refiere a los hermanos, aunque no comprendo cómo va a juntar la muerte a dos hermanos cuando uno era el fiambre.

—Ya… —murmuro, como si no hubiera pensado en ello—. Yo sabía que los hermanos no se hablaban, pero… no sé, pensé que en momentos así las cosas cambiaban.

Él suelta un bufido, casi suena como una carcajada amarga. Me reafirmo en el pensamiento de que en los últimos años algo le sucedió con los Jordan. Hay un ápice de rabia en sus palabras.

—Eso lo pensarías tú, que llevas años lejos del pueblo, pero los de allí lo tenemos claro: esos odios ya no se arreglan.

No sé qué contestar y me limito a asentir, aunque él no puede verlo. Por dentro, estoy tomando nota mental de cada palabra.

—Fue incómodo, sí —me atrevo a decir—. Como si la familia estuviera… rota.

—Rota está desde hace años —sentencia Rodrigo, sin dudar—. Los Jordan siempre han vivido de cara a la galería, pero por dentro se estaban devorando vivos. Eso lo sabe cualquiera que haya pisado Polano en los últimos veinte años.

Me remuevo en la silla. La frase me ha dejado un regusto amargo.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunto con cautela; siento que me estoy metiendo en un terreno prohibido.

Rodrigo no necesita que le den cuerda dos veces. Le encanta hablar de estas cosas, lo sé desde que éramos críos. Siempre se enteraba de todo antes que nadie y lo que no sabía lo adornaba lo justo para que sonara verosímil. Y ahora, en su voz, noto ese punto de satisfacción, como si abrir la caja de los trapos sucios de los Jordan fuera un pequeño placer personal.

—Pues mira, Edu, te lo voy a decir claro: todo empezó con la herencia de la vieja. —Su tono baja, convirtiéndose en algo confidencial, aunque estemos a kilómetros de distancia—. Tú te fuiste pronto de Polano y no lo viviste de cerca, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Cuando la madre de los Jordan murió, allá por… qué sé yo, parecía que las cosas iban a resolverse de manera tranquila. Paco y Fernando estaban de acuerdo en que la casa familiar se quedara para María, la hermana. Era lo lógico: ella había estado al pie del cañón con la madre, día y noche; vivía por y para ella. Y, bueno… ya sabes cómo se mira eso en el pueblo. Es casi un derecho ganado.

Yo asiento sin darme cuenta, aunque él no me vea. Recuerdo vagamente aquella época: yo ya estaba en la ciudad y lo que me llegaba eran rumores sueltos por mi padre, que, como a Rodrigo, le encantaba el chisme.

—Iba a ser así, ya estaba todo hablado, ¿sabes? —continúa Rodrigo—. Pero ahí apareció Conchi.

—¿Conchi? —pregunto, como si el nombre me sorprendiera, aunque dentro de mí se enciende un foco.

¿Cómo es posible que esté en todos los problemas de esa familia?

—Sí, Conchi, la cuñada. La mujer de Fernando. Fue ella la que metió baza. Y cuando digo que metió baza, es poco decir. Aquella montó un cirio de los gordos. No quería que María se quedara con la casa, según ella porque lo justo era venderla y repartir. Pero claro, detrás de esas palabras había otras cosas: que si envidia, que si el qué dirán, que si el dinero, que nunca sobra… El caso es que, con su intervención, todo lo que estaba medio pactado se vino abajo.

Mientras habla, me paso la mano por la frente. No sé si por el calor de la cocina o porque las piezas empiezan a encajar de una forma inquietante.

—Y desde ahí, Edu, todo fue cuesta abajo. —Rodrigo suelta una risa sin gracia—. Los hermanos se enzarzaron en tal pelea que aquello dejó heridas que no han cerrado ni con el tiempo ni con la muerte. Aunque otros tienen otra versión, pero te digo yo que lo que te cuento es lo más importante.

Me muerdo el labio, intentando no sonar demasiado ansioso cuando le interrumpo.

—¿Y no se arregló nunca?

—¿Arreglarse? —dice con ironía—. Ni de broma. Se distanciaron de tal forma que solo se veían en bautizos o entierros, y aun así, malamente. Conchi no se salió con la suya en cierto modo, porque María sigue viviendo en la casa, pero la relación de hermanos se terminó y desde entonces cualquier tema que saliera —dinero, negocios, favores— era leña para el fuego.

Escucho en silencio, notando cómo me tiemblan los dedos alrededor del móvil. Ana hace que se mueve preparando unos pasteles que horneó en la pastelería, pero es solo una tapadera para disimular que tampoco se puede despegar de lo que está contando mi primo.

Rodrigo prosigue, encantado de escucharse:

—La verdad, Edu, los Jordan nunca fueron santos, aunque al pueblo le gustara pintarlos como una familia ejemplar por lo de la empresa de coches y la buena fachada. Pero por dentro… uf. Lo de

la herencia fue solo la chispa. Desde entonces, cada cual fue a lo suyo, cada cual miró por su bolsillo. Y cuando alguien intentaba tender puentes, salía otro a patearlos. Yo, que lo he visto de cerca, te digo: ese odio no lo borra nadie.

Me quedo callado, tragando saliva. Rodrigo tiene una forma natural de contar las cosas que parecen más grandes, más negras, aunque no seré yo el que niegue que detrás de estas palabras solo haya verdad.

—No tenía ni idea de que había empezado así… —murmuro, casi para mí mismo.

—Claro, porque tú te fuiste. Pero los que nos quedamos lo vimos todo. Y créeme, esa herencia fue el principio del fin de la unión de la familia.

Me apoyo en el respaldo de la silla, notando un peso extraño en el pecho. La palabra «Conchi» no deja de resonar.

Primero la denuncia por extorsión, luego el impago por parte de la empresa y ahora esto. En mi mente creía que la mala relación era por años de tiranteces, como en todas las familias. Después de leer el diario de Olivia junto a mi hija, ya me quedó claro que Conchi ordenaba y mandaba también en la vida de su marido.

¿Qué más fue capaz de hacer?

19. MARTA

Enciendo la linterna del teléfono móvil para poder seguir leyendo bajo las sábanas. Podría encender la luz de la habitación, pero la costumbre de taparme con la sábana para que mis padres no me riñan, como cuando era una cría, me sigue emocionando. Tanto o más que el diario de Olivia. Ese pozo sin fondo que no consigo acabar por más que lo intente. Hay tanto contenido que entiendo en parte por qué el padre Alfredo lo tenía escondido.

Bueno, no. Sigo sin entender por qué un cura que era muy amigo de la desaparecida escondería una pieza clave para la investigación.

Uno de los puntos positivos es que el capítulo «el inicio» ha llegado a su fin. Digamos que con la amistad férrea del cura y de Olivia ella dio paso a otro episodio de su vida, pero este no lo tituló. Se puso a escribir sin tener en cuenta ese detalle, lo que me hace pensar que quizá el título primero lo puso a posteriori y que quizá, y solo quizá, el resto no tuvo tiempo de titularlo porque algo le sucedió.

Lo que me encuentro al pasar la página no es un texto al uso; de ese sé que me queda un buen tramo porque he dado un repaso visual rápido antes. Lo que hay son dos dibujos. Muy bien hechos, eso tengo que decirlo.

El primero de ellos ocupa toda la página: es una verja alta, como si fuera la entrada a una mansión lujosa. Las puntas de la verja tienen una flecha enfocada al cielo y, al ocupar toda la página, puedo leer entre líneas que significaba algo importante para ella.

Al estar cerrada, podría concluir que le removía una sensación de cárcel, de sentirse presa en algún lugar. De no ser así, la puerta al menos se diferenciaría del resto de los barrotes.

En la siguiente hoja hay una ventana y, en uno de los cristales, un corazón dibujado con lo que parece vaho, porque el último tramo se derrite.

Son dos ilustraciones que, a un primer vistazo, podrían significar dos momentos muy puntuales de la vida de Olivia. Además de que son polos opuestos: uno represión, cárcel, opresión; y el otro, amor, incluso secretismo por ese corazón dibujado en el vaho.

Me entra la risa de forma sistemática. La primera vez que escribí en un cristal fue en el del baño de mi casa y puse: hoy quiero cenar palomitas. Mi madre, cuando se enteró, no solo me tiró una zapatilla asesina, sino que me hizo limpiar el maldito cristal a conciencia. Que no engañen las películas románticas, porque eso queda muy cursi, pero deja mancha.

Si repaso todo lo que he indagado de Olivia en sus escritos, este último dibujo bien podría estar relacionado con ese novio prohibido que su madre odia. Si pudiera decir a los cuatro vientos que está enamorada, no estaría escondiéndose con corazones que se borran a los segundos. Vaya, que volvemos a lo mismo de siempre: un secreto más de esta muchacha que me va a dejar la cabeza loca.

La siguiente página ya tiene un escrito. Uno bien largo.

Hoy ha sido uno de esos días que te rompen por dentro y no te dejan ni una pieza entera. Me desperté con la sensación de que algo iba a estallar y, a mediodía, ya no quedaba nada dentro de mí que no estuviera hecho trizas. Todo empezó con una discusión tonta que se volvió gigante en menos de lo que tardo en escribir esto.

Mamá volvió a la carga con lo mismo: mi actitud, mis salidas, mi novio —esa palabra que cada vez que sale de su boca parece un reproche, porque lo es. Siempre que tiene relación con él, lo es—.

Me dijo cosas que dolieron, cosas pequeñas que juntas son una patada: que si voy a acabar mal, que si no pienso en el futuro, que si no me doy cuenta de cómo me estoy equivocando. Y lo peor es que lo decía como si me estuviera describiendo un fallo irreparable, no a mí, sino a algo que existiera dentro de mí y que ella ya había condenado. Cree que estoy mal de la cabeza. Incluso puso una mueca que interpreté como que le daban asco mis decisiones. Es que… es recordarlo y que me duela el corazón de nuevo.

Me quedé sin aire. No supe reaccionar; intenté explicarme y cada frase que decía se convertía en vagas palabras de por qué estaba equivocada ella y no yo. Me sentí ridícula, pequeña. Me puse a llorar y lo único que conseguí fue que me dijera que exageraba. Eso fue como echar sal en la herida. No sé por qué permití que siguiera, por qué me quedé; en realidad, debía haber salido, haberme ido a la calle a gritar o a romper algo, pero me quedé. Solo cuando dijo que

ella se encargaría de todo como no parara de una vez, entonces sí me fui.

Caminé sin rumbo hasta que mis pies me plantaron frente a la iglesia. No pensé, solo entré. El olor a vela y a madera me invadió y fue lo único que me calmó un poco. Alfredo estaba en la sacristía, como siempre, con su cuaderno —el mismo en el que dibuja—. No sé por qué fui a buscarlo. Quizá porque es la única persona que en los últimos meses me ha mirado sin juzgarme; o quizá porque no tenía a nadie más. Mi prima está más centrada en las cosas del instituto que en mí. Y tampoco la quiero meter en esto; quizá me miraría igual o peor que mi madre. Me senté frente a Alfredo y empecé a hablar sin parar.

Le conté todo. No me dejé nada: las palabras de mamá, la sensación de ser culpable por existir, el miedo de seguir así, la rabia que me revienta por dentro y que no sé expresar sin que suene como excusa. Lo mejor de todo es que él solo me escuchó, sin interrumpir, sin decirme «te lo dije» ni nada por el estilo. Me miró con su mirada tranquila y entonces me dijo algo que ya me había prometido: que me iba a ayudar.

Me habló de alguien que conocía, un chico «bueno», responsable, con quien mi madre podría sentirse tranquila. No me dijo nombre al principio. Me explicó que era alguien de la zona (no me quedó claro del todo), que no tenía malos hábitos, que tenía una familia decente y que, si yo quería, él me lo presentaría en un contexto tranquilo. «Una comida, un café, algo sencillo», me dijo. «Si eso te da aire y a tu madre la calma, lo hacemos despacio».

Mi primer instinto fue enfadarme. ¿Presentarme un chico para calmar a mamá? ¿Me estaba proponiendo fingir? ¿Venderme por un rato de paz? Me sentí humillada, pero al mismo tiempo… por dentro algo se aferró a esa oferta. La posibilidad de que las cosas se tranquilizasen. La posibilidad de no volver a salir de casa con el estómago encogido. La posibilidad, pequeña y tonta, de que la sonrisa de mamá volviera a ser la de antes y no esa mezquina preocupación y reproche constante.

Salí de allí con la cabeza hecha un lío. Por un lado, me sentí agradecida, casi como si alguien me tendiera una cuerda con la que

podría trepar fuera del pozo donde me habían dejado las peleas de hoy. Por otro lado, me sentí traicionada conmigo misma: ¿estaba aceptando una presentación para que mi madre dejara de molestarme? ¿Estaba vendiendo mi verdad por un respiro? No sé. Mi cabeza no deja de dar vueltas. Me siento culpable por querer que algo tan externo arregle algo tan mío.

Solo espero que esto acabe con toda la amargura.

Olivia.

Decir que estoy sin palabras es quedarse corto.

Un novio falso.

El novio real debía de ser *un pieza* de mucho cuidado para montar tanto escándalo a su alrededor.

Y lo más fuerte de todo, una Olivia que está dispuesta a aceptar para quitarse el marrón de encima, o sea, que es una más de las manipuladoras de este caso.

Ahora sí que mi cabeza va a hacer boom.

◆ ◆ ◆

Cuando suena la alarma, me despierto sobresaltada. Aún tengo el diario encima de mi pecho y la linterna del móvil encendida. Como no uso redes sociales, la batería de mi móvil es como los Nokia de los años 2000: eterna.

Si ha sonado la alarma es que ya llego tarde a la cita que tengo hoy con el padre Alfredo. Más bien con los niños que tengo que adoctrinar para que se vayan a la iglesia para ser felices.

En qué fregados me meto solo para seguir con mis investigaciones. Cualquiera que lo vea desde fuera pensará que estoy loca. Si no lo pensaba antes, claro está.

Cuando llego a la casa parroquial voy corriendo como si me persiguieran. En realidad, hago un intento, porque yo no corro: me agito y me desplazo de forma torpe, que es distinto. Entro casi chocándome contra la puerta de cristal y me detengo en seco, jadeando como si hubiera hecho una maratón.

Spoiler: solo crucé dos calles.

—Perdón, perdón, perdón, Alfredo —balbuceo mientras me agarro al marco de la puerta como si eso fuera a evitar que me derrita en el

suelo—. La alarma ha sonado más tarde de lo que debería y… larga historia.

No sé qué inventarme para que no sospeche que me he dormido. Alfredo, que hoy parece que tiene el nivel de paciencia de un santo canonizable en vida (aunque sospecho que más bien es resignación), me sonríe. Puede que después de todo me haya cogido cariño y las caras de duda que me ponía sean cosa del pasado.

—Tranquila, Marta. No pasa nada.

Su tono sereno me irrita un poquito. Ojalá supiera ponerla cuando alguien me pone nerviosa. Lo que sucede en mi cuerpo es que explota y se monta un cirio importante. En fin… que debería dar gracias a Dios porque su mensajero me haya perdonado.

De forma espontánea, al separarme de la puerta, me doy cuenta de que no estamos solos. Giro la cabeza y veo que la sala está llena de gente. Los niños ya han llegado, y algunos padres se han unido, pero no solo están esos, sino un grupo de personas mirando hacia mí y otro moviéndose de un lado a otro, acomodando sillas, colocando platos con galletas y jarras enormes de zumo de naranja.

—Han venido a ayudar —me dice Alfredo al ver que me concentro en lo que hacen. No recuerdo haber invitado a tanta gente—. Entre todos serviremos comida y bebida. Así es más llevadero.

Asiento con energía, aunque en mi cabeza pienso que es un truco para ponerme nerviosa. Ya no debería dudar de él, pero supongo que mi ojo de loca siempre está alerta.

Alfredo me hace un gesto para que me acerque hacia el grupo que no me quita ojo. En él hay dos mujeres y un hombre de una edad avanzada que sujeta un candelabro. No sé qué pinta el candelabro en esta charla, pero no seré yo quien lo pregunte.

El cura se retira hacia la derecha para señalar a la primera mujer.

—Marta, te presento a Conchi.

El nombre me cae encima como una losa. Conchi. La Conchi. La mujer que llevo investigando como si fuese mi doctorado secreto en «Conchilogía Aplicada, basada en la relación con su hija desaparecida».

Aunque suene irrisorio, nunca la había visto en persona. No coincidí con ella en el tanatorio de su cuñado y… no me esperaba

verla aquí.

La miro con los ojos como platos. Está de pie, pero en realidad sostenida por otra mujer que le pasa un brazo por la espalda como si la mantuviera erguida a base de pura voluntad.

Su rostro está compungido, de esos que no hace falta Photoshop para realzar el dramatismo. Una señora rota. Literalmente rota, como las figuritas de porcelana que intentas pegar con Super Glue y al final siempre les falta un trozo.

Sonríe al escuchar mi nombre. Una sonrisa mínima, cansada, de las que se te clavan porque llevan más pena que alegría. No es la sonrisa triunfal y segura que yo había imaginado para mi «sospechosa número uno». Es casi una mueca de agradecimiento porque alguien le estrecha la mano y no la ignora.

Me siento estafada por mis propias investigaciones. La Conchi que había fabricado en mi cabeza era una mujer fría, casi calculadora, dueña de un pequeño ejército de secretos. Y ahora me encuentro con alguien que apenas puede sostenerse en pie, que transpira duelo y agotamiento. Mi cerebro no sabe dónde encajar esta contradicción.

—Encantada, Marta —dice ella, y hasta su voz parece arrastrada.

—Igualmente —respondo, aunque en realidad estoy pensando: No puede ser la misma. No es posible. O si lo es, entonces es que estoy completamente equivocada con mis investigaciones. Y odio estar equivocada. Sobre todo cuando llevo tres noches enteras rastreando sus movimientos como si fuera Sherlock Holmes.

La otra mujer, la que la sostiene, me mira con ojos protectores, como diciendo «ni se te ocurra incomodarla». Y por una vez, me callo. Sí, yo, Marta, la de las opiniones sin filtro. Porque lo que tengo enfrente no admite ironía, ni sarcasmo, ni nada de preguntas sobre su hija: es puro dolor humano.

Me quedo un segundo más observándola, necesitando imprimir esa imagen para reconfigurar todas mis hipótesis. Y por primera vez en mucho tiempo, dudo de mi propia investigación.

20. EDUARDO

Tras la llamada de mi primo Rodrigo, Ana y yo comimos en un absoluto silencio. Solo se rompió durante el postre, cuando estaba a punto de acabar mi yogur de limón, que ella dijo:

—Lo de Olivia siempre fue extraño; si me dejaras ayudaros, podríamos solucionarlo.

A lo que lo único que le pude decir para protegerla fue:

—Esto es una chiquillada de Marta, ya sabes cómo se pone. Me he emocionado un poco, pero como ves, no había mucho donde rascar.

Aunque no lo admitiera, había escuchado la conversación con mi primo. Sabía de lo que habíamos hablado y lo poco o nada que servía eso en la investigación. Que Conchi era una cizañera que enemistó a los hermanos puede ser. Pero sigue siendo una de las víctimas de todo este asunto.

Su hija desapareció y lleva sin saber nada de ella veinticinco años. No me quiero imaginar la cantidad de escenarios que han pasado por la mente de esa mujer.

—Yo solo digo que os estáis equivocando.

Me dejó en la mesa solo con la última cuchara del yogur de limón.

◆ ◆ ◆

Me acomodo en el sillón para calzarme bien los playeros, porque he decidido que, para que me perdone, o al menos se le borre el mal humor, saldremos a pasear por las afueras de la ciudad. A ella le encanta y a mí también; el problema es que no suele tener tiempo.

Cuando estoy a punto de ponerme en pie, ya con el chándal puesto, me suena el teléfono móvil que dejé en el baño cuando comencé a cambiarme de ropa. Corro hacia él porque siempre tengo miedo de que sea Marta con algún problema. El nombre que aparece en la pantalla dista mucho de ser el de mi hija; es más, creo que nunca lo he visto. O al menos no en los últimos diez años.

La mujer de mi primo Rodrigo me está llamando.

—¿Rosario? —descuelgo, temeroso de que me dé una mala noticia nada más hacerlo. ¿Para qué, si no, me iba a llamar?

—¡Eduardo!, ¿te pillo en mal momento? —Me desconcierta aún más su efusividad.

—Esto… No, no, tranquila, ¿ha sucedido algo con Rodrigo?

Escucho un carraspeo al otro lado de la línea y, acto seguido, Rosario baja la voz tanto que apenas la escucho. Tengo que pegar el aparato al oído para escuchar lo que me dice.

—No, no tiene nada que ver con mi marido. Bueno, en parte sí.

—Si me puedes sacar de dudas… No estoy…

—Os escuché hablar antes —me corta antes de que pueda decir nada más—, y creo que necesitas saber algo que mi Rodri no sabe.

—¿No lo sabe Rodrigo? —Se me hace prácticamente imposible.

—No, de este tema se hablaba en el club de lectura de Polano hace muchos años. Algunos maridos se enteraron y catalogaron la información de errónea solo porque la habíamos iniciado las mujeres del pueblo. Ya sabes cómo era…

Es una de las cosas que más detesto de vivir en un pueblo pequeño. Cuando me marché a la ciudad me sentí libre, sin tener que dar explicaciones a nadie por cada paso que daba.

—¿Y qué es eso que se hablaba? Me está pudiendo la curiosidad.

Y el tiempo, porque como tarde más de lo que le he asegurado a Ana, me va a retirar la palabra durante semanas.

—Creo que el germen de la mala relación entre los hermanos Jordan no tiene nada que ver con la herencia familiar, sino con otro asunto mucho más fuerte.

Me quedo helado en mitad de la habitación. Aprieto el teléfono contra la oreja, consciente de que Ana está en el salón y que en cualquier momento me va a preguntar con quién diablos hablo.

—¿Más fuerte? —pregunto sin saber qué decir. Como me dice la psicóloga que ha llevado el caso de Marta desde niña, cuando no sepa qué decirle tengo que repetir las últimas palabras que ella ha dicho; así gano tiempo o ella me lanza otra afirmación y el mal momento lo podemos solventar.

—Sí. —Rosario hace una pausa breve y luego baja aún más la voz —. Esto, como te digo, empezó como un rumor en el club de lectura de Polano.

Me froto la frente con la mano libre. Todos sabemos que, después de hablar de los libros, se pasaban horas en una tertulia comunitaria. Era la red social del pueblo de aquella época.

—Decíamos —continúa ella— que Conchi pasaba demasiado tiempo fuera de la finca familiar. Más de lo normal, quiero decir. Desde que pusieron aquella verja nueva, ¿te acuerdas?, la más alta, que parecía que en vez de una casa era una fortaleza. Hasta le pintaron las puntas de dorado, y eran como flechas lanzadas al cielo. Una horterada, en mi opinión.

Cierro los ojos y, de inmediato, me acuerdo. Sí, claro que me acuerdo. Esa verja fue tema de conversación durante semanas; más bien parecía que se hubiera levantado una muralla china en mitad de Polano. Me acuerdo de pasar con la bici y sentir que detrás de aquellas barras oscuras ya no vivía una familia, sino gente apartada, distinta. Era ilógico, porque nada había cambiado; era solo un nuevo cierre.

—Conchi decía que se agobiaba, que no soportaba estar encerrada ahí dentro. Por eso salía tanto.

—Bueno… —digo, buscando la lógica que siempre calma mi cabeza—. Eso no parece nada grave, ¿no? A cualquiera le habría pasado.

Rosario carraspea. Tengo la sensación de que ya ha anticipado mi respuesta y que tiene su siguiente baza preparada.

—No iba sola, Eduardo.

Me recuesto contra la pared y por eso la voz me sale algo más ronca de lo normal:

—¿Con quién iba?

—Con Francisco.

—¿Francisco? —repito, por si acaso me he confundido.

—Sí, su sobrino. Y te lo digo tal cual lo recuerdo, porque me impresionó. Verás… Conchi era muy joven cuando se casó. Apenas rozaba la mayoría de edad. Y enseguida nació Olivia, como le pasó a Elvira, su cuñada. Las dos eran casi chiquillas, no había una distancia generacional entre ellas y los sobrinos. Parecían más primos de la misma quinta que tía y sobrino.

Me quedo callado, tragando saliva con esfuerzo. En mi memoria se cruzan imágenes difusas de aquellos años: recuerdo que los padres de Olivia y de Francisco y Sara eran muchísimo más jóvenes que los míos. Mi madre les tenía envidia a ellas; decía que se habían

quedado embarazadas sin problema. Y en alguna ocasión también hablaba de pecado fuera del matrimonio, pero yo nunca reparé en eso. La fe que tenía ella en la religión yo no la procesaba. La culpa y los pecados me entraban por una oreja y me salían por la otra.

Cuando crecimos, la diferencia con Paco, o Fernando, o la misma Conchi no era muy grande. Además, Conchi y Elvira siempre fueron mujeres muy atractivas, adelantadas en cuanto a vestuario a su tiempo.

—Lo que decíamos en el club de lectura —prosigue ella, como si no hubiera notado mi silencio— es que esas salidas no eran tan inocentes como parecían. Que había… bueno, más cercanía de la que debía haber.

Siento un cosquilleo frío recorrerme la espalda. No me atrevo a preguntar directamente, no todavía. Solo atino a respirar hondo y mirar hacia la puerta del salón, donde Ana seguro que ya empieza a impacientarse.

La idea de que todo esto estuviera gestándose mientras yo vivía al lado me produce un vértigo extraño, como si me hubieran robado piezas importantes del puzle y ahora alguien, años después, viniera a colocarlas sobre la mesa.

Me quedo helado con lo que acaba de insinuar Rosario. O quizá ni siquiera lo ha insinuado; lo ha dicho de una manera tan directa que mi cabeza ha preferido ponerle un filtro, como si así pudiera evitar entenderlo.

—Un momento, Rosario, que me estoy perdiendo —intervengo, apretando más fuerte el teléfono contra la oreja—. Me dices que Conchi salía mucho de la finca con Francisco… ¿y qué? No lo pillo. ¿Qué tiene de raro? Que se llevaran bien, no sé, eran familia.

—¡Ay, Eduardo! —resopla ella, con una mezcla de fastidio y sorna que solo tienen las mujeres de pueblo cuando creen que uno está haciéndose el tonto—. No me digas que no ves lo extraño… No era salir de la finca para ir al médico o a comprar. Es que se iban juntos, solos, como si fueran pareja.

—¿Pareja? —me río nervioso; necesito quitarle hierro al asunto antes de que me dé un infarto—. No, Rosario, no, no… Eso que dices es una barbaridad.

—Pues barbaridad o no, en Polano se hablaba. Y mucho.

Siento que el corazón me da un vuelco en el pecho. Empiezo a caminar por la habitación, de un lado a otro, intentando ordenar lo que estoy escuchando, pero es como si las palabras me fueran tropezando por dentro.

—A ver… ¿Qué me estás queriendo decir exactamente? —le espeto—. Ya me siento como mi hija, que si no se me masca la información la puedo malinterpretar y entonces llegaríamos a un conflicto.

Ella tarda un segundo, pero lo hace. Y lo hace sin temblar.

—Que Conchi era joven, guapa, llamaba la atención; su marido trabajaba mucho en el negocio y no tenía tiempo, y ella empleaba el suyo con su sobrino.

Me detengo en seco, siento como si me hubieran puesto una piedra en el pecho. La frase me golpea con tanta violencia que tengo que apoyarme en la mesa para no perder el equilibrio.

—¿Me estás diciendo que…? —no me atrevo a acabar la frase.

—Eso, Eduardo. Que entre Conchi y Francisco había algo más.

—¡No! —exclamo, casi con furia, negando con la cabeza, aunque ella no pueda verme—. No puede ser, Rosario, no puede ser. Mira, yo sé que en los pueblos se habla mucho, que los rumores se inflan como globos… pero esto… Esto ya es pasarse.

—Ya, ya sé que te cuesta creerlo —replica con calma, pero con un deje de triunfo en la voz—. A muchos les pasaba lo mismo. Lo tachaban de chisme de mujeres aburridas, como te he dicho, pero todos veíamos lo que veíamos.

Me paso la mano por la cara, queriendo borrar las imágenes que empiezan a cruzarme por la cabeza sin que yo las invite. Me repugna la idea.

—Rosario, yo… No sé, ¿no sería que ella lo cuidaba más porque era el único chico de la familia? Francisco siempre fue algo más tímido, más reservado…

—No, Eduardo —me corta con contundencia—. No era cariño de tía. Era otra cosa. Te lo digo yo, que los vi más de una vez. No eran gestos inocentes ni miradas familiares. Se buscaban, se escapaban

juntos de la finca. Y si quieres que te dé pruebas… una vez los pillamos discutiendo en la zona boscosa, detrás de la tapia.

—¿Discutiendo? —pregunto, aunque sé que la respuesta me va a hundir más.

—Como dos enamorados. Con esa tensión que no tiene nada que ver con la de dos parientes. Gestos bruscos, miradas cortantes que parecían de celos. Fue incómodo hasta para las que íbamos por allí de paseo, porque nos dimos cuenta de que aquello no era normal.

Siento una punzada en el estómago. Intento negarlo, agarrarme a cualquier explicación racional.

—Podría haber sido cualquier cosa… Fran era un chaval, y Conchi… Bueno, todos sabemos que tenía carácter.

—Sí, claro —ironiza Rosario—. Y justo las peleas eran a escondidas, donde nadie pudiera verlos. Mira, Eduardo, no me invento nada; era un secreto a voces. Solo que nadie se atrevió nunca a ponerlo en alto.

Me dejo caer en la cama, con la respiración entrecortada. Niego con la cabeza una y otra vez. Cuando le cuente esto a Marta, seguramente ponga el grito en el cielo.

Tengo que llamarla cuanto antes.

21. MARTA

Me salvo por una llamada de teléfono de tener que despedirme de todos los que han asistido a la primera sesión del curso. Alfredo se ha pasado el tiempo sonriendo, así que creo que he hecho bien mi trabajo y está satisfecho con ello.

A Conchi no la he vuelto a ver; creo que la señora que la acompañaba se la llevó cuando comenzó la ronda de preguntas. No teníamos en el *planning* esa parte, así que nos hemos extendido más de la cuenta. Cuando salgo a la calle, la noche ya ha caído sobre Polano, y mi padre sigue esperando que responda su llamada.

—He sobrevivido al infierno, padre, no hacía falta tanta insistencia por saber qué tal me había ido.

—No, cielo, no es eso, es que tengo avances.

Como si fuera un robot, comienza a detallarme todo lo que ha encontrado sobre Conchi en las últimas horas.

—Papá, es imposible, esa señora es como un muerto viviente. No sé si hace años estuvo liada con su sobrino, pero ahora no parece sospechosa de absolutamente nada.

—¿No has conseguido descifrar nada del diario? Ya he llegado a pensar que la mala relación de madre e hija también podía ser producida por la relación clandestina de su madre.

—Eso no tiene sentido, porque en todos los escritos Olivia habla del pesar que siente por las regañinas y la presión de su madre. No es en contra; de ser así, estaría llena de rabia.

—Tiene sentido.

No hace falta que lo tenga delante para saber que está cabeceando ante lo que le digo.

—Dame un poco más de tiempo, sería bueno que vinieras el viernes cuando salieras de trabajar. En estos dos días puedo estudiar el diario de arriba abajo; ya solo me queda impartir un curso con Alfredo.

—Si no has encontrado nada, no lo harás ahora.

—Confía en mí, siempre encuentro detalles que otros pasan por alto.

Nos despedimos con cariño y voy corriendo hacia la posada para tomar la cena en la habitación, como cada día, y ponerme manos a

la obra, como le he prometido a mi padre. Ya no puedo extenderlo más, necesito acabar el diario de Olivia, aunque no duerma durante dos días.

Cuando quiero darme cuenta, ha pasado la medianoche y lo único que he hecho es ducharme y cenar. Las horas hoy juegan en mi contra. Justo cuando más las necesito, ellas deciden evaporarse.

Al abrir el diario me encuentro con que la estructura de los escritos ha vuelto a cambiar. Conforme Olivia tenía un estado de ánimo o pasaba una época de su vida, cambiaba este formato. Es algo que, sin conocer de forma personal a la persona a estudiar, es complejo de entender, porque no sé si quiere decir algo. Como lo de añadir los dibujos en medio de la nada, algunos más grandes que otros…

Leo lo siguiente:

Querido diario:

Hoy ha sido uno de esos días que me hacen pensar que, a pesar de todo, vale la pena aguantar lo malo. Cuando estamos todos juntos en la finca siento que por fin hay paz, como si todo se alineara para que estemos bien. Me encanta esta sensación; durante unas horas el mundo parece perfecto.

La finca es tan grande que cada familia tiene su casa, y lo normal es que cada uno esté en la suya con sus cosas. Pero de vez en cuando decidimos juntarnos y eso es lo mejor de todo. Hoy fue uno de esos días: la gran mesa en el comedor, todos hablando a la vez, risas que se mezclan con el ruido de los cubiertos. Me siento feliz solo con recordarlo.

El servicio se lució. De verdad. Habían decorado la mesa con un mantel amarillo que hacía brillar toda la estancia como si hubieran atrapado al sol. Encima pusieron unos jarroncitos de cristal con margaritas y flores silvestres que combinaban con los tonos. Era sencillo, pero parecía de revista. Me quedé un rato mirándolo todo, queriendo guardarlo en la cabeza para siempre. Y creo que lo conseguí.

Lo mejor vino cuando apareció Francisco. Siempre llega con una sonrisa medio traviesa, encantadora, aparentando ocultar un secreto que nadie más sabe. Se acercó a mí sin decir nada y me entregó

una flor amarilla, igualita a las del centro de mesa. «Para que las cosas bonitas vayan a juego», me dijo, y se rió. Fue un gesto tan tonto, pero a mí me pareció encantador. No sé, es de esas cosas que parecen pequeñas pero te alegran el día entero. La sujeté entre los dedos y la puse sobre el plato para verla todo el rato.

Claro que Sara, con lo bromista que es y con lo mal que lleva que su hermano se esté haciendo adulto, no se lo dejó pasar. Se echó a reír nada más vernos y empezó a decir que Francisco estaba hecho todo un caballero y que parecía de película. Hizo un teatrillo con su voz finita, imitando a alguien declarando su amor, y todos se rieron. Yo también me reí, aunque dentro de mí pensaba que no había nada de ridículo en ese gesto; al contrario, me gustó mucho. Francisco solo la miró con cara de «déjalo ya» y se sonrojó un poco, aunque él nunca lo admitiría.

Me gusta cuando estamos así, todos juntos. La finca parece otra, llena de anécdotas que ya hemos escuchado mil veces pero que siguen teniendo gracia. Nadie grita, nadie se enfada, y yo siento que puedo respirar. Ojalá hubiera más días así.

Olivia.

La siguiente entrada parece ser de días próximos al primer escrito, porque el bolígrafo es el mismo y rara vez los repetía. En esta ocasión lo ha escrito en azul y con una punta gorda que hacía ver su caligrafía más redonda de lo que ya era.

Hoy he pasado la tarde con mi tío Paco, y todavía estoy sonriendo mientras lo escribo. Nunca había pensado en lo mucho que significa para mí hasta ahora. Siempre he sabido que es especial, pero estos días lo estoy sintiendo distinto, como si de repente me hubiera dado cuenta de que tengo mucha suerte de tenerlo cerca.

Todo empezó porque mamá me pidió que bajara a la huerta a llevarle un recado a mi padre. En lugar de encontrarme con mi padre, me lo encontré a él, con las manos llenas de tierra. Es extraño verlo faenar cuando hay una persona dedicada a ello, pero parecía que la calma que suele tener lo llevó a buscar en el huerto algo de diversión. Me vio llegar y, en vez de mandarme de vuelta, me dijo: «Quédate un rato, anda, que hace sol y no se está mal». Así que me quedé.

Nos pusimos a recoger tomates y pimientos, y aunque pueda sonar aburrido, fue de lo más entretenido. Mi tío siempre sabe cómo hacer que las cosas simples parezcan importantes. Me enseñó a distinguir cuándo un tomate está en su punto, me explicó por qué las plantas «escuchan» cómo las cuidas, y hasta me dejó probar uno recién arrancado, todavía tibio por el sol. ¡Estaba buenísimo! Yo le decía que exageraba con eso de hablarles a las plantas, pero él insistió en que sí, que notan el cariño. Y lo dijo tan convencido que terminé creyéndole.

Mi padre jamás se mancharía las manos en la tierra de la forma en la que lo hicimos nosotros. Paco siempre fue el hermano más humano de todos los Jordan, porque incluso mi tía María parece que se ha tragado un tenedor.

Mientras trabajábamos, empezamos a hablar de todo y de nada. Le conté cosas del instituto, de lo mucho que me agobia sentir que todos esperan que sepa ya qué quiero hacer con mi vida. Pensaba que me soltaría el típico consejo de adulto, pero no. Solo me escuchó y luego me dijo que no tenía prisa, que la vida se encarga de enseñarte lo que es para ti, siempre que tengas los ojos abiertos. Me quedé pensando mucho en eso. A veces me gustaría que mamá pudiera hablarme así, sin exigirme tanto, sin presionarme por miedo a equivocarme.

Lo que más me sorprendió fue cuando me contó cosas de cuando él era joven. Me confesó que también tuvo momentos en los que se sintió perdido, que no sabía hacia dónde ir y que cometió errores que aún le pesan. Me hizo gracia imaginarlo así, porque siempre lo veo tan seguro, tan firme. Eso sí, no tengo ni idea de si es conocedor de los desaires que me traigo con mamá. Dudo que sepa mi secreto, porque si lo sabe él, también lo conocería mi padre, y de ser así ya me hubiera dado cuenta.

Cuando terminamos, me regaló una ramita de romero que había cortado. «Para que te acuerdes de que aquí siempre tendrás un sitio», me dijo. Puede sonar cursi, como el gesto de su hijo hace dos días, pero casi me hace llorar. Guardé el romero en el bolsillo y todavía huele mientras escribo.

Me fui de la huerta sintiendo que, pase lo que pase con mamá o con cualquier otra cosa, tengo la suerte de contar con él. Y que no estoy sola. A veces se me olvida, pero hoy me lo recordó.

Creo que, de todos en la familia, él es el que más se parece a un refugio.

Olivia.

Un nuevo descubrimiento: Paco era el refugio de Olivia, pero después sus padres y él cortaron la relación hasta tal punto que dejaron de hablarse.

Hay familias complicadas y luego están los Jordan; está más que comprobado.

22. EDUARDO

A pesar de que he hecho un esfuerzo durante toda la semana para pasar más tiempo con mi mujer, ella sigue enfadada por la falta de información que le damos Marta y yo. Cuando llega la hora del sofá, donde solemos poner una película o alguna serie que estemos viendo, se va a la habitación a leer porque dice que necesita espacio.

Que Marta no esté en casa tampoco está ayudando; ella es la que desordena todo, y no sabía que necesitaba tanto su caos perfecto hasta ahora.

Siguiendo la estela de que Ana me esté castigando, esta mañana se ha ido sin desayunar. Eso sí que ha sido raro. No puede salir de casa con el estómago vacío y mucho menos sin un café. Quizá se ha levantado antes que yo y no me he dado cuenta, pero la excusa que me ha puesto es que había quedado para desayunar y no quería perder tiempo.

Las amigas de Ana tienen unos horarios de trabajo muy similares a los de ella, así que no tengo ni idea de si es otra vaga excusa o si tiene nuevas amistades que desconozco. Como sea, el desayuno me ha sabido a poco. He comido una tostada que me ha dejado más triste de lo que ya lo hace la situación de por sí.

Cuando llego al juzgado, me siento incómodo. Ya no sé si es conmigo mismo o porque me he pasado la noche pensando que estamos haciendo el tonto. Lo que haya pasado con los Jordan hace veinticinco años es parte del pasado. Nada va a cambiar ahora. Es cierto que en un punto de esta extraña investigación me dejé llevar por la emoción y por todos los agujeros que tiene la misma, pero… ¿y si Olivia tuvo un final tan horrible que nos lo han querido tapar?

Es la principal hipótesis a la que le he dado vueltas toda la noche. Y es la misma que me ha llevado a agobiarme por cómo nos afectará a Marta y a mí descubrirla.

—Eduardo, te estaba buscando.

Al escuchar la conocida voz masculina, el bolígrafo se me cae al suelo y me giro en la silla como un resorte. De entre todos los escenarios, este era el que menos esperaba: que Francisco Jordan estuviera a la puerta de mi despacho.

—¿¡Francisco!?

Tengo que estar alucinando o, al menos, perdiendo el oremus como mi tía Paqui, que muy jovencita se volvió loca.

Estaba pensando en los Jordan y… ¿aparece Francisco?

No es hasta que me toca el hombro que reacciono con un pequeño salto en la silla reclinable.

—He tenido que venir a hacer unas gestiones, y me han dicho que estabas en esta planta.

No puedo permitir que vea algún ápice en mi rostro de lo que estaba pensando. Porque justamente estaba dudando de que su familia, su propia familia, estuviera metida en la desaparición de su prima. ¿En qué lugar me deja esto? Conozco a los Jordan desde que soy un crío.

—¿Necesitas algo? —Me levanto y le estrecho la mano. Tiene unas pronunciadas ojeras, pero no reparo en ellas para no sentirme peor de lo que ya lo hago.

—Nada importante, solo unos trámites que no podía dejar más. Me he cogido solo unos días de descanso, pero mañana ya vuelvo al trabajo. —Asiento porque no sé muy bien qué hacer en estos momentos—. La vida sigue, como todos me dicen.

Siempre me ha parecido una frase muy cruel para comentarla con alguien que ha perdido a una persona importante en su vida.

—Como te dije en el tanatorio, siento mucho lo de tu padre.

Es su momento de asentir, y observo que se le llenan los ojos de agua, así que le dejo espacio para que sea él quien lleve el peso de la conversación por donde quiera.

—Justamente a eso he venido. —Carraspea y se recompone—. A agradecerte personalmente que fueras al tanatorio, al igual que Ana y Marta.

—Es lo menos que podíamos hacer.

—Hace mucho tiempo que no tomamos todos juntos un café. —Me mira como quien en algún momento fue cercano a otra persona y lo echa de menos con el paso del tiempo.

Nosotros nunca tuvimos esa relación, pero sí que es verdad que hace un par de años nos juntábamos alguna vez al año y compartíamos una cena o una comida. Como somos los únicos de

Polano viviendo cerca, era una forma de rememorar los viejos tiempos. Esos que nos hacen felices solo por el recuerdo, porque en realidad tenían sus aristas, como los tiempos actuales.

—Es cierto. —No sé qué más decir.

—En cuanto las aguas se calmen un poco, podríamos retomar esas citas que teníamos. Las echo de menos.

A esto me refería: este hombre acaba de perder a su padre cuando aún le quedaban muchos años de vida; se está aferrando a los recuerdos de lo que un día vivió, porque nosotros nunca fuimos grandes amigos.

—Cuenta con ello, Fran. Y para cualquier cosa que necesites, aquí estoy. Estamos, mejor dicho.—Toco su hombro para calmar un poco su pesar, pero creo que no lo consigo porque sonríe con el rostro cabizbajo.

—Ha removido mucho dolor la muerte de mi padre, ¿sabes?

—¿Y qué muerte no lo hace?

Él se queda sin palabras y yo también.

Cuando repartieron el don del consuelo, yo no estaba en la fila, de eso no cabe duda. Consigo que Francisco se vaya con lo que parece una sonrisa, pero si ya había comenzado el día con mal sabor de boca, lo de ahora se lleva la gloria.

Hay días que uno no debería levantarse de la cama; es un hecho.

◆ ◆ ◆

Cuando llego a casa, lo primero que percibo es el silencio. No está puesta la televisión de la cocina, como es habitual, ni por su contra hay música de fondo. Tampoco percibo olor a comida recién hecha. Solo la quietud y mis pasos resonando por el pasillo.

Dejo las llaves en el cuenco de cerámica que tenemos en la entrada. Ana lo trajo de un viaje a Granada hace años. Siempre me ha hecho gracia que, con la de cosas que compramos allí, ese cacharro —que era lo más feo del puesto— se haya convertido en una de las piezas más valiosas de la casa.

—¿Ana? —pregunto, con la voz más suave de la que soy capaz, porque intuyo que el mal humor de esta mañana todavía no ha terminado de disiparse.

La encuentro en el salón, sentada en el suelo, con la mesa de centro completamente cubierta de papeles. Algunos están subrayados, otros doblados con cuidado, y en el centro hay una carpeta de color verde menta que me resulta familiar. La observo unos segundos desde la puerta, intentando adivinar qué está tramando.

Durante un instante, creo que está revisando documentos de la pastelería que quiere comprar desde hace meses. Me ilusiono, incluso. Pienso que por fin ha decidido dar el paso, que está esperanzada de nuevo con algo que no sea mi estado de ánimo ni las rarezas de Marta. Pero entonces, sin levantar la vista, dice:

—Siéntate, Eduardo.

No es una sugerencia. Es una orden.

Me acerco despacio y me siento en el sofá, frente a ella. La observo mientras acomoda los folios con una precisión que me recuerda a mí en el trabajo o a Marta cuando ordena sus hipótesis. No habla, y ese silencio me empieza a poner nervioso.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, intentando sonar tranquilo, aunque tengo el presentimiento de que no me va a gustar la respuesta.

Ella alza la vista por fin, y sus ojos me atraviesan con una mezcla extraña entre rabia y determinación.

—Esto —dice, señalando los papeles— es la verdad. La importante. No el juego que vosotros os traéis. He tenido que ir directamente a la fuente. He quedado con Amalia, la mujer que llevaba el club de lectura de Polano por los años en los que desapareció Olivia.

Trago saliva. Me cuesta articular palabra, porque siento cómo me late el corazón en las sienes.

—¿La verdad? ¿De qué hablas, Ana? —pregunto, aunque me temo la dirección de la conversación.

—De todo este circo en el que os habéis metido tú y Marta. —Su tono no es de reproche, sino de quien está demasiado cansada para enfadarse más—. Lleváis días jugando a ser detectives, metiendo las narices donde no os llaman, y yo… he hecho lo que debía haber hecho desde el principio: buscar respuestas de verdad y cortar esta

locura de una vez. ¿Qué ibais a hacer si os pillaba la policía? ¿Dejarme sola en esta casa?

Me quedo callado. No sé si me da más miedo lo que ha descubierto o el hecho de que lo diga con esa seguridad, además del rencor que me lanza.

El aire se me escapa en un suspiro lento.

—¿Y qué es eso tan importante que has descubierto? —pregunto, casi con miedo de que me lo diga.

Guarda silencio unos segundos, los suficientes para que el salón se cargue de tensión. Después, apoya las manos sobre la mesa, toma aire y me mira fijamente.

—Los padres de Olivia no eran tan limpios como siempre nos hicieron creer.

El silencio se instala unos segundos entre nosotros. Ella continúa, despacio, asegurándose de que entiendo cada palabra que sale por su boca.

—Sabes que la familia se dedicaba a la compraventa de coches, ¿no? Los que terminaban en el desguace los recompraban por cuatro duros, los arreglaban y los enviaban a Marruecos. Eso era legal, y todo el pueblo lo sabía. Pero… —hace una pausa, respirando hondo —, después de un tiempo empezó a correrse el rumor de que cuando esos camiones volvían, no lo hacían vacíos.

—¿A qué te refieres? —pregunto, aunque ya me temo la respuesta.

—Al principio se hablaba de dinero. De pagos en negro, de trapicheos menores. Nada que no se viera en otras empresas del estilo. Pero… —me mira con una mezcla de incredulidad y pesar—, cuando uno de los socios marroquíes se instaló en Polano, todo cambió.

—¿Qué cambió? —repito, aunque el aire ya se me ha hecho denso.

—Los rumores. La gente empezó a decir que aquello ya no era solo un intercambio de coches y dinero. Que traían otra cosa.

Ana baja la mirada un instante, como si de ese modo yo entendiera lo que quiere decir. Como no es así, prosigue con el relato:

—Droga, Eduardo. Se decía que habían montado una red de intercambio con Marruecos. Que entraba por la costa, pasaba por la finca y desaparecía en cuestión de horas.

No, eso no… Las palabras se me quedan retumbando en la cabeza como un bucle del que no eres capaz de salir.

Traigo a la mente todo lo que Marta y yo hemos descubierto durante este tiempo: las amenazas, la mala relación con su madre, los millones de posibilidades…

El pensamiento de esta mañana de que, quizá, todo era una cuestión de mala suerte se evapora de mi cabeza al momento.

—Eso son habladurías —digo, por reflejo.

—Claro que lo son —responde ella enseguida, pero no con el tono autoritario que pone cuando sabe que tiene la razón, sino con uno con mayor confianza, si eso es posible—. Pero en los papeles que la mujer me entregó se habla incluso de recortes de periódico que intentaron ocultar por aquel entonces.

Aparta uno de los folios y me enseña una anotación de Amalia, con fechas y nombres de clientes marroquíes. De seguido, saca uno de esos recortes; parece un borrador de un periódico que en aquellos tiempos era de los más famosos. En el titular se señala a la familia Jordan como unos de los mayores corruptos de la zona.

—Esto me lo ha contado sin pestañear. No tiene miedo a que la señalen, fíjate si creerá en lo que cuenta. Dice que incluso el socio que vino de Marruecos, se llamaba Rachid, fue quien más dinero invirtió cuando el negocio empezó a crecer. Pero que, justo cuando Olivia desapareció, el hombre desapareció también.

Me froto la frente, sintiendo el sudor frío.

—Ana, estás hablando de cosas muy graves. No sabemos si eso fue así.

—No lo sabemos, pero todo encaja. —Su tono no es de reproche, sino de miedo—. ¿No ves que quizá eso es lo que Olivia descubrió? ¿Que no desapareció por accidente? ¿Y si la callaron por saber demasiado? ¿Y si fue un ajuste de cuentas?

Su voz tiembla en la última palabra, y no puedo evitar mirarla con una mezcla de incredulidad y desasosiego. Marta había llegado a la misma conclusión que su madre, pero no la quise escuchar.

—Ana, no digas eso. —Intento mantener la calma, pero siento cómo la garganta se me cierra.

Ella no responde enseguida. Solo se queda mirándome, serena porque se ha pasado horas atando cabos y ahora no necesita que la convenza de lo contrario; ella ya ha trazado su propia verdad.

—Tienes que ir a buscar a Marta a Polano y dejar toda esta información en manos de la Policía. No quiero que juguéis con fuego, porque no sabemos qué sucedió ni qué represalias podemos tener.

Me quedo en silencio. No porque no tenga respuesta, sino porque sé que cualquier palabra que diga será insuficiente. Ana se levanta, recoge algunos papeles y los guarda en una carpeta. Antes de irse al dormitorio, se gira:

—Hazlo, Eduardo. Esta misma tarde vas a buscar a Marta.

Me deja solo, simplemente acompañado por el cansino sonido de las agujas del reloj del salón que mi madre nos regaló cuando nos casamos y que ninguno soporta.

A Marta no le va a hacer ninguna gracia mi sorpresa de esta tarde.

23. MARTA

El padre Alfredo me ha citado esta tarde para dar otra charla. Sigue maravillado con lo bien que salió la primera, y se nota por cómo me ha tratado en la llamada. Puedo asegurar, sin verlo, que hasta estaba sonriendo mientras pronunciaba mi nombre. No sé si servirá para algo, pero el propósito con el que comencé esta tapadera está dando sus frutos.

Llevo toda la mañana enfocada en leer el diario de Olivia. No me quedan muchas páginas, y eso es lo que me tiene mosqueada. Aún no he descubierto nada interesante y las entradas que ella escribió cada vez son menos. No voy a negar que este hecho me tiene de mal humor desde bien temprano.

Se puede apreciar en cómo la tinta del bolígrafo está más marcada en mi libreta de las hipótesis. Como después de todo esto me quede como comencé, pasaré días transitando el trauma. Ya lo estoy viendo.

Me enfoco en la siguiente nota que Olivia escribió.

Querido diario:

Hoy he pasado uno de los días más raros y, a la vez, más bonitos en mucho tiempo. No sabría explicarlo del todo, pero me he sentido… parte de algo. No como la Olivia que siempre está a la defensiva o intentando no molestar. Hoy no.

Todo empezó hace unas semanas, cuando Alfredo me presentó a su amigo. Bueno, no fue una presentación así como formal, de «te presento a tal». Simplemente estábamos los dos en la sacristía y él apareció. Llegó con una sonrisa enorme, saludó a Alfredo como si hiciera siglos que no se veían y luego me miró a mí, también como si me conociera. «Así que tú eres Olivia», me dijo. «He oído hablar mucho de ti». No sé qué me dio más curiosidad, si eso o el acento raro que tiene, como mezcla de aquí y de otro sitio. Sé que sus padres han vivido en Polano siempre, pero él no. Vivió con Alfredo en Londres; de eso se conocen. Hace poco que volvió al pueblo y conoce a poca gente.

Desde ese día empezó a unirse a nuestros planes. Primero a ratos, luego cada vez más. Y sin darnos cuenta, lo que antes eran planes de solo Alfredo y yo se convirtió en un plan de tres. Supongo

que fue algo natural, porque no recuerdo el momento exacto en que cambió. Simplemente pasó.

A veces le llamo por su nombre, pero últimamente me ha empezado a gustar decirle «Jota». No sé por qué, pero me sale con cariño y me hace gracia. Dice que todos sus amigos de Londres lo llamaban así y que le suena más cercano. A mí también me gusta cómo suena.

Hoy, por ejemplo, quedamos los tres para pasar la tarde fuera del pueblo. Alfredo tenía el coche y nos llevó a un sitio que está a las afueras, donde hay una especie de embalse y un camino lleno de árboles enormes. Jota decía que le recordaba a los parques de Inglaterra, aunque yo no me lo imagino igual, porque allí todo debe de ser gris y frío. Aquí, en cambio, el sol se colaba entre las hojas y el aire olía a hierba.

Paramos a comer bocadillos y nos sentamos junto a la orilla. Alfredo dibujaba —cómo no—, y Jota y yo tirábamos piedrecitas al agua para ver quién lograba más rebotes. Perdí todas, obviamente, pero me reí tanto que ni me importó. Me sorprendió lo fácil que fue estar los tres.

En un momento, Alfredo se fue un poco más allá para dibujar la vista del embalse. Jota y yo nos quedamos solos y hablamos de su tiempo en Londres. Me contó que fue al internado donde conoció a Alfredo, que los dos se hacían compañía cuando las cosas se ponían feas. Lo dijo sin dar muchos detalles, pero me dio la sensación de que allí no lo pasó bien. Le pregunté si le gustaba volver a Polano y se encogió de hombros. «A veces», me dijo. «Pero depende de si tengo compañía con la que compartir mi tiempo». Me reí, aunque creo que lo decía en serio.

Sé con qué propósito me lo ha presentado Alfredo, y supongo que él también, pero el hecho de que ninguno de los dos esté forzando la situación lo hace más sencillo.

A la vuelta, íbamos con las ventanillas bajadas y la música alta. Alfredo tarareaba; cuando sale de la iglesia parece un chico más de nuestra edad, y Jota hacía el tonto imitando la letra en inglés, y yo me sentía, no sé, libre. Hacía mucho que no me sentía así. Sin peso. Sin miedo a decir algo que pudiera estropearlo todo.

Cuando llegamos, Alfredo nos dejó delante de mi casa. Jota me acompañó hasta la puerta. Me dio las gracias por el día y me dijo que hacía tiempo que no se reía tanto. Yo también, pensé, pero no se lo dije.

Ahora que lo escribo me doy cuenta de que no sé qué somos los tres. Amigos, supongo. Y no sé por qué, pero tengo la sensación de que algo está empezando a cambiar. Si esto es la solución para olvidarme de él y que todo vuelva a la normalidad en mi casa… bienvenido sea.

Olivia.

Así que, al parecer, el cura se salió con la suya y le presentó a alguien «decente» con el que estar de novio. No sé si me desagrada la idea o me perturba. Creo que es una mezcla de ambas cosas porque, por un lado, entiendo el punto del padre Alfredo: intentar que su feligresa no se salga del redil y cometa una locura con su novio prohibido, pero, por otra parte, hay algo que no me da buena espina. ¿Ese chico sabría que Olivia lo iba a usar para sacar otro clavo? ¿Y por qué parece que tiene una paciencia infinita con ella y con sus sentimientos si se acababan de conocer?

Hay piezas que no me cuadran y me estoy desesperando.

La siguiente entrada que escribió Olivia data de casi tres semanas después de ese momento.

Querido diario:

Hoy hemos comido todos juntos en la finca y todavía me dura la sensación de calma. Hacía mucho que no veía a mi madre tan tranquila, tan sonriente, tan… en su papel de anfitriona feliz. Y me da miedo escribirlo, pero creo que por primera vez en mucho tiempo las cosas parecen estar en su sitio.

Invité a Jota. No como «novio» ni nada parecido, solo como amigo. Así lo dije, y así lo entendieron todos. Pero claro, con Jota las cosas nunca se quedan en la superficie. Tiene esa facilidad para caer bien, para hacer que la gente lo escuche y se ría con él como si lo conocieran de toda la vida. Y en esta familia eso no es poca cosa.

Llegó un poco antes que yo, y cuando entré en el comedor ya estaba hablando con mi tío Paco. Los dos gesticulaban como si llevaran años discutiendo sobre algo importante, aunque solo

estaban hablando de vino. Mi madre los miraba desde el otro extremo de la mesa con una sonrisa satisfecha que tan poco he visto en los últimos tiempos, la misma que pone cuando algo sale exactamente como lo había planeado.

La mesa estaba preciosa. El servicio había puesto un mantel blanco con bordes amarillos y flores del jardín en pequeños jarrones de cristal. Hacía sol, y las ventanas abiertas dejaban entrar ese olor a campo que siempre me recuerda a los veranos de cuando era pequeña. En otro tiempo, eso bastaba para hacerme sentir segura. Hoy también, aunque por otras razones.

Durante la comida, Jota fue… bueno, fue Jota. Contó anécdotas de su época en Londres, se interesó por los caballos de mi padre y hasta ayudó a mi madre a servir el postre. No hay persona que no se derrita cuando él decide ser encantador. Y yo, mientras lo miraba, no podía evitar sentir una mezcla de ternura y desconcierto. Me gusta verlo en casa, sentado entre los míos, encajando como si siempre hubiera pertenecido a esta mesa. Pero a la vez algo dentro de mí sabía que ese lugar no le corresponde del todo. Que está ahí porque otros lo quisieron y yo lo permití.

No pude dejar de pensar en Alfredo. En cómo habría mirado todo esto, con su media sonrisa. Me habría hecho una seña desde el otro extremo de la mesa, como diciendo «ya ves, te lo dije». Porque sí, fue idea suya. La paz de hoy se la debo a él.

Cuando Jota se fue, mi madre se acercó a mí y me dio un beso en la frente y solo dijo: «Da gusto verte así, hija».

No supe qué contestar. Me limité a sonreír.

Ahora, mientras escribo esto, siento una mezcla extraña de gratitud y de vértigo. Gratitud porque todo parece en calma y vértigo porque sé que la calma nunca dura mucho.

Olivia.

De nuevo tengo ese mal sentimiento de que Olivia oculta algo mucho más gordo. Sería ilógico que engañara a su diario y que se hiciera pasar por una persona feliz cuando no lo era, pero me da esa sensación. Como si estuviera escribiendo esas cosas con otro fin.

A ver si ha sido todo una trampa y Alfredo me ha puesto un cebo en el que picar con este diario. ¿Tiene eso algo de sentido?

Borro la hipótesis de la libreta porque no tiene ni pies ni cabeza, él no sabe que lo tengo.

Deberé creer que la Olivia de casi dieciocho años estaba empezando a sentirse cómoda con su nuevo amigo.

Cierro mi libreta y estoy a punto de volver al diario cuando un toque en la puerta de mi habitación me desconcierta.

No es la hora de comer y nadie ha subido a molestarme estos días.

No soy muy amiga de abrir la puerta a desconocidos. En casa tengo una de esas mirillas que cuentan con una pantalla en 4K gigante que te da un repaso nítido de la persona que está al otro lado, antes de que te aventures a enfrentar un cara a cara. Puede que todos estos miedos sean invocados por las películas de miedo que me trago cada fin de semana con mi madre, pero también es verdad que en este mundo de locos hay que ser precavida.

Mira Olivia, que está claro que no lo fue y algo le sucedió.

Abro lo mínimo para ver quién se esconde detrás del golpe y… sorpresa. Mi padre se muestra de lo más sonriente, con una caja de bombones en la mano.

Que esté en Polano a jueves solo puede indicar una cosa: ha perdido la paciencia y quiere que vuelva a mi vida, como si nada de esto hubiera sucedido.

Que haya traído una caja de bombones de mi supermercado favorito indica que sabe que va a ser difícil convencerme y que ha tenido que recurrir a mi placer culpable.

Y, por último, la sonrisita cínica muestra que por dentro está temblando.

Abro la puerta de par en par y me cruzo de brazos.

—No me gustan las sorpresas —es lo único que digo.

Borra la sonrisa y vuelve a su cara normal.

—Tu madre me ha pedido que venga a por ti. Nos tenemos que ir, Marta. Hay cosas que no sabes y que te contaré durante el viaje.

24. MARTA

—El día que dejéis de tratarme como una niña, podré respirar con tranquilidad.

Dejo la puerta abierta, pero le doy la espalda. No voy a negar que me ha enfadado su sorpresa y su actitud. Podía haberme llamado, avisarme de que había sucedido algo si es tan grave como lo pinta.

Mi padre corre detrás de mí, cierra la puerta con cuidado, a pesar de que esperaba un portazo, y baja la voz.

—Sé que no he actuado de la forma más adecuada, pero tienes que escucharme.

—Ahora debería no hacerlo. —Pero ambos sabemos que no va a suceder de tal modo.

—Tu madre ha encontrado algo serio, cariño.

—¿Mamá? Creía que no iba a entrar en toda la investigación.

—Sí… Es… —Se pinza el puente de la nariz. No encuentra las palabras adecuadas—. Es complicado, ya sabes que tu madre siempre consigue salirse con la suya. ¡Y menos mal!

—¿Por qué menos mal?

—Tendremos tiempo para hablar de esto, pero vamos a dejarlo en manos de profesionales.

—¡Ni de coña! Estoy a punto de acabar la investigación.

—Marta, puede que los Jordan estén metidos en el mundo de la droga. Llámalos mafiosos o como te dé la gana. ¿Te acuerdas de cómo nos sentimos cuando nos enteramos de la extorsión a Conchi?

Asiento porque ha dicho tanto que me he quedado sin respiración y sin poder procesar la información.

—Imagínate que había alguien muy peligroso detrás y por eso la quitó. Imagínate que saben que lo estamos investigando.

—Eso solo nos llevaría a la teoría de que a Olivia la mataron o se la llevaron por… ¿un ajuste de cuentas con su familia? Es demasiado para este pueblo.

A mi padre no le hace gracia que quite hierro al asunto. Puede que hace unos días pensara como él, pero después de leer el diario me he dado cuenta de que la familia Jordan era toda una panda de mentirosos y de que nada es lo que parece.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Cuando me acabe el diario, que me quedan unas pocas hojas, tomamos una decisión.

—No, Marta debe… —Con solo una mirada se queda callado—. Le diremos a tu madre que había mucho tráfico.

Se sienta conmigo en la cama. Si le parece inapropiado el desorden que tengo a mi alrededor, no lo dice, y agradezco que no lo haga.

—Me he pasado los últimos dos días revisando cada palabra de este diario. Solo quedan unas pocas páginas y no he sacado nada en claro. Más bien me parece que Olivia no era lo que aparentaba.

—¿A qué te refieres?

—No quiero hacer un juicio psicológico de ella, pero si te hablo como Marta, a mí me parece que la tía era una cínica.

—Hija, eso no ayuda en nada a saber qué le sucedió.

—Tampoco ella expresa con claridad lo que le pasaba en su vida. Es más, he llegado a pensar que el diario es una estrategia para que los demás siguieran creyendo que era una buena chica.

—¿Crees que no lo era?

—No lo sé, solo tengo la impresión de que no me creo tanta dulzura, tantas ganas de contentar a su madre y de ser una buena niña.

—¿Y eso por qué?

—Porque todo lo que pone aquí —señalo el diario— se siente como pura palabrería. No hay profundidad. Cuando tú pasas por una situación, puedes expresar muchos aspectos de ella, desde cómo te hace sentir hasta cómo era el olor. Ella es todo como un algodón de azúcar.

—Entonces, ¿para qué guardar este diario con tanto ahínco? La Policía no habría encontrado mucho, más allá de que Conchi mintió en su declaración y de que el cura era muy cercano a ella.

—Eso es lo que no me cuadra.

Pasamos un par de minutos leyendo pensamientos de Olivia sin ton ni son. Lo mismo de siempre: cómo se sentía con Jota y con Alfredo y los planes que hacía. Como el panfleto de buena conducta que quería su madre, vaya.

—Solo queda una hoja. Me siento tremendamente estafada, papá.

Y no solo estafada, también enfadada. Idiota por haber creído que esto resolvería todo.

Hay un sentimiento de incomprensión en mi pecho que me está agobiando. Desasosiego por no haber llegado a ninguna conclusión y haber perdido días y días en esto.

Mi padre me pasa la mano por la espalda con cariño.

—No deberíamos habernos metido en esto. Y mucho menos cuando puede haber un peligro real detrás.

—¿Y porque mamá haya descubierto que quizá son mafiosos lo vamos a dejar y ya está?

—No, vamos a enviar el diario y nuestras sospechas a la Policía de forma anónima. No quiero que nadie sepa que fuimos nosotros. Y si ellos encuentran algo, que se encarguen de seguir el curso de la investigación.

—Menudos fracasados que somos.

Paso la hoja con rabia, pero hay una que se pega a la otra, llamando mi atención. Es la última del maldito libro que parecía prometer el descubrimiento del tesoro. Una que, en los repasos que le había dado por alto, jamás había encontrado.

Mi padre, en lugar de mirar el cuaderno, me mira a mí, buscando la manera de decir algo que me calme. Pero en cuanto veo lo que hay dibujado, el gesto se me queda a medias.

No respiro.

Ni parpadeo.

Ni siquiera pienso.

Solo miro.

Es un simple dibujo de un rostro, rodeado de corazones y con la promesa de un para siempre, rodeado por una estela de gotas de sangre.

Intento decir «papá», pero la palabra se me atasca en la garganta como una piedra.

Mi cerebro empieza a emitir señales confusas: ¿lo estás viendo?, ¿lo estás entendiendo?, ¿es posible que sea esto?

Siento el pulso en los dedos, la piel ardiendo y el estómago dando vueltas. Mis manos tiemblan sobre el papel. Quiero decirlo en voz

alta, pero al mismo tiempo no quiero hacerlo, porque pronunciarlo sería convertirlo en real.

Mi padre me mira, desconcertado, y pregunta algo —no sé el qué —. No lo oigo. Solo capto el zumbido del silencio más absoluto, ese que se instala cuando el cerebro se da cuenta de que la realidad acaba de cambiar sin pedir permiso.

Le doy un golpe en el brazo, sin apartar los ojos del diario.

Por un segundo —uno solo— me parece que el tiempo se detiene entre nosotros.

Mi padre lo ve.

Yo lo vuelvo a ver.

Y el aire se vuelve espeso, casi sólido.

Su cara se transforma. Lo veo pasar del desconcierto a la incredulidad, y de ahí a algo que se parece mucho al miedo. El miedo silencioso que da saber que estás metido en algo que te supera por completo. Algo que siempre tuvimos delante y de lo que ninguno de los dos se dio cuenta.

Trago saliva, pero no sirve de nada. Tengo la garganta seca y el pecho apretado. Las palabras quieren salir, pero no hay manera. Esto no puede ser verdad.

Lo pienso una y otra vez, como un mantra.

«Esto no puede ser verdad. Esto no puede ser verdad».

Pero la maldita ilustración no se borra. Las gotas de sangre dibujadas con fuerza, rodeando el rostro, tampoco lo hacen. Y cada vez que vuelvo a mirarla, me parece que grita más.

Eduardo Fernández me busca los ojos. Los tiene vidriosos, como si de repente hubiera envejecido diez años en un minuto. No dice nada.

Yo tampoco, no puedo, bastante tengo con seguir respirando.

—No es… —digo.

—Madre mía, Marta. ¿Eso es sangre?

Algunas de las gotas están dibujadas, pero otras, más pequeñas, sí que parecen reales, sobre todo porque el color ha envejecido como lo hace la sangre real.

—¿Por qué habría sangre sobre el rostro de lo que parece el amor de su vida?

Decir «el amor de su vida» y revisar de nuevo la ilustración me cierra la garganta. Es…

—Esto tuvo que ser un aviso, Marta.

—¿Un aviso de qué?

—¡DE QUE LA MATÓ Y ELLA SABÍA QUE IBA A HACERLO!

A mi padre le tiembla el cuerpo, y por primera vez comparto su emoción. Ambos nos ponemos en pie al mismo tiempo.

—Vamos a llevar esto a la Policía ahora mismo —sentencia.

—¿De verdad crees que a Olivia la mató su primer amor?

—Lo que creo es que este diario se escondió de la investigación por un motivo, hija. Los profesionales tendrán que descubrir cuál fue.

HACE 25 AÑOS:

25.OLIVIA

La finca de mi familia siempre me ha parecido una especie de reino. Enorme, silenciosa, con un aire de lugar que guarda demasiadas historias y que, por alguna razón, nadie se atreve a contar del todo.

Mi madre se ha empeñado ahora en cambiar la valla del camino principal. Dice que el hierro se ha oxidado y que ya no da buena impresión. A mí me da pena. Siempre me ha gustado cómo las buganvillas se enredaban entre los barrotes, cubriéndolo todo de flores hasta que parecía una pared viva.

Que mi padre piense del mismo modo que ella, supongo que dice bastante de él y de cómo está cambiando en los últimos años desde que el negocio familiar al que se dedica en cuerpo y alma ha mejorado en rendimiento.

La finca, en realidad, es una sola, pero los abuelos decidieron dividirla entre mi padre y mi tío Paco. Así que hay dos casas iguales y distintas a la vez, separadas por un seto tan alto que si no te asomas no ves al otro lado. A veces pienso que ese seto representa bastante bien a la familia: juntos, pero con cuidado de no mirar demasiado lo que pasa del otro lado.

Hoy es uno de esos días en los que todos nos reunimos. Antes me gustaban estos días, cuando era pequeña los adoraba. Todo me parecía enorme y divertido, me daba la sensación de que las risas se escuchaban hasta en los establos, y por eso los caballos se ponían tan contentos como nosotros. Ahora todo es distinto. Supongo que cuando creces, te das cuenta de que las conversaciones tienen más silencios de los que recordabas, y que no todo el mundo se ríe por las mismas razones. Además de que, en muchas ocasiones, las reuniones son solo una excusa para discutir sobre un tema de trabajo, o sobre algo de la empresa.

Cuando llego a la zona del porche, lo primero que veo es a mi padre hablando con un jardinero. Tiene las manos metidas en los bolsillos, intuyo que para su cabeza, observar cómo trabaja otro es una actividad respetable. Me acerco y le doy un beso rápido en la mejilla. Él responde con un apretón en el hombro, seco. Para él este

simple gesto es suficiente. A su manera es su forma de mostrar cariño.

Mi tío Paco está justo detrás, con una copa de vino en la mano y la camisa mal abotonada. Siempre parece un poco fuera del lugar, pero es lo más cercano a la calma que hay en esta familia. Cuando me ve, sonríe y me da un beso de verdad, uno que se siente, y me pregunta si estoy bien. Siempre lo hace. Le digo que sí, y él asiente creyendo la mentira que le he dicho. Hace meses que las cosas no están bien. Nada bien.

Busco con la mirada a la culpable de mi recién desasosiego. Mi madre está al fondo, dando instrucciones a una de las chicas del servicio de cómo tienen que ordenar la mesa. No levanta la vista cuando llego. Tiene un gesto de estar enfadada con el mundo, o al menos con la parte del mundo que le toca a ella. A veces pienso que se acostumbró tanto a estar molesta que ya no sabría qué hacer si un día todo saliera bien.

Pensaba que estaba más tranquila desde que conoció a mi nuevo novio. Jota le sacó muchas risas el día que la conoció. Y al siguiente, y al siguiente. A pesar de ello, sé que no confía en él.

Lo disimula, pero se le nota. En el tono con el que pregunta por él, en cómo cambia de tema si alguien lo menciona.

Nuestra relación ha pasado por mucho últimamente, y me lo dejó claro hace meses; «No vuelvas a engañarme, Olivia». Una mujer como Concepción Pérez no es fácil de engañar, principalmente porque es la primera que falsea toda su vida.

Cree que la estoy engañando, aunque no le haya dado motivos para ello, o porque ese instinto de madre que lo sabe todo existe y ella cuenta con él. No lo tengo claro. La realidad es que yo ya no sé si intento convencerla a ella o convencerme a mí misma de que las cosas entre nosotras algún día dejarán de ser tan tensas.

Echo de menos tener una madre, aunque no sea una madre común porque jamás lo fue, pero algo más similar a un humano que esta versión loca de ella.

Estoy deseando que llegue mi dieciocho cumpleaños y que al fin no le tenga que dar explicaciones. Van a ser las tres semanas más largas de mi vida.

Me sirvo un vaso de agua y me quedo un momento mirando el jardín. Hace calor y el aire huele a césped recién cortado. Podría respirar tranquilidad si supiera cómo llegar a ese punto en esta finca, y con estas personas a mi alrededor.

Mi prima Sara aparece para confirmar mi pensamiento. Llega corriendo desde el jardín trasero con las manos llenas de flores amarillas. Tiene la cara manchada de tierra y una sonrisa que le ocupa todo el rostro. Le dice algo a mamá, algo sobre lo bien que huelen, y se las tiende cual tesoro que quiere compartir. Mamá la mira, no entiende los arranques de felicidad de Sara, pero algo le debe decir su sobrina que termina por escapársele una sonrisa. Es pequeña y tímida, pero verdadera. De las pocas veces que lo hace, así que podríamos estar ante un milagro.

Rompiendo el momento bonito, la madre de Sara, mi tía Elvira le dice a su hija que deje de actuar como una niña. Si quiere regalarle flores, que lo haga de verdad, no como una vulgar ladrona. Ha usado el mismo tono que pone cuando señala su conducta en la mesa, para Elvira nunca es demasiado «educado» lo que hace su hija. Un patrón que conozco bien, por eso sé cómo se siente mi prima y me duele la mueca que está poniendo.

Sara baja la cabeza y obedece, aunque antes deja las flores en un pequeño jarrón que hay junto a la mesa del porche.

La semana pasada, cuando nos reunímos en su habitación para hacer una noche de pijamas, me contó que no entiende por qué son los adultos los que siempre estropean los momentos bonitos.

Está a punto de cumplir trece años y le sigue gustando jugar con muñecas. No hay nada de malo. Bueno sí, que es una Jordan y que debe de ir conociendo que tiene una responsabilidad de aparentar. Guste o no, todos hemos sido criados de este modo. Yo tampoco lo entiendo del todo, pero a su edad también asumí que no había otra forma de vivir.

Ella me tiene a mí, pero en cuanto me marche, se quedará sola.

Desde hace días noto a mi tía más tensa de lo habitual. Elvira nunca fue de grandes desplantes, más bien de sonreír a medias y dejar que las cosas pasaran sin mojarse demasiado. Pero ahora tiene los mismos gestos crispados que mi madre. Es raro, porque siempre

fue de las que mantenían el equilibrio, la que se quedaba callada mientras los demás discutían. Elvira es práctica, no manipuladora. O lo era. Últimamente parece otra. Quizá tiene problemas con mi tío y lo paga de ese modo con su hija. Todo es posible.

Ignorando que le ha hecho daño a Sara, se acerca a mi madre y le habla muy bajo, casi sin mover los labios. No escucharía lo que le dice si no tuviera un oído increíble que me ha metido en miles de problemas.

—Pásate esta tarde por el porche —le dice Elvira—. Quiero hablar contigo.

Mi madre asiente sin preguntar.

No sé de qué querrá hablarle, pero la imagen se me queda grabada. Hay algo en la voz de mi tía que no me gusta. Ni siquiera sabría decir qué es, pero suena a secreto.

Entre ellas nunca hubo demasiada cercanía. Mi madre y Elvira conviven porque les tocaron dos hermanos como maridos. Lo demás es pura educación. Se soportan porque la finca las obliga a hacerlo. Cuando las veo juntas, siempre pienso que podrían ser buenas amigas si no estuvieran tan empeñadas en medir cada palabra.

Las conversaciones que suelen mantener es sobre temas de los primos, de si el jardinero ha podado demasiado las hortensias, de cosas banales del pueblo… Todo lo importante lo guardan para sí.

¿Cómo hubiera sido nuestra vida si su relación hubiese sido más estrecha? Me lo pregunto a menudo, más viendo lo bien que a Sara y a mí nos sienta estar juntas, pese a nuestras diferencias que todas tienen que ver con la edad y los problemas a los que cada una da importancia.

El ambiente tenso de la finca cambia cuando llega Francisco. Podría decirse que siempre lo hace. Tiene una forma de entrar en un sitio que lo llena de felicidad, de golpe, sin proponérselo.

A Francisco lo tengo en mi pedestal de personas favoritas, junto con su padre. Haber estudiado juntos, compartir amigos, haber crecido pegados en esta finca… todo eso te da una confianza difícil de explicar. No hace falta hablar para entenderse. Esos somos nosotros.

Viene guapo, eso sí. En el último año le ha cambiado la cara, el cuerpo y la forma de moverse. Todas mis amigas lo miran con una mezcla de curiosidad y descaro que a mí me causa risa. No porque no lo entienda, sino porque lo he visto con fiebre, despeinado, de mal humor y con la camiseta manchada de barro. Supongo que por eso no me impresiona. Aunque no puedo negar que es el más guapo de todos con diferencia.

Entra saludando a todos, con su entusiasmo genuino habitual, al que nadie se puede resistir. A mi madre le da un beso exagerado que ella acepta riendo; a su padre le choca la mano; a Elvira le pregunta si ya tiene listo su famoso flan; y cuando llega a mí, me abraza por detrás, sin avisar. Me saca una carcajada antes de que pueda decir nada, porque comienza a hacerme cosquillas en las costillas.

—Qué poca emoción, prima —me dice, riéndose al oído—. Podrías fingir que te alegras de verme.

—Tú ya tienes suficiente ego sin mi ayuda —le contesto.

Se ríe, me despeina un poco, todavía con la sonrisa que hace que todo parezca más fácil de lo que es.

—Me tengo que ir —sentencio.

Aunque sea lo que menos me apetece en el mundo, tengo que hacerlo.

—Quédate, tengo que contarte una novedad que me he enterado. Es sobre la piscina que quieren abrir al final del pueblo.

—Más tarde me cuentas.

No entiende muy bien mi actitud evasiva, pero no me retiene más de la cuenta.

Al revisar el reloj me he dado cuenta de que no había hecho «la tarea del día». Hasta dicho en mi propia cabeza suena con tono de sorna. Voy directa a mi habitación a escribir varias entradas en el diario que mi madre me regaló. Lo hizo con el pretexto de que me desahogara, que pudiera plasmar todos mis secretos y mis malestares en él. La realidad es que tengo la sospecha de que lo lee cuando no estoy en casa, así que he optado por ser, en el diario, una Olivia buena, calmada, que busca la felicidad de su familia porque están por encima de todo.

26.CONCHI

No me hace ninguna gracia tener que ir hasta el porche de mi cuñada como si hubiera sido citada a una audiencia. Me revienta el modo que tiene de decir las cosas, con una especie de superioridad moral que nadie le ha atribuido. Intuyo que lo que le pasa a ella con Paco la está dejando en un estado de mala leche constante que paga con cualquiera que se le ponga delante.

No es que Elvira y yo nos llevemos mal de verdad; nuestra relación siempre ha sido correcta. Nunca ha habido una complicidad verdadera. Yo me ocupé de mi hija, de mi marido, de la casa. Eso me dio el derecho —si existe tal derecho— a pasar por la vida con las manos ocupadas y, por tanto, con menos interés en el cotilleo ajeno, a diferencia de ella o de algunas vecinas del pueblo.

A fin de cuentas, si he aceptado venir hoy es más por decoro que por ganas.

Al llegar, el porche me recibe con un olor a limón y café frío que siempre asocio a su limpieza; Elvira está de pie, con los brazos cruzados como un muro. Tiene la boca apretada y los ojos pequeños, brillantes de enfado. No la había visto así nunca. Y eso que la conozco desde siempre, desde que éramos unas crías que se enamoraron de dos hermanos.

—Conchi —me dice sin saludarme como normalmente hacemos, con dos besos—. Menos mal que has venido. Creía que me ibas a dejar plantada.

Me siento a la sombra de la escalera. Hay una rigidez en su postura que me pone en guardia.

—¿Qué pasa, Elvira? —pregunto con voz tranquila, fingiendo que no noto el temblor en las manos. Y que no me pone nerviosa descubrir una nueva fachada de su personalidad tantos años después.

Me mira como si me estuviera lanzando cuchillos con la mirada. No exagero ni un ápice al hacer tal apreciación; se nota su tirantez desde lejos.

—Me han llegado unos rumores —comienza a decir, clavándome la mirada—. Me he quedado muerta de vergüenza cuando lo he oído.

—Como no me pongas al día de ellos, esta conversación puede ser eterna. No tengo ni idea de a qué te refieres.

Parece que duda de mis palabras. Me mira de arriba abajo y traga saliva con fuerza.

—¿Estás segura de que no has hecho nada que deba conocer?

—Déjate de palabrería, no tengo tiempo para idioteces.

Nota mi enfado y se crispa más de lo que ya estaba.

Los juegos verbales y emocionales no son lo mío. Bastante tengo con Olivia como para incluir ahora a la aburrida de mi cuñada en el pack.

Carraspea y junta las manos. Las aprieta tanto que sus dedos se tornan blancos debido a la fuerza.

—Dicen que tú y Francisco estáis liados. Que pasáis muchísimo tiempo juntos. Que, con lo joven que eres y lo bien que estás… bueno, que pueden pasar muchas cosas. En mejores familias se han visto cosas peores.

Mi pecho se queda frío, pero por fuera intento sonreír, porque sé que una sonrisa bien puesta desarma a la gente que viene a acusar.

No es la primera vez que me veo en este tipo de situaciones, aunque bien es cierto que no me esperaba que Elvira creyera esto jamás.

La rabia en su voz me atraviesa. Incluso puedo entenderla; a pesar de que nuestro tipo de personalidad no encaja, no deja de ser una madre que siente su hogar amenazado por miradas extrañas.

Los Jordan tenemos una reputación que mantener.

—No es así —respondo despacio, para que note que no escondo nada de lo que ella cree—. Fran y yo hemos pasado tiempo en el pueblo porque siempre hemos tenido una relación cercana, y lo sabes. Es mi sobrino, por el amor de Dios. Siempre ha habido confianza entre nosotros; yo lo he criado a medias cuando hizo falta. Que pienses de ese modo me ofende de una forma que prefiero no poner en palabras, porque entonces tendríamos un gran conflicto, Elvira.

—¿Cercana? —replica con ironía—. Fran es cercano a cualquiera de esta familia, pero no te mientas ni intentes mentirme: nunca has pasado tanto tiempo a solas con él como ahora.

La ignorancia es atrevida, y buena prueba de ello son sus palabras.

Intento no responder, pero mi instinto de protección hacia mí misma sale antes de que lo pueda controlar. Solo que ella es más rápida y logra hacerse de nuevo con el rumbo de la conversación.

—Es joven, aunque él crea que por haber cumplido los dieciocho ya puede ir por la vida haciendo lo que le da la gana. Se puede confundir, lo pueden confundir quienes sepan más de la vida que él. Y la gente habla, Conchi. Ya sabes cómo son las bocas del pueblo. No quiero ver involucrado a mi hijo en ningún chisme dañino.

Quiero explicarle que las bocas nunca mienten a menos que las alimenten. Que no seré yo la que se siente a perder la dignidad por rumores, pero también quiero explicarle por qué he estado con Fran tanto tiempo. Y ese hecho no solo me incumbe a mí, sino también a ella.

Si hubiera dejado atrás las diferencias que tengo con ella, quizá esta conversación no hubiera sido necesaria, pero no lo hice y decidí asumir un riesgo que ahora me está explotando en la cara.

Dado que Elvira sigue esperando una respuesta más contundente por mi parte y que la situación se ha complicado tanto que ya no puedo evadirla, le cuento una verdad a medias: que Fran pasó por un momento duro. Uno que hemos vivido todos cuando entramos en la edad adulta: tenía dudas sobre su futuro y no quería preocuparlos a ellos, a sus padres. Había tardes en las que se agobiaba en la finca y coincidía que yo salía a dar un paseo, así que me acompañaba. Otras noches quería hablar mientras me veía cocinar, y le dejaba hacerlo. Era un refugio familiar, nada más.

—Yo no le ofrezco nada que él no necesite —digo—. El objetivo —porque claro que hubo un objetivo diferente al que le estoy contando— era que recuperara el rumbo. Nada más. Si esperabas que viniera a seducir a tu hijo, te has equivocado de película.

Elvira aprieta los labios. Hay un destello de incredulidad que se mezcla con la herida que acabo de crearle. Le he hecho saber que su hijo me ha preferido a mí para contarme sus penas antes que a ella, y eso, a cualquier madre, la rompe por dentro.

—¿Objetivo? —dice, con la voz más baja de lo que esperaba para su cara de enfado—. ¿Objetivo para qué? ¿Para que tuvieras su confianza y luego lo llevaras a tu terreno, como siempre haces con todo el mundo? ¿Qué secreto había en todo esto? No te creo, Conchi. Yo no soy como los demás; sé leer que tienes segundas intenciones con cada paso que das.

Me invade una rabia fría. No por las acusaciones —esas ya sabía que vendrían, porque mi cuñada me tiene rabia por el simple hecho de ser más atractiva que ella, más inteligente y capaz—, sino por el modo que tiene de mirarme. Siempre intentando quedar por encima de mí, creyendo que sabe más de mis pasos que yo misma. Es una ilusa que no tiene dónde sostener sus teorías. Se deja arrastrar por los rumores del pueblo.

Siempre ha sido así.

Jamás ha sabido diferenciar lo que nos interesa oír de lo que no. Nosotros estamos por encima de todos ellos.

—Las chismosas del pueblo —insisto, porque es la verdad que más rabia me da— se han metido por medio y han manipulado la situación para verte perder los estribos. Han visto cafés, salidas, conversaciones y han puesto etiquetas antes de preguntar. No sé qué quieren de todo esto, si no es ver escándalo donde no lo hay. Tú, mejor que nadie, deberías saber que cualquier escándalo que salpique a los Jordan será celebrado por esos muertos de hambre.

Ella me mira durante un largo momento. Se mezclan tantas emociones que no podría ni enumerarlas. Lo único evidente es que el silencio entre las dos pesa más que una mochila de piedras.

—No lo entiendes —me dice Elvira, más cansada que enfadada por un momento—. Mi hijo no es uno de esos que se dejan arrastrar por… por seducciones. No es un hombre que se confunda. No es tu juguete.

Su inquina susurrada me llega a los huesos. Y, sin embargo, mientras la escucho, me doy cuenta de que lo que más le duele es descubrir que su hijo está frágil y que ella no lo vio.

Antes de que responda, vuelve a cruzarse de brazos, cerrándose a cualquier posibilidad de llegar a un entendimiento.

—Escúchame —le digo, bajando la voz—. No he venido a robarle nada a tu casa. Si mi presencia te ofende, me aparto. Pero eso no va a borrar la confianza que Fran ha puesto en mí.

Respira con fuerza.

—Esto tiene que parar —dice con firmeza. Al ver que no respondo, explota de un modo que jamás había esperado—. ¡No quiero que mi hijo sea otro de tus amantes, Conchi! ¡No empieces a tomarle cariño para convertirlo en tu proyecto personal! Esto se acaba hoy. Te pido que te alejes. Que dejes de verlo. ¡Te lo pido por su bien y por el nuestro!

El «te pido» suena a mandato más que a una petición. ¿En qué momento ella se cree con derecho a mandar en mi vida?

Me río solo con pensar que se cree con la suficiente fuerza para ello. Más allá de la máscara enrabietada, en su rostro hay una mezcla de miedo y orgullo: miedo a perder algo —supongo que el estatus de familia perfecta— y orgullo por proteger lo que considera suyo.

Ha dado a entender tantas cosas en su grito que no sé por dónde comenzar.

—No voy a convertirme en eso que me dices —respondo, y mi voz se vuelve más firme que antes—. No soy una mujer que se entretenga en robar hijos ajenos. Soy también madre y esposa; sé perfectamente cómo te sientes, por si sirve de algo. Si lo que quieres es que me aleje, te pediré que me digas por qué te cuesta tanto creer que la compañía entre dos familiares puede ser, simplemente, compañía. Y deja de ser una cínica hablando de mis amantes cuando tienes tanto que callar.

—¡Porque las apariencias son peligrosas! —me grita—. Porque la gente habla y eso tiene consecuencias, ¿es que no lo ves? —Suspira con fuerza, se lleva la mano a la frente, pero la que deja en su regazo está apretada en un puño—. No quiero que mi hijo sea el hazmerreír de la plaza por tu culpa. Sigo sin creerme las intenciones que has comentado, quizá porque te conozco mejor que nadie, querida, y me repugna la idea de que puedas malograr la imagen de mi hijo.

Sus últimas palabras me golpean con la crudeza de una bofetada. «Repugna». Me siento pequeña por un momento, a pesar de los años y de las cicatrices que tengo marcadas en el cuerpo. Pero me recompongo rápido, mucho más de lo que a ella le hubiera gustado.

—Deja de decir idioteces —le digo—. Lo único que he hecho es hacer compañía a un muchacho que andaba perdido. Si eso te repugna, deberías mirar al pueblo, no a mí; son ellos los que hablan sin fundamento, con ideas tan descabelladas que hasta un guionista se reiría. La gente que suelta rumores es la que te está dañando a ti y a él. No yo. Nadie gana con esto.

—Yo solo quiero protegerlo —dice en un susurro que se rompe—. No puedo soportar la idea de que lo uses para compensar cualquier cosa que te falte. No quiero que la gente se levante y diga: «Mira, Fran ha perdido el norte porque su tía… Como siempre hacen los Jordan, liándola en cada oportunidad que tienen».

Ante eso me entra una ternura amarga. Reconozco la vulnerabilidad con la que habla y eso, por paradójico que parezca, es el único puente posible entre nosotras para que esta conversación se quede en un punto intermedio en el que siempre hemos convivido.

Quizá, si hubiéramos hablado antes, si la verdad hubiera tenido voz propia en vez de depender de los cotilleos del pueblo, no estaríamos en esta conversación. Y si pudiera decirle la verdad, seguramente las cosas no serían ni parecidas, pero esa verdad se irá conmigo a la tumba.

A pesar de que parece que todo se va a solucionar, Elvira empieza a negar con la cabeza una y otra vez, entrando en un bucle que no entiendo.

—Si te niegas a cortar —dice—, te juro que esto será peor. No te hablo por mí, te hablo por él. No quiero ver su nombre en la plaza con chismes que lo ridiculicen. Que te quede claro.

27.OLIVIA

Voy de camino a la iglesia, otra vez. A la famosa «rutina espiritual» que mi madre dice que me hace bien. En realidad, si no fuera por Alfredo, no lo soportaría, pero últimamente estar con él es casi como quedar con un amigo, alguien que me entiende sin necesidad de sermones. Eso lo hace más llevadero.

Se ha convertido en mi cómplice, y eso ni Conchi Pérez ni nadie lo va a poder cambiar. Incluso me sale una sonrisa cínica al pensar en lo mal que le ha salido el plan a mi madre. La manipulación que está intentando hacer conmigo no le sirve de absolutamente nada.

Hoy me he vestido mejor que otros días, sin motivo concreto. Un vestido azul claro, ligero, que se mueve con cada paso como si flotara; me he recogido el pelo con una pinza y me he puesto un toque de perfume. Tengo varios donde elegir, pero he escogido uno intenso y floral, de los que me hacen sentir que soy una princesa a la que nadie puede atosigar. Es una tontería, un simple perfume, pero siempre me he fijado en los detalles que marcan la diferencia.

Hace semanas que tengo el cuerpo y la cabeza descompasados, como si no terminaran de hablarse. Hay días en los que me levanto con una energía que parece no tener fin y otros en los que hasta respirar me cuesta. Hoy… no sé en qué punto estoy, pero al menos el aire se siente menos denso.

Cuando llego a la esquina y me dispongo a cruzar, un pitido fuerte corta el ruido del tráfico. Me sobresalto y giro de inmediato la cabeza, molesta al principio, hasta que veo quién se esconde detrás.

El corazón me da un salto tan fuerte que me deja sin aire. La garganta se me cierra e incluso gritaría de la ilusión, echaría a correr como una loca, pero me quedo en el sitio, sintiendo cómo las manos comienzan a sudarme porque no quiero llamar la atención de algún vecino.

He visto suficientes películas como para saber que lo que estoy experimentando es el amor más puro de una persona; su primer amor.

Y yo sé que él es el único que voy a tener.

Fran.

Está dentro del coche, con una sonrisa genuina que siempre me desarma, con la ventanilla bajada y una mano levantada en el aire, saludándome como si nada, ajeno a que acaba de trastocar mi equilibrio en un segundo.

Me quedo clavada en el sitio, intentando procesar qué hacer, pero mis piernas reaccionan antes que mi cabeza. Echo a correr hacia él y, en cuanto abre la puerta, me lanzo sin pensarlo.

Siento el golpe suave de su cuerpo contra el mío, sus brazos rodeándome, su olor a ropa limpia, a piel cálida; hasta soy capaz de percibir su colonia conocida por mi olfato como si fuera su religión. No me doy cuenta de lo fuerte que le abrazo hasta que él ríe, con una risa sonora que me gusta tanto que podría tatuármela, y me aprieta un poco más. Me invade una alegría que me desborda, que me llena hasta las puntas de los dedos.

Por un momento, el mundo se reduce a esto: a su pecho, su voz baja, mi respiración acelerada y la sensación absurda de que, por fin, estoy donde quiero estar.

Nos quedamos quietos, congelados en la montaña de emociones que nos desbordan cada vez que damos rienda suelta a nuestro amor. Siento su respiración contra mi cara y, durante unos segundos, mi vida parece más sencilla de lo que jamás podrá ser.

Fran me mira con una devoción que no sé de dónde ha salido ni cómo se ha transformado con los años.

—Aquí no —susurra al fin, tan cerca que me roza la mejilla—. Ponte el cinturón, te voy a llevar a un lugar.

Su voz es baja, firme; siempre me da la sensación de que no hay alternativa cuando tiene algo en mente. Y la verdad, no quiero que la haya.

Asiento sin decir nada, todavía con el corazón golpeando por dentro como un loco. Me ayuda a acomodarme en el asiento y espera, pausado, a que coja el cinturón. Lo engancha él mismo con delicadeza, rozando mis nudillos en el camino. Ha sido un gesto absurdo, antiguo, pero que me desarma y me enamora, más si cabe.

Cuando el coche arranca, me doy cuenta de que, a pesar de tener que introducir las marchas, sigue sosteniéndome la mano. Mueve el pulgar en círculos lentos sobre mi piel; solo la suelta cuando es

estrictamente necesario para la conducción, pero rápidamente me vuelve a buscar.

El coche que su padre le regaló es moderno y se adapta a nosotros a la perfección.

No hablamos durante un rato; por eso me doy cuenta de que la radio suena bajita. Es una canción cualquiera, pero todo mi cuerpo parece afinado a ella y a ese contacto que capta toda mi atención. Ni siquiera he preguntado a dónde vamos; me da exactamente igual con tal de estar con él.

Me dejo llevar por la sensación: la de estar segura, la de que alguien me elige.

En mitad de mis días desordenados, este silencio que solo soy capaz de compartir con Fran tiene una sensación de refugio que necesito.

Miro su perfil al volante, concentrado, con la mandíbula tensa y una vena en la frente que se le marca cuando está concentrado. Podría pasarme horas dibujando su perfil; es tan perfecto que hasta causa dolor. A veces me mira de reojo y ahí me entra esa corriente de vértigo, como si de verdad estuviera haciendo algo prohibido.

Me han pillado y, aun así, me da igual. Le robaría un beso cada vez que logra que sienta esa emoción que me llena de adrenalina.

◆ ◆ ◆

Cuando detiene el coche, ya ha caído la tarde. El sol está bajando detrás de unas colinas. Hemos llegado a un embarcadero viejo, junto a un lago pequeño que brilla con la luz del atardecer. Reconozco el sitio; alguna vez vinimos de niños, pero ahora parece otro mundo.

Fran baja primero, abre el maletero y saca una manta doblada, una cesta con algo dentro y dos vasos de cristal. Lo hace todo en silencio; parece que lo hubiera planeado durante días y ahora no quisiera que nada saliera mal.

Solo cuando acaba me tiende la mano para ayudarme a bajar.

—No digas nada, solo ven.

Sonrío sin poder controlarlo.

La orilla está tranquila, con el agua muy quieta. Fran extiende la manta sobre la hierba y saca una botella de vino, pan, queso y un

par de frutas de la cesta. Pero más que lo que hay, importa cómo me mira mientras lo hace, con una mezcla de calma y nervios, como si temiera que yo desapareciera. Si pudiera decirle a cada segundo que nunca podría borrarle de mi vida, lo haría.

Nos sentamos muy juntos.

—No sabes las ganas que tenía de venir aquí contigo —dice en un susurro que despierta todas mis terminaciones nerviosas.

—No sé cómo hemos aguantado dos semanas sin poder estar a solas —respondo, y me sale un hilo de voz.

Nos quedamos mirándonos, tan cerca que podría contarle las pestañas. Siento que todo se me encoge dentro. Al notar mi cercanía, él se inclina despacio. Su frente toca la mía y ahí se queda, sin avanzar más. Podría apartarme, debería hacerlo, pero no quiero. Quiero quedarme aquí, sintiendo su aliento mezclado con el mío.

Y cuando al fin me besa, no hay prisa. Es un beso contenido, como si cada segundo valiera más que el siguiente. Mis manos lo buscan con desesperación.

Cuando nos separamos, ninguno dice nada. Nos reímos sin hacer ruido, respirando como si hubiéramos corrido. Apoya la cabeza en mi hombro y, en ese gesto, hay algo más íntimo que todo lo demás.

El cielo se va tiñendo de violeta y pienso que todo debería ser así de simple y honesto, como nuestro amor, aunque el mundo no lo entienda.

Acaricia mi mano y la aprieta un poco más.

—No le cuentes a nadie que he hecho esto —dice, medio en broma.

—Ni tú a nadie que he venido —respondo siguiendo la broma que creamos cuando dejamos atrás nuestros miedos por primera vez.

Nos reímos otra vez, pero la risa no dura. Nos quedamos callados, mirando el reflejo del cielo en el agua. Y mientras tanto, pienso que lo más peligroso de todo no es el secreto, sino lo fácil que es acostumbrarse a él.

28.CONCHI

Sé dónde ha ido Olivia y la rabia me puede por dentro.

Marco el teléfono de la iglesia con premura, esperando que el padre Alfredo me saque de mis pensamientos.

Cuando responde con su habitual frase, le pregunto a bocajarro si Olivia está con él.

—Lo siento, Conchi, ha debido de surgirle algún problema porque no está conmigo.

—Sabes qué tipo de problema le ha surgido, Alfredo. Te pedí por activa y por pasiva que intentaras convencerla de dejar esa relación. ¡Son familia!

—Lo sé, he intentado que comprenda el pecado que está cometiendo, pero…

—Como no haya forma de solucionar esto, me veré en una situación que hará que la destroce más que una simple ruptura. Haz lo que te pedí.

—¿Te refieres a… contarle todo?

Se supone que un cura no puede airear los secretos confesados en el confesionario. En este caso, deberemos saltarnos las normas para parar esta locura. Lo único real que Olivia me ha contado en los últimos meses es que se ha hecho amiga del padre Alfredo. Si él se lo cuenta, todo puede salir mejor, ¿no?

El miedo me ciega de tal modo que respondo con un «sí» escueto al padre y corto la llamada.

29.FERNANDO

Veo el coche de mi sobrino Francisco pasar por la calle principal justo cuando estoy cruzando hacia la cafetería. Reconozco el Peugeot por el ruido del motor antes incluso de verlo doblar la esquina. Olivia va al lado, mirando por la ventanilla, pero ninguno de los dos me ve. Fran lleva la música alta, o al menos eso imagino por cómo mueve los dedos sobre el volante.

Intento hacerle una seña, levanto la mano, pero pasan de largo. Llevo días con la intención de hablar con él sobre un asunto que no puede dejarse mucho más tiempo en el aire. Tampoco me apetece correr detrás del coche ni hacer el ridículo, así que me quedo quieto, mirando cómo se alejan con ese brillo de juventud que uno pierde sin darse cuenta.

Respiro hondo y sigo mi camino hacia el desguace. Tengo la cabeza en otra parte, aunque el gesto de Olivia se me ha quedado grabado. No sé si va enfadada o simplemente cansada, pero en cualquier caso no es la expresión de una mujer tranquila. Hasta donde sé, la relación con su primo siempre ha sido buena. Las discusiones a esas edades van y vienen todo el tiempo; puede que el motivo radique ahí.

El aire huele a gasolina y polvo cuando llego al desguace. Siempre me ha gustado este olor. Para muchos, un desguace es un cementerio de hierros; para mí, es un almacén de oportunidades. De aquí han salido los motores que nos han hecho ganar más de un contrato, los chasis que luego acaban reluciendo en países donde un coche europeo, aunque tenga veinte años, todavía se mira con respeto.

Llevo más de treinta años en esto. Empecé comprando piezas sueltas, revendiendo a talleres pequeños, y con el tiempo monté mi propia empresa. Hoy tenemos dos naves, un buen contrato con una gran flota de camiones y acuerdos con Marruecos. No me gusta presumir, pero sé lo que me ha costado llegar hasta aquí.

Entro en la oficina del jefe del desguace, un tipo llamado Salcedo, al que conozco desde hace una década. Está revisando unos albaranes con las gafas medio torcidas y el teléfono encajado entre

el hombro y la oreja. Le hago un gesto con la mano y espero a que termine.

—Fernando, hombre —dice al colgar—. Me habían dicho que ibas a venir, pero no esperaba verte tan pronto.

—No puedo dejarlo para mañana —respondo, apoyando los brazos en el mostrador—. Quiero asegurarme de que todo está en orden antes de dar el visto bueno.

—¿Lo del envío a Riga?

Asiento. Es un contrato grande, el mayor que hemos tenido en años. Cien vehículos desmontados, piezas seleccionadas, certificaciones de funcionamiento, transporte y seguro completo. La clase de operación que te saca de la rutina y te hace pensar durante muchas noches si realmente estás preparado para dar un salto de este tamaño.

—Tengo que saber si los motores están como me dijiste —le digo, bajando la voz—. Si alguno de esos bloques tiene más de lo que figura en la ficha, nos jugamos el contrato.

Salcedo frunce el ceño y se rasca la barba.

—Están revisados, Fernando. Todos. Hemos hecho la compresión, el chequeo de emisiones y limpiado los colectores. Si quieres, te enseño los informes.

—Enséñamelos —contesto. No por desconfianza, sino porque me conozco. Cuando algo me pone nervioso, necesito tocarlo, verlo con mis propios ojos.

Salimos a la nave principal. El sol entra a ráfagas por los huecos del tejado de chapa y hace brillar el polvo suspendido. En una fila, sobre palets, están los motores, alineados. Me acerco al primero, un 1.9 diésel de un Peugeot 407. Toco la carcasa, miro las etiquetas y le doy la vuelta a una junta con los dedos.

—¿Estos son los que van en el primer camión, no? —pregunto.

—Eso es. Mañana los carga Tránsitos del Norte.

Asiento. Todo parece correcto. Y, sin embargo, una inquietud me ronda. Este negocio es así: cuando algo sale demasiado bien, siempre te preguntas qué se te está escapando.

—Voy a necesitar también los certificados de origen —añado—. El comprador quiere todo en regla antes de transferir la segunda parte

del pago.

—Los tengo preparados. Si quieres, te los llevo esta tarde a la oficina.

No lo digo en voz alta, pero esta operación me tiene en vilo. Es una oportunidad única y, al mismo tiempo, una cuerda floja. Si sale bien, la empresa entra en otro nivel. Si algo falla, todo el trabajo de años puede tambalearse.

Cuando termino de revisar los motores, me siento más tranquilo. Salcedo ha hecho su parte con eficacia, como siempre. Le doy una palmada en el hombro y le pido que me envíe los certificados antes del mediodía, no podré pasarme esta tarde. Me asegura que así será.

Al salir del desguace, el sol de verano se nota en el ambiente. Hasta puedo escuchar el zumbido de los mosquitos a mi alrededor. Me quedo un momento junto al coche, mirando el teléfono. La primera vez que lo saqué en público en el pueblo los vecinos se quedaron alucinados. Ahora todos están acostumbrados a mi teléfono móvil. Dudo antes de marcar el número porque no sé si es un buen momento. Richard no es hombre de llamadas; siempre prefiere las cartas o las citas programadas, pero esta vez necesito oírle. Tengo los malditos nervios a flor de piel.

El tono suena dos veces antes de que responda.

—Fernando.

—Richard. ¿Dónde estás? ¿Has llegado ya, verdad?

—En el puerto. Ha sido una mañana larga. El viaje de ayer se complicó más de lo que esperaba.

—¿Todo bien con los papeles?

—Por ahora, sí. He tenido que engrasar a un par de funcionarios, pero ya sabes cómo funciona esto.

Su tono es ligero, casi divertido, aunque debajo se adivina el cansancio. Siempre habla así: como si nada tuviera demasiada importancia, ni siquiera las cosas que pueden costarte la libertad. Supongo que, cuando vienes de un lugar donde no tienes nada que perder ni a nadie, puedes permitirte vivir con esa actitud cada día.

—He estado en el desguace —le digo—. Todo está preparado para el envío. Mañana sale el primer camión.

—Perfecto. Aquí también está todo en marcha. Los almacenes están listos y el contacto de Casablanca ya confirma la recepción.

Me quedo mirando el horizonte, un punto fijo donde la carretera desaparece tras los árboles.

—¿Y lo otro? —pregunto en voz baja.

Hay un silencio corto, apenas un par de segundos, pero lo suficiente para que se me tense la mandíbula.

—Eso está en camino —dice por fin Richard—. No te preocupes. No se mueve una hoja sin que yo lo sepa.

Asiento, aunque él no puede verme.

—Asegúrate de que todo venga limpio. No quiero sorpresas en la frontera.

—Fernando…, sabes que conmigo no hay margen de error.

—Precisamente por eso —respondo—. Porque ya sabemos lo que pasa cuando alguien se confía y te noto muy confiado.

Escucho el sonido de un barco a lo lejos, una sirena grave que atraviesa el auricular. Richard respira hondo.

—Mira —dice—, los coches saldrán sin problemas. Lo demás… llegará después, con el mismo convoy, cuando vuelva el segundo barco. No habrá nombres, ni registros, ni rastros.

—Bien —me apoyo en el capó, mirando cómo el sol empieza a bajar—. Pero escúchame, Richard: quiero que nadie toque nada hasta que yo llegue. Nadie.

—Lo sé. Te esperaré en el almacén de Tánger.

—De acuerdo.

El silencio que sigue es más pesado que todos los anteriores. Un silencio de entendimiento, de esos que no necesitan palabras porque ambos sabemos exactamente lo que estamos evitando decir.

Cuelgo despacio y guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón. Me quedo un rato mirando a la nada de forma pensativa.

Me paso la mano por la nuca de manera automática. Conchi dice que es un gesto que repito mucho cuando estoy agobiado.

Debemos tener mucho cuidado en esta ocasión y temo que algo malo suceda o que, como le he dicho a Richard, su confianza nos traiga problemas.

Decido que darle vueltas al asunto no sirve de nada, así que comienzo a caminar con más calma que cuando llegué. A pesar de que el paisaje de Polano es idílico y puede calmar mis nervios, hay una idea que no me suelta: algo va a cambiar después de este viaje. Algo grande.

30.OLIVIA

Fran me deja cerca de casa y decide que la mejor forma de tapar nuestro encuentro es que él quede con sus amigos y llegue a la finca más tarde. Estoy tan feliz que acepto sin miramientos. Ahora mismo mi cama será el lugar más cómodo del planeta. Bueno, lo sería si Fran estuviera en ella.

A pesar de desear la tranquilidad, lo que me encuentro dista mucho de ella. Al parecer, el clan Jordan, el original —mi padre, mi tío Paco y mi tía María—, está reunido en la mesa del jardín principal.

Sus voces llegan hasta mí incluso antes de doblar la esquina. Hay algo en el tono que me hace pensar que la conversación no es precisamente alegre. Aun así, me enderezo, respiro hondo y avanzo. La educación ante todo.

—Buenas tardes —digo cuando llego a la mesa.

Mi tía María levanta la vista lentamente. Su expresión no cambia ni medio centímetro.

—Hola, Olivia —responde, seca, sin apartar la mano de la taza de café.

Siempre ha sido así. Correcta, distante, de esas personas que miden cada palabra para no gastar más energía de la necesaria. No sabría decir si alguna vez la vi reírse de verdad. Desde que tengo memoria, estuvo junto a los abuelos, cuidándolos día y noche, sin descanso. Mi padre siempre dijo que sin ella, ellos, no habrían podido quedarse en casa hasta el final. Más allá de esa entrega, nunca se implicó con nadie. Ni cumpleaños, ni llamadas, ni detalles. Estaba, pero a su manera.

Hoy tiene cara de estar cruzada.

—¿Qué tal estás, tía? —pregunto, intentando sonar amable.

—Bien, Olivia, bien —dice, sin mirarme demasiado. Da un sorbo al café y vuelve la vista hacia el jardín. Conversación cerrada.

Por suerte, el tío Paco nota la tensión y saca a relucir su usual tono de humor.

—¡Hombre! Si es la sobrina favorita —dice, levantando la copa y sonriéndome con una mueca de pillo que siempre tiene.

—No digas eso delante de los demás, que luego se enfadan —le contesto, dejándome caer en la silla vacía a su lado.

—Bah, si todos saben que lo digo solo porque tú eres la única que me aguanta. Además de ser la única sobrina que tengo, no te olvides —responde con una carcajada.

—Y porque soy la única que te ríe las gracias —añado.

Mi padre se ríe por lo bajo, pero María no mueve ni una ceja. Se limita a girar el plato con la cucharilla, haciendo ruido con el borde.

—Mira que te tengo dicho que no discutas con mujeres jóvenes, Paco —dice ella, sin levantar la vista—. Siempre sales perdiendo.

—Pero si no discuto, María —responde él—. Yo lo que hago es dejarme ganar. Que eso da más puntos.

—¿Más puntos de qué, de tonto? —le suelto.

Paco se da una palmada en la pierna y se echa a reír.

—¿Veis? —dice, mirando a los demás—. Esta sí que ha salido lista. No como su padre, que se creía más rápido que yo en todo y acabó con la pierna escayolada tres veranos seguidos.

—Eso fue un accidente de moto, no una competición —protesta mi padre, riéndose también.

—Sí, sí… un «accidente» —dice Paco, haciendo comillas con los dedos—. Llamar accidente a comerse una valla por presumir delante de tu novia tiene mucha cara.

Yo ya me estoy riendo tanto que me duele la barriga. La manera que tiene Paco de reírse de todo, de rebajar la tensión sin esfuerzo cualquier día de la semana, es un alivio. Aunque sé que a María eso no le hace ni pizca de gracia. Los recuerdos de la infancia no son un tema que a mi tía le pongan de buen humor. Nadie comprende muy bien el porqué.

—Ya estás exagerando —dice mi padre.

—¿Yo? Jamás —contesta Paco con una seriedad que no se la cree nadie—. Si hasta tú me diste la razón aquel día. Claro, después de que te sacáramos las astillas del culo.

Mi padre suelta la carcajada definitiva y María deja la cucharilla en el plato con un golpecito seco.

—No sé cómo podéis seguir recordando tonterías de hace treinta años —murmura.

—Porque son las mejores —le dice Paco, y le lanza una mirada amable que ella esquiva.

Hay algo raro en el aire. Una especie de mal humor silencioso que María lleva puesto como un abrigo que no se quiere quitar. Yo intento no darle importancia, pero cuando nuestras miradas se cruzan, lo noto: me está observando. No con desdén, pero sí con cierta incomodidad.

No le gusta cómo nos llevamos Paco y yo. Nunca le gustó. No le hace gracia que tengamos confianza, que él me hable con naturalidad, que me guiñe un ojo o me pase el brazo por los hombros cuando bromeamos. Es como si no soportara que su hermano, al que ella cuidó toda la vida, se ría más conmigo que con ella. Intuyo que es una cuestión de celos porque, de no ser eso, no comprendo qué le sucede conmigo.

No lo hace con malicia, estoy segura, pero se le nota. En la manera en que se cierra cada vez que Paco me incluye en sus historias, o en cómo se tensa cuando él me defiende de cualquier cosa. Cuando lo hace mi padre le da exactamente igual; también es verdad que Fernando Jordan no es tan dicharachero y protector como su hermano menor.

Mientras ellos siguen hablando, yo la miro de reojo. Su cara es una máscara: impasible, serena, pero con un brillo en los ojos que delata un enfado que no dice.

—Tía, ¿quieres que te sirva más café? —pregunto, intentando romper el hielo.

—No, gracias, ya tengo —responde sin mirarme y vuelve a cruzar las manos sobre el mantel.

Paco me da un pequeño codazo.

—Ni se te ocurra insistir —me susurra, divertido—. Esa mirada la conozco. Es la misma que ponía cuando los abuelos no querían tomar las pastillas.

—¿Y cómo acababa eso? —le pregunto en voz baja.

—Ella ganaba —dice, levantando una ceja, y se ríe—. María siempre gana, apunta ese dato. Y, si no lo hace, acaba empatando. Tiene un mal perder horrible.

No puedo evitar sonreír.

Mi padre se levanta para atender una llamada y, por un momento, quedamos solos los tres. El silencio es incómodo.

María suspira y se levanta, recogiendo su taza. No nos ha dado ni dos minutos para pensar un tema en el que incluirla.

—Voy dentro —dice, sin mirar a nadie.

Cuando se aleja, Paco la sigue con la mirada y luego me guiña un ojo.

—No se lo tengas en cuenta —me dice, más bajo—. Tiene días así.

—Ya —respondo—. Pero a veces parece que le moleste que tú y yo nos llevemos bien.

Paco sonríe, sin negar ni confirmar.

—Es que tú y yo somos muy parecidos, y eso ella no lo entiende.

Y tiene razón. Con él, todo fluye. Hay confianza, hay cariño, hay algo que va más allá del lazo familiar sin ser nada raro. Solo complicidad, pero en esta familia eso también se paga.

Me quedo un rato más sentada con él, hablando de cómo los árboles están despidiéndose ya del verano demasiado pronto,. Siento que la calma que buscaba al llegar a casa no estaba en la cama, sino justo aquí: en la risa fácil de mi tío y en este pequeño espacio de entendimiento que nadie más parece compartir con nosotros.

31.CONCHI

Llego a casa reventada. El día en la iglesia fue más largo de lo que esperaba: primero que si ayudar a ordenar las sillas, luego que si poner las flores en su sitio. Mantener conversaciones con las mujeres, a pesar de que sé que la mayoría me miran de reojo cada vez que me ven pasar… Y, por encima de todo, la conversación con el padre Alfredo.

Le hablé con claridad y le pedí —no, más bien le supliqué— que intervenga de una vez para que mi niña deje de verse con Francisco. Él me escuchó con paciencia, pero al final me dijo que no puede obligar a nadie a nada. Que el amor no se puede imponer. Me quedé con la sensación de estar plantando una semilla en un pedregal: no sé si brotará. Y, si no lo hace, tendremos un problema realmente serio.

Entro en mi habitación y lo primero que hago es dejar la chaqueta sobre la silla del tocador, cuelgo el bolso en el perchero y voy guardando las cosas en el armario con movimientos medidos que me tranquilizan; siempre lo han hecho. La blusa doblada con el mismo pliegue de siempre, el pañuelo de seda enrollado y los pantalones colgados con una pinza que no deja marca. Ordenar me calma, me devuelve la sensación de que algo, al menos, sigue en su sitio.

Cierro la puerta con suavidad, al mismo tiempo que la chica del servicio entra con parsimonia para darme un informe.

—Don Fernando ha llamado para decir que se queda hasta tarde trabajando, doña Conchi. Ha… —me mira con lástima porque sabe que he pasado el día exhausta—. Aproveche y descanse, ¿sí?

Sonrío sin ganas. Quiero que Fernando se quede hasta tarde si eso significa estar sola un rato; pero tampoco me gusta que trabaje tanto. Está descuidando a la familia, y lo sabe.

Por el momento, aprovecho el tiempo a solas y pienso que lo mejor para descansar es un baño caliente y relajante: una pausa que me limpie de toda la tensión del día. Así que pongo música baja en la radio que tenemos en la habitación, enciendo la pequeña luz del tocador y voy a preparar el baño.

Abro el grifo y escucho cómo el agua corre, cómo el vapor sube desde la bañera; huele a eucalipto, al jabón que guardo para cuando

necesito dormir. Me acuerdo de mi madre, que siempre decía que el agua caliente deshace también los nudos que traes por dentro.

Mientras el agua termina de llenar la bañera y el vapor empieza a dibujar nubes en el espejo, voy a por mis cremas. Me gusta tener este pequeño ritual: la loción para las manos que me regaló mi hija en un cumpleaños, la crema para las piernas que me deja la piel tersa como una veinteañera, el tarro pequeño que conservo para las noches en que quiero sentirme arreglada aunque vaya a la cama sola… Lo tengo como un ritual más.

Cuando voy a coger el primer bote, veo algo que se sale de la normalidad: un sobre entre los frascos, con mi nombre escrito. No es la letra de la chica del servicio ni la de Fernando; es una letra tensa, que parece haber calculado cada curva. «Concepción», pone exactamente en él, como en mi DNI.

Cualquiera cercano a mí nunca usa mi nombre completo, sino un apelativo más cariñoso.

¿Quién podría haber puesto esto aquí? No tiene sentido. Nadie del servicio me deja aquí las cartas, y mucho menos Fernando tendría un detalle conmigo de este estilo.

Por un momento sopeso la idea de que sea una broma de Olivia, pero, dada nuestra relación actual, dudo mucho que sea el caso. Ahora me odia más que a nadie.

Solo puedo resolver el misterio si lo abro. Ni siquiera voy a por el abrecartas; tiro de la solapa, que se rompe en un ángulo extraño y complicado. Por ese mismo motivo, tengo que hacer malabarismos para ver lo que hay dentro.

Encuentro una hoja doblada.

La letra está mecanografiada —eso me sobresalta: no es la letra de nadie que conozca y es imposible que pueda descifrar quién está del otro lado—. Dice pocas palabras, medidas, directas, como un golpe seco:

> *Sé lo que hiciste hace dieciocho años. Para comprar mi silencio, deja una bolsa con el dinero indicado en el reverso a las cinco de la tarde del día 9 de septiembre, en el inicio del bosque.*

El pánico no llega de golpe, sino como una marea que sube lenta y luego me cubre el rostro. Primero vienen los detalles físicos: las manos me tiemblan hasta soltar la hoja; la boca se me llena de un sabor metálico; las rodillas me flaquean y tengo que sentarme en el borde de la bañera para no caerme. Me sobreviene un frío polar en la nuca. La respiración se me vuelve entrecortada.

Mi mente, en cambio, corre como un caballo asustado. ¿Quién lo sabe? —me pregunto—. ¿Quién ha tenido acceso a mi cuarto? ¿A mi horario? ¿A mi día en la iglesia para saber cuándo iba a venir?

El miedo más hondo se atora en mi pecho; Fernando no puede enterarse de nada de esto. Incluso puede que sea su socio, ese tal Richard, quien esté detrás de todo. Lo he visto mucho merodeando por aquí y, además, está haciendo relaciones con personas del pueblo. Ha podido lanzar un órdago y que yo pique, aunque la fecha… La maldita fecha encaja. ¿Será posible que él sepa algo de mi pasado?

Me levanto tambaleante y me miro en el espejo empañado. No reconozco mi cara: está más pálida; las líneas alrededor de la boca están tensas. Este maldito pueblo me tiene ganas desde siempre, y sea quien sea quien esté detrás de esto, quiere hacérmelo pagar.

Intento pensar en un plan con la misma calma con la que he doblado la blusa en el armario: ¿llamo a Olivia para protegerla contándole lo que está pasando?, ¿o será mejor contárselo a Fernando primero? ¿La opción de llevarla a la policía es viable? ¿Quizá Alfredo sabe algo de esto?...

Cada idea se abre y se cierra con una complicación distinta: ¿y si es peor? ¿Y si al ir a la policía yo misma activo el engranaje? Me siento en la bañera otra vez.

Si esto tiene que ver con una amenaza, lo mejor es que la policía tenga conocimiento de ello, pero que, a poder ser, no le digan nada a Fernando. Si él se entera, me va a pedir explicaciones que no le puedo dar.

No sé cómo ni cuándo he tomado la decisión, pero me levanto como un resorte y vuelvo al armario. Me visto en tiempo récord y salgo de la finca casi a oscuras para que nadie me vea. Tengo que

convencer de alguna forma al oficial de que ponga la denuncia por extorsión sin que ningún miembro de mi familia se entere.

No tengo ese dinero, yo no, y no puedo permitir que mi secreto vea la luz.

32.OLIVIA

Hoy lo he decidido; no puedo seguir conociendo a Jota. No cuando cada vez que lo miro solo veo lo que no siento.

Me he pasado los últimos días intentando convencerme de que exagero, de que esto puede funcionar si me esfuerzo, pero ya no me creo mis propios cuentos. No es culpa suya; él no ha hecho nada mal. Simplemente… no es Fran.

Cada vez que pienso en Fran, en la forma en que me mira o en cómo dice mi nombre, todo lo demás pierde sentido. No hay estrategia posible contra eso, pero lo peor es la culpa. La que se te mete debajo de la piel y no se va, por mucho que intentes hacer lo correcto.

Por eso estoy aquí, otra vez, subiendo las escaleras hacia la casa parroquial con el corazón acelerado. No sé muy bien qué busco, solo necesito hablar con alguien que no me mire como si fuera un desastre. Y Alfredo es el único capaz de hacerlo sin juzgarme.

El sol cae de lleno sobre la fachada blanca, y hay un olor a incienso que se mezcla con el del jardín. Me limpio las manos contra el vestido antes de llamar. La puerta se abre al segundo golpe.

—Olivia —dice Alfredo, sorprendido, pero con una serenidad que nunca pierde—. No esperaba verte hoy.

—Ya, ni yo esperaba venir —respondo, intentando sonreír—. Pero necesitaba hablar contigo.

Me hace pasar. La casa siempre está desordenada. Entre todas sus cualidades, la de ser organizado no entra en la mente de Alfredo. Me siento frente a él, en una mesa pequeña que siempre tiene un libro abierto y una taza a medio terminar.

—¿Qué te preocupa esta vez? —pregunta, con voz tranquila.

—Lo de Jota —respondo sin rodeos.

—Ah —dice, recibiendo la noticia con sorpresa—. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Bueno, no «ha pasado». Más bien «no pasa». No siento nada. Intento que sí, me obligo a hacerlo funcionar, pero cada vez que lo veo me doy cuenta de que estoy fingiendo.

Alfredo asiente despacio. No parece sorprendido, y eso me irrita un poco.

—Sabes que Jota fue una idea práctica —dice, apoyando las manos en la mesa—. Algo que te diera un poco de aire con tu madre.

—Ya, pero esto se me ha ido de las manos. Ella está encantada, o al menos lo aparenta delante de él. Cree que por fin «he encontrado a un chico sensato». Y, al mismo tiempo, me mira por encima del hombro; sabe que oculto algo.

—Y tú sientes que la estás engañando.

—Exacto. En parte sí, y no debería sentirme mal porque no tiene razón en sus argumentos, pero es mi madre y… —Me paso las manos por la cara. Me siento agotada—. No puedo seguir así, Alfredo. No quiero hacerle daño a Jota, ni seguir mintiendo a mi madre, ni mentirme a mí. Y menos desde que Fran piensa que, si las cosas se ponen feas, podremos irnos en cuanto cumpla la mayoría de edad.

El nombre sale solo y, en cuanto lo digo, el silencio se hace espeso. Alfredo baja la mirada. Ni siquiera finge que le desagrada la situación. Por muy amigos que nos hayamos hecho en este tiempo, su fe y sus valores pueden con todo lo demás. Estoy cayendo en un pecado una y otra vez al intimar con un miembro de mi familia.

—Sabía que acabaríamos así —dice, casi en un suspiro.

—No te oculté nada desde el principio. Lo nuestro es muy fuerte, Alfredo, no puedo pararlo —le respondo, con un amago de sonrisa cansada.

—Me preocupa lo que te pueda pasar, Olivia. Nadie verá con buenos ojos esta relación. Tu madre es solo la punta del iceberg. En realidad, te está protegiendo. Y la idea de que conocieras a Jota, de daros tiempo, era lo único que te podía salvar. Un clavo saca otro clavo.

—No me pongas ese tono de cura bueno, por favor. No lo soporto ahora.

Él ríe, pero apenas dura un segundo.

—Está bien, no lo haré. Pero déjame decirte algo, Olivia. Lo que estás viviendo… no es algo que se corte de raíz. No funciona así. No le has dado tiempo a que pueda transformarse en otra cosa.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Seguir fingiendo con Jota mientras mi cabeza está en otra parte?

—No te digo que finjas —responde, tranquilo—. Te digo que tengas paciencia. Que intentes reconducir lo que sientes. Hay pecados —dice, usando esa palabra con cuidado— que no se borran de un día para otro. Se transforman, si los tratas con cariño.

Lo miro sin entender del todo.

—¿Reconducir? ¿Cómo se reconduce querer a alguien que no debería querer?

—Empezando por entender que los errores tienen consecuencias y que, si sigues por esta línea, la única que saldrá escaldada de la situación eres tú. No puedo juzgar al amor, es lo que predico cada día, pero hay amores que no son correspondidos y otros que jamás deberían ocurrir. Luchar contra ellos está en nuestra naturaleza de buenos cristianos.

—Suena muy bonito —digo, mirándolo con ironía—, pero no sé si será posible.

—Las cosas posibles empiezan por dejar de huir de ellas.

Me quedo callada. Hay algo en su tono que me calma y me desconcierta a la vez.

—¿Quieres quedarte un rato? —pregunta.

—No, creo que necesito pensar.

—Piensa, pero no te castigues.

Me levanto despacio. Antes de salir, él me llama.

—Olivia.

—¿Sí?

—No estás sola en esto, aunque lo parezca.

Asiento. Y cuando salgo al sol, siento que las palabras siguen pesando lo mismo, y es la primera vez que me ocurre cuando estoy con Alfredo. Algo me dice que mi madre también ha intentado buscar refugio en su confesión.

No sé si lo que hago está bien o mal. Y, si Alfredo tiene razón, si los pecados no se cortan de golpe… entonces quizá lo único que puedo hacer es aprender a sostenerlos sin que me hundan.

33.CONCHI

Han pasado ya demasiados días desde que puse la denuncia y no he tenido ni una sola noticia. Ni una nota, ni una llamada, nada. En la policía me dijeron que mantuviera la compostura y que, si pasado el día de la entrega se volvían a poner en contacto conmigo, llamara a una patrulla.

No soy tonta, sé hacer las cosas bien cuando toca, pero este silencio me tiene enferma porque no he entregado el dinero y no he tenido más noticias. Paralelamente, la policía no ha descubierto absolutamente nada. Cada día que pasa sin que digan nada, pienso que la próxima carta va a llegar con algo peor. O que alguien me está mirando desde lejos, esperando verme caer.

He salido poco de la finca. Lo justo; a misa, a la farmacia, y al mercado. Siempre con una sensación en la nuca, como si alguien me siguiera. No puedo evitarlo desde que recibí esa maldita carta.

Mientras voy caminando por la calle me giro disimulando para que nadie vea una actitud extraña por mi parte. Incluso miro por los espejos retrovisores de los coches aparcados. A veces hasta me da por caminar más rápido, aunque sé que no sirve de nada. Nadie me ha seguido nunca, pero eso no significa que no lo vayan a hacer ahora.

La falta de noticias me está poniendo histérica.

Hoy, para distraerme un poco, he decidido quedarme en casa y prepararme algo apetitoso para merendar. He pedido que me prepararan una bandeja con té, un poco de pan con mantequilla y mermelada, y me he instalado en el salón, donde no me molesta nadie. El salón siempre ha sido mi rincón favorito: amplio, luminoso, con las cortinas justas para que entre la luz sin dejar ver demasiado desde fuera. Me siento en el sillón grande, el que mira al ventanal, y por un momento respiro tranquila.

El té está caliente y el aroma me relaja un poco. Pongo la taza sobre el platillo con cuidado.

No quiero ni pensar en lo que pensaría la gente si alguien se percatara del estado de estos días, atacada de los nervios, sin poder controlar mis propias manos. Eso no puede pasar, a mí nadie me ha visto perder los papeles nunca.

Oigo pasos por el pasillo, ligeros, y sé que no es Fernando. Él no anda de ese modo. Cuando mi marido entra en casa, todo el mundo se entera, no sabe ser discreto. Será una de las chicas del servicio. Miro por encima del hombro, y efectivamente, aparece una en la puerta, la nueva, con cara de susto como siempre.

—Doña Conchi —dice, con una vocecita tímida que me crispa—. Está su cuñada en la puerta.

Levanto la vista de la taza.

—¿Mi cuñada? ¿María?

Normalmente a Elvira no la llaman «mi cuñada», quizá porque yo no suelo referirme a ella como tal.

Asiente.

—¿Y qué quiere? —pregunto, aunque sé que no lo sabrá.

—No me ha dicho nada, solo que necesitaba verla.

Me quedo un momento callada. No esperaba una visita, y menos de María. La última vez que la vi, ni siquiera me saludó. Vino a hablar con Paco y pasó de largo como si yo no existiera. Ya no me sorprende, desde que están intentando arreglar lo de la herencia, la situación se ha vuelto insoportable.

Fernando y Paco, primeramente, decidieron que lo justo era dejarle la casa familiar a María. Así, porque sí. Que si «María cuidó de nuestros padres», que si «es lo menos que podemos hacer por ella». Y yo, que tengo un poco más de sentido común que ellos, les dije lo que pensaba: que regalar así una casa no es un gesto de caridad o agradecimiento, es una estupidez.

—Fernando, piénsalo bien —le dije, con toda la calma del mundo —. Si queréis compensarla, hacedlo de forma razonable. Pero no entreguéis la casa como si fuera un trofeo; tanto Paco como tú tenéis hijos. Eso de regalar cosas porque sí...

Él no me contestó. Se limitó a quedarse callado, con el pensamiento enfocado entre la duda y la culpa. Y desde entonces, todo está parado; María no ha vuelto a dirigirme una palabra amable porque me señala como la culpable de todos sus males. Con su actitud he entendido que, mientras no se haga lo que ella quiere, no piensa acercarse a ninguno de nosotros, ni a sus sobrinos. Pues allá ella.

Aun así, me extraña que esté aquí. No suele venir si no es por algo importante.

—Hazla pasar —le digo a la muchacha, moviendo apenas la mano.

Ella asiente y se va por donde ha venido. Mientras tanto, acomodo la bandeja, limpio una miga de pan del mantel y me repaso el pelo con los dedos. No voy a recibir a María con cara de cansancio, ni mucho menos nerviosa. Si ha venido buscando guerra, que sepa que no me va a encontrar débil.

Escucho sus pasos por el pasillo, un taconeo tan suyo, rápido y seco. Me recuesto en el sillón, cruzo las piernas y espero. María se cree con derecho a todo. Siempre ha tenido un aire de sacrificio, como si cuidar de sus padres la hubiera convertido en santa. Nadie la obligó, eso también hay que recordarlo. Lo hizo porque quiso, porque era lo que le convenía en ese momento. Y ahora va por la vida esperando que todos se lo agradezcan.

María entra y me suelta un saludo seco. Me levanto para darle los dos besos de siempre porque no soy de responder con desplantes. Me acerco, con la mano ya en su brazo, pero antes de que la bese me suelta de sopetón, sin miramientos, una cosa que me deja clavada en el sitio.

—Hace dos días teníamos una cita y no apareciste —me dice, sin volver la cara—. ¿Dónde estabas, Conchi?

Me quedo helada.

Dos días.

Hace dos días era el día en que estaba programada la entrega del dinero.

La carta.

Quiero retirar la mano y decir cualquier cosa: «María, estás confundida», «te habrás equivocado de persona»… pero las palabras ni siquiera salen. Se quedan recorriendo mi paladar.

Miro su cara, esperando una mueca, un guiño para alertarme de que es una broma, algo que la delate. Nada. No encuentro nada.

—¿Perdona? —consigo decir al final, con una voz que no me reconozco, más fina de lo que quiero.

Me mira y se pone chula, con una pose de folclórica que tiene cuando se cree con derecho y buen argumento. Levanta un poco la barbilla y se arregla la falda.

—Anda, cuñada —me dice—. ¿A qué narices juegas? ¿Tienes costumbre de faltar a tus compromisos o es que ahora vas por la vida así, dejando plantado a quien te cita?

La gente que no me conoce piensa que soy una señora que se deja llevar por lo correcto. No. Soy una mujer que cuida lo suyo y que no soporta el descaro. Me calzo el gesto chulo, la sonrisa afilada de quien ya ha jugado demasiadas partidas, y le respondo con lo que me parece más natural: incrédula y cabrona.

—No sé de qué me estás hablando y prefiero no perder mi tiempo contigo. Si estás aburrida, en el bar todas las tardes hay una partida de cartas.

Me pongo delante de ella sin levantar la voz. No voy a dar la impresión de que me ha cogido por sorpresa; voy a hacer ver que lo que dice no me afecta. Primero tengo que entender cómo encaja ella en este puzle sin sentido. Hasta el momento creía que todo el tema de la carta tenía que ver con algo que estaba moviendo mi marido.

—No he venido a jugar —dice con voz baja y sin dramatismo—. Eso tenías que saberlo.

Me quedo mirando su boca, esperando la trampa.

—¿Entonces para qué vienes, María?

Ella no alza la voz. Simplemente me dice algo que me golpea como una piedra fría:

—El dinero que te reclamaban fue el mismo que tú quitaste de la herencia. Mi herencia.

Se me queda la palabra a medias. ¿Qué? ¿Cómo? Primero me parece una provocación, un farol que voy a desmentir en dos segundos. ¿Se cree que soy tonta? Esta ha tenido que escuchar algo; igual tiene algún amigo en la comisaría de la policía y quiere hacerme pringar.

—¿Qué estás diciendo? —salto, más por evitar que mis manos traicionen mi miedo—. ¡Asume de una vez por todas que tus hermanos no tienen por qué regalarte nada!

María no se inmuta.

—Si no me quieres dar el dinero ni la casa…, tendré que comentar a todo el pueblo tu secreto, cuñada.

Me río, al principio con incredulidad. No puede estar hablando en serio. ¿Qué les ha dado a todo el mundo con mis secretos?

Esta no sabe nada.

NADA.

—Sé lo que hiciste —dice, y la voz sigue siendo fría, sin levantar el tono—. Sé que Olivia es mi sobrina —camina dos pasos y se da media vuelta—, hija de mi hermano —da otros dos pasos en dirección a mí—, pero no de tu marido Fernando, sino de tu cuñado Paco.

Me quedo helada otra vez. Eso no puede ser cierto. Nadie de esta familia sabe esto. Nadie. Ni Fernando ni Paco… ni siquiera mi hija lo sospecha.

Todo lo que había hecho para mantener este secreto a salvo, todo el cuidado, todo lo que había medido y previsto, de repente parece que no vale nada.

—¿Qué… cómo dices eso? —consigo decir, aunque mi voz suena más débil de lo que quiero.

No responde de inmediato. Solo me mira, y con eso basta. Su silencio es más amenazante que cualquier palabra que pudiera decir.

—Te creías por encima de todos, Concepción. Que nadie se daba cuenta de que por las tardes paseabas con Fernando y por las noches llamabas a la ventana de Paco para dormir con él. Ni un día tuviste la inteligencia de revisar quién podía andar por el jardín. ¿Quién iba a descubrir a la guapa Conchi siendo infiel con el hermano de su novio?

Esto no puede ser real.

María por aquel entonces no salía de su habitación, no…

—Fue una tontería de un par de noches. Olivia es la hija de Fernando.

Intento que mi voz suene firme, alejar todos los miedos de la frase, pero por el gesto de mi cuñada no cuela.

—Si no me das lo que te pido, te juro que arruinaré tu vida. Todo el pueblo sabrá la verdad.

Me tiemblan las manos.

Siento la sangre helada en las venas. Por un instante me invade el pánico. Respiro hondo, intentando recuperar el control pero… No surte efecto.

—Tú… tú no tienes pruebas —trato de afirmar, más para convencerme a mí misma que a ella—. No puedes hacerlo, son tus hermanos y tu sobrina.

—No estoy jugando —me dice de nuevo—. Deja de malmeter y convence a Fernando para que me dejen la casa. No hay otra opción. Y retira esa mierda de denuncia antes de que me suponga un problema.

Me siento atrapada. Mis planes, mis secretos, todo lo que he construido con cuidado puede venirse abajo en segundos. Empiezo a medir todas las posibilidades, todas las opciones.

—Piensa bien lo que haces —me advierte—. No subestimes lo que puedo hacer.

Trago saliva con tanta fuerza que tengo miedo de haberme roto la garganta.

Cae entre nosotras una risa fría que emite ella, como la de un payaso cruel.

—Me encanta tu forma de pensar, Concepción. Si no lo puedo trabajar, lo robo. Siempre has sido una arpía y nunca deberías haber puesto un pie en esta familia. Debería haber revelado tu secreto hace muchos años, pero mi madre creía en ti.

No tengo ni idea de cómo se respira. Estoy a punto de desmayarme.

—Necesito tiempo, María, por favor.

—Retira la denuncia y convence a mis hermanos para que me dejen la casa o tu vida salta por los aires.

34.OLIVIA

No puedo más.

Me siento agotada, como si llevara días sosteniendo algo que se me escurre entre las manos y no quiero admitirlo. Lo de Jota me tiene en un limbo incómodo que me ata al malestar.

No quiero hacerle daño, aunque supiera mi realidad. Es amable, está pendiente de mí, tiene un punto sereno que a mí me falta…, pero nunca podré quererlo de la manera que necesita, y cada vez que tengo que fingir que sí, que en algún momento podré hacerlo, me siento una impostora.

Alfredo me pidió tiempo, y llevo dándole vueltas a su charla de que «un clavo saca otro clavo» desde hace una semana, pero es que no quiero que Fran se vaya de mi vida. Jamás lo va a hacer, así que ¿para qué me voy a mentir a mí misma?

Lo peor es que no tengo ninguna excusa decente que entregarle a Jota. No ha habido ninguna discusión entre nosotros, ni siquiera un enfado tonto, ni nada que justifique querer poner distancia. Por este motivo, y unos cuantos más, siento un nudo en el pecho que no se va haga lo que haga.

Quiero pensar que está provocado por la certeza de que no es justo seguir arrastrando a un buen chico en esto, a ser un segundón por el simple hecho de que me están prohibiendo ser feliz. Jota se merece a alguien que lo mire con ilusión, no con culpa.

Llevo toda la mañana intentando concentrarme en otra cosa, pero no hay manera. Así que he decidido ir a hablar con él. Hoy. Sin darle más vueltas.

Si no lo hago ahora, acabaré por inventarme otra mentira para retrasarlo.

Supongo que a estas horas estará en la iglesia. Desde que volvió de Londres no ha parado ni un día: se metió de lleno en la empresa familiar y justo ahora están reformando parte del mobiliario de la iglesia. Parece que está ilusionado con formar parte de ello. Alfredo se desilusionó un poco cuando, en una de nuestras salidas a tres, él contó que los estudios en Londres habían estado muy bien, le habían abierto la mente en muchos aspectos, pero prefería quedarse

en Polano y ayudar a sus padres. Alfredo se entristeció porque creyó que alguien con su talento no debería ser carpintero.

Salgo de casa sin pensarlo mucho, camino rápido; incluso me concentro en mirar al suelo para repetir mentalmente lo que he preparado para explicarle que ya no podemos seguir fingiendo una relación.

Resoplo angustiada; quizá no ha sido una buena idea salir de casa sin tener un plan medido al detalle.

Doblo la esquina que da a la iglesia y veo las lonas azules que sirven para cubrir parte del suelo; oigo el ruido de las sierras y el murmullo de los obreros. El portón está entreabierto, así que me quedo un momento frente a él, con las manos en los bolsillos del pantalón, respirando hondo e infundiéndome a mí misma ánimos para dar el paso.

La iglesia está medio desarmada. Nada más cruzo el umbral, me golpea un olor a serrín y barniz que flota en el aire. Para lo escrupuloso que es Alfredo con la limpieza de la iglesia, me lo esperaba más recogido, pero no: todo está patas arriba.

Los bancos apilados contra una pared, las herramientas desperdigadas por el suelo y algún que otro bote de barniz abierto. Si algún feligrés quisiera entrar a rezar, tendría un serio problema.

Cuando me muevo, la luz que entra por los ventanales deja ver el polvo suspendido en el aire y lo hace parecer algo vivo. Me imagino cómo estará mi amigo con todo este desorden. Pese a que él es un desorden con patas, en su trabajo es muy pulcro. Hasta puedo sonreír pensando en su cara larga y en las preguntas constantes que le estará haciendo a Jota para saber cuándo va a finalizar todo.

El olor me gusta, siempre me ha gustado. Es cálido, familiar; me trae recuerdos de cuando iba con mi padre a revisar los muebles antiguos del desván, solo para olerlos. No sé por qué estas tonterías se quedan grabadas en mi cabeza.

Camino despacio, sorteando los tablones y las cajas. No he visto todavía cómo ha quedado la reforma de los bancos, que es lo que más ilusión le hace a mi amigo, y eso que Alfredo me lo ha insinuado varias veces. «Te va a encantar, Olivia, de verdad, es impresionante».

Llego hasta uno de los bancos ya terminados. Está colocado cerca del altar, solitario, como si lo hubiesen dejado ahí a propósito para presumir un poco del trabajo hecho. Paso la mano por encima. La madera es suave, recién barnizada, con un brillo que no deslumbra, sino que invita a sentarse. Supongo que por eso dicen que han hecho un trabajo excepcional.

Las líneas son simples, elegantes, sin florituras innecesarias, y tiene un equilibrio que da gusto mirar; cálido pero sobrio.

Solo puedo afirmar las palabras de Alfredo: han hecho un trabajo espectacular, pienso, aunque enseguida matizo: han hecho, no; ha hecho. El padre de Jota le ha cedido parte del protagonismo en esta reforma para que cogiera con más ilusión el relevo. Es más, en estos días, Alfredo me comentó que había comenzado a tallar y que era lo que mejor se le daba.

Me agacho un poco para mirar mejor los detalles. Hay una especie de emblema grabado en el lateral, casi escondido, el mismo que su familia coloca siempre en sus trabajos: una G entrelazada con una figura vegetal, como una rama. Lo reconozco enseguida porque mi padre los ha contratado para hacer más de un trabajo en la finca, pero en este en concreto hay algo más.

Frunzo el ceño de forma sistemática.

Paso la yema del dedo por encima, despacio. Noto una diminuta hendidura, apenas perceptible, que se dibuja junto al logo; es una estrella. Pequeña, discreta, tan fina que solo se nota al tacto.

El corazón me da un vuelco.

Tengo que agacharme y acercarme hasta estar a un centímetro para apreciar lo que estoy notando.

El primer pensamiento que viene a mi cabeza es que no puede ser casualidad. El segundo tiene un matiz más extraño: ¿por qué pondría esto aquí? Justo esto. Dudo mucho que nadie más que yo conozca esta forma de expresarse que tiene Jota con los símbolos.

Me contó, un día cuando estábamos con varias cervezas de más, que cada vez que quiere decir te quiero, cuando no le salen las palabras, dibuja una estrella. Lo hace de una forma muy íntima.

Nosotros no habíamos llegado a ese punto, pero como conocía su secreto, me lo dibujaba en las notas que me mandaba, para

sacarme una sonrisa, en los márgenes de los libros que hemos intercambiado para comentarlos más tarde, en cualquier papel que le caiga a mano, ya sea en las servilletas que rodean las cervezas que nos tomamos en el bar del pueblo… Era un lenguaje que teníamos propio que ciertamente me parecía íntimo.

Lo había visto como un gesto tierno, uno más de los que él suele tener pero que, por desgracia, a mí no me llenan el corazón como si los hiciera otra persona.

Me quedo mirando el banco. Esa estrella tallada en la madera tiene algo distinto. No es un mero símbolo; tengo la sensación de que está ahí con intención, dejando un mensaje que muy pocos pueden descifrar. La pregunta es ¿por qué?, ¿por amor a Dios? Hasta el momento, y pese a la relación de amistad que le une con Alfredo, no considero a Jota un devoto.

Unos sonidos de pasos al fondo de la iglesia me llevan a cambiar el foco de atención. Levanto la vista y, por la puerta lateral, aparecen Jota y Alfredo. Caminan juntos, hablando bajo, riéndose por algo que no alcanzo a oír. Es Alfredo quien golpea con la mano en el pecho de Jota, demostrando una confianza física que yo nunca había percibido.

Y entonces todo encaja.

La reforma de los bancos.

La estrella.

La obsesión de Alfredo porque conociera a Jota y pasara tiempo con nosotros, para que mi madre pensara que éramos novios.

La historia que tienen ellos.

Londres, el punto geográfico que les ha unido desde adolescentes.

Junto las piezas en silencio, pero no me muevo. Soy incapaz de hacerlo. Creo que todo tiene que ser fruto de mi imaginación, porque, de no ser así, la realidad y las personas que creía mis amigos serían más perversas de lo imaginable.

Me quedo quieta, paralizada. Me repito que estoy imaginando cosas, que no puede ser lo que parece, que no pueden ser tan crueles. Pero esa estrella, ese símbolo diminuto está ahí, escondido, tallado en el banco de la iglesia. Un lugar donde solo el cura podría

saber que está. Y ahora entiendo a quién le quería mandar un mensaje secreto Jota.

Siento que me sube una corriente caliente desde el estómago, como una rabia espesa que me llena los pulmones. No sé en qué momento empiezo a caminar hacia ellos; solo sé que cuando me doy cuenta ya estoy en medio del pasillo, pisando con fuerza, con los ojos clavados en Alfredo.

—¿Era esto, no? —mi voz suena extraña, casi ronca—. ¿Para eso querías que estuviera con Jota? —Señalo el banco, justo donde está el tallado.

Me miran a la vez. Jota palidece; Alfredo parpadea, como si no entendiera qué hago allí.

—Olivia... —empieza él, levantando las manos, con el gesto suyo de cura o de hombre que intenta poner paz donde no la hay—. Espera, no saques conclusiones.

—¿Conclusiones? —le corto, y la palabra me quema en la lengua —. ¿Quieres que te diga las conclusiones, Alfredo? Que soy idiota. Que lo he sido todo este tiempo. Que tú... —lo señalo con el dedo—, tú, que se supone que eras mi amigo, el que más me conocía, el que sabía lo que yo sentía, te has burlado de mí.

—No, Olivia, no es eso...

—¿No? —le grito, sin poder contenerme. La voz me tiembla y, aun así, no la bajo—. ¿Entonces qué es? ¿Una coincidencia que lo metieras en mi vida justo cuando no podía respirar de tanta mentira? ¿Una casualidad que me dijeras que me haría bien, que era bueno para mí, mientras lo único que hacías era usarme de tapadera para seguir viéndote con él?

El silencio que sigue es insoportable. Solo se oye el eco de mis palabras rebotando en las paredes.

Jota baja la mirada, no dice nada. Y ese silencio suyo me hiere más que cualquier frase que pudiera decir. Soy una idiota por sentirme culpable. Se han reído de mí, en mi propia cara.

—Olivia, por favor... —murmura él al fin, con una voz tan baja que casi no la oigo—. Yo no quería...

—¡No querías qué! —exploto, girándome hacia él—. ¿No querías mentirme? ¿No querías seguir el juego? ¿No querías que me

enterara por un banco decorado con una maldita estrella de que todo esto era una tapadera?

—No era una tapadera —dice Jota, casi sin voz, como si le costara respirar—. No era eso, te lo juro. Bueno sí, pero…

Porque él sí que sabía mi situación, pero no fue tan claro conmigo y eso es injusto.

—Entonces explícame qué era. —Doy un paso más; lo tengo delante, lo miro de cerca—. Dímelo, Javier Gómez, ahora mismo.

El apelativo cariñoso que le puse ya suena incómodo entre mis labios. Jota era el sinónimo de un chico que acababa de aterrizar de Londres y que buscaba amigos en Polano. Sonreía a todas nuestras bromas, era cariñoso; incluso me hizo creer que podía cambiar mi vida, a pesar de que lo nuestro empezó de una forma extraña, casi tan extraña como la realidad que tengo delante. Mi tapadera me ha explotado en la cara.

Mira a Alfredo, como buscando permiso o valor, y en ese gesto se me termina de romper algo por dentro.

—Yo... —empieza, y luego se detiene, traga saliva—. Alfredo solo quería que... que no sospecharan. Y si parecía que tú y yo... —se detiene otra vez, avergonzado—, pues nadie preguntaría.

—Claro. —Me río, pero es un sonido hueco, sin rastro de humor—. Qué ingenioso. La rebelde que necesita encauzar su vida con el chico bueno. Nadie se imaginaría que el cura y el joven carpintero eran los que... —no acabo la frase. No puedo.

Alfredo da un paso hacia mí.

—Olivia, no digas eso, por favor.

—¿Por favor? —repito, mirándolo—. No me hables así. No me pidas calma. Tú no tienes derecho a pedirme nada. Tú... —mi voz se quiebra, pero sigo— tú sabías que yo estaba enamorada de Fran. Que no podía con más secretos, con más medias verdades, y aun así te aprovechaste de eso para esconderte. Me has utilizado.

Baja la cabeza y no dice nada. Absolutamente nada, y esa quietud suya me enfurece más.

—¿Te das cuenta de lo que me has hecho? —le digo, acercándome tanto que casi puedo olerle el miedo—. Me usaste, Alfredo. Y a él también.

Jota levanta la mirada, con los ojos húmedos.

—Yo lo sabía —susurra—. Sabía que estaba mal, pero pensé... pensé que si te conocía, si te ayudaba, si estaba cerca... no sé. Que algo cambiaría. Lo nuestro también es muy complicado, Olivia. No solo tú estás sufriendo por amor.

—¿Cambiar qué, Javier? ¿Qué querías cambiar con nuestra farsa? —le interrumpo, agotada—. ¿A ti? ¿A mí? ¿El amor que sientes por él?

El aire en la iglesia se vuelve espeso, casi irrespirable. Alfredo da un paso hacia adelante, y su voz suena rota:

—No es tan simple, Olivia. No sabes lo que es vivir con esto todos los días.

—Sí que lo sé —respondo, seca—. Y os hubiera entendido, pero ya no. Me habéis… —pienso cómo me siento para poder explicarlo, pero estoy tan enfadada que solo sale dolor por mi boca—. Me habéis roto en dos. Las personas de las que nunca lo imaginé.

Me doy cuenta de que estoy temblando, de que no siento las manos. Me gustaría gritar, llorar, marcharme corriendo, pero no hago nada.

Jota da un paso hacia mí, con la cara desencajada.

—Solo te pido una cosa... —dice en un hilo de voz—. No se lo cuentes a nadie. Por favor.

Lo miro y, por un momento, me invade una tristeza tan honda que casi duele físicamente. También una parte irracional y cínica de mí que quiere reírse de esta maldita situación, de este sentimiento de traición.

—No te preocupes —respondo despacio—. No pienso contárselo a nadie. Ni siquiera quiero volver a hablar de esto. Podéis pudriros en la mierda o en el infierno.

Y entonces me doy la vuelta, camino hacia la puerta sin mirar atrás. No oigo si me llaman ni si intentan seguirme. Solo escucho el eco de mis pasos y el crujido del suelo bajo mis pies. Cuando empujo la puerta para salir, el aire de fuera me golpea en la cara, y siento por primera vez que todo lo que creía firme se ha desmoronado.

35. OLIVIA

Llego a casa sin saber muy bien cómo lo he hecho. No sé si he venido por la calle de arriba o por la vieja; solo sé que he caminado con las manos apretadas a cada lado de la cadera, como si eso pudiera evitar que me desmoronase durante el trayecto.

Tengo la cabeza llena de ruido, de dolor, de rabia. Ni yo misma sé lo que siento en estos momentos. Lo que tengo claro es que, si me hubiera enamorado de Jota, esos dos me hubieran aplastado el corazón de una forma inimaginable. Jamás me esperé que Alfredo me usara para tapar sus propios secretos. Sus propios pecados, según él llama a los míos. Porque, digo yo que, si mi relación con Fran es un pecado, la de él con Javier Gómez…

Freno en seco en la entrada. Desde el cambio de la verja tengo que hacer este movimiento más de lo que me gustaría. Ahora la finca parece una maldita cárcel, y es lo que menos necesito en estos momentos. Inspiro con fuerza, buscando un minuto de tranquilidad que no llega.

Cuando voy a entrar, obviando el hecho de que nada va a calmarme en estos instantes, escucho la voz de mi padre, más fuerte y tensa que de costumbre. Se encuentra en el porche de la casa; está hablando por teléfono. Eso está claro porque no hay nadie más a su alrededor, pero el tono no es el de siempre. No es el del hombre que da órdenes o el que se hace respetar. Es otro, más… crispado.

Me acerco sin hacer ruido. No me gusta espiar, pero algo en mí me empuja a hacerlo.

—Te lo dije, Richard —suena molesto, seco—. No podemos meter tanto. No ahora.

Richard es uno de sus socios. Vivía en Marruecos, pero le gustó tanto Polano cuando vino a hacer una visita a mi padre que ahora la mayor parte del tiempo está en el pueblo. Solo viaja cuando tiene que hacer los envíos de los coches que reparan y venden en el país africano.

—No, escúchame tú —sigue diciendo mi padre—. Esto ya no es lo de antes. No son dos o tres coches para revender. Es un cargamento entero. Si algo sale mal, no hay vuelta atrás.

Mis pulsaciones se disparan.

Me considero una chica inteligente como para darme cuenta de que el tono de mi padre es de nervios y de que ha utilizado dos términos que llaman mi atención de manera significativa: «coches para revender» y «cargamento».

A pesar de que mi mente va a mil por hora, repasando todos los rumores malignos que se mueven por el pueblo y que pueden tener relación con lo que acabo de escuchar, sigo sin moverme. Apenas respiro para que no me escuche o me encuentre husmeando detrás del seto.

—Ya sé que allí la cosa está más tranquila —gruñe—, pero aquí no. Si en la aduana pillan algo, se acabó todo. No podremos seguir sacando los coches del desguace que están deshabilitados para seguir vendiéndolos allí.

No puede ser verdad. Me llevo la mano al pecho de manera automática. Han sido tantas emociones en tan solo unas horas que tengo miedo de que me dé un maldito infarto.

—No, no, los coches están bien. Nadie va a sospechar. Haremos que los extras vayan con personas de confianza. Nadie notará que son vehículos que no pueden circular.

Siento un golpe en el estómago. Mi padre no puede tener un negocio ilegal, ¿verdad? No puede.

Esto tiene que ser un malentendido por las palabras que está utilizando. Como esa película que vi hace poco con Fran, donde los protagonistas se pasaban toda la trama enfadados por culpa de un rumor que se había ido modulando.

Mi padre no puede ser este tipo de persona. Pero sigue hablando, como si me diera una bofetada de realidad tras otra.

—Mira, los últimos envíos salieron perfectos. Sí. Pero eran pruebas, Richard, no esto. No podías meterte en algo tan grande sin avisar.

Me agacho más detrás del seto.

«¿Últimos envíos?» «¿Pruebas?»

El corazón me late en los oídos. Hasta me cuesta respirar.

—Ya me da igual lo que prometieras —dice—. Si esto sale mal, no nos salva nadie. Y no me hables de confianza, que no estamos

hablando de minucias, joder. —Pega un golpe en la mesa.

Mi cuerpo reacciona como si el golpe fuera contra mí.

—Sí, ya sé que el dinero es bueno —resopla—, pero no me voy a pudrir en una cárcel por tu ambición. —Hace una pausa larga, que interpreto que se debe a que Richard le está dando las explicaciones oportunas para mantenerlo calmado—. No, aquí no. Aquí no se toca. A mi hija y a mi mujer ni las nombres.

Y ahí es donde se me aprieta el pecho.

—Te repito que esto no se amplía. Ni un coche más va a ir en este cargamento. Y asegúrate de que los papeles de los coches estén limpios —hace otra pausa, respira—. Sí, los tres. Los tres van esta semana. Y cuando vuelvan, se acabó.

«Cuando vuelvan».

No hay duda. Mi padre es mafioso, pero no mueve droga, sino que ha creado una red con el negocio familiar de tapadera. ¿Qué mejor forma que revender coches ilegales si los tienes gratis en tu desguace?

Me tapo la boca para no hacer ruido. Para controlar de algún modo las ganas de vomitar que tengo en estos momentos.

No es posible. No puede ser que esté hablando de eso. Que mi padre, el mismo que se hincha de orgullo cuando dice que todo lo que tenemos es fruto de su trabajo, esté metido en algo así.

Los propietarios de esos coches deben de tener papeles que acrediten que se han destruido, por tanto… ¡tienen que falsificarlos para revenderlos a otro país!

Dejo caer la espalda contra el seto. Siento rabia, pero también una pena tan grande que me desarma.

Toda mi vida he creído que él era un hombre recto. Frío, sí, pero justo. Nunca le importó el dinero más de lo necesario, o eso pensaba yo. Y ahora entiendo que esa imagen era mentira. Que también él es de los que mienten para mantener su mundo en pie.

Siento una mezcla horrible: asco, tristeza y una especie de vacío que me deja sin fuerzas. Primero Alfredo. Luego Jota. Y ahora mi padre.

No sé si es que el mundo está lleno de mentirosos o si yo soy idiota por creer que la gente es mejor de lo que es.

Me quedo sentada junto al seto, con la espalda apoyada en las ramas que me arañan un poco la chaqueta. No tengo fuerzas para entrar, debería hacerlo; quizá de esa forma se dé cuenta de que no está solo y que me he enterado de todo, pero ¿de qué serviría?

Siento que mi cuerpo se disocia a causa del dolor en el pecho y no sé cuánto tiempo pasa. Podrían ser diez minutos o una hora. Solo soy consciente de que el cuerpo me tiembla sin que tenga frío. Intento no llorar, pero las lágrimas van cayendo igual por mi rostro sin freno. No es un llanto fuerte; es más como si me estuviera vaciando. Podría decir que es la sensación más extraña y perturbadora que he vivido nunca.

Escucho pasos por la grava, acercándose a mí. Son suaves, no tienen prisa, y por eso mismo sé que es Paco quien se acerca porque ese caminar es solo suyo.

Cuando está lo bastante cerca, solo dice:

—¿Te importa si me siento?

Niego con la cabeza.

Ha tenido que escuchar la misma conversación que yo, o me ha visto desmoronarme desde la distancia. Solo hay esas dos opciones para que haya venido a mi rescate.

Se sienta a mi lado, también apoyado en el seto. Suspira, mira hacia la casa de mis padres, tan diferente a la suya como su familia de la nuestra y no dice nada durante un rato.

El silencio, con él, no me incomoda; al contrario, parece que me da espacio.

—Lo has oído todo, ¿no? —dice al fin.

Me encojo de hombros.

—Casi todo.

—Ya.

Nos quedamos mirando al frente. Desde aquí se ve un trozo de jardín iluminado por la luz del porche. Todo parece normal, y eso es lo que más me desconcierta: cómo la vida sigue su curso aunque a una se le caiga encima.

—¿Tú también lo sabías? —le pregunto.

Tarda un poco en contestar.

—Sí.

—¿Y no tienes nada que decir al respecto?

Se pasa una mano por la cara antes de responder.

—Dije lo que tenía que decir en su momento, pero cuando vi que no iba a servir de nada, me aparté.

—¿Estás metido también?

Niega despacio.

—No, cielo, por eso me fui de esa parte de la empresa, porque no quiero tener nada que ver. Y tampoco quiero que manchen el nombre de los Jordan.

Lo miro, y me encuentro con una expresión tan tranquila, que da la sensación de que nada le diera miedo. Aunque hay algo en sus ojos, una tristeza vieja, como resignación.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace años. —Hace una pausa—. Tu padre me lo contó cuando Richard empezó a proponerle «ampliar el negocio». Yo pensé que era una locura. Que no hacía falta meterse en eso. Pero él ya había dicho que sí. Y ya sabes cómo es: cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien lo haga cambiar de opinión.

Me muerdo el labio para no decir nada. Estoy enfadada, dolida, decepcionada, todo a la vez.

—No puedo creerlo —digo al final—. Siempre hablando de lo que está bien y lo que no, de cómo los demás se venden por dinero… Y resulta que él también.

Paco asiente despacio.

—A veces la gente se convence de que hace las cosas por necesidad. O por cuidar de los suyos. Luego la bola se hace tan grande que ya no saben cómo salir.

—Que hubiera sido franco y lo hubiera contado a todos. Esto se suponía que era una empresa familiar; todos deberíamos saber a qué nos enfrentamos. Con la verdad por delante, como decía la abuela.

Él me mira de reojo.

—¿Y la habrías querido escuchar?

No sé qué contestar, porque hasta hace un par de semanas creía que mis padres me veían como una niña tonta a la que aún le faltaba mucho para madurar. Daba igual repetirles que me quedaban

semanas para cumplir la mayoría de edad. Mi madre me hacía pensar que mis errores —con Fran, claro está— solo afianzaban mis niñerías.

Me quedo callada. Y después de un rato digo:

—No lo sé, pero habría preferido eso a esto. A enterarme de este modo. Parece que hoy se han juntado todos para revelarme cosas que me hacían parecer una gilipollas.

Paco asiente otra vez. No pregunta por lo que me ha pasado, si no se lo cuento yo, él no lo hará.

—Sí. Pero no todo el mundo sabe enfrentarse a la verdad. Ni siquiera a la suya propia.

Pasa un momento largo sin hablar. Solo se escucha el murmullo de los grillos y la voz lejana de mi padre en el porche.

Paco recoge una ramita del suelo y se la pasa entre los dedos.

—¿Sabes? —dice—. Yo antes esperaba mucho de la gente. De tu padre, de mis amigos, de mí mismo. Esperaba que todos hiciéramos lo correcto, que no falláramos, hasta que yo mismo fallé a personas que amaba. Eso te rompe, porque nadie está a la altura de las expectativas que uno se inventa. Ni siquiera nosotros mismos.

Lo miro.

—¿Y qué haces entonces?

—Aprendes a querer a la gente sin esperar tanto —responde—. Y, sobre todo, a cuidarte tú. Porque al final, lo único que puedes controlar es lo que haces tú, no lo que hacen los demás.

Eso me golpea más de lo que esperaba. Me quedo mirando el suelo.

—No sé si puedo cuidar de mí —digo, casi en voz baja—. Todos me han hecho creer que, cuando lo intento, fallo. Porque soy una egoísta, según mi madre. Porque debería tomar mejores decisiones, según Alfredo.

—Claro que puedes. Ya lo estás haciendo. Estás aquí, intentando entender, intentando no repetir lo mismo. Eso ya es cuidarte.

Levanto la vista mientras él me mira con serenidad, una que siempre me da calma, incluso cuando no hay solución para nada.

—Paco… —me sale con un hilo de voz—. No quiero odiarlo. No quiero odiar a la gente que me hace daño.

Pienso que tampoco quiero odiarme a mí misma.

—No lo hagas. No sirve de nada.

—Pero tampoco puedo perdonarlo. —Y no solo pienso en mi padre.

—No hace falta que lo perdones hoy. —Se encoge de hombros—. El perdón no es un botón que se aprieta. A veces llega solo, y a veces no llega nunca. Pero no dejes que te pudra por dentro.

Asiento, aunque no sé si le creo, pero su tono me tranquiliza. Me da algo en lo que agarrarme.

—Tú sigue haciendo lo que sabes que está bien —dice—. No por él, ni por nadie. Por ti.

—¿Y si no sé lo que está bien?

—Entonces haz lo que no te dé vergüenza mirar mañana. —Sonríe un poco—. Eso suele funcionar.

Me sale una sonrisa débil, la primera en horas.

—Eso suena a una de esas frases que dicen los borrachos cuando quieren filosofear.

—Y probablemente así la dije la primera vez. —Se ríe bajito—. Pero sigue siendo verdad.

Nos quedamos un rato callados otra vez.

—Gracias por quedarte —le digo.

—No iba a dejarte sola, Olivia. —Hace una pausa, y añade—. Nunca lo haré.

Se me forma un nudo en la garganta. Asiento sin decir nada, porque si hablo me echo a llorar otra vez.

Él se levanta despacio, se sacude la ropa y me tiende la mano.

—Vamos a dar una vuelta —dice—. No hace falta entrar todavía.

La agarro y me dejo levantar.

36. OLIVIA

Dos semanas.

Catorce días intentando dormir sin pensar.

Catorce amaneceres haciéndome creer que lo peor ya había pasado.

No es verdad, pero miento bien.

Esta tarde, Fran me ha dicho que me pasará a buscar para darme una sorpresa, pero me dejó así, sin darme más detalles. Insistió en que no preguntara, que confiara en él. Lo dijo con una sonrisa que siempre le sale cuando trama algo y, por primera vez en días, me hizo ilusión. Es el único que consigue que mi rostro vuelva a sonreír.

También he tenido varias conversaciones con su padre, pero mi tío Paco, más que hacerme sonreír, calma el dolor de pecho que tengo fruto de la maldita ansiedad que todo este embrollo me está produciendo.

Alfredo me llama cada día y, en estos catorce días, he tenido que sortear no solo sus llamadas, sino sus intentos de entrar en la finca. Jota, o Javier —porque ya no me sale llamarlo de un modo cariñoso —, también intenta hablar conmigo, pero a él tampoco quiero verlo. Cada vez que pienso en el modo en el que me engañaron me duele como si me hubieran clavado un cuchillo en el pecho.

Perder a un amigo te rompe en dos como lo hace tu pareja cuando te dice «tenemos que hablar». Es exactamente lo mismo.

Cuando llego al granero, que es donde me ha citado a través de una carta que ha metido por debajo de la puerta, el lugar está medio a oscuras y la puerta, entreabierta.

Empujo con cuidado porque siempre me ha dado miedo que me pegue un susto cuando no lo espero.

Dentro huele a algo que no sé definir del todo —a velas, a carne al horno y a perfume—.

La parte de arriba del granero, donde hay un salón reformado para ver películas, está iluminada solo por las luces cálidas del mueble y unas velas en la mesa del comedor, donde hay dos platos ya servidos.

—¿Fran? —pregunto, asomándome.

Aparece desde arriba, con un delantal que ha tenido que robar de la cocina de su casa y el pelo un poco despeinado.

—No entres todavía, que casi la lío con la salsa —dice sonriendo.

Me río, porque tiene manchada la mejilla. La cocinera de su madre lo lleva mimando desde que es un crío. Seguramente le contó parte del plan y lo ha ayudado a hacer algún tipo de comida que pudiera traer hasta aquí. Que el viaje fuera un sinfín de tropezones es algo que le ocurriría a Fran cuando está nervioso; de ahí las manchas y la falta de tiempo.

—¿Qué estás haciendo?

—Una cena —se encoge de hombros—. Ya sé que llevas unas semanas raras, y pensé que… no sé, que te vendría bien distraerte un rato.

—No hacía falta.

No le he dicho lo que me sucede, y eso que me ha preguntado por activa y por pasiva. Cuando empezamos a vernos a escondidas, firmamos un pacto secreto: solo hablaríamos de nosotros; así nadie nos podría contaminar. Ni nuestras familias ni el exterior. Cuando estamos juntos, estamos en nuestra burbuja de felicidad.

—Lo sé, pero me apetecía. Me gusta verte sonreír.

Con ese simple comentario consigue que mis mejillas se cubran de un vergonzoso color carmesí. Últimamente todo el mundo me exige algo: calma, respuestas, explicaciones. Fran no, solo está, intentando hacer algo bien.

Me quito el abrigo y lo dejo en las escaleras mientras subo.

—¿Puedo ayudar?

—Ni hablar. —Mira hacia el desastre que tiene montado y cambia de opinión—. Solo si prometes no juzgar mi intento de risotto.

Me río bajito.

—Prometido.

Me pongo cerca de él, al lado de todos los alimentos que ha traído para sorprenderme. Y cuando lo hago, tengo una sensación que llevo buscando desde hace semanas. Normalidad.

La normalidad se vuelve un lujo cuando todo lo demás se cae.

La cena es sencilla, pero se nota que ha puesto empeño. Risotto, vino blanco y pan tostado serán nuestro menú.

Cuando está todo listo, charlamos sobre cosas sin peso: la obra que están montando en el centro cultural, el vecino que vuelve a tocar el saxofón a deshora, la serie que él insiste en que vea.

Y por momentos, casi lo olvido todo. Hasta que, entre un silencio largo, me mira de una forma distinta. No es la mirada de siempre. Hay algo en sus ojos, una mezcla entre ternura y miedo.

—Olivia… —dice despacio—. ¿Estás bien?

Podría mentir. Decirle que sí, que solo estoy cansada, pero no puedo.

—No lo sé —respondo al final.

Él deja el tenedor y apoya los codos en la mesa.

—Últimamente te noto… lejos. Como si estuvieras, pero no del todo. Y no quiero agobiarte, pero me da miedo perderte sin saber por qué.

Me quedo en silencio. No sé cómo explicarle que no es él, pero que tampoco soy yo. Que me cuesta confiar en cualquiera. Que siento que todos tienen algo que esconder. Que quizá las palabras de mi madre han calado más hondo de lo que me gustaría. ¿Y si lo que estamos haciendo destroza a todo el mundo? Solo con pensar en la mirada de Paco, el corazón se me rompe. No soportaría que mi tío me repudiara por estar con su hijo.

—No estoy bien, Fran —digo, finalmente—. Pero no es nada que hayas hecho.

—Entonces cuéntame.

—No puedo. —Me tiembla la voz. Fran es mucho más valiente que yo para este tipo de cosas. No estaríamos juntos si no fuera por su insistencia.

Asiente.

No insiste. Solo se levanta, rodea la mesa y se sienta en el suelo, a mi lado. Me apoya la cabeza en su hombro y me rodea con el brazo.

No dice nada. Y eso, justo eso, es lo que más me calma.

Siento su respiración tranquila, su mano jugando distraída con mi pelo. Me doy cuenta de que lo quiero, de una manera arrebatadora y grandiosa. Es un querer que va más allá de lo sencillo, de lo cotidiano. El tipo de amor que no promete salvarte, pero te sostiene

cuando te tambaleas, aunque sea él mismo quien esté moviendo tus cimientos.

Después me levanta con cuidado.

—Ven.

Me lleva al balcón. Afuera hay una pequeña mesa y una manta. El cielo está despejado y, aunque hace frío, se está bien. Nos sentamos, tapados con la manta.

—¿Ves eso? —dice señalando una estrella—. Esa brilla más que las otras.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada. Solo quería que la miraras.

Me río suave, para que no lo tome como una mofa.

—Eres un romántico empedernido.

—No. Solo soy un tipo con pocas ideas y mucho miedo a que te vayas.

Me giro y lo miro.

Le tomo la mano.

—No voy a irme —le digo.

Y lo pienso de verdad. Si me fuera, sería con una promesa de futuro juntos.

No hablamos más. Y aunque dentro de mí todo sigue desordenado, por primera vez en semanas dejo que alguien me abrace sin pensar si está mintiendo.

No sé si el amor puede curar algo, pero esta noche, al menos, no dolió tanto.

37. ALFREDO

No sé cuánto tiempo podré aguantar los nervios antes de que me explote la cabeza. Me siento en la silla de la sacristía con las manos aún frías, sin dejar de dar vueltas al rosario que llevo portando toda la mañana, pensando en la última conversación que tuve con Olivia.

Me rompe recordar cómo me miró, cómo nos miró, para ser exactos. Prometí protegerla y, sin embargo, aquí estoy, sintiendo que he sido parte del problema más que de la solución.

Los sentimientos, desde que no puedo hablar con ella, vienen todos en oleadas: la vergüenza por haber empujado —con la mejor de las intenciones, creyendo entonces que actuaba como un amigo — la insistencia sobre Jota; la rabia por haber sido tan torpe; la náusea por no haber sabido medir los límites entre lo útil y lo dañino.

Me digo que actuar por amor no exime de responsabilidad, y me asusta admitir que, en el intento de arreglar algo, he creado otra bola de mentiras que ahora me cae encima.

Debería haber sido más transparente con ella, pero, de haberlo hecho, me habría puesto en peligro a mí y a mis votos. ¿En qué tipo de persona me convierte todo esto?

Javier llega cuando ya no puedo pensar con claridad, abriendo la puerta de la sacristía sin vacilar. Lleva una chaqueta vieja que siempre tiene en el coche y porta una calma que me desasosiega más aun. Me mira y, a pesar del desastre interno que soy, su cara me hace sentir menos solo.

—¿Otra vez, Al? —me pregunta cuando ve que estoy llorando en silencio.

Javier no me interrumpe. Sabe cuándo poner la mano sobre mi hombro o dejarme hablar hasta que me quede sin aire. Llevamos tantos años juntos que nuestro silencio ya es un idioma. Cuando dejo de sorber por la nariz, me dice, con sencillez:

—Respira. ¿Qué necesitas ahora?

Necesito que me quede claro que no soy un monstruo; necesito que alguien me diga que aún puedo arreglar esto sin arruinarlo. Pero sé, por la cara de Javier, que no va a ser fácil, porque lo que le

hemos hecho a Olivia es malo, pero lo que le tengo que contar es aún peor. Él conoce mis peores fallos; yo sé los suyos. Nos conocemos desde Londres, desde esos años en los que éramos dos jóvenes intentando no perder la cabeza y compaginábamos la vida con la clandestinidad de lo que éramos. Nos escondimos juntos por necesidad y por miedo; aprendimos a cuidarnos sin hacer ruido. Eso nos unió, pero también dejó huecos: hay partes de nuestras vidas que no compartimos con nadie porque nos queremos proteger a nosotros mismos.

Fue idea mía que Javier conociera a Olivia. Sabía que ninguno de los dos se enamoraría del otro. Engañé a Olivia haciéndole creer que era un buen amigo en el que confiaba para calmar su dolor. Porque Javier, entre muchas cosas, es mi amigo, pero, claro, no es lo único. Él estuvo de acuerdo; era el plan perfecto para proteger a Olivia de lo que me habían pedido y de seguir tapando nuestra relación.

Ahora, ella también se ha convertido en mi amiga, y el secreto que sé sobre su familia la va a destrozar, por eso he intentado por todos los medios cuidarla, a mi manera. Está claro que esa manera no resultó como debería.

—No voy a decirte que fue buena idea —me dice Javier al fin—. Pero tampoco creo que seas un villano. Deberíamos haberlo hecho de otra forma, sí, pero la intención era buena ¿Podemos empezar por eso? Olivia lo entenderá.

Me toco el cuello para jugar con el inicio del pelo y cierro los ojos de manera sistemática. Podría pasarme la vida anclado a este gesto.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Javier, con una calma que me obliga a pensar—. No te digo que se lo cuentes todo, sino que pienses cómo hacerlo sin derrumbarla.

Se lo tengo que contar todo; de no ser así, Olivia Jordan me odiará de por vida, y eso no lo puedo permitir. No cuando llevo dos semanas queriendo abrazarla fuerte y queriendo decirle que no está sola, porque sé que en estos momentos se siente más sola que nunca.

—Quiero ir a hablar con ella, pero no me lo permite. He ido a la finca un par de veces, pero no he conseguido entrar; siempre me dicen que no está en casa cuando sé que lo está. No ha venido a la

iglesia en todos estos días, y he tenido que hacer un esfuerzo titánico para evitar a su madre porque, entre todas las personas de este mundo, es a la única que no quiero ver. Este desasosiego me va a matar.

Me siento responsable y anuladamente inútil.

—Plántate en la puerta y no te muevas hasta que te abra. Olivia es cabezota; actúa como ella y la desarmarás, te lo puedo asegurar.

Lo miro, pero lo miro de verdad. A esos ojos marrones que me llevaron a realizar la mayor locura de mi vida. A desobedecer los mandatos de mi padre de ser fiel a la religión. A mentir una y otra vez a aquellas personas que confían en mi buen hacer, porque les miento a todos. Piso los valores a los que juré lealtad cada vez que beso a Javier a oscuras en mi cama.

Admiro a Javier por su sentido práctico: sabe poner límite al drama sin minimizarlo. A veces me frustra porque él no se complica tanto en el terreno moral: actúa y no se enreda con la culpa; de no haber sido por él, no estaríamos aquí tantos años después de nuestro primer encuentro. Pero hoy me estoy dando cuenta de cuánto necesito esa claridad suya. Más que nunca, y eso que no tiene nada que ver con nuestra relación.

—¿Y si no me abre? —pregunto angustiado. Ya he ido, ya he esperado en la puerta, pero nada.

—Pide hablar con su madre; el servicio te conoce y sabe que Conchi suele ir a la iglesia.

Javier se levanta y me da la chaqueta que traía.

—No vayas solo por impulso —me advierte—. Vete vestido para hablar, para explicarle tu parte. Para contarle todo lo que ella no sabe, pero hazlo con cariño. Si no lo haces tú de ese modo, se enterará por otra fuente y puede que le rompan el alma. Lo sabes, Al, el secreto de Olivia podría romper hasta al más fuerte.

Le devuelvo una sonrisa amarga.

—Lo sé. —Es lo único que se me ocurre decir.

Javier me acompaña hasta la puerta. Nos abrazamos un segundo, breve, sin besos de por medio.

—Va a salir bien —dice, con un tono de voz que solo sale cuando sientes un amor irracional hacia la otra persona.

Conducir hasta su casa no me cuesta. La cabeza, en cambio, me va a mil por hora. En el coche repaso lo que voy a decir: «Olivia, lo siento». «Fui un cobarde». «Me equivoqué». Nada suena suficiente, y lo sé. Lo que no quiero es sonar a sermón, a explicaciones de clérigo como las que realizo todos los días. Quiero que ella sienta que no la he abandonado, y eso exige, por mi parte, humildad.

Llego a la verja y bajo del coche. A estas horas no parece que haya nadie del servicio atendiendo el timbre de la puerta. La tarde está dando paso a la noche; el verano se está despidiendo y se nota en las horas del día. Cada vez son más escasas.

A través de la verja, veo la luz de la casa encendida. La casa me parece distinta por la noche: más pública durante el día, más íntima ahora. Eso me frena por un segundo. ¿Qué derecho tengo a irrumpir en su intimidad? Olivia no me quiere ver, eso es un hecho.

Dejo de pensar en las opciones que tengo y llamo a la puerta con ímpetu. Como bien había esperado, nadie del servicio sale, sino que es la propia Olivia quien se asoma a su ventana. Antes de que cierre, le enseño las manos formando un gesto de perdón.

—Solo será un minuto —susurro.

Se mete dentro de su habitación, baja la persiana y, con ella, se esfuman todas mis posibilidades de hablar las cosas. No es hasta que el cierre de la verja se abre al haberlo accionado desde dentro, cuando entiendo que sí que quiere verme. No lo pienso ni un segundo y cruzo la finca en un abrir y cerrar de ojos.

Sé dónde está su habitación porque hemos venido aquí en alguna ocasión a escondidas, además de que conozco el salón a la perfección porque Conchi ha querido que venga a tomar con ella el té varias veces.

En cuanto me ve subir las escaleras, Olivia abre la puerta con el pijama puesto y el pelo recogido en un moño deshecho. La cara le cambia apenas me ve: hay una mezcla de sorpresa, cansancio y un enfado mudo que se guarda para no soltarlo antes de que pueda decir una palabra.

No digo nada al principio, solo respiro hondo. Llevo días ensayando este momento, imaginando mil formas distintas de empezar, pero al verla, todo lo que tenía pensado se me borra.

—¿Puedo pasar? —pregunto al fin, casi en un susurro.

Duda un segundo, pero se aparta y me deja entrar. El silencio entre nosotros es denso, tanto que temo romperlo. Doy un paso dentro y, sin pensarlo, intento abrazarla. Es algo instintivo, como una necesidad, pero ella se aparta de inmediato. No con violencia, sino con una frialdad que duele más que un grito.

Bajo los brazos y asiento, aceptando la distancia.

—Está bien… lo entiendo —murmuro—. No tienes por qué.

Ella cruza los brazos, se apoya contra la pared sin abrir la boca. Simplemente espera a que sea yo quien rompa este ambiente hostil.

—No sé por dónde empezar —digo al fin, mirando al suelo—. Y supongo que eso ya lo dice todo. No hay una forma buena de explicarte lo que hicimos Javier y yo. Solo quiero que me escuches un momento y luego puedes echarme, si quieres.

No me responde, pero tampoco me interrumpe. Tomo aire y cojo carrerilla.

—Lo primero… siento muchísimo cómo te hice sentir. Cómo te hicimos sentir —corrijo enseguida—. Ni Javier ni yo queríamos dañarte. No hubo una sola intención de jugar contigo, te lo juro.

Ella me mira, sin moverse.

—¿Entonces qué era? —pregunta, con rabia contenida—. ¿Una nueva tapadera para vosotros? Que, oye, sería genial, ¡si lo hubiera sabido!

Cierro los ojos un segundo; su respuesta me ha golpeado en el pecho, muy profundo.

—No… o sí… —respondo con un hilo de voz—. Es que no fue tan simple. Tú… tú no sabes lo que es vivir así, con la sensación de que todo lo que eres es un pecado. Javier y yo… —hago una pausa—. Nos conocemos desde que éramos críos. Desde Londres, eso ya lo sabes. Hemos crecido juntos, hemos intentado dejarlo, separarnos, fingir que no pasa nada, pero al final siempre volvemos al mismo sitio.

—¿Sabes qué pasa, Alfredo? Que sé lo que estáis viviendo, y eso es lo que me duele. Sabes que lo estoy viviendo en mis propias carnes, te lo he contado, ¿y qué has hecho tú? Utilizarme como tu

disfraz perfecto, eso sí, alegando que era por mi bien —me interrumpe Olivia.

Levanto la vista rápido.

—No lo digas así, por favor. No eras un disfraz. Eras… —me quedo callado, buscando las palabras—. Eras mi amiga. Nuestra amiga. Y eso fue lo que jodimos, porque te metimos en algo que no merecías. Y tienes razón, debería haberte cuidado, haber entendido lo que necesitabas mientras amabas a Fran en silencio, pero… la situación me vino grande. Yo pensé que si te conocías con Javier, si te distraías un poco, todo se iría calmando. Que Javier podría respirar, que yo podría dejar de sentir esta presión constante, pero fue una cobardía. Una más. Lo admito y quiero pedirte disculpas por ello.

Me observa con los ojos brillantes. No llora, pero está a punto.

—¿Y por qué no me lo dijisteis? —pregunta, más dolida que enfadada—. ¿Tanto miedo te daba que te mirara diferente?

—Sí —respondo sin dudar—. Me aterraba. Pensé que si sabías la verdad, me ibas a mirar con asco. O con pena, que a veces es peor. Pensé que iba a perderte.

Se pasa la mano por la cara, y respira hondo.

—¿Después de lo que tú sabes tú de mí y de Fran pensabas eso?

—Sí, Olivia. Nuestra relación es… —se me rompe la voz—. Mucho peor. Es pecar sobre pecado.

—No sé qué me da más rabia, Alfredo —dice—: si lo que hicisteis o que creyeras que yo era incapaz de entenderlo.

Asiento despacio.

—Lo sé. Y tienes razón, fui un mal amigo. Me dejé llevar por el miedo, por las apariencias, por todo eso que me enseñaron que debía ser. Y te arrastré conmigo.

Se hace un silencio largo. Olivia camina hasta la ventana, la abre un poco y deja que entre el aire frío. Habla sin girarse.

—Yo confiaba en ti, ¿sabes? —dice—. Eras de las pocas personas con las que sentía que podía ser yo sin filtros. Que entendías cosas sin que las dijera.

—Y lo sigo haciendo —respondo, dando un paso hacia ella—. Sigo siendo esa persona, aunque la haya cagado.

—No es tan fácil —me dice.

—Lo sé —respondo con voz baja—. Pero déjame al menos decirte esto: no te usamos para esconder nuestra relación. Eso fue lo que pareció, y lo entiendo, pero la verdad es que te queríamos cerca. Javier te quiere. Yo te quiero. No de la forma que tú pensabas, ni de la forma que habría sido justa, pero te queremos. Y no quiero perder eso.

Al fin me mira. Está dolida, pero algo en mi sinceridad le desmonta la rabia.

—Tienes mucho que arreglar —dice, con voz más suave—. Con él, contigo, con todo.

—Lo sé —admito—. Pero quería empezar contigo.

El silencio que sigue no es cómodo, pero tampoco hostil. Es de esos silencios que abren una grieta pequeña para que entre la calma. Doy un paso atrás, con la sensación de haber dicho lo que debía.

—No voy a pedirte que me perdones hoy —digo, mirando al suelo —. Pero al menos quería que supieras la verdad.

Olivia asiente. No sé si convenciéndose a ella misma o dándome la oportunidad de mejorar las cosas.

—Pero no es lo único que tengo que decirte.

Hay una sorpresa en su rostro que no intenta tapar. Y no sabría decir si es una buena forma de comenzar lo que estoy a punto de hacer.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, o bueno, sí; con el tiempo he sido partícipe de algo que ya no puedo sostener más. No quiero hacerte más daño, no lo mereces.

—Estoy empezando a asustarme.

Se separa de la ventana y toma asiento en la cama. Me da a entender que la puedo seguir, así que lo hago. Es mejor que los dos estemos cómodos ante la revelación que voy a hacer.

Olivia Jordan, después de esto, no volverá a ser la misma.

38. OLIVIA

Lo que hay en la habitación es un silencio muy grande. Me siento en la cama, con las manos encima de las rodillas, y me digo a mí misma que puedo hacerlo: aceptar explicaciones, escuchar. Echaba de menos a Alfredo; no voy a negarlo. Me hizo daño con su decisión, pero echo de menos esa facilidad suya para entender sin preguntarme demasiado.

No voy a negar que ese simple hecho me confunde; porque quiero creer y, a la vez, me da miedo abrir otra vez la puerta.

Él respira hondo, mira al suelo para empezar a hablar. Ya tiene que ser importante lo que esconde, porque nunca lo he visto tan nervioso. Ni hace unos minutos cuando me ha contado sobre su relación secreta.

—Olivia —comienza con la voz tomada por la emoción—. Si Javier y yo te mentimos fue porque estábamos sometidos a una presión fuerte. No fue por capricho, y tampoco fue por vergüenza hacia ti. Fue porque alguien nos empujaba a hacerlo. Esa persona era… tu madre.

La palabra me deja con el aire atorado en el pecho.

—Tu madre vino a la iglesia después de nuestros primeros encuentros. Varias veces. Me pidió que orientara «los asuntos» —dice, y las comillas no son suyas, son su manera de recalcar lo que le hicieron repetir—. No lo llamó así, quiero decir… no lo dijo en voz alta, pero dejó claro que quería que lo tuyo con Fran se arreglase para que sus preocupaciones se calmasen. Me pidió, de verdad, que te juntara con alguien «estable», que te implicara con un chico que le diera tranquilidad.

Siento que me falta el aire. A pesar de que me barruntaba que mi madre había instruido a Alfredo, no pensé que podía llegar tan lejos. Es más, hasta ahora, esa trama la habíamos trazado nosotros para acallarla a ella. ¿Desde cuándo se nos adelantó?, ¿y por qué Alfredo no dijo absolutamente nada hasta ahora?

—Javier y yo hablamos del asunto —continúa—. Pensamos que una tapadera social podría funcionar: que te vieras con él, que al principio fuera un amigo al que tu madre viera, que la calma llegara porque tú también la ansiabas. Pensamos que si tu madre creía que

estabas «encaminada» quizá dejaría de presionarte y, a la vez, nos daría a nosotros un respiro, a Javier y a mí. Después te lo conté a ti, que conocía a un buen chico que podía aliviar la tensión con Conchi, y te pareció bien. Lo que no te conté es que, inicialmente era un plan de tu madre. Comenzaba a conocerte, y sabía que si era un plan trazado por tu madre, no te iba a gustar. Así que planteé la situación de otro modo y te mentí.

Alfredo cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, hay en su mirada algo que se parece a la vergüenza. Y es que debería sentirla, porque lo que hizo fue ruin. Ahora mismo me siento una idiota al haber creído que, en algún momento, logré engañar a mi madre trayendo a Javier a nuestra finca, como si fuera un amigo que pronto se convertiría en algo más.

—Pensé que te protegía —dice—. Fui cobarde. Pensé que si te lo contaba, te dolería y te perdería. No supe medir entre proteger y manipular, como con la relación de Javier. Y lo peor es que, cuanto más me metía en esa idea, menos me atrevía a darme la vuelta y decir la verdad.

Aunque no habíamos superado el conflicto de su mentira anterior, este nuevo tema no me calma, es más, me cabrea. También me hace pensar en todas las veces que confié en él.

Duele pensar que yo no tenía derecho a saber qué hacían con mi vida. Como si fuera una simple pieza del ajedrez que mueven a su antojo.

—Lo que sí te puedo asegurar es que tu madre solo me pidió que te presentara a alguien. La frase «un clavo saca a otro clavo» que te dije salió de su boca. Ella no sabía todo el plan: que vuestra relación era falsa y que seguías con Fran.

Algo de alivio se asienta en mi pecho. Si me hubiera traicionado con eso también, nuestra amistad ya no tendría salvación.

En estos instantes parece un hombre roto por haberse equivocado. Eso me desarma de un modo que no esperaba. Me recuerdo a mí misma que lo echo de menos, y que todos podemos cometer errores.

Alfredo se pasa la mano por la nuca; lleva un rato dándole vueltas a algo que no termina de decir. Tiene los ojos rojos, como si hubiera

estado llorando antes de venir.

—Hay algo más que debes saber, Olivia. Algo que, por más que he intentado protegerte, creo que el silencio es lo que menos ha ayudado.

El tono me pone en alerta. No es el de siempre, no es el Alfredo que da vueltas con las palabras para no incomodar. Este suena a despedida o a confesión, y eso me da miedo.

Noto cómo se me tensa el cuerpo entero. Me cruzo de brazos, más por defensa que por una sensación de frío.

—¿Qué pasa ahora? —le digo, intentando sonar firme, pero me sale ahogado.

Él no responde enseguida, sino que da un paso hacia la ventana, como si necesitara aire. O separarse de mí.

—Tu madre me habló de esto en secreto de confesión —empieza, bajando la voz—. Lo que diga a partir de ahora puede romper tu vida.

Me quedo quieta. No entiendo porqué me arde el pecho si no sé lo que va a decir. Quizá es fruto de la ansiedad de estos días, o por la cantidad de pensamientos que se me amontonan.

—No me asustes, Alfredo —le corto, notando cómo me tiembla la voz—. Si vas a decirme algo, dilo ya. No puedo con más vueltas.

Él asiente despacio, parece que también le costara respirar.

—Cuando Conchi acudió a mí estaba muy alterada. Llegó a la parroquia llorando, desencajada. Se había enterado de lo tuyo con Fran. Dijo que os había visto… besándoos en un parque.

Me quedo helada.

—Sí —repite—. Dijo que fue de casualidad, que ni siquiera iba buscando nada, pero que cuando os vio se vino abajo. Me pidió ayuda, me suplicó que Dios la perdonara, que le diera fuerzas para afrontar lo que había descubierto. Yo intenté calmarla, pero no había forma. Al final le ofrecí el secreto de confesión, para que pudiera hablar sin miedo.

Me paso las manos por el pelo mientras la cabeza me da vueltas.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —pregunto, aunque empiezo a temer la respuesta.

Alfredo suspira. Se sienta frente a mí, pero no se atreve a mirarme a los ojos.

—Fue ahí donde todo se desmoronó —dice, despacio—. Porque lo que me contó después… no me deja dormir desde entonces.

Siento un nudo en la garganta.

—Habla claro, por favor.

—La relación entre primos carnales, Olivia, es un pecado —dice, con un tono que suena cansino porque ya hemos hablado de ello—. No solo por la fe, sino por lo que implica, por las consecuencias que puede tener. Yo no podía apoyar algo así.

—Ya lo sé —respondo, seca—. No hace falta que me des una lección ahora. Pero sabes mi parte; en cierta medida aceptaste que el amor podía con todo.

—No, no me malinterpretes —se apresura—. Lo que quiero decirte es que tu madre… tu madre cargaba con un pecado parecido. Uno que, hasta ese día, nunca había confesado.

Mi respiración se atora.

—¿De qué hablas?

Al mirame, sus ojos le brillan, y veo que está conteniendo las lágrimas.

—Tu madre me contó que en su juventud tuvo una relación con otra persona, antes que con tu padre.

No entiendo nada. Siento que la cabeza me zumba, y que todo se me vuelve borroso.

—¿Qué?

—Me dijo que su primer y verdadero amor no fue tu padre. Incluso que ese hombre fue quien la dejó embarazada de ti.

El aire se me corta. No sé si me he levantado o si sigo sentada. Solo sé que el suelo se mueve.

—¿Quieres decir… que mi padre no es mi padre?

Las palabras salen solas, rotas, me cuesta pronunciarlas.

Alfredo baja la cabeza. No responde enseguida.

Me fijo en sus manos: le tiemblan.

También me doy cuenta de que mi respiración es rápida, irregular. Me falta el oxígeno.

—Olivia… —murmura por fin—. Ojalá pudiera decirte otra cosa.

Siento que me quedo vacía. Que algo dentro de mí acaba de romperse sin remedio.

Alfredo comienza a llorar y sigue hablando.

—Eso no es lo peor, cariño.

—¿Que no es lo peor?

Todo mi cuerpo tiembla. Verlo a él llorar, tan roto, está poniendo mis nervios más tensos. Más si cabe.

—Ese hombre… —se le rompe la voz y tiene que carraspear—. Ese hombre es tu tío, Paco.

Me quedo sin aire.

El mundo, tal y como lo conocía, se desvanece.

La visión se me vuelve borrosa; creo que me voy a desmayar, pero antes de hacerlo escucho lo último que tiene Alfredo que decirme, como si yo no hubiera llegado a esa conclusión ya.

—Por eso la relación con Fran es imposible: sois hermanos.

39. OLIVIA

Me dirijo hacia la habitación de mi madre sin sentir los pies. No sé si voy andando o flotando. Tengo las manos heladas, la garganta cerrada y una presión en el pecho que me ahoga. Ni siquiera soy capaz a pensar. No puedo. Solo repito una frase en bucle: no puede ser verdad, no puede ser verdad.

Alfredo intentó pararme, que no saliera de la habitación, pero no sirvió de nada. Necesito asegurarme que esto no es verdad.

La puerta de su habitación está entornada. Puedo ver la luz cálida del tocador filtrarse por la rendija que ha quedado. Mi madre sigue su vida como si la mía no se hubiera desmoronado, en su rutina de cada noche. En su falsedad, que lleva arrastrando años y años. Incluso, entre la rabia que siento y que opaca todo a mi alrededor, la oigo tararear, tan tranquila.

No aguanto más y abro la puerta de golpe, haciendo que esta rebote contra la pared.

—¿Qué has hecho? —No sé ni por qué pregunto eso, pero es lo único que sale en medio de la bruma de odio que siento.

Ella da un pequeño respingo, con el frasco de crema en la mano. No obstante, no se gira para encararme, me mira por el espejo, con un gesto de superioridad que tanto domina, como si mi irrupción fuera una falta de respeto, no una urgencia a la que vaya a dar importancia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta, sin molestarse en elevar el tono de voz.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Qué tonterías dices ahora?

Camino hacia ella, temblando. Veo cómo se aplica la crema por el cuello, con movimientos lentos, metódicos, como si nada.

La odio. La odio con una claridad que me asusta.

—Alfredo me lo ha contado.

La mano se le queda quieta en el aire. La baja despacio. Aun así, no me mira, o no lo hace de frente: es todo a través de un maldito espejo que es tan falso como ella.

—¿Qué te ha contado?

—La verdad.

—Tú no sabes nada de la verdad.

—Que mi padre no es mi padre, por ejemplo. —Mi voz sale cortada, pero firme. Lo digo despacio, sílaba por sílaba, para obligarla a oírlo—. Que me mentiste toda mi vida. Que el hombre que me crió, el que pensé que era mi padre, no lo es. ¿Qué te parece esa verdad?

Ella respira hondo, recoge el tapón del frasco y lo cierra con calma. Una calma que me enloquece.

—Por favor, Olivia. No es momento de dramatismos.

—¿Cómo puedes decir eso? —le suelto, con la voz rota—. ¡Me has destrozado la vida! ¿Lo entiendes? ¡Me has destrozado!

—Baja la voz, por favor.

—¡No! —grito, dando un paso más—. No voy a bajarla. Quiero que me digas cómo pudiste hacerlo. Cómo pudiste callarte algo así.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—¡Claro que la tengo! —La rabia me sale sin filtro—. Te viste con Paco, ¿verdad? Te metiste en la cama de tu propio cuñado y luego tuviste una hija. ¡Tu hija! ¿Qué clase de persona hace algo así?

Se levanta por fin, despacio. Se coloca la bata y se cruza de brazos.

—Cuidado con cómo me hablas.

—No, cuidado tú con lo que pueda contar yo.

Por primera vez le tiembla la mirada. Quiero creer que es por miedo y no porque haya herido su orgullo, porque, de ser esta opción, la rabia me llevaría al más allá.

—Has escuchado campanas y no sabes dónde —dice al fin—. No sabes nada de lo que fue aquello. Nada de lo que fue nuestra relación. Ni de los tiempos, ni de nada, niñata.

—¡Entonces explícame! —le exijo, casi rogando—. Dime que no es verdad, dime que Alfredo lo entendió mal, dime que no era Paco…

—Era Paco. —Lo suelta sin adornos.

Me quedo sin aire. Literalmente. Es como si alguien me hundiera un puño en el estómago.

—Fue un error —añade—. Uno que he pagado toda la vida, pero que no se puede solucionar, así que es mejor que se quede como está. Es más, yo misma le pedí a Alfredo que te lo contara. Era

mejor que él lo hiciera para acabar con las tonterías que estabas cometiendo.

—¿Pagado? —me río, amarga—. ¿Pagado cómo? ¿Teniendo a una hija y mintiéndole toda la vida? ¿Haciendo ver que era de otro? Porque asumo que Paco no tiene ni idea.

Si ahora dice que él lo sabe, me derrumbaría de tal modo que no quedarían más que las cenizas de mí. Mi tío —bueno, Paco— no puede hacerme esto. Él no. No es como ella.

—Cuidándote. Dándote todo. Procurando que nadie supiera nada. De ese modo he pagado, poniendo en una balanza el silencio por encima de mi felicidad.

Con esa simple afirmación me confirma que él no tiene ni idea, y por un segundo suspiro de alivio.

—¡Mentira! Lo hiciste por ti, para no cargar con la vergüenza. ¡Para no manchar tu nombre!

—Olivia…

—¡No digas mi nombre! —grito. Siento las lágrimas arder al salir de los ojos, pero no me las limpio—. ¿Sabes qué es lo peor? Que ahora entiendo muchas cosas. Por qué siempre mirabas raro a Paco, por qué odias a Elvira, por qué no quieres que esté con Francisco. ¡Eran tus errores los que te llenaban de rabia!

—Basta.

—No, no basta. —Le señalo con el dedo, temblando—. Te odio por esto. Porque no solo me mentiste, también me hiciste enamorarme de mi propio hermano.

Se tapa la boca con la mano. La primera señal de culpa.

—Eso no tenía que pasar…

—Pero pasó. Y tú lo sabías. Y lo único que se te ocurrió fue meter al cura en todo esto para intentar romper una relación que era ¡LO MÁS BONITO QUE ME HA PASADO EN LA VIDA!

—Intenté detenerlo.

—¿Detenerlo? ¿Cómo? ¿Mandando a Alfredo a meter a otro chico en mi vida para distraerme?

No contesta. Se da la vuelta y se sienta en la cama. Por primera vez parece pequeña. No frágil, sino vacía.

—Te juro que quise protegerte.

—No. Te protegías a ti, yo no importaba. Nunca te he importado; de haberlo hecho, hubieras tenido una conversación sincera conmigo, no hubieras añadido a terceras personas en esto. Hacerlas sentir culpables de tu mentira y mucho menos hubieras dejado que llegara tan lejos.

A pesar de que el amor por Fran es inevitable de sentir, cada vez que rememoro nuestros besos una arcada fría sube por mi garganta. No tengo ni idea de lo que significa, pero está claro que las cosas han cambiado. Nosotros no hemos tenido nada que ver y, a la vez, hemos sido el detonante de esta bomba que se ha estado fraguando durante dieciocho años.

Me quedo de pie, mirándola, intentando reconocer a la mujer que me dio la vida, a la que quería complacer porque se suponía que era el centro de mi universo. No la encuentro.

—No sé quién eres —le digo al final.

Ella me mira y, por un segundo, creo que va a llorar, pero no. Solo aprieta los labios y murmura:

—Soy tu madre. Y me debes un respeto.

—No. —Niego despacio—. Eres la causa de todo esto.

Sé por dónde quiere salir con esa frase final. Quiere que sea como Alfredo, un siervo más a sus órdenes. Que me quede callada, que deje de una vez a Fran y que comience una vida en silencio. De ese modo, ella no tendría que cambiar nada, pero es que ya nada es como antes. Yo misma me encargaré de ello.

A pesar de que el dolor en el pecho me hace coger aire con fuerza, incluso sollozar en seco, camino hacia la puerta. Me detengo un instante, solo para mirar por última vez la habitación: el espejo, las cremas, las cortinas cerradas, ese olor dulce que siempre me recordó a hogar y ahora me dan náuseas.

—No sé si algún día podré perdonarte —digo.

—Olivia…

Salgo. Cierro la puerta con un golpe seco.

Y, al hacerlo, siento cómo algo dentro de mí también se cierra.

40. OLIVIA

Han pasado dos días. Dos días en los que no he hecho otra cosa más que mirar al techo, con el corazón roto y una rabia que me muerde por dentro. No he cogido el teléfono a nadie. Ni cuando Fran me llamó a nuestra hora, ni las reiteradas veces en las que Alfredo ha intentado volver a ponerse en contacto conmigo. No he querido escuchar a nadie, ni siquiera cuando tocan a la puerta de mi habitación. Lo único que he sido capaz de hacer ha sido abrir mi diario —ese que comencé para simular una felicidad falsa de cara a mi madre— y dibujar.

Lo abrí con miras a plasmar toda mi rabia; por eso salió la ilustración de la cara de Fran y, alrededor, miles de gotas de sangre. La sangre que nos une como hermanos y que separa nuestro amor para siempre. La sangre de mi corazón al romperse en mil pedazos y quedar esparcido en el suelo. La sangre que mi madre ha manipulado con sus mentiras. La he pintado roja, densa, cruel y real. Ha sido una manera maravillosa de canalizar mis emociones. Seguramente le va a encantar cuando la vea. Espero que se dé cuenta de que le estoy devolviendo su propio veneno.

No he dormido. Ni he comido. El cuerpo humano puede superar los cuatro días sin ingerir alimentos, solo a base de agua, y eso estoy haciendo. Siento que es una especie de tortura personal que me he impuesto a mí misma sin pensar demasiado. Me siento como una puta mierda, a pesar de que no sea la culpable de todo esto. Tengo el maldito corazón roto y… Cada vez que pienso en hablar con Fran, una bola de angustia sube por mi garganta, haciéndome vomitar una y otra vez mi propia bilis, porque no tengo nada en el estómago.

Me duele la cabeza como si me hubiesen metido dentro de una campana de hierro, pero, sobre todo, me duele el corazón. No creía que fuera posible este tipo de dolor, pero creo que es el peor de todos. Te parte en dos, te hace no comprender absolutamente nada de lo que ha sido tu vida, de lo que eres. De lo que vendrá. Lo único que tengo claro es que, en mi futuro, muchas de las personas que han formado parte de mi vida no estarán. Algunas, como mi madre, solo causan dolor y rabia, pero ¿Paco? ¿Cómo voy a pasar una vida

entera sin sus abrazos o sin sus mensajes de apoyo cuando no sé qué hacer con mi día?

A veces me levanto para ir al baño y me miro en el espejo para ser más masoquista: tengo ojeras, la piel gris y los labios agrietados. Me doy miedo a mí misma y, a la vez, me da igual. Porque lo que más asco me da ahora mismo es mi vida entera.

El tercer amanecer es distinto.

No sé si porque he tocado fondo o porque ya no puedo seguir así, pero me levanto y pienso que se acabó. Que no voy a dejar que los demás sigan teniendo este poder sobre mí. Ni mi madre, ni Alfredo, ni nadie. Estoy harta de que todos decidan por mí con sus mentiras y manipulaciones. Harta de sus silencios, de sus medias verdades, de sus burdas mentiras. Han intentado manejar mi vida y es hora de que yo maneje la mía y la suya.

Lo único bueno que aprendí de mi madre es que siempre, y cuando digo siempre es SIEMPRE, hay que hacer pagar con la misma moneda para dejar tu nombre por todo lo alto. Nunca había entendido el significado real de esa afirmación hasta ahora, y tampoco sé si en estos momentos lo estoy comprendiendo como ella desearía, pero lo voy a hacer.

Concepción Pérez y todos los mentirosos de mi familia van a conocer a la verdadera Olivia Jordan.

Cojo el teléfono móvil. Dudo un par de minutos, con el pulgar sobre el botón verde de llamada, pero al final lo hago: llamo a Alfredo.

Me tiembla la mano hasta que él contesta.

—¿Olivia? —responde enseguida, con una mezcla de sorpresa y alivio que casi me dan ganas de colgar.

—Hola.

—Gracias a Dios… He estado muy preocupado. No sabía si…

Lo corto antes de que uno de sus sermones me lleve a colgar de nuevo. Ya no confío en él de la misma forma. Además de estar engañándome junto con Jota, ha intentado manipularme con los deseos de mi madre y ha dejado que siga con Fran sin decirme la verdad sobre un asunto tan importante.

—No empieces con eso. —No tengo fuerzas para escuchar su tono compungido.

En la línea se hace el silencio.

Puedo imaginarlo en su despacho, con las manos entrelazadas sobre el escritorio, respirando hondo para no meter la pata.

—Necesito que me hagas un favor —digo al fin.

—Claro. Lo que sea.

—No intentes complacerme tan rápido, escúchame antes porque no te va a gustar lo que tengo entre manos. O sí, sabiendo lo que has hecho por mi madre…

—Está bien. —Lo ha pronunciado entre dientes. Le duele que señale sus errores, pero es que no han sido chiquilladas: me han cambiado la maldita vida.

—Vas a ayudarme con algo. Y no porque me tengas lástima ni porque quieras compensar lo que pasó. Vas a hacerlo porque me lo debes.

Lo dejo reposar. Se nota que le incomoda el tono, pero no me importa. No quiero que se sienta cómodo.

—¿De qué se trata? —pregunta al cabo de unos segundos.

—De que me devuelvas el control.

—No entiendo.

—Claro que entiendes —respondo. Empiezo a caminar por la habitación como una fiera encerrada—. Me habéis ocultado cosas durante demasiado tiempo. Tú, mi madre, todos en general. Y yo, mientras tanto, caminaba por la vida creyendo que todo estaba más o menos normal.

Alfredo suspira.

—Olivia, sé que estás dolida, y con razón. Pero si esto es por Fran…

—Esto no es por Fran. —Me sale un grito. Me tiemblan las piernas, pero no bajo el tono—. Esto es por mí. Porque me he quedado vacía, y si no hago algo, voy a volverme loca.

Hay otro silencio. En esta ocasión es larguísimo.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta por fin.

—Vas a ayudarme a organizar algo.

—¿Algo?

—Sí. Algo que no te va a gustar.

—Olivia…

Hay un silencio nuevo, distinto, porque no estoy dispuesta a responder a su súplica. Necesito que me ayude porque sola jamás lo podré conseguir y, a la vez, él, mejor que nadie, sabe que me debe mucho. En concreto, el silencio de su relación clandestina, que jamás revelaría, pero supongo que teme que la rabia y el dolor me lleven a hacerlo. Cualquier ser humano siempre está buscando su propio bienestar, incluso el cura. Salvarse el culo es la prioridad de cualquiera.

—De acuerdo —dice al fin cuando percibe que no voy a responder. Su voz suena cansada, rendida—. Te ayudaré, pero prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que no vas a dejar que el odio te consuma.

—Ya lo ha hecho —respondo, bajito—. Ahora lo único que me queda es actuar.

Cuelgo.

No soy capaz de seguir la conversación sin volver a llorar, sin volver a sentir el corazón roto. Tengo lo que quería, su palabra, y por primera vez tengo hambre. No de comida. Hambre de verdad. Hambre de justicia. Hambre de ponerlo todo patas arriba.

◆ ◆ ◆

La semana pasa sin que me dé cuenta, y eso es mucho decir, porque los días previos a mi cumpleaños siempre han sido una fiesta de emociones. Siento mucha tristeza por no poder vivirlos de ese modo nunca más. O igual «nunca más» es exagerar demasiado. No sé, ya no sé absolutamente nada. Bueno, sí, que he aprendido a fingir mejor de lo que creía posible.

Hace dos días hice acto de presencia en la finca como si no hubiera sucedido nada: saludé, sonreí a mi madre ajena al volcán que bullía en mi interior, y hasta le di un beso a Paco como si no supiera que, en realidad, mi tío es mi propio padre. Les he dicho a todos que estuve enferma, que necesitaba calma. Mi madre me miró durante toda mi actuación con una mezcla de alivio y suficiencia que tanto la caracteriza. Ha interpretado mi actuación como una

rendición; no tiene ni idea de la que le espera, y eso me hace sentir bien. Malvada, pero menos enrabietada.

Fran y yo nos quedamos un rato a solas. Fue él quien me buscó durante toda la velada; llevaba días rara con él y no le había dado ni una explicación. En otro tiempo, si hubiera estado enferma como dije, le habría llamado cada noche para que me cuidara. Quería una explicación, y menos mal que lo conozco bien, porque así la podía tener preparada.

Nos sentamos en el porche con una taza de té que no me apetecía una mierda, pero aun así la tomé.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó, y su voz sonó cuidadosa, como si no quisiera empujarme. Como siempre hace cuando quiere abrazarme pero no se atreve por si alguien nos está viendo.

—Sí —le dije, y sonreí como pude—. Solo necesitaba descansar un par de días.

Él me miró al detalle. Se acercó con la intención de besarme y lo detuve delicadamente, poniendo una de mis manos en su pecho.

—¿No vas a besarme? —dijo con una media sonrisa que dolió.

—No quiero contagiarte la gripe.

Se quedó mirándome, impactado, quizá dudando de todo y de nada al mismo tiempo. En ese instante tuve la sensación de que estaba perdiendo para siempre lo que nos había unido: una confianza y una pasión que ninguno de los dos comprendió jamás. Y es que lo nuestro era incomprensible; ahora entiendo el porqué.

—Olivia —dijo él al fin—. Si necesitas algo…

—Lo sé —murmuré—. Gracias.

Apreté sus manos entre las mías a modo de despedida.

Dudo que podamos volver a tener un momento a solas como este nunca más.

A pesar de que hace días le escribí una carta que Alfredo le entregará, el dolor sigue en mi pecho, no me deja, no mengua. Creo que jamás se irá de mi lado.

Salgo de la casa antes de lo que tenía previsto, cojo una chaqueta porque ya ha comenzado a refrescar por la mañana y me dirijo al jardín de la iglesia.

Alfredo me ve llegar desde lejos. No espera a que me acerque; lo hace él, sin prisa pero sin pausa. Está nervioso, lo noto por su forma de andar, con las manos entrelazadas delante de las piernas. Cuando está lo suficientemente cerca, me abraza como hacía cuando nada de esto había sucedido. Me dejo ir un poco, porque lo echaba de menos, aunque no quiera admitirlo. Su abrazo es firme, cuidadoso, como si tuviera miedo de hacerme daño otra vez.

—¿Cómo estás? —pregunta, sin rodeos.

—Jodida —le digo—. Pero decidida.

Alfredo suspira y, por un segundo, veo que pesa todo lo que ha aceptado en su cara. Luego asiente.

—Te ayudaré —dice—. No sé todo lo que implicará ni a dónde nos puede llevar, pero estaré a tu lado.

Siento una mezcla de alivio y vértigo.

—¿Y Javier? —pregunto—. ¿Sabes si él está dispuesto?

Alfredo me mira un segundo. Le pedí que su novio en las sombras, el mismo que intentó meterme a mí por los ojos, nos ayudara. Cuantas más manos, mucho mejor. El plan será complejo y necesito la ayuda de ambos.

—Lo hablaré con él —dice—. No puedo prometerte que coopere sin más, pero haré lo posible.

—El día de mi cumpleaños será el momento en que todo explote; tenemos apenas unos días para que todo salga perfecto.

41. OLIVIA

Al primer lugar donde voy en busca de información es al despacho de mi padre. No al de Paco, al que se supone que es mi padre.

Nada de lo que tengo entre manos podrá hacerse sin dinero, y dado que él tiene sus secretos, necesito robarle un poco para comenzar con los míos.

No tiene la puerta cerrada, casi nunca la cierra, pero hoy, con los nervios del momento, he pensado que podría ser una opción. Suspiro aliviada cuando me meto dentro y escucho un silencio colosal a mi alrededor. Todos están haciendo otras cosas; incluso el servicio está limpiando otra zona de la casa. El pasillo que lleva al despacho de mi padre suele estar poco transitado, no hay más habitaciones que esta, así que puede hacer y deshacer sin dar explicaciones a nadie. A mi madre nunca le gustó que estuviera tantas horas en esta habitación, quizá temerosa de que hiciera lo mismo que ella: que metiera a terceras personas en su fortaleza.

Siempre he escuchado el dicho de que «el ladrón cree que todos son de su condición», pero hasta ahora no había ganado peso.

Me obligo a controlar la respiración antes de moverme; tengo la sensación de que, si respiro mal, si hago un ruido tonto, alguien va a aparecer y se va a acabar todo.

El escritorio está como siempre. Los papeles ordenados por montones, un portaplumas con bolígrafos caros, la fotografía enmarcada de mi padre con mi madre y conmigo, y un teléfono que no es el suyo personal, sino uno que usa para el trabajo.

El armario archivador de la derecha tiene cerradura propia, pero mi padre no la cierra a menudo, aunque sí guarda lo importante en cajones con llave. Es toda una suerte que, hace un par de meses, cuando vine a hablar con él, viera dónde guardaba la llave del cajón por pura casualidad.

Voy directamente hacia el escondite, que no deja de ser la parte trasera de un cuadro. Consigo las llaves sin mucho esfuerzo y, cuando las tengo, empujo con cuidado el primer cajón.

El sentimiento de euforia al verlo lleno es inexplicable. Como cuando era una niña y mi tío llegaba con churros para que todos desayunáramos juntos.

El destino ya tenía planteado este movimiento por mi parte, lo tengo claro, porque de no ser así, no tendría por qué saber dónde está la llave, o no habría tenido la fortuna de encontrar el despacho y el pasillo sin gente.

Me gusta pensar que todo sucede por algo, a pesar del dolor que eso conlleva.

En el cajón encuentro facturas y una carpeta azul que, en cuanto la veo, me acelera el pulso: tiene pegada una etiqueta con un nombre que conozco por las conversaciones que he escuchado en las últimas semanas: **EXP. MARRUECOS-EMBARQUE.**

El corazón me da un vuelco.

No me puedo creer que haya conseguido de una forma tan sencilla lo que buscaba. En las películas que veía con Fran, al protagonista siempre se lo ponían más difícil.

La carpeta está llena de impresos, hojas con sellos y anotaciones a mano. Hay términos técnicos que reconozco por lo que he ido escuchando: «valor FOB», «consolidado», «documentación aduanera limpia», pero necesito estar segura de que aquí está toda la documentación porque lo que tengo entre manos requiere que no me equivoque ni un milímetro.

Encuentro un informe con el encabezado de la empresa:

Jordan & Cía —Exportación de Vehículos. Fecha: dentro de cinco días. Título: MOVIMIENTO 3/ALPHA — SALIDA POLANO.

Una línea con el recorrido previsto: el puerto de salida (Desguace Polano), la escala logística en Conil y el destino: Puerto de Tánger.

También hay una declaración que reza: vehículos de muestra para cliente Richard Loers.

Y debajo, en bolígrafo, una nota en tinta roja que indica que Richard confirma plataforma. No sé muy bien lo que significa esto último, pero interpreto que Richard ha dado el visto bueno a todo lo que se indica aquí.

Sigo leyendo y me encuentro con que hay un presupuesto de transporte, el nombre de la naviera en la que van a viajar los coches, una factura proforma que indica treinta unidades que se van a mover, con los modelos de cada coche y el valor en aduana subestimado.

Busco nombres para memorizar cada uno de ellos, puede que sean importantes en un futuro. No tengo muchos días para hacerlo y es de vital importancia.

Richard Loers aparece en varias firmas; también el nombre de un agente aduanero en el puerto, un tal S. Kouta; más abajo, un destinatario provisional: M. Benali — Logistics Marruecos, S. A.

El documento tiene sellos y números de cuenta y, entre todo eso, pagos en mano programados para la semana siguiente: «FONDO RESERVA OPERACIÓN: 950.000 €».

Novecientos cincuenta mil, novecientos cincuenta mil… Mis dedos se quedan pegados al papel. Esa cifra se repite en varios escenarios: «importe estimado de margen neto si la operación es completa y segura».

Si todo sale bien, si no hay problemas, esta operación reportaría a mi padre un pico de dinero que justifica, literalmente, una vida nueva. Pero hay algo más en los documentos: una nota en letra mal escrita —probablemente de mi padre— que dice: «Traslado personal a Polano para seguir la operación durante la carga. Regreso previsto: 10 días». Él va a viajar. Tiene que hacerlo para recibir el pago y continuar con sus negocios.

Guardo la carpeta como la encontré, con la respiración acelerada, y me levanto sin hacer ruido.

En el umbral me paro para mirar una vez más el despacho. Me doy cuenta de la gravedad de lo que voy a hacer y, por primera vez desde que decidí actuar, tengo miedo. No del riesgo físico, sino en lo que me voy a convertir si lo hago. ¿Soy una ladrona? Sí. ¿Quiero hacerles pagar a mi propia familia por sus mentiras? También.

No tengo tiempo para escrúpulos ahora mismo; solo quiero que la rabia se vaya de mi cuerpo.

Salgo sigilosa del despacho y, mientras bajo las escaleras, siento que algo se ha movido dentro de mí: me han roto la vida, y el modo en que estoy intentando encajarlo me da miedo incluso a mí misma.

◆ ◆ ◆

Entro en la iglesia con la idea fija de que voy a sorprenderlos con mi iniciativa de hablar con ellos. No contaba con que la sorpresa me la llevaría yo, porque los pillo en la sacristía, abrazados contra la

pared, besándose como adolescentes. Cortan en cuanto ven la puerta abrirse y se separan torpemente cuando carraspeo ante la intromisión.

—Olivia… —dice Alfredo al instante, poniendo una voz que siempre usa cuando intenta arreglar algo antes de romperlo más.

—No —le corto, sin moverme del umbral—. Ahórrate las disculpas. No he venido a tener una charla sobre este tema que tenéis entre manos. Quiero que me ayudéis. Los dos. Sobre el tema que hablamos el otro día, Alfredo.

Jota se seca la comisura de los labios. Alfredo intenta recobrar la compostura y se le nota que busca el mejor enfoque. No me gusta sentir traición cuando los veo, pero lo hago.

—Claro, hemos hablado y… Puedes contar con nosotros —aclara el cura.

—Necesito que me ayudéis a organizar una fiesta en cinco días.

Alfredo frunce el ceño, sacando cuentas.

—¿Cinco días? ¿No te parece muy precipitado?

—En cinco días es mi decimoctavo cumpleaños —digo—. Además, quiero darle una sorpresa a mi familia, ¿hay mejor fecha para ello? Creo que no.

La tonalidad malévola con que lo digo debe de pesar; ambos se quedan automáticamente tiesos. Se les ve buscar la broma y no encontrarla. Me gusta este efecto: me alimenta el vértigo de estar al mando por primera vez.

—No me interesa vuestra opinión moral —añado en cuanto empiezan a abrir la boca—. Tenemos que reunir a toda la familia en el bar del bosque con la excusa de una fiesta sorpresa. Se supone que yo no tendré ni idea de esa fiesta; no os preocupéis, me haré la sorprendida cuando llegue el momento, pero vosotros seréis los encargados de gestionar que todos y cada uno de ellos vayan hacia ese bar.

Alfredo respira hondo, se le marca la mandíbula y aprieta ligeramente los puños hasta quedarse muy serio.

—Lo puedo organizar yo —dice—. Los conozco a todos y saben que tenemos una amistad, no sospecharán nada.

Asiento.

Jota, que sigue mostrando su cara de niño pillado, se acerca despacio. Me mira con una mezcla de vergüenza y necesidad de compartir conmigo sus sentimientos.

—Olivia —dice, en voz baja, aligerando el peso de lo que tenemos entre manos—. ¿Podemos hablar a solas?

Niego con la cabeza antes de que termine la frase.

—No —respondo—. Supongo que, con la confianza que os une, podemos hablar lo que haya que hablar estando los tres juntos, ¿no te parece?

—Lo siento por haberte mentido. Sé que lo nuestro no iba a llegar a ningún lugar por ambas partes, pero podría haber sido sincero.

—Las caretas ya se nos han caído a todos —le contesto, sin dulzura—. No voy a perder tiempo en lágrimas que ya no me conmueven.

Se le endurece la expresión y me da la sensación de que le pesa de verdad lo que ha hecho. Me vale. No busco un perdón con lágrimas; simplemente quiero pasar página y acabar cuanto antes con esto. Desde que el plan se inició en mi cabeza, quiero que todo a mi alrededor se calle, salga como espero, para poder comenzar una nueva vida, dejando la pasada lo suficientemente jodida para que todo el mundo me recuerde durante años.

Cambio de tema sin dejar que se asienten demasiado las disculpas. Vamos al meollo, porque no tengo paciencia.

—Dentro de dos días —le suelto—, irás a la finca para reformar las vigas de madera que tiene el garaje.

—¿Y eso por qué? —pregunta Jota, saliendo del trance en el que se había metido con las disculpas.

—Será la tapadera que necesito de ti.

—Olivia… —intenta mediar Alfredo, temeroso por escuchar lo que hay detrás de mi tono de voz seco.

—Necesito que cuando estés a solas en el garaje le cortes los frenos del coche de mi padre. Solo lo usa cuando tiene un evento importante, así que lo sacará justamente el día después de mi cumpleaños, por una gestión importante que tiene que hacer. No la hará, porque gracias a ti tendrá un susto saliendo de la finca.

—¡Por el amor de Dios! —grita Alfredo.

—Yo no puedo… —comienza a decir Jota.

—No le pasará nada; es un coche con un sistema de seguridad alto y en cuanto salga de la finca chocará contra la zona arenosa que hay enfrente. Solo será un susto que a mí me aportará tiempo, ya lo entenderéis.

Jota traga saliva y da un paso al frente.

—Quiero que sepas que las cosas se pueden hacer bien. Te ayudaremos a gestionar toda la parte emocional de tu problema y…

—No quiero sermones, Javier. Quiero saber si me vas a ayudar o no. Solo me parecía que me lo debías, pero si no opinas del mismo modo…

Ambos cierran los ojos con pesar. La tensión se funde con el silencio, que dura más de lo que me gustaría. Cuando venía hacia aquí creía que estaban tan arrepentidos de haberme hecho daño que me dirían a todo que sí, sin miramientos. Les está costando dar el paso más de lo que yo pensaba, pero la descarga de adrenalina que estoy sintiendo al manejar todos los hilos está siendo increíble.

—Si es lo que necesitas, lo haré —dice con decisión—. Haré el papel, vendré a ayudar.

No me interesa si lo dice por miedo o por remordimiento; me vale su sí.

—Perfecto.

Me doy la vuelta para irme y, antes de que ponga un pie fuera de la sacristía, vuelvo la cabeza y les suelto:

—Si sois valientes para ayudarme, deberíais ser valientes para soltar vuestros lastres y buscar la felicidad.

Lo que hagan con mi consejo ya no me interesa. Salgo del lugar y voy directa hacia mi casa. Me quedan muy pocos días en ella y quiero despedirme de cada rincón.

14 DE SEPTIEMBRE DE 1999

42. OLIVIA

Me miro al espejo y no me reconozco. El vestido me queda perfecto, el pelo está en su sitio, los labios pintados como toda una profesional del maquillaje. Me he vestido como una princesa, aunque me sienta como un cadáver con brillo, pero está bien. Hoy toca actuar y es lo que quiero.

Mi madre lleva dos días demasiado amable. Mi padre se ha ido temprano, supuestamente a cerrar «asuntos pendientes». Todos fingen normalidad, como llevan toda la vida haciendo, y yo les sigo el juego. Me han hecho creer que cenaremos juntos, una cena íntima por mi cumpleaños, pero yo sé que no será así. Alfredo cumplió su parte y montó la tapadera. En teoría, alguien pasará a buscarme para llevarme al restaurante.

El corazón me late como si supiera que va a ser la última vez que late por algo bonito. Y no tiene sentido, pero es que últimamente nada lo ha tenido.

Al cabo de un rato llaman a la puerta. No es quien esperaba que viniera a buscarme, ya que creía que sería mi tía, sino que es Fran. Me quedo helada un segundo. Él se mantiene en el umbral, parado, con la mano en el pomo. Se le dibuja la sonrisa de siempre, esa que me desarma, y me olvido un segundo de todo lo demás.

Cierra la puerta con cuidado, sin mirar atrás, y se apoya contra ella. Lo veo nervioso y, al cabo de unos segundos, saca un paquetito envuelto en papel marrón. Lo sostiene entre las manos con sumo cuidado.

—Le he traído a la cumpleañera su regalo. No quería que el cartero lo perdiera por el camino.

—No hacía falta —sonrío, aunque no debería, aunque por dentro se me está rompiendo el corazón porque sé lo que estoy haciendo, con quién lo estoy haciendo, pero él no tiene ni idea. No quiero que descubra jamás la verdad; lo romperá en dos, y la sonrisa de Francisco Jordan no debería borrarse jamás.

—No es gran cosa —añade, dándome una media sonrisa—, pero pensé que te gustaría.

Lo abro despacio. Dentro hay una pulsera fina, de oro blanco, con un colgante pequeñito en forma de hoja. Me quedo callada, porque

no sé qué decir. Es preciosa y, al mismo tiempo, es el cuchillo que se me clava una y otra vez en el pecho.

—Me dijeron que era una hoja de olivo. ¿Te acuerdas cuántas veces jugamos con ellas porque te hacían gracia? Decías que eran tus hijos, porque tú eras Olivia y ellos pequeños olivos.

—Fran… —suspiro y lo miro—. Es preciosa.

No puedo evitar tocarle la mano. Se me escapa el gesto, lo necesito como el respirar en estos momentos. Él no se aparta; al contrario, da un paso hacia mí y me acomoda la pulsera en la muñeca. Me la ajusta despacio, sin dejar de mirarme. Siento el roce de sus dedos en la piel, suave, cálido, demasiado familiar.

—Te queda perfecta.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. Está tan cerca que podría contarle las pestañas. Me pasa una mano por el pelo, con cuidado, y me aparta un mechón de la cara con una ternura que no merezco. Y que, además, nosotros no nos podemos permitir.

—No sé si te lo han dicho hoy, pero estás preciosa —dice, casi susurrando.

Y ahí me rompo un poco por dentro. Porque me gustaría poder quedarme en este momento, sin pensar en lo que sé, ni en lo que planeo, ni en el peso de todo lo que se ha roto. Pero no puedo.

—No me digas eso —le pido en voz baja—. Que me voy a poner roja como un tomate.

Fran no insiste porque sabe que no me gustan los halagos. Solo asiente y me mira con una ternura que duele. Luego, como si entendiera sin palabras, me rodea con los brazos. Lo hace despacio, sin forzar nada. Me aprieta contra él y me deja respirar su olor, su calma, su manera de decir «aquí estoy» sin hablar.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos. Por un momento, me olvido del resto. El ruido del mundo se apaga y solo queda su respiración cerca, el ritmo de su corazón y el roce de su camisa en mi mejilla.

Cuando me separo, lo hago con cuidado. Él me sostiene la cara entre las manos y me mira como si buscara algo, alguna señal de mi comportamiento extraño. Su pulgar me roza la comisura del labio. Le

digo que no con la cabeza, no quiero que me siga leyendo, así que acorta la pequeña distancia que nos separaba y entonces me besa.

Un beso que huele a despedida, aunque ninguno de los dos lo diga. Lo siento en el pecho, fuerte, y por un segundo todo lo demás desaparece.

Cuando se aparta, me quedo mirándolo, con la boca entreabierta y los ojos húmedos.

—Te quiero mucho, no lo olvides jamás —le digo en un susurro.

Sonríe sin entender del todo, pero no pregunta. Se limita a cogerme de la mano y juntos salimos de la habitación.

Me ayuda a subir al coche. En el trayecto casi no hablamos; ni siquiera insisto para preguntar dónde vamos. Me ha dicho que quiere sorprenderme, así que he empezado mi carrera como actriz y he dejado que me guíe. Me concentro en mirar por la ventana, en apreciar cómo las luces de la carretera pasan rápido, y me da la sensación de que el mundo sigue aunque el mío se esté cayendo a pedazos.

Cuando llegamos al bar, veo las luces encendidas, las sombras de la gente moviéndose dentro. Fran baja primero y me ofrece la mano. La tomo sin pensar. Caminamos juntos hasta la entrada y, cuando abre la puerta, todo explota.

—¡Sorpresa!

Gritos, aplausos, flashes. Mi familia, mis amigos, todos sonrientes, felices. Yo sonrío también. Lo hago tan bien que nadie sospecha nada. Me acerco a ellos, los abrazo, doy las gracias y finjo.

Fran se queda atrás, observándome con una mezcla de orgullo y alivio. Yo lo miro una última vez, porque solo yo sé que ese momento, ese beso en mi habitación, será el último para ambos.

El bar está precioso. Han colgado luces por todas partes, hay globos, flores, una mesa larga en el centro y mi nombre en letras doradas detrás del mostrador. Me emociono tanto y lo hago tan bien que hasta me creo mi propio papel.

Mi prima Sara viene corriendo hacia mí con los ojos brillantes.

—¿Te gusta? —pregunta casi gritando—. He ayudado a Alfredo en todo lo que he podido.

—¿Que si me gusta? —le contesto riéndome—. Os habéis pasado. Está increíble.

—Lo he pasado fatal, Oli. No me dejaban contarte nada, pero ha merecido la pena. Solo por ver tu cara, ha merecido la pena.

Me abraza fuerte y sigue hablándome sin parar. Yo asiento, sonrío, repito frases automáticas: «Qué bonito», «no me lo esperaba», «qué ilusión». Me sale natural, como si no me estuviera temblando el estómago por dentro. Como si no supiera que mi marcha acabará con el tierno corazón de Sara. Quiero pensar que es demasiado joven para darse cuenta de todo y que, dentro de unos meses, ni se acordará de mí. Se enfocará en sus amigas, conocerá algún chico que le robe el corazón y todo volverá a la normalidad. Es la única de esta familia que no está marcada por las mentiras.

Alguien dice que van a servir la comida, así que nos sentamos todos. Los camareros van y vienen, mientras yo intento no pensar en nada más. A mi derecha se sienta Sara y, a la izquierda, mi padre. Mi madre se ha colocado frente a mí, lo bastante cerca para verme, lo bastante lejos para que no tenga que hablarle.

Ella intenta sonreírme, como si todo estuviera bien. La miro un segundo y luego aparto la vista. No tengo fuerzas para fingir con ella. Prefiero mirar el plato, el mantel, el vaso de agua. Cualquier cosa.

—Cariño —me dice en un tono suave, como si buscara reconciliarse en medio de toda esta parafernalia—, te queda genial el vestido.

No respondo. Siento la mirada de todos, pero no levanto la cabeza. Que piensen lo que quieran; después de la discusión del otro día, de lo que sé de ella, lo que menos quiero es hablar del maldito vestido que he elegido para mi salida triunfal. A pesar de haber fingido en días anteriores, hoy quiero que sufra.

Mi padre rompe el silencio enseguida, para salvar el momento.

—Bueno, a ver si brindamos, ¿no? Que la cumpleañera está más guapa que nunca, como bien dice su madre.

Todos se ríen, incluso Alfredo, que parece más nervioso que cuando comenzó a ser cura en el pueblo, y brindan en mi nombre. Yo levanto la copa con una sonrisa, siguiendo el rollo.

Cuando el vino baja por mi garganta, me quema un poco, pero me calma. Puedo llegar a entender por qué la gente recurre al alcohol en situaciones de estrés. Si no tuviera que correr en unas horas, me bebería varias de esas botellas.

Fran está sentado unos lugares más allá, hablando con su padre, *mi padre*…

De vez en cuando me mira y, cuando lo hace, baja enseguida la mirada sonriendo. Es un gesto que me rompe en dos.

Me obligo a disfrutar un poco; a mi modo quiero que esto sea una despedida. Sara me pasa su revista favorita, mi madre se esfuerza en hacer comentarios simpáticos que yo dejo escapar sin engancharme a ellos porque, de hacerlo, me pondría de muy mal humor. Cada palabra suya me resulta hueca y cada intento de acercamiento, una actuación más. De todos los que estamos en esta mesa, ella es la que más rechazo me causa.

Hasta que mi padre me toca el brazo.

—Ven —dice con una sonrisa—, que tengo algo para ti.

Saca un sobre blanco del bolsillo interior de su chaqueta y lo pone delante de mí. Lo abro. Dentro hay dinero y un llavero con una pequeña llave plateada.

—La casa de la piscina ya es tuya —me dice—. Es tu cumpleaños y ya eres mayor de edad. Te lo mereces. La construimos para ti hace tantos años que seguramente ni recuerdes que tenía tu nombre desde el inicio.

Lo miro y algo se me afloja dentro.

—Papá… —solo consigo decir eso.

—Sabes que te quiero más que a nada, ¿verdad?

Asiento y le doy un abrazo. Me lo devuelve fuerte, como si también necesitara agarrarse a algo.

—Gracias —le susurro al oído.

Y lo digo de verdad, aunque duela. Porque, por mucho que haya hecho mal, sé que me quiere. Y eso me parte en dos. Cuando me separo, mi tío Paco se levanta del otro extremo de la mesa.

—Espera, espera, que falta lo mejor —dice entre risas—. Trae una cajita pequeña, envuelta en papel dorado. Me la pasa y la abro con

premura. Dentro hay otra llave, esta vez con un llavero de cuero y el logo de un coche.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Un coche nuevo —dice mi padre sonriendo—. Lo hemos comprado entre los dos, para que no dependas de nadie. Y mucho menos de los trastos que tenemos en el garaje, como sueles decir.

—Pero recuerda —dice mi tío Paco— que aunque sepas conducir muy bien, porque yo te enseñé, tienes que sacar el carné.

Aunque ellos se ríen de la broma, yo ya no puedo contenerlo, recordando las tardes que pasé con mi tío aprendiendo a conducir con coches viejos en el desguace. Se me llenan los ojos de lágrimas y me tapo la cara con las manos. Voy hacia ellos y los abrazo. A los dos. Los abrazo de verdad.

Me odio un poco, porque sé que no debería sentir ternura por ellos, no después de que la situación actual, la rotura de mi corazón, las mentiras que nos rodean, se hayan iniciado con sus errores del pasado. Los mismos que han querido guardar bajo la manta y que ahora nos están ahogando. Pero los abrazo igual, porque, al final, también son víctimas de sus propias mentiras. Supongo que han vivido tanto tiempo fingiendo que ya no saben distinguir lo que es verdad.

—Os quiero —les digo entre sollozos.

Mi padre me acaricia la espalda.

—Nosotros también, hija. Siempre.

Me separo despacio mientras me limpio las lágrimas y sonrío. Ellos están felices y, en la mesa, los demás aplauden el gesto que hemos tenido. Incluso escucho el flash de una cámara capturando el momento. No me extrañaría que fuera obra de Alfredo.

Todo parece perfecto, pero yo tengo un peso en el pecho que no se me quita. Un dolor frío, seco, que tiene nombre.

Traición.

Solo quiero que todo se acabe, porque me están matando en vida.

43. ALFREDO

No sé ni cómo he logrado que todo salga como debería y no vomitar en el proceso. Desde que he llegado tengo un nudo en el estómago que no se me quita ni bebiendo. Veo a Olivia riéndose con todos, bailando, soplando las velas, y me cuesta creer que detrás de esa sonrisa esté pensando en lo que está pensando. La miro y me pregunto si de verdad se da cuenta de hasta dónde va a llegar.

No me gusta. No me gusta nada.

Entiendo que esté rota, que todo lo que ha pasado le haya partido el alma. A mí me dolió contarle la verdad, me dolió verla rota, pero esto que está haciendo… esto no está bien. No puedo justificarlo ni aunque quiera.

Intento distraerme. Jota está apoyado en la barra, hablando con un grupo, haciendo como que todo va bien. Cuando lo miro, aparta la vista. Y pienso que no soy nadie para juzgar. Mis valores no están tan limpios como me gusta creer. Si los tuviera tan claros, no estaría aquí, callado, formando parte de esta farsa.

La música está alta y la gente empieza a desmadrarse debido al alcohol que ha corrido durante toda la cena. Los padres de Olivia beben y se abrazan a todo el mundo. Sara baila encima de una silla y todos se ríen. Y yo… solo quiero que se acabe.

Justo cuando mis pensamientos más intrusivos iban a llevarme a cambiar de planes, Olivia se acerca. Camina despacio, con una seguridad que da miedo. No es que antes no la tuviera, es que ahora va acompañada de una mirada diabólica que odio en ella. Quiero que vuelva a ser la chica que dibujaba conmigo, que hablaba de cómo le afectaban las emociones de los demás… Quiero que vuelva mi amiga, pero en realidad yo fui quien hizo que se perdiera, y no sé si algún día podré perdonármelo.

Alcanzo a ver que tiene una bolsa pequeña en la mano.

—Ven un momento —me dice, sin mirarme mucho.

Salimos del bar por la puerta lateral, donde solo se oye de fondo la música y las risas. El aire está frío y ella se queda un segundo mirando al suelo antes de hablar.

—Quiero pedirte algo —dice al fin.

—Si es lo que pienso, no.

—Todavía no sabes lo que es.

—Me lo imagino.

Me lanza una mirada rápida, cansada.

—No te voy a pedir que hagas nada peligroso. Solo… esto. —Me da la bolsa—. Es un cuaderno.

—¿Qué cuaderno?

—Un diario. Bueno, uno falso. Lo hice para mi madre.

Lo abro un poco. Está lleno de hojas escritas a mano.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Quiero que lo dejes donde ella lo encuentre. Que lo lea.

La miro sin entender del todo.

—¿Por qué harías eso?

—Porque quiero que se vea tan acorralada cuando la policía le pida explicaciones, que se desmorone y cuente toda la verdad. Los demás también merecen desenmascarar a Concepción Pérez.

—¿Y si no lo lee o no sirve de nada? —pregunto.

—Entonces escóndelo. Guárdalo donde nadie lo encuentre. Si no sirve para el propósito que te he pedido, no quiero que nadie jamás descubra mi relación con Fran ni el porqué de toda esta historia, ¿me has entendido?

—Por supuesto.

—Bien, era solo eso.

Antes de que se dé la vuelta y, con ello, finalice nuestra historia, alargo la mano para tocarle el brazo y le pregunto lo que llevo días sin poder sacarme de la cabeza.

—¿Y tú qué vas a hacer, Olivia? ¿Dónde vas a ir?

Nadie tramaría un plan de desaparición para que su propia familia se rompa de dolor si no tiene un plan de vida. Ha comentado que va a empezarla en otro lugar, ¿pero qué lugar? Y lo que más me preocupa, ¿por qué ha obligado a Jota a manipular el coche de su padre para que mañana tenga un accidente leve?

Tarda en contestar. Me mira con una mezcla de serenidad y locura que ha nacido en ella desde que decidió esto.

—Voy a gestionar un negocio, recoger el dinero y después… ya veré. Quiero una nueva vida lejos de todo esto, Alfredo.

—No tienes que hacer esto —le digo, más serio que nunca—. Estás dolida, lo entiendo, pero no puedes desaparecer ni vengarte así. No puedes.

—Ya lo he decidido.

—No eres así.

—Tampoco tú eras así, Alfredo, y míranos.

Se ríe, pero sin alegría. Intento seguir discutiendo, pero me doy cuenta de que no sirve de nada. Está decidida a hacerlo; su mente solo puede pensar en el futuro, nada le hace pensar en las consecuencias que dejará atrás, en la locura que va a acometer. Lo quiero tildar de inmadurez, pero, por otra parte, entiendo lo que está sufriendo. Conocer que su tío favorito es su propio padre la ha destrozado, pero, sobre todo, descubrir que su gran amor es la relación más prohibida del universo, es algo que no puede ni pensar. Sé cómo ama a Francisco, y sé que en estas semanas se ha puesto una coraza para no romperse con ese tema. Me gustaría preguntarle cómo se siente al respecto, cómo lo está gestionando, pero me ha echado de su vida y, en realidad, le he dado motivos para ello.

—¿De verdad no hay forma de que lo pienses mejor? —le insisto.

—No. Y no quiero hablar más de esto. Solo prométeme que harás lo que te he pedido.

Respiro hondo.

—Vale. Te lo prometo. Lo haré como me has pedido, pero no voy a asumir ningún riesgo innecesario.

—Lo sé —dice sonriendo un poco—. Por eso te lo doy a ti.

Nos quedamos callados unos segundos. Parece tranquila, pero tiene los ojos húmedos.

—¿Sabes qué es lo peor? —me dice de repente—. Que una parte de mí no quiere hacer nada de esto, pero la otra ya no sabe parar. Está llena de rabia, siente la transformación de una nueva versión en el fondo de su ser. Es algo extraño que quizá solo la ficción entiende, pero… No me siento la misma, Alfredo, y quiero que los demás paguen la muerte de Olivia Jordan.

No sé qué decirle. Me gustaría abrazarla, pero siento que, si lo hago, se romperá y por eso no lo va a permitir.

—Te voy a echar de menos —dice muy bajito.

—No digas eso —trago las lágrimas como puedo.

—Es verdad. Pase lo que pase, gracias por todo. Nuestra amistad fue real el tiempo que duró, y no he tenido muchos amigos en la vida como para no saber valorar el tiempo que compartimos.

—Olivia… —empiezo, pero me corta.

—No digas nada más.

Ella me sonríe, una sonrisa que parece de verdad y mentira al mismo tiempo.

—Vuelve dentro. No quiero que noten nada.

—¿Y tú, qué vas a hacer?

—Es la hora.

—No, Olivia. —Intento frenarla, pero se ha separado tanto de mí que es imposible.

Detrás de nosotros hay un bosque inmenso que esconde los secretos de Polano. Que esté caminando de espaldas hacia él, solo me indica que es ese el lugar que ha elegido para huir, para dejar huellas, para que los demás piensen que le ha pasado algo horrible.

Los va a destrozar. Y lo sabe. Es lo que lleva buscando desde que todo esto se inició.

—Cuídate, Alfredo, quién sabe si dentro de unos años la vida nos volverá a juntar.

Antes de entrar en la oscuridad, me hace un gesto con la mano, lanzándome un beso, y se gira para echar a correr hacia el enorme bosque.

La historia de Olivia Jordan acaba de ser escrita, y yo he sido la mano ejecutora. No sé dónde me deja eso, pero tengo claro que guardaré toda la vida este secreto.

44. OLIVIA

Llevo corriendo toda la noche.

No sé cuántas horas he estado metida entre estos árboles, pero el aire fresco se me mete en los pulmones como si me raspase por dentro.

No puedo parar.

Quiero dejar un rastro de pistas para que, cuando los investigadores salgan a buscarme, se vuelvan locos. Todo sucederá en el bosque y, a la vez, nada. No habrá nada que les saque de aquí porque Olivia Jordan morirá en este mismo enjambre de naturaleza.

La linterna parpadea y me da miedo quedarme a oscuras, pero me da más miedo que se vea la luz desde lejos. He roto una manga del abrigo que llevaba en la fiesta y la he dejado enganchada en una zarza. En otra parte, he dejado la pulsera que me regaló Fran. La vi caer al suelo y sentí un pinchazo en el pecho, pero no volví a cogerla. Tiene que parecer que alguien me la arrancó. Todo tiene que quedarse aquí. En este bosque.

El barro se me ha metido en los zapatos, las piernas me tiemblan y tengo la garganta seca. Llevo horas sin escuchar nada más que mi propia respiración. Cuando creo que ya es suficiente, que el escenario está montado, me detengo. Miro a mi alrededor y sonrío como una maniaca. Los árboles son tan altos que apenas dejan pasar la luz de la luna.

Es el clima perfecto: oscuro, confuso. Nadie sabrá por dónde seguir.

Camino hasta el punto donde escondí la mochila hace días. Está justo donde la dejé, debajo de unas ramas. La saco, le paso la mano por encima para quitarle la tierra y me la cuelgo a la espalda. Pesa, pero no tanto como el cansancio que llevo encima. No me permito ni un segundo de debilidad, así que sigo caminando hasta llegar a la carretera.

He caminado por el bosque el suficiente tramo como para llegar a un pueblo lejano que no tiene estación de autobuses, sino una simple parada en la carretera. Me pongo la ropa de hombre que llevo en la mochila, me recojo el pelo y me pongo una gorra.

Cuando llego a la marquesina, apenas hay gente: solo dos hombres que parece que van a trabajar, con el rostro cansado por la falta de sueño. Nada más que llega el autobús, me subo sin llamar la atención y cuento con la suerte de que el conductor ni siquiera mira hacia mí.

Me siento en uno de los asientos del fondo, cerca de la ventana, y cuando arranca, experimento una mezcla rara de alivio y culpa. Me muerdo el labio para no llorar pero también para evitar gritar debido al dolor que estoy sintiendo. No por nostalgia, sino por el miedo que me da saber que no hay vuelta atrás.

A pesar de ello, sé que lo que estoy haciendo es lo correcto.

Saco de la mochila una botella de agua, bebo un trago y la devuelvo a su lugar. Reviso lo que hay dentro: dinero suficiente para un mes, un móvil nuevo sin estrenar del cual solo Jota y Alfredo tienen su número, y el cuaderno donde he apuntado todo lo que necesito para empezar.

Al abrir el cuaderno, leo las primeras líneas y me obligo a sonreír. Richard va a poner una cara de anuncio cuando me vea aparecer. Apoyo la cabeza contra la ventana porque me mareo con el trajín del autobús. El cristal está frío y, como afuera todo es oscuro, solo se ve el reflejo de mi cara. Parezco otra persona de lo cansada que estoy. Quizá ya lo soy.

No quiero pensar más de la cuenta, por lo que intento dormir. Me queda un largo viaje hasta llegar a Cádiz.

◆ ◆ ◆

El autobús se detiene con un frenazo brusco y el sonido de las puertas me saca del letargo en el que he estado durante horas. No sabía que era tan cansado planear tu propia desaparición. Hemos llegado a Cádiz. Fin del trayecto.

El sol ya ha salido del todo y me da de lleno en la cara en cuanto bajo. El aire aquí huele distinto: a sal y a algo que no sé si es libertad o vértigo. El puerto está lleno de gente, maletas, turistas medio dormidos y vendedores ambulantes que intentan colar billetes para Marruecos más baratos.

Camino despacio, con la mochila pegada al pecho. No tengo prisa, pero tampoco margen de error. Todo lo que viene ahora depende de cómo juegue mis cartas.

Busco en la zona de espera; tengo que encontrar algo que vaya acorde con mi plan.

Después de un breve repaso a toda la estación, la veo. Una chica de más o menos mi edad, junto con su novio, el pelo oscuro, y con la piel algo más morena que la mía. Lleva una mochila nueva, azul. Se sienta, deja la bolsa a un lado y se pone a hablar con su pareja sin mirar quién la rodea.

Me acerco, disimulando que busco una papelera para tirar los papeles de la comida. Paralelamente, miro a todos los lados para comprobar si alguien me está prestando atención; no es así. Un gran grupo de turistas se está llevando todas las miradas, así que aprovecho el ruido cuando pasan a nuestro lado, me agacho, agarro la mochila y sigo caminando.

El corazón me late tan rápido que me vibra en el cuello, pero no me detengo hasta que entro en los baños del puerto. Dentro, abro la mochila buscando algo muy concreto: el pasaporte. Lo encuentro escondido en un bolsillo de doble altura. Es española, como yo. Miro la foto. Se parece a mí lo justo para colar el engaño si no miran con atención. Mismo tipo de cara, edad parecida y puedo copiar su postura sin problema.

Me miro en el espejo, pongo la imagen al lado de mi cara y sonrío como ella lo hace. Al igual que me sucedió con el reflejo en el autobús, ya no me reconozco; es una sensación de lo más extraña porque no puede deberse al cansancio. He dormido más de ocho horas en ese asiento del infierno.

Me río bajito porque me parece la mayor ironía de la vida.

Saco mi propio pasaporte y lo miro por última vez. «Olivia Jordan Ruiz». Suena vacío, a alguien que ya no existe. Lo rompo en dos con fuerza, canalizando toda la rabia de los últimos días, y lo tiro al váter. Veo cómo los trozos flotan antes de desaparecer.

Adiós, Olivia.

Cuando salgo del baño, ya no soy ella. Soy la chica del pasaporte, la que tiene una mochila azul y un billete para Marruecos. Camino

erguida, confiada en comenzar una nueva vida. Llego a la zona de embarque y muestro el documento al empleado. Ni siquiera me observa con atención. Me lo devuelve, marca el billete y me deja pasar. Así de fácil. Me da hasta rabia.

Tampoco siento miedo porque me pillen, y eso me da más rabia aun. Creía que la adrenalina de estos momentos me iba a llevar a lo más alto.

Mientras espero a que arranque el barco, busco un asiento cómodo donde captar a todas las personas que me rodean. Puedo necesitar de alguna en cualquier momento, como la chica que, sin saberlo, me ha dado el pase directo a mi libertad.

No pasan ni dos segundos desde que tomo asiento cuando vibra el teléfono que guardo en el pantalón.

Me sobresalto por instinto, pero rápidamente recuerdo que es un número que solo tienen dos personas, así que solo pueden ser Alfredo o Jota.

—¿Sí?

—Soy yo —dice una voz—. Jota.

Suelto el aire despacio; acto seguido, me apoyo en el respaldo infundiendo calma a mi cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Ha sucedido —contesta él—. El accidente de tu padre. Está en el hospital, pero tranquila, está fuera de peligro. Le han dicho que tiene que estar unos días en observación. No va a poder viajar.

Asiento, aunque él no puede verme.

—¿Nadie ha notado mi falta? —pregunto.

—Aún no.

Cierro los ojos. Por dentro se cuece una mezcla de alivio y culpa que causa un par de vueltas de vértigo en mi estómago. No quería que le pasara nada a mi padre, solo necesitaba tiempo. Una distracción para que no me buscaran tan rápido y para poder llegar a Richard antes que él.

—Gracias, Jota —digo—. De verdad. Gracias por todo a ti y a Alfredo.

—No me gusta que me agradezcas por esto; hubiera preferido no hacerlo. —Hace una pausa—. Pero tenía que llamarte, porque ya

está. A partir de ahora, cada uno sigue su camino.

Me quedo callada. El murmullo del puerto entra por el altavoz y siento una punzada en el pecho.

—Esto es una despedida —sentencio para que ambos lo podamos digerir.

—Supongo que sí —responde—. Te deseo suerte, que seas feliz. Que todo esto haya servido para algo.

Aprieto el teléfono con fuerza, tragando saliva.

Me viene una imagen suya a la cabeza unas semanas antes de que descubriera su relación con Alfredo: los dos hablando hasta tarde, compartiendo ideas, discutiendo, riendo. Si las cosas hubieran sido distintas, podríamos haber sido amigos de verdad.

—Os voy a echar de menos —digo, casi sin pensarlo.

Él se ríe, pero suena cansado.

—No digas tonterías. Saldrá todo bien, no te pongas nerviosa.

El altavoz del puerto anuncia la salida del barco. Empieza el movimiento a mi alrededor y la gente recoge las cosas como si por un simple meneo se les fueran a caer por la borda.

—Tengo que irme —le digo—. El barco está zarpando del puerto.

—Cuídate, Olivia.

Después, la llamada se corta.

Me quedo mirando el teléfono un rato, sin moverme. Siento un vacío raro. No es tristeza, tampoco alivio. Es como si se cerrara una puerta dentro de mí. Guardo el móvil en el bolsillo y me levanto. Miro por última vez hacia tierra firme. Jota y Alfredo se quedan allí, con todo lo que alguna vez fui. Y, a pesar de que la ilusión gana la batalla a la tristeza, pienso por última vez que, en otra vida, los tres hubiéramos envejecido juntos, riéndonos de todo aquello que sucedía en Polano.

45. OLIVIA

El aire me golpea en la cara nada más bajar del barco. Es un calor seco, pegajoso, de los que te dejan la ropa mojada al minuto porque te hacen sudar como un pollo. El sol cae a plomo y el suelo parece hervir. Huele a muchas especias al mismo tiempo y eso me desconcierta. Ni siquiera había pensado cómo olería mi nueva vida, o qué clima tendría.

Tengo que tomar varias bocanadas de aire para hacerme al olor.

Cruzo el puerto despacio, con la mochila robada colgada al hombro. Hay hombres descargando cajas, niños corriendo descalzos, mujeres con pañuelos que me miran de reojo. Nadie me pregunta nada, y eso me da seguridad. Aquí nadie pregunta demasiado; solo sobreviven, como he venido a hacer yo.

Sé adónde tengo que ir. Lo leí mil veces en las notas de mi padre. Es un lugar donde «desde lo alto se ven los barcos partir». Él se vería con Richard en un punto donde el mar se abría al horizonte y los ferris parecían juguetes. No está lejos, eso lo tengo claro. Solo tengo que salir del puerto y seguir la carretera que sube. O, por lo menos, eso era lo que ponía en los documentos que revisé una y otra vez mientras conformaba el plan.

Empiezo a caminar y me doy cuenta entonces de que el suelo es una mezcla de arena y asfalto viejo. Hay casas pequeñas, blancas, con puertas azules, algunas medio torcidas por el viento, alrededor del camino. Los coches son viejos y el ruido de las motos se mezcla con el barullo de la gente que se aproxima al puerto.

Cuando la cuesta empieza a inclinarse, el aire se vuelve aún más caliente. Sudo por la espalda sin poder remediarlo. Tendré que acostumbrarme a este clima, pero va a ser complicado: nunca llevé bien el verano, y está claro que de Polano a Marruecos hay un cambio importante.

La cuesta deja de tener tanta inclinación y me permite ver lo que hay al final de ella. Aprecio solo una figura apoyada en la barandilla.

Richard.

O, al menos, eso creo. Está de pie junto a una barandilla oxidada, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando un cigarro. Mira hacia el mar, esperando a mi padre, pero disimulando ante las miradas

curiosas. Desde donde estoy no le veo bien la cara, pero la forma de su cuerpo, su postura tranquila, me indica que es él sin lugar a dudas. Aquí su altura no desentona tanto como en Polano.

Camino hacia él con paso firme. No me tiembla nada, aunque por dentro tengo el corazón acelerado. Richard se gira un poco, como si me hubiera sentido. Cuando estoy a pocos metros, apaga el cigarro y me observa al detalle. Se pone rígido. Tarda dos segundos en reaccionar, pero la desconfianza y la incredulidad se le ven en la cara.

—Tu padre no me dijo nada de que vendrías —dice, dando medio paso hacia atrás—. Esto no estaba en el trato.

—Mi padre ha tenido un accidente. Nada grave, pero no puede viajar.

—¿Qué tipo de accidente? —dice, ahora más serio.

—De coche. Se salió de la carretera cuando iba a recoger unos papeles. Está ingresado, pero se pondrá bien.

Richard se pasa la mano por la nuca. Mira hacia el mar y suelta un suspiro como si el aire le pesara.

—No me lo creo. Fernando no deja nada al azar. Si no me llama él, no hay operación.

—Mírame —le digo, dando un paso hacia él—. Si estoy aquí es porque me ha mandado él. No iba a dejar que esto se parara por una pierna rota. Además, ya tengo dieciocho. Sabe que puedo manejar el negocio familiar.

Él se ríe con una risa corta, incrédula.

—¿Tú? ¿Manejarte con esto? No tienes ni idea de en lo que estás metida, niña.

—No me llames niña —respondo, seca—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Y también sé que, si esto no sale esta semana, tú te quedas sin cobrar lo tuyo.

Eso le cambia la cara. Por un momento, me mira con atención; veo cómo empieza a dudar. Sabe que tengo razón.

—¿Qué sabes? —pregunta, casi en un murmullo.

—Sé que el envío ya pasó la frontera. Que los papeles de aduana los firmó un tal M. El-Kadiri y que el cargamento no puede quedarse aquí mucho tiempo o empezarán a hacer preguntas.

Ahora sí, se queda callado. Su gesto se endurece, pero los ojos le tiemblan. Sabe que no estoy improvisando.

—¿Sabe tu padre que estás aquí? Voy a llamarlo —dice, medio probándome.

—Hazlo —respondo.

Ni siquiera lo piensa. Saca un teléfono pequeño, de tapa y seguramente sin registrar, y marca. Me quedo quieta, con los brazos cruzados. Sé que mi padre no podrá responderle a la llamada, que lo hará algún familiar. Como ninguno conoce los trapos sucios de mi padre, salvo Paco, Richard no va a decir nada impropio; solo va a preguntar por la salud de Fernando.

No hay nada que temer, aunque me estén temblando las piernas.

Después de un par de tonos, alguien contesta. Reconozco la voz al instante: mi madre.

—¿Diga?

—¿Fernando? —pregunta Richard.

—No, soy su mujer. Fernando no puede hablar ahora. Ha tenido un accidente y está en el hospital.

—¿Está bien?

Mi madre suspira, seguramente hastiada porque no he aparecido por allí y porque no dejarán de llamarla a ella.

—Sí, pero llame en otro momento, por favor.

Cuelga. Así, en seco. Como siempre hace cuando algo no le interesa. Contengo una sonrisa, ni hecho a propósito habría salido tan bien.

—¿Contento? —le pregunto cuando me mira.

Richard se queda en silencio unos segundos. Luego guarda el teléfono en el bolsillo y se pasa la lengua por los dientes, nervioso.

—Joder… —murmura—. Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, pero aquí estamos —le digo, encogiéndome de hombros—. Si quieres, puedes seguir dudando o podemos hacer que esto salga adelante. Tú eliges.

Me sostiene la mirada un rato más. Al final asiente despacio.

—Si Fernando te ha pasado la información, tú sabrás lo que hay que hacer.

—Lo sé —y lo digo sin dudar.

El viento del mar nos sacude la ropa. Richard se enciende otro cigarro y se gira hacia el horizonte.

—Espero que no te equivoques, Olivia —dice, echando el humo hacia un lado—. Aquí los errores se pagan caros.

—Tranquilo —respondo, bajando la mirada al mar—. No pienso fallar.

Richard, que parece dispuesto a dejar de medir cada una de mis palabras, saca un teléfono gris, con una antena cutre, muy diferente al teléfono que ha usado para llamar a mi familia. Me lo entrega con desconfianza.

—En cuanto suene, dices el código —me advierte—. Ni una palabra más. Si dices algo que no toca, adiós trato.

—Tranquilo —respondo, con los brazos cruzados—. Me sé el protocolo.

Él me mira de reojo. No se fía ni un pelo, pero tampoco tiene alternativa. Se queda fumando, dando vueltas por el sitio, mientras me relajo mirando el teléfono y repasando los dígitos que llevo memorizando días. Sabía que era la parte más importante del plan, así que no dejé que ni uno de los dígitos se borrara de mi mente desde que los encontré en el despacho de mi padre.

Cuando al fin suena, Richard pega un respingo. Se acerca a mí sin decir nada y lo cojo sin dudar.

—Sí —digo, y acto seguido suelto el código de carrerilla, sin pausas, tal y como lo vi anotado en los papeles de mi padre.

«E-3-9-Delta-4-7-Sierra-21».

Al otro lado hay silencio un par de segundos. Luego, una voz metálica, grave, confirma lo que llevo deseando oír demasiados días:

—Código validado. Operación cerrada. El pago se efectuará en mano de inmediato a través de nuestro intermediario.

Y cuelga, sin despedirse. Dejo el teléfono entre mi cuerpo y el de Richard. Lo miro y tiene la colilla entre los dedos, a medio fumar, pero no se la lleva a la boca. Está tenso, quieto, como si el aire se le hubiera atascado.

—Ya está —le digo—. Ahora me das lo que me corresponde.

No se mueve. Me observa largo rato, buscando una trampa en mis palabras.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Olivia? —me suelta al fin—. Me huele muy mal el accidente de tu padre. Mucho más que tu madre me haya colgado como si no hubiera reconocido mi voz al otro lado de la línea.

No puedo fallar en el último escalón, así que juego mi mejor baza: la de hacerme pasar por una chica inteligente y de pensamiento tenaz.

—Te acaban de confirmar que todo está hecho —le señalo el teléfono—. Lo han validado. Y tú mismo has escuchado que el pago era inmediato. ¿Dónde lo tienes?

Señala con la cabeza el interior del coche en el que supongo que ha venido. Llevo la cabeza hasta allí, pero su respuesta me obliga a volver a mirarlo.

—No te lo daré hasta que respondas a la pregunta. ¿Qué haces aquí, Olivia?

Dentro de mi plan entraba la idea de pagar a Richard por su silencio. Darle una cantidad de dinero lo suficientemente grande como para que dejara de trabajar con mi padre y desapareciera. Hiciera como que no existía. Su actitud, con la que no contaba, me demuestra que nada de eso va a ocurrir. No he cruzado media España, he salido del país con un pasaporte falso y le he hecho creer a todos mis seres queridos que he desaparecido en el bosque para que este idiota lo joda todo.

No podré continuar con mis planes si dejo un cabo suelto de semejante tamaño como el de Richard.

Sopeso durante unos segundos, en los que guardo silencio, cuánto deseo una nueva vida. Cómo quiero gestionarla. Y las respuestas son sencillas: quiero una vida en la que yo misma tome mis propias decisiones.

Sin pensarlo demasiado, me acerco al hombre. Él piensa que voy a hacer algún acto cariñoso, así que no se mueve; es más, ni siquiera deja de estar apoyado en la barandilla. Utilizo su sorpresa para cogerlo de la cadera, estirarme imitando que voy a trepar hasta su boca para darle un beso y, cuando se deja hacer, lo empujo con tanta fuerza que apenas le da tiempo a abrir los ojos, gritar y desaparecer de mi vista.

El ruido de su cuerpo colapsando contra la arena jamás lo olvidaré, del mismo modo que nunca podré repetir la sensación de abrir el maletero y tocar tantísimos billetes de dinero.

Me subo al coche utilizando a mi favor que las llaves están puestas y pongo rumbo a un nuevo lugar. No sé dónde será, pero tengo claro que acabo de enterrar a quien una vez fui y la sensación es…

Maravillosa.

Al mirarme en el espejo central del coche solo puedo apreciar una sonrisa triunfal.

—Liva Dan será mi nuevo nombre, ¿qué te parece?

Guiño el ojo a modo de respuesta.

Me encanta.

EPÍLOGO

MARTA

No, no, esto no puede ser real.

—¡No puede acabar aquí la información, papá! —miro a mi padre, asombrada—. ¿Me tengo que conformar con que Olivia no escribiera más?

—Hija, estaba liada con su primo, ¿qué más quieres que escriba?

—Se nos está escapando algo.

Mi padre comienza a ponerse de un color pálido que, en otro momento en el que la tensión no estuviera tan presente, me preocuparía.

—Marta, déjalo ya. Nos vamos a casa ahora mismo.

—¡No! ¿No te das cuenta de que hay algo raro?

—¿Más raro que dos primos se hayan liado? Déjame decirte que no.

Niego e ignoro su tono. Se pone insufrible cuando algo se sale de sus planes. Supongo que la imagen que tenía de los primos Jordan ahora mismo se ha ido por el retrete.

—Olivia tuvo que continuar la historia de algún modo.

—¿Crees que Francisco fue el culpable de su desaparición? —duda mi padre.

Lo vuelvo a ignorar y pienso en las formas en las que una mente como la de Olivia pudo esconder el resto de su historia.

Reviso las tapas del diario, pensando que allí podría haber un doble fondo que hubiera pasado por alto, pero no, no hay nada.

En los bordes de las hojas tampoco hay dibujos, así que es otra opción que tengo que descartar al momento.

—Me estoy mareando, necesito oler alcohol o caeré redondo —sentencia mi padre.

Olor.

¡El olor!

Sin tener nada que ver, el dato que mi padre acaba de lanzar me lleva a uno de los mejores recuerdos de mi infancia: el uso de la tinta invisible mezclando limón, alcohol y mucha paciencia. Ah, y un papel especial que creaba junto a mi madre.

—¡ESO ES, PAPÁ! Olivia pudo continuar su historia con tinta invisible. Necesito una vela.

Salgo disparada hacia la recepción de la posada. La mujer, que ya se ha acostumbrado a mis desvaríos en estos días de convivencia, me da lo que le pido: el limón para mi padre y una vela junto con una caja de cerillas para mí.

Al entrar en la habitación, mi padre tiene la mano sobre la frente y los ojos cerrados.

—Necesitarás esto —le tiendo el limón al tiempo que me pongo manos a la obra.

El truco está en no quemar la página antes de que se revele la tinta. En alguna ocasión perdí un valioso trabajo justamente por ese error de principiante.

—¿Qué estás haciendo ahora? —el olor a limón inunda la habitación y se acentúa cuando Eduardo Fernández se acerca a mí con él pegado a la nariz.

—Saber qué le sucedió a Olivia.

En la primera hoja no aparece nada, ni en la segunda ni en la tercera. La desazón empieza a apoderarse de mí, al tiempo que mi padre no deja de chasquear la lengua, molesto.

—No vas a encontrar nada, esos juegos solo los conoces tú.

Pero entonces llega la página número cinco y allí el color de la hoja cambia. La tinta está muy marchita debido a los años, pero se puede leer. Solo hay un problema: la letra no es de Olivia y el texto no va dirigido a ser parte de un diario donde se exponen las emociones y los sentimientos. Es un mensaje claro y directo hacia el lector que me deja los vellos de punta.

Atentamente, Alfredo y Javier:

Sentimos profundamente cualquier sentimiento que haya podido producir la desaparición de Olivia Jordan. Nosotros, en nuestras plenas facultades, podemos asegurar que dicha persona está viva. Por su propia voluntad y tras descubrir que su familia ocultaba secretos inconfesables, decidió partir hacia una nueva vida lejos de Polano.

Si en su búsqueda no se encontraron restos personales, más allá de un lazo de pelo, nosotros somos los culpables. El plan de Olivia pasaba por hacer creer a todo el mundo un secuestro, una muerte… algo macabro, con un escenario oscuro. A pesar de que aceptamos

en un comienzo dichos términos, esa misma noche cambiamos de opinión. Limpiamos el perímetro de las pruebas que ella misma había dejado e hicimos creer a todo el mundo que no sabíamos nada.

La duda era mejor que cualquier otro pensamiento.

Si alguien encuentra esto alguna vez, solo queremos dejar claro que lo hicimos por necesidad. Nuestras manos no están manchadas de sangre; simplemente intentamos limpiar nuestra conciencia con este texto por el daño causado.

Los actos ajenos son eso: ajenos.

—¡Lo sabía! El cura estaba al tanto de todo.

Justo cuando cierro el cuaderno de Olivia, el limón que tapaba la nariz de mi padre sale volando hacia la papelera.

—Tú ganas, Marta. Ya sabes lo que sucedió, ya nos hemos metido en líos y ahora… NOS VAMOS.

—¿En serio vas a cerrar esta historia tan guay así, papá?

—Voy muy en serio. Este es el fin.

—Madre mía, eres más muermo de lo que pensaba.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido el evento más sanador que podíamos haber tenido las dos personas que conformamos Noah Blake. Empezamos la historia de Marta y Eduardo como un pasatiempo para olvidarnos del mundo real. No sabemos cómo ni cuándo, pero se convirtieron en nuestro tema de conversación favorito del día.

Olivia llegó más tarde, con una historia rocambolesca y, a la vez, tan jugosa que no pudimos separarnos de ella.

No hubiera sido posible darle vida sin el apoyo incondicional de Sonia y Triki, que, aunque nos miraron alucinados cuando les contamos la idea, la abrazaron como todas las que hemos tenido.

Queremos también hacer una mención especial a Perfecta, porque su estancia en el hospital nos dio el nombre ideal del pueblo donde iba a suceder todo. La idea de que en Polano todo es posible nos la dio ella.

Gracias a la Asociación Asperger Asturias, en concreto a nuestra psicóloga Vero, por arroparnos durante este año. Ayudarnos en el transcurso de este libro, y por ser un refugio de entendimiento. Con el personaje de Marta hemos intentado que esto también sea un espacio neurodivergente seguro para cualquier lector.

Sin Krida no podríamos tener la increíble portada que tiene este libro, además de ser inspiración para seguir creando en un paraje imaginario.

Y, sobre todo, gracias a ti por tener este libro entre las manos. Sin tu apoyo, nada de esto sería posible.

PRÓXIMAMENTE….

Solo tú tienes la exclusiva de este libro. Empieza a leer lo que será la próxima novela de Noah Blake.... (más información en www.editorialnp.com)

EL ANÓNIMO

FELIX

Por más que apriete el acelerador, el coche no da más en la enorme cuesta que está subiendo. En el aeropuerto ya me avisaron: los vehículos que había para alquilar no eran los más adecuados para ir hasta Harvey, y mucho menos hasta el pueblo de Lellos, pero era la única forma de llegar a mi destino a la hora que había acordado.

Al fin consigo que recorte la distancia hasta la cima, y, cuando lo hace, las vistas que me regala son espectaculares. Nunca mis ojos han captado una imagen tan preciosa. Suiza tiene fama de tener paisajes similares a una postal por un motivo claro.

La escarpada montaña, rodeada de un prado tan verde que podía tener una tonalidad propia, caló hondo en mi pecho.

He luchado tanto para llegar a este momento que, si fuera capaz de llorar solo por traer a la mente un pensamiento, lo haría.

Durante los cuatro años universitarios, el póster de este lugar, de este paisaje, estuvo colgado de la puerta de mi habitación. No había día en el que no me pasara un rato contemplándolo e imaginando cómo sería mi vida. Hay algo extraño en los sueños: cuando los cumples, además de sentirte agradecido, hay una sensación de tristeza y de chasco que nunca he podido comprender. Es como si todo lo idealizado jamás ocurriera del mismo modo en el que te lo

habías planteado, así que tu cerebro siente tristeza por no haberlo logrado.

Eso fue lo que le sucedió al mío. Había soñado con vivir y trabajar en Harvey durante toda mi vida; cuando pude cumplirlo, la cosa más tonta se cruzó en mi camino: no había ninguna vivienda de alquiler disponible.

¿Cómo era posible? Según mi padre, en los pueblos pequeños, y más como el suyo, esto suele suceder muy a menudo.

La única solución que encontré fue vivir en el pequeño pueblo de Lellos. Tendría que moverme todos los días en bicicleta; el trayecto no era de más de diez minutos. Pero, por supuesto, a mi cerebro no le sirvió la solución que busqué. No era para lo que me había preparado durante tanto tiempo.

Nunca he sido fan de comprender las emociones y los sentimientos. Ni los ajenos ni los propios: lo mío son los números, las ecuaciones y las cosas que tienen solución con una respuesta matemática.

Alcanzo la entrada del pueblo justo cuando el sensor de gasolina comienza a parpadear. La empresa de alquiler de coches me indicó que podía dejarlo estacionado donde quisiera porque en el precio iba incluida la recogida. Eché el combustible necesario para los kilómetros que tenía que hacer, pero, al parecer, el coche está trucado porque ha saltado la alerta antes de lo esperado.

Sé que mis cálculos no han fallado.

Inspiro hondo antes de aparcar delante de la pequeña casa que he

alquilado. No quiero que el mal humor que se acaba de iniciar en mí, debido a la estafa en la que he caído, empañe este singular momento.

No sé cómo, pero logro salir del coche con una sonrisa en la cara que rápidamente se copia en el rostro del agente inmobiliario. Cuando hablé con él por teléfono, tenía una voz profunda, con un carraspeo constante que me hizo creer que se trataba de un hombre mayor. Quien me extiende la mano es un chico joven, no alcanza los treinta años, y parece que ama la vida por cómo mueve sin parar los pies.

—¿Felix, verdad? Soy Declan —extiende la mano y se la aprieto con seguridad—. Sé que no es quien esperabas. Estoy haciéndole un favor a un amigo.

—¿Está bien el señor Smith?

—Sí, no te preocupes. Ha caído en una gripe brutal y el hombre lleva años diciendo que va a dejar de fumar. Nunca lo consigue, así que, cuando llega esta época del año, siempre acaba en el hospital.

—Espero que se ponga bien.

—Mala hierba nunca muere, como decimos por aquí. —Interpreto que es una broma por cómo se ríe—. Me pidió ayer que te enseñara las cosas esenciales del funcionamiento. He vivido aquí durante un tiempo.

Señala la entrada a la casa, acepto la invitación y soy el primero que empuja la puerta. Al hacerlo, esta rechina junto con el suelo de

madera que cruje a nuestro paso. Menos mal que no hay vecinos debajo, porque el ruido sería insoportable.

—Es una vivienda antigua, pero muy acogedora —prosigue Declan.

—¿Por qué la dejaste? —pregunto sin medias tintas.

Me giro para quedar frente a frente. La sociedad no lleva bien las preguntas intrusivas, pero, si las introduces de una manera cordial, suelen aportar la información que buscas. Me gusta saber las trampas de las cosas, y más en concreto de la casa en la que voy a vivir durante… No tengo ni idea, pero por ahora el curso escolar lo tengo que cumplir.

No puedo permitirme que suceda lo mismo que con el vehículo de alquiler.

—Mi abuelo falleció y me dejó una buena herencia. Lo demás es historia. Ahora bien, si eres de los chavales de la ciudad que quieren las mismas comodidades… Te aseguro que no va a ser para ti.

—Tranquilo, no es mi caso.

Aunque es cierto que he vivido en la comodidad de la ciudad desde que nací, sé dónde me he metido, y es justo el lugar donde quiero estar.

—Me alegra, hace falta gente joven por la zona. ¿Has venido a trabajar o en busca de desconexión?

—¿Vienen muchos con la segunda opción?

Al sonreír, a Declan se le ilumina el rostro, haciendo que no sepa diferenciar cuál es su edad exacta.

—Más de lo que te puedas imaginar. Hay una familia del pueblo, los hermanos Keller, que tienen un negocio que exponen en redes. Desde entonces, los seguidores se han enamorado de este paraje. Lo ven como la opción ideal para desconectar del mundo.

—Está en medio de la montaña, es el sitio ideal si tienes ese objetivo, sí —le doy la razón.

—Entiendo que has venido a trabajar.

Ni siquiera me había acordado de su pregunta.

—Sí, acaban de aceptarme como nuevo profesor en el instituto de Harvey.

—Guau, la gente joven de las ciudades tiene un futuro muy prometedor. Lo mejor que me ha pasado en la vida es la herencia de mi abuelo…

A pesar de que su comentario podría tener muchos matices, lo dice con un tono de comedia del que no me puedo despegar. Acabamos los dos riéndonos sin mucho sentido.

—¿Puedo preguntarte de qué especialidad eres?

—Matemáticas. Me gradué con honores hace un año y unos meses. Este trabajo ha sido… como caído del cielo.

Es mentira, he trabajado a destajo para conseguirlo, pero Declan no tiene por qué conocerlo.

—Me gusta la gente ambiciosa, me generáis envidia de la sana.

De nuevo traemos sentimientos a la palestra que ni comprendo ni sé cómo gestionarlos. Me quedo en silencio, revisando todos los puntos

de la casa.

La mayor parte del mobiliario es de madera antigua; será fácil calentarla en los duros inviernos de esta zona. De un primer vistazo, identifico la pequeña cocina, que ya me había parecido diminuta en las imágenes, pero en persona es aún peor, y la mesa del comedor que pienso utilizar para trabajar.

—Lo que hay es lo que ves. La habitación está al fondo y solo tiene un baño. Es sencilla, pero acogedora.

—Es lo que necesito.

Me fijo en que, al lado de la mesa del comedor, hay una regleta llena de enchufes que me facilitará la vida. Me interesa eso más que cómo es el colchón, la verdad.

—Estupendo, entonces mi trabajo ha finalizado. Cualquier cosa que necesites, díselo a algún vecino; todos nos ayudamos por esta zona.

Sonrío y extiendo la mano de nuevo a Declan. Es la única opción que tengo disponible ante su oferta.

—¿Quieres que te ayude con el equipaje antes de irme?

—No te preocupes —le quito importancia con la mano—, solo he traído una maleta.

—¿Una maleta? ¿Sabes que aquí no tenemos tiendas, no?

—Lo sé —sonrío por la sorpresa que transmite su mirada—. Soy un nómada de la vida. No me gusta ir cargado.

—Te admiro más de lo que te podrías imaginar.

Aprieta mi mano y sale asegurando que, más pronto que tarde, nos

encontraremos por el pueblo. A pesar de que dudo que vaya a ocurrir, no lo saco del error.

Al quedarme solo en la casa, el silencio se instala con tanta naturalidad que me hace pensar que llevaba horas esperándome. No sé si es reconfortante o inquietante; quizá ambas cosas a la vez.

Dejo la búsqueda de la maleta para otro momento, porque no es lo que me urge ahora mismo. Lo primero que hago es abrir el maletín que cuelga de mi hombro derecho. Es lo único que he sacado del coche porque es lo único que necesito en esta nueva vida.

Camino hacia la mesa del comedor. La madera es áspera al tacto, contrarresta completamente con la suavidad de la piel de mi maletín. Mi ordenador portátil está dentro, exactamente igual que lo dejé esta mañana, envuelto en una funda acolchada que, para mí, es más valiosa que cualquier prenda que pueda haber olvidado meter en la maleta.

Lo coloco sobre la mesa con una delicadeza que no tengo para nada ni nadie más. Este aparato es más que una herramienta: es una extensión de mi mente. Un espacio donde todo funciona bajo normas claras, lógicas, indiscutibles.

Ajusto el cable de alimentación para que caiga recto, sin curvaturas innecesarias. Lo conecto en la regleta, y acto seguido, limpio la superficie de la pantalla con un pequeño paño que siempre llevo encima.

No estoy seguro de cuánto tiempo paso realizando mi ritual de

asentamiento, pero sí sé que, cuando termino, la tensión de mis hombros ha disminuido un par de grados. Me siento en la silla, la acerco un poco, y abro el portátil.

El sonido del encendido me provoca una sensación que roza lo infantil: alivio. Seguridad.

Normalidad.

Antes de coger el avión dejé todas las pestañas cerradas. No soporto la idea de apagar el equipo y que algo quede a medias.

Aunque no debería, entro en la carpeta que he titulado «clases». Está todo ordenado por días. No hay ni un error en los archivos que hay dentro, pero necesito volver a verlo una vez más. Antes de hacerlo, reviso la hora que es.

Todavía no es la hora, así que cuento con varios minutos para hacer la revisión.

La carpeta de la primera semana está impoluta. Tengo a cada uno de los alumnos fichados. Pedí al instituto que me compartieran la información para poder trabajar en las necesidades de cada uno. Esto me ayudó a adelantar trabajo. Una vez comience en el instituto, tendré menos tiempo, y el tiempo libre debo dedicarlo a un asunto de suma importancia.

La segunda semana está también como la dejé.

Estoy a punto de entrar en la tercera, cuando un mensaje se cuela por el lateral derecho superior de mi ordenador.

El reloj digital, que justamente está al lado del aviso, me indica que

he entrado cinco minutos antes de lo esperado.
Pongo el ratón sobre él sin dejar correr el tiempo. No es propio de mí, pero la intriga, en ocasiones, me gana la partida.
La línea previa es demasiado breve, pero soy capaz de interpretar la información aunque no la tenga al completo. La reacción que provoca en mí es inmediata, casi física.
El estómago se me encoge con la precisión de un nudo bien hecho, de esos que no se sueltan ni queriendo. Mis manos, que hace un segundo se movían con calma matemática, de pronto no saben dónde quedarse. Tengo que cerrar los puños para que no tiemblen.
Al parecer, nada de lo que había planeado está saliendo como esperaba. No obstante, y pese a que odio los cambios de última hora, esto es mejor de lo que había esperado.
Una vibración interna escala por mi pecho y se instala justo detrás de las costillas. Es de las pocas sensaciones que sé reconocer, y suele traer un mensaje consigo; algo grande está a punto de comenzar.